

A woman with dark hair styled in waves is shown from the back, wearing a vibrant green, floor-length gown with a fitted bodice featuring intricate patterns and a full, flowing skirt. She is standing in a garden-like setting, surrounded by lush greenery and numerous yellow flowers. Several strands of white beaded garlands hang from above, some of which she is touching with her right hand. The background is dark, making the green dress and yellow flowers stand out.

SAGA ORDINALES
LA NOVENA
HIJA DEL CONDE

PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S
LA **NOVENA** HIJA DEL CONDE

PHAVY PRIETO

A mi madre, Manuela Prieto.

La flor más bella y hermosa de todo mi jardín.

*Porque tú me diste las alas para hacer que mi imaginación volara, y
confiaste en que hiciera mis sueños realidad.*

Te quiero.

Agradecimientos.

*A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,
por la maravillosa edición de las portadas
y por estar siempre ahí,
¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.*

*A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día
y hacer que esta historia se convirtiera en el número uno
de las listas de Género Histórico.
Sois increíbles, siempre os lo digo,
miles y miles de GRACIAS*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Enero 2018

ISBN: 9781973406648

Sello: Independently published

El amor verdadero es paciente, es bondadoso.

El amor no es envidioso, ni jactancioso, ni orgulloso.

No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor.

El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad.

Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera...

Todo lo soporta.

Corintios 13:4-7

Inglaterra 1821. Londres, 8 de febrero.

Donald Richmond se encontraba en la mesa de su estudio contabilizando las últimas inversiones de su empresa familiar. Hacía diez años que se había casado con Anne Norwing y gracias a la dote que ésta había aportado al matrimonio había conseguido salvar la empresa naviera que creó su bisabuelo.

Su empresa se centraba en la importación de especias principalmente, pero con la crisis que les acechaba los últimos seis meses, estaba intentando salir adelante realizando otras inversiones. No se encontraba en su mejor momento y tendría que comenzar a pedir crédito a los bancos si la situación no mejoraba.

Unos toques en la puerta le hicieron perder la concentración del libro de contabilidad. Alzó la vista para encontrarse con los humildes ojos de Nora, una vieja criada que le acompañaba en la familia desde que él tenía uso de razón.

—¿Si, Nora?

—Señor, un hombre llamado Robert Langdon solicita verle, dice que es abogado y tiene que tratar un asunto importante con usted.

Donald frunció el entrecejo, no le sonaba de nada aquel nombre y de momento su empresa no estaba en una situación tan grave como para que le visitaran abogados al respecto. Decidió salir de dudas.

—Hágale pasar, Nora.

Robert Langdon aparentaba ser un hombre de unos cincuenta años. Pelo canoso, bajito, algo gordinflón y con un pronunciado bigote que resaltaba en aquella cara redonda. Iba vestido con un traje formal, la tela no parecía ser de muy buena calidad, pero tampoco era mala. Desde luego aquel hombre no parecía trabajar para la alta nobleza inglesa, tal vez fuera a tratar de venderle algún tipo de inversión.

—Buenas tardes Señor Richmond —saludó cordialmente—. Imagino que se preguntará por qué he solicitado una entrevista con usted sin comunicárselo previamente, pero el asunto del que vengo a tratar es bastante delicado y de gran urgencia.

—Entonces me siento aún más intrigado —dijo con franqueza—. Por favor, siéntese. ¿Le puedo ofrecer un whisky o tal vez, coñac? —preguntó Donald amablemente.

—No, por favor. No se moleste —le aseguró—. Quizá más tarde —Donald asintió con la cabeza mientras le indicaba que se sentara frente a él.

Robert Langdon había realizado un viaje bastante largo y tedioso para realizar aquella visita. Apenas había descansado un par de horas y se había atrevido a no solicitar audiencia con el señor Richmond. Había sido arriesgado, pero la suerte estaba de su parte y esperaba que se tomara la noticia con la mayor naturalidad del mundo. Se dispuso a abrir su maletín repleto de documentos y sacó de este una carpeta, depositándola en la mesa frente a su interlocutor.

—Señor Richmond —comenzó diciendo el abogado haciendo una pausa—. Tengo que comunicarle que, el pasado 3 de febrero, el conde de Ashby falleció en su mansión de Norwand. Puesto que el Conde no ha concebido un heredero varón, el título de Conde Ashby pasará al familiar más próximo por ascendencia, que en este caso será el de su nieto Daniel Richmond —. El abogado hizo una parada en su discurso para ver la expresión del señor Richmond.

—Entiendo. —expresó algo conmovido por la noticia.

—El título Ashby va ligado a las tierras del condado, la mansión familiar y las caballerizas. Estas propiedades no se pueden hipotecar, vender o traspasar, puesto que van vinculadas al título. Así mismo, el anterior conde contribuyó una deuda que asciende a cincuenta mil libras, deuda que deberá saldar el actual conde.

—¡Pero si solo tiene diez años! —gritó sin poder contenerse Donald.

No se lo podía creer. Bueno, sí, casar a ocho hijas poco agradecidas es lo que había llevado a la mismísima ruina al Conde. Pero de ahí a que su hijo tuviera que pagar la deuda, «¡Ni hablar!».

—Dicha deuda se pagará durante los próximos años con lo que se genere de las caballerizas y el arrendamiento de la mansión. Por lo que no debe preocuparse señor Richmond, únicamente no tendrá ningún beneficio hasta que la deuda sea pagada.

Donald respiró algo más tranquilo, ya tenía la soga al cuello con su propio negocio como para tener que acumular deudas ajenas. Al menos aquello estaba solucionado y su hijo podría ser el futuro conde de Ashby.

El orgullo le crecía por dentro, sabía que su hijo Daniel sería el futuro Conde, pero ahora que había llegado el momento le parecía algo increíble.

—Bien, una vez aclarada la cuestión del título, pasemos al punto más delicado.

Donald no dijo nada y esperó a que el abogado continuara hablando. Le había mencionado la muerte del Conde y la deuda que había acumulado. ¿Es que aún quedaba un tema más delicado que tratar?

—*Lady Emily*. La novena hija del Conde Ashby que aún no ha cumplido la mayoría de edad y, por lo tanto, está bajo su tutela señor Richmond. —aclaró el abogado.

—Emily —susurró Donald— La pequeña de las hermanas Norwing.

—Actualmente se encuentra alojada en la casa de una vecina del conde, una vieja amiga de la familia que se ha hecho cargo de la joven temporalmente hasta que decidan traerla a vivir con ustedes. *Lady Emily* estará bajo su tutela hasta que contraiga matrimonio tal y como lo dejó estipulado el conde.

«Otra Norwing», pensó Donald.

Ese hombre buscó insaciablemente un heredero y hasta su noveno hijo fue una mujer. Se arruinó con las dotes de sus poco agraciadas hijas y ahora le tocaría a él, que precisamente se había casado con una Norwing por su dinero, pagar una cuantiosa suma para que otro se casara con la hermana menor de su esposa.

—Imagino que ya se ha celebrado el funeral y entierro del conde —añadió Donald.

—Así es, señor Richmond —aclaró el abogado—. Al entierro solo acudieron tres de sus hijas, ya que como usted bien sabe, existía cierto distanciamiento con ellas debido a su reclusión en la mansión Ashby. Sólo mantenía contacto con la joven *lady* Emily cuando ésta tenía permiso en el internado.

Era cierto, al morir la madre de las hermanas Norwing en el parto de Emily, el conde se encerró más aún en sí mismo. Se endeudó con las dotes de sus hijas y metió a la joven de las hermanas en un internado religioso puesto que decía que al carecer de madre necesitaría una doctrina aún más severa.

Lo cierto era que seguramente la habría querido alejar de él por el resentimiento que tenía hacia la joven, ya que la creía culpable de la muerte de su esposa o eso le había comentado Anne. De hecho, ese era el motivo principal por el que habían dejado de visitar la mansión. Que él recordara, llevaba más de ocho años sin ver a la joven Emily.

¿Qué edad tendría? Se puso a echar cuentas mentalmente. No podría pasar de los veinte, eso seguro, pero no recordaba cuántos años de diferencia mantenía con Anne. En su boda debería tener unos siete u ocho años y ya habían pasado diez años desde aquello.

—¿Me está escuchando señor Richmond? —escuchó de pronto Donald sacándolo de sus pensamientos. Estaba tan concentrado en adivinar la edad

de su cuñada más pequeña que no había prestado atención al abogado del fallecido conde.

—Lo lamento. Estaba intentando recordar la edad exacta de *lady* Emily. Son tantas las hermanas que tiene mi esposa que me resulta imposible recordar las edades de todas ellas —comentó en un tono que incitaba a la broma.

—Tiene razón señor Richmond. Es poco común que se dé la casualidad de tener tantos hijos y todos del mismo género que casi es un mérito para el propio Conde —contestó riendo—. El viejo conde debió hacer algo mal en otra vida para que Dios no le haya concedido ningún varón —añadió el abogado entre risas.

Donald no pudo evitar reírse ante el comentario del abogado porque de hecho opinaba de la misma forma.

—Respecto a su duda, *lady* Emily cumplió el pasado octubre los diecisiete años. Por lo que tendrá usted que proveerla para la próxima temporada ya que estará en una edad casadera y debe ser presentada en sociedad.

«Dinero», pensó Donald rápidamente.

¿No podría haber previsto el viejo Conde una reserva para la última de sus hijas? Una jovencita casadera, lo que le faltaba a él. Tal y como estaba el negocio ponerse ahora mismo a gastar dinero en vestidos, encajes, muselinas y cintas de raso o lo que fuera que llevaban las aspirantes, era lo que menos necesitaba. Daba gracias al señor de que hubiera tenido dos hijos varones y ninguna mujer, pero en cambio le había castigado con una pupila en edad casadera en uno de los peores momentos de su situación financiera.

—Lo entiendo perfectamente señor Langdon. En cuanto le transmita las noticias a mi esposa, decidiremos qué hacer para traer a la joven a casa.

Mientras tanto en la Mansión Ashby...

Emily Norwing había cumplido hacía poco tiempo diecisiete años, por lo que ya había finalizado sus estudios en el internado y, según las normas, estaba preparada para salir al mercado del matrimonio y encontrar un buen esposo.

Debía hacer su presentación en sociedad y encontrar un marido adecuado, pero ella no era tonta. Sabía que su padre estaba endeudado y nadie en su sano juicio se casaría con una Norwing si no había una dote de por medio. Tenía ocho hermanas para corroborar su teoría: ella se quedaría soltera, sola y sin conocer el amor para el resto de su vida.

—Emily, querida —La voz de la señora Hadden se oyó desde el pasillo.

Había ido a la mansión Ashby a recoger sus pertenencias ya que no volvería a aquella casa en una larga temporada. Quizá nunca lo hiciera, ahora que lo pensaba. No sabía lo que el destino le tendría preparado, pero, según les había mencionado el abogado de su padre tras su muerte, la casa sería arrendada para saldar las deudas pendientes, al igual que las ganancias de las famosas caballerizas Ashby.

—Estoy aquí, señora Hadden —dijo Emily sin alzar mucho la voz mientras metía sus pocos vestidos algo raídos en el baúl que un día había sido de su madre. Ser la más joven de sus hermanas, criarse sin madre y educarse en un internado, le había hecho no conocer lo que era vestirse a la última moda, como decían algunas de sus compañeras de clase.

Ella nunca había tenido un vestido nuevo. Siempre había arreglado los de sus hermanas que ya estaban pasados de moda y bastante usados cuando llegaba a heredarlos. ¡Cómo deseaba poder tener un vestido nuevo! Uno realizado exclusivamente para ella a su medida y de su talla por una vez en su vida.

Con el tiempo había descubierto que ella debía de ser la más bajita y delgada de todas sus hermanas con su misma edad, puesto que en todos los vestidos

que heredaba tenía que meter el bajo y entallar la cintura. También se había dado cuenta que tenía que parecerse físicamente más a su madre por los pocos vestidos que se había probado de ella y que le quedaban casi perfectos. Solo había heredado de su padre el mismo color de ojos, algo que no se podía apreciar en el resto de sus hermanas y, sorprendentemente, a su corta edad tenía mucho más busto que ellas, salvo su hermana Rose. Los vestidos de su hermana Rose eran imposibles de aprovechar, ya que eran tan grandes que perdía demasiado tiempo tratando de arreglarlos.

—¡Ah querida!, estás aquí. Mira lo que traigo —Emily alzó la vista y vio que la anciana viuda traía unos vestidos bastante bonitos en comparación a lo que estaba acostumbrada.

—Eran de tu madre —dijo mientras los depositaba sobre la cama de Emily—. Aún recuerdo cuando estrenó éste en su pedida de mano. Estaba tan hermosa con él... ella era muy hermosa Emily, igual que tú. Me recuerdas tanto a ella cuando te miro... —La voz nostálgica de la señora Hadden la ponía triste; sabía que había sido íntima amiga de su madre.

La suerte no había estado de parte de la señora Hadden: su marido murió a los dos años de contraer matrimonio sin poder concebir ningún hijo. Decidió no volver a casarse porque aún amaba a su difunto marido y no tenía familiares cercanos, solo algún sobrino lejano.

—Debió estar preciosa con él —dijo Emily mientras tocaba la suave tela de terciopelo verde esmeralda. El terciopelo volvía a ser tendencia y, aunque el corte del vestido quedaba un poco anticuado, quizá podría arreglarlo. Nunca había arreglado un vestido de su madre, porque su padre se lo tenía terminantemente prohibido, pese a que eran “casi” exactamente de su talla cuando se había probado alguno a escondidas.

—Ella quiso llevar un vestido del color de los ojos de su prometido, el color

de tus ojos, Emily —aclaró—. Deberías llevarlo... con un par de retoques te verás preciosa con él.

—No sé si debería —comenzó a decir Emily—. Padre decía... —dudó si sería correcto coger algunas cosas de su madre, aunque sus hermanas habían arrasado con casi todas las joyas aunque ella había guardado minuciosamente la única joya que le gustaba de su madre. La palpó en su bolsillo a través de la tela del vestido, pensó por un momento que precisamente esa joya sería la que debió llevar su madre cuando lució el vestido de pedida que observaba en ese momento, porque sorprendentemente era del mismo color.

—¡Tonterías! —atajó la señora Hadden—. Tu padre no está aquí para prohibir nada y tus hermanas necesitarían metros de tela para poder meterse en un vestido de tu madre. Por fortuna, tú has salido a ella, después de ocho hijas ya era hora que una se pareciera a *lady* Lynette. Desde luego con tus hermanas el conde no podía negar que fueran hijas tuyas, todas son igual que él, pero tú... tú querida, eres el vivo retrato de tu madre con los ojos de tu padre.

Emily no pudo rebatir nada más, puesto que la mujer metió los vestidos en el baúl y lo cerró dando la orden a su criada de que lo llevaran inmediatamente a su casa.

—¿Tienes todo, querida? —preguntó la anciana en cuanto su criada salió de la habitación.

—Sí, creo que sí —contestó rápidamente.

Miró a su alrededor, su habitación tenía cierto aire infantil. Aún se veían las muñecas con las que había jugado de pequeña, su escritorio con algo de tinta, los libros del internado. Paseó la mirada por el lugar y no creyó necesario que aquellos objetos fuesen a aportar algo más a su vida. Le daba nostalgia

dejarlos atrás, aquello suponía que oficialmente dejaría de ser una niña. Cuando saliera de aquella mansión sería oficialmente una mujer y por lo que el señor Langdon le había dicho, una carga para el marido de su hermana Anne. Por eso pondría todo su esfuerzo por ser amable y ayudar en casa de su hermana, desde ahora sería una boca más que alimentar hasta que se casara, cosa que nunca sucedería desgraciadamente para ella.

—Vamos querida, seguro que lo que te espera fuera de estos muros es toda una aventura. Te irás a Londres y allí la vida no es aburrida como aquí, deberías estar rebosando alegría.

—Lo sé, señora Hadden, pero temo ser una carga para el marido de mi hermana. No tengo dote, ni recursos, ni siquiera un vestuario digno para poder ir a una cena social —suspiró—. Siento que seré un continuo derroche de dinero.

—Querida, no te preocupes tanto. Créeme cuando digo que no necesitas una dote para casarte —concluyó la señora Hadden.

Emily intentó creer las palabras de la vieja amiga de su madre, pero prefirió ser realista. Ningún hombre se casaba con una mujer sin dote, al menos, ningún hombre que se moviera en los círculos respetables de la sociedad inglesa. Siempre podría casarse con un hombre de oficio, pero tampoco podría poner el nombre de su familia a tan bajo nivel. Se tendría que hacer a la idea que sería una solterona y cuanto antes lo asimilara mejor.

—Bueno, es tarde, la señora Jens debe estar refunfuñando porque aún no hemos vuelto para servir la cena —Emily echó una última ojeada a su habitación y salió de esta sin volver la vista atrás. La vida que había conocido hasta ahora se quedaba allí, entre aquellas antiguas piedras que constituían la mansión Ashby.

Donald había mandado llamar a su esposa en cuanto el abogado del Conde Ashby se había marchado de su casa. Creía conveniente informar a su mujer de la muerte de su padre, era consciente que no lloraría en demasía la pérdida puesto que con el paso del tiempo el hombre se había distanciado tanto de ellos que casi convivían sin notar su ausencia.

—Adelante querida —exclamó al sentir que llamaban a la puerta y supuso que sería su esposa.

—Debe ser algo importante cuando me citas aquí, en lugar de la salita de té como es habitual —dijo contrariada.

Anne había entrado en el despacho de su esposo y tomó asiento en el mismo lugar donde minutos antes había estado el señor Robert Langdon. Donald sabía de sobra que a su mujer le ponía nerviosa su despacho, él llevaba todos sus negocios desde allí y prefería no involucrar a su esposa e hijos con sus problemas financieros, por lo que se relacionaba siempre con ellos en otros lugares de la casa.

—Es bastante importante y nos afecta a todos, especialmente a ti y a nuestro hijo Daniel. —aclaró observando como su esposa fruncía el ceño.

—¿Van bien los negocios, Donald? —preguntó preocupada—. Sé que estás pasando una situación difícil con el negocio y he recortado gastos de todo cuanto he podido. Créeme cuando digo que más no puedo hacer. Hasta he limitado comer pescado una vez a la semana —Era consciente de que pasaban por una mala racha, pero confiaba en que su marido saldría adelante. Conseguirían sobreponerse al bache, ya vendrían tiempos mejores.

—No es por eso querida, aunque esta situación no es que nos venga en el mejor momento. Seré directo, porque por mucho que trate de prepararte, al final tendré que decirlo —respiró profundamente y se preparó para ver la reacción de su mujer.

—Está bien —asintió preocupada antes de dejarle continuar hablando.

—Tu padre ha muerto —dijo soltando el aire que había contenido. Notó que su mujer no decía nada, así que decidió continuar—. El hombre que ha venido hace unos momentos era el abogado del Conde, nos informa de la situación económica en la que ha dejado al nuevo Conde de Ashby, es decir, a nuestro hijo Daniel —hizo una pausa—. Al parecer hay una cuantiosa

deuda que pagar pero que afortunadamente se pagará con las ganancias del condado.

—Dios mío —susurró—. ¿Tan mal estaban las cosas? —preguntó un poco incrédula. Su padre había sido uno de los hombres más ricos de Inglaterra, ¿Cómo había podido dilapidar así su fortuna?

—Al parecer, fue bastante considerado con las dotes de sus hijas —comentó Donald delicadamente—. Eso me recuerda el siguiente punto. Tenemos la tutela de tu hermana *lady* Emily, ahora ella es nuestra responsabilidad hasta que contraiga matrimonio.

—¡Dios mío!, ¡Emily!, ¿Dónde está? —Anne se incorporó de la silla preocupada por su hermana menor, llevaba tantos años sin ver a la pequeña Emy como la llamaba cariñosamente cuando era pequeña que de pronto se imaginó a la más joven de las Norwing sola y asustada.

—Tranquila Anne, al parecer ella esta con una vecina. Creo que se trata de una vieja amiga de tu madre que la ha acogido temporalmente hasta que la situación se aclare.

—¡Oh! —exclamó—, debe ser la señora Hadden, me sorprende que aún siga viva. Deberá rondar los sesenta años puesto que era algo mayor que mamá — declaró Anne algo más relajada.

—Bueno querida, esto no nos viene en el mejor momento ya que habrá que presentar a *lady* Emily en sociedad y dispensarle un guardarropa decente, aunque algo limitado por nuestra situación. Esperemos que la joven sea consciente de la situación y se adapte —afirmó Donald a su esposa mientras ésta asentía.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

— Señor —Donald se giró hacia la puerta donde se hallaba Nora, su ama de

llaves y criada desde hacía varios años que acababa de llamarle—. El duque de Sylverston está aquí —confirmó—. ¿Le digo que espere en el salón? O prefiere que...

—Hágalo pasar —contestó interrumpiendo a la criada. Con todo el lío de los últimos acontecimientos había olvidado que tenía una cita con el duque precisamente a esa hora.

—Seguiremos hablando luego, querida. Puedes ir preparando el viaje hacia la mansión Ashby, Nora te acompañará, puesto que yo no puedo moverme de Londres ahora mismo —confirmó a su esposa.

Anne asintió con un gesto de cabeza mientras salía del despacho de su marido, se encontró en la puerta con su excelencia el duque de Sylverston y le saludó cordialmente antes de seguir su camino. El duque y su esposa eran viejos conocidos, aunque Sylverston era demasiado reservado y parecía ser bastante selectivo con sus amistades, afortunadamente su marido formaba parte de dicha selección.

—¡Henry!, ¡Amigo mío! —Donald estrechó la mano del Duque de Sylverston. Llevaban un par de meses sin verse, ya que su excelencia había estado ausente de la ciudad por negocios.

—Donald —contestó con bastante menos efusividad.

Si algo le caracterizaba precisamente al duque era su seriedad, a sus treinta y cinco años se había forjado un carácter que cubría perfectamente sus emociones. El tiempo le había hecho conocer el trasfondo de las personas, por eso era tan selectivo con sus amistades. Donald era uno de los pocos que podía considerar amigo en su selección y no era uno al que le confesara sus pensamientos, pero era sincero y leal, algo de lo que la sociedad Londinense carecía infinitamente.

—Casi me había olvidado de que teníamos una reunión, viejo amigo — comenzó a decir Donald.

El duque prefirió no interrumpir, sabía de sobra que, si no hablaba, su amigo acabaría contando todo sin necesidad de preguntar, de hecho, no tardó en comenzar a contarle los hechos que habían sucedido durante la mañana.

—Así que ahora siento que la soga se aprieta aún más a mi cuello, es por eso por lo que necesito que este negocio salga bien Henry, de lo contrario me veré obligado a pedir crédito y ya me juré una vez a mí mismo que no volvería a hacerlo —confesó.

Precisamente por eso se vio obligado a casarse con Anne, cuando vio que todos los bienes de su familia serían embargados aceptó casarse con la solterona de la temporada cuya dote era la más cuantiosa. Donald miró a Henry detenidamente y se le ocurrió que quizás él podría ayudarlo, el duque era tan rico que hasta le podrían salir los billetes de los oídos y además no poseía cargas familiares como él.

—¿Tu podrías hacerme un pequeño préstamo, Henry? —preguntó con cierta reticencia— Sólo para paliar los gastos de la chica hasta que...

—Donald, sabes que yo no invierto en causas perdidas —atajó seriamente el duque interrumpiendo a su amigo—. Podría prestarte el dinero por la amistad que nos une, pero no me convanzas de que recuperaré el dinero cuando la chica contraiga matrimonio porque si es una Norwing todos sabemos lo que eso significa. Tú más que nadie. —añadió seriamente.

Donald le miró con una sonrisa en los labios. A su excelencia no le podía engañar.

—Esperemos que esa jovencita no suponga mi ruina —contestó dando por finalizada la conversación. Esperaba no tener que pedir prestado dinero a su

amigo como favor por la amistad que les unía—. Ahora hablemos de lo que de verdad es importante, ¿Cómo van las obras?

—Tal como estaba previsto, la semana que viene la fábrica debería estar funcionando y los primeros pedidos de seda deberían salir antes de primavera —afirmó el duque.

—Bien —contestó Donald contento por primera vez en la mañana—. Eso son buenas noticias, las cosas salen bien por una vez. —Se alegró realmente, iban a tener la primera fábrica textil que también suministraba seda y con sus barcos podrían ampliar el negocio tanto en importación como en exportación de las mismas.

—Mañana voy a revisar que todo esté en orden, puesto que llegará la maquinaria. ¿Los proveedores de hilo están avisados? —preguntó Henry.

—Sí, todo va tal como habíamos establecido. Casi no logro creerme que no se haya producido ningún contratiempo —contestó sorprendido Donald. Estaba acostumbrado a que las cosas no salieran siempre a la primera según su experiencia.

—Así son los negocios conmigo. No permito que haya imprevistos, no dejo nada al azar porque no doy opción a ello —aclaró el duque tajantemente. Si algo le caracterizaba, era su afán por controlar todo al milímetro con gran precisión.

El viaje desde la Mansión Ashby hacia Londres era largo y tedioso. Aún más cuando su hermana Anne no paraba de quejarse por los baches y las salpicaduras de barro. Desde luego no era el mejor tiempo para viajar, pero las circunstancias lo habían querido así, nadie puede planificar la muerte de un ser querido. Anne había aparecido hacía dos días en la casa de la viuda Hadden para viajar con ella a Londres, había llegado sola, ya que su marido

tenía negocios que atender y no quería someter a sus hijos a las inclemencias del tiempo, de hecho, no sabía cómo su hermana se había ofrecido a ir, después de todo los lazos de sangre acaban uniendo pese a la distancia, sobre todo por el abrazo que le había dado nada más verla, incluso se echó a llorar diciendo entre lágrimas algo sobre su madre que no logró entender ya que simplemente se limitó a devolverle el abrazo.

—Tus sobrinos están deseando conocerte Emily, a pesar de que son unos diablillos, pronto te acostumbrarás a sus trastadas. Están todo el día realizando diabluras, de hecho, casi han acabado con mi apreciada porcelana china y aunque jamás lo reconozca ante ellos, no puedo enfadarme, una madre termina perdonando todo, lo comprobarás cuando seas madre, entonces sabrás de lo que te hablo —concluyó Anne.

Emily quiso disimular ante su hermana su tristeza, no quería que nadie le recordase las cosas que no tendría, aunque todos se empeñaran en hacerla creer que sí sería posible. ¿No se daban cuenta que hacía daño?

—Seguro que sí. —Se limitó a decir con una sonrisa forzada. No deseaba que su hermana la notara triste, de lo contrario le preguntaría y ella deseaba evitar el tema, puesto que se sentía una carga para ellos como para hablar de su dote inexistente.

Anne le habló de la temporada y lo increíble que ésta era. Al parecer ya había comenzado, pero ella podría hacer su aparición antes de que acabara. Aunque había comentado que no le importaba asistir y esperar a la próxima temporada, su hermana insistió en que debía acudir y comenzar a hacer amistades, era la forma de poder socializar en Londres. Al parecer, si una dama no acudía a los actos sociales no era nadie, según decía Anne.

Anne, Catherine, Megan, Rose, Pamela, Vanessa, Rachel, Miriam y Emily. Nueve hermanas, todas salvo la menor de ellas habían acudido a la temporada

londinense a encontrar marido y sin ninguna excepción, tardaron más de cuatro temporadas en encontrarlo. Tenían grandiosas dotes que aportar al matrimonio y salvo su hermana Rachel, ninguna se casó con un noble. Los rumores corrían como la pólvora de que el conde de Ashby había comprado a todos los maridos de sus hijas. El apellido Norwing parecía pesar sobre los hombros de Emily, era la última que entraba a formar parte de la sociedad, una más buscando marido y esta vez sin dote alguna que aportar al matrimonio.

Hacía unos días que se alojaba en la casa de su hermana. Donald había sido muy amable y parecía encantado con tenerla en casa, al menos era la sensación que le había dado. Anne le enseñaba las rutinas de la casa y la obligaba a coser al menos un par de horas al día, algo que ella agradecía porque era una de sus tareas preferidas. Había tenido tiempo de arreglar los vestidos de su madre y ahora eran sencillamente espectaculares. Sus sobrinos eran en efecto, unos pequeños diablillos encantadores. Le hacían correr por toda la casa jugando al pilla-pilla y acababa con las mejillas rosadas y algo sudorosa de tanto correr por todos lados, pero lo hacía encantada, los pequeños se divertían muchísimo.

Aún no había debutado en sociedad, pero el próximo sábado se estrenaría en Almack's puesto que Susan, la hija de la amiga de Anne había insistido en que asistiera.

Susan Brandon tenía un año más que ella. Era su segunda temporada y decía que el momento más efusivo de ésta, era precisamente en esos momentos, por lo que no había podido negarse. Solo habían encargado hacer dos vestidos, por lo que le había contado Susan, no tendría ni para empezar, pero la situación económica de su cuñado no era buena por lo que había podido apreciar en los pocos días que llevaba en aquella casa. Se limitaría a dar

excusas para no acudir a tantos acontecimientos, de todos modos, no creía que fuese a encajar muy bien en sociedad.

—¡Cuando te atrape, pequeño granuja, te haré cosquillas hasta que no puedas más! —Emily gritaba mientras bajaba las escaleras corriendo detrás de su sobrino que huía despavorido entre risas de su tía.

El pequeño llegó al hall de entrada a la casa y corrió tras la escalera para colarse por la puerta de la cocina. Emily iba a seguir los pasos de su sobrino cuando se dio de bruces con un hombre alto, demasiado alto ahora que reparaba en él. Con unos inmensos ojos grises que parecían estudiarla fijamente.

—¡Oh dios mío! Lo siento mucho, discúlpeme —exclamó abochornada, ¿Cuánto tiempo llevaría ese caballero ahí? Y ella vestida con poco más que un camisón, el cabello suelto y su rostro de recién levantada... ¡Qué vergüenza! Se fue corriendo a la cocina sin dejar que aquel hombre pronunciara palabra alguna, estaba totalmente sonrojada. Le daba tanto corte que la hubiera visto de aquella manera, que prefería no saber de quién se trataba, seguramente sería algún socio de su cuñado.

Henry Sylverston. Sexto duque de Sylverston, acababa de llegar a la casa de su amigo y reciente socio Donald como solía hacer últimamente para discutir los últimos términos del nuevo negocio en el que acababan de embarcarse. Acudir a la casa de su amigo le aportaba cierta nostalgia, le recordaba la familia y esposa que él jamás tendría. Era un hecho que nunca se casaría, las cosas habían sucedido de tal modo que su destino sería ese.

Estaba esperando en el hall de entrada a la casa cuando escuchó los pequeños gritos de una joven. Se giró y vio bajar al pequeño Richmond por las escaleras y detrás de él le seguía una joven; era menuda, aproximadamente un metro sesenta, de constitución delgada pese al camisón holgado que llevaba y

el cual dejaba bastante poco a la imaginación, el cabello lo llevaba suelto, definitivamente acababa de levantarse de la cama o eso parecía por su aspecto. Vio como el pequeño se escabullía a lo que él intuía sería la cocina y notó un golpe en su costado. Se giró para contemplar de frente a la joven, creyó morir en ese instante porque debía encontrarse definitivamente en el cielo, ella era la mujer más bella que había visto en toda su mísera existencia.

Sus cabellos ondulados caían de forma graciosa entre su perfecto ovalado rostro, con unos ojos grandes y enormes de un color tan verde que invitaban a perderse en ellos. Su nariz pequeña y chata era simplemente maravillosa, sus pómulos altos y marcados, pero lo que más le impresionaron fueron sus labios. Aquellos labios habían sido creados para ser besados, ¿Se estaba volviendo loco? ¿Era ella real? Notó que le decía algo, hasta su voz era infinitamente deliciosa. La siguió con la mirada mientras se perdía por donde se había ido anteriormente el hijo de los Richmond, ¿Quizá fuera aquella joven la niñera?, Si era así, no entendía qué hacía la niñera aún en camisón a las nueve de la mañana.

—Henry, te estaba esperando —habló Donald.

La voz de su amigo le hizo reaccionar y apartar la vista de la puerta de la cocina. Por un momento, solo un breve instante quiso seguir a aquella joven. No sentía esa sensación desde hacía tantos años que aún seguía confuso, es más, probablemente nunca habría sentido esa sensación tan intensa en su vida.

Estuvieron toda la mañana discutiendo los términos de la apertura de la nueva fábrica, todo estaba saliendo muy bien y en dos días podrían estar a pleno rendimiento si nada fallaba, algo que era impensable si el duque Sylverston se encontraba al mando. Henry notó que su amigo estaba más contento de lo habitual, ¿Tendría algo que ver la joven que había visto en el hall? Nunca se

le había dado bien preguntar cosas para sonsacar información, habitualmente la gente lo hacía de manera natural, pero se moría de ganas por saber más de aquella joven de belleza inaudita.

—Ya que hemos discutido todos los términos me marchó, es casi la hora de almorzar y no quiero entretenerme más de lo necesario —dijo Henry mientras se levantaba de su asiento y recogía un par de documentos.

—Tonterías, Henry. Tú nunca molestas, de hecho, es algo tarde, así que te quedas a almorzar con nosotros. Avisaré a Nora, seguro que no hay inconveniente por poner un plato más en la mesa.

—No quiero molestar Donald, prefiero venir otro día cuando haya sido debidamente invitado —No le gustaba entrometerse en la vida familiar, sobre todo por la nostalgia que le generaba.

—Sabes de sobra que tú nunca molestas —insistió Donald—. Además, es tarde, tu casa está lejos y a estas horas no encontrarás mesa en el club, puesto que estará abarrotado.

Sylverston no estaba acostumbrado a que le insistieran, normalmente cuando él decía no, era no. Pero Donald parecía haber cogido la suficiente confianza como para que su no, pudiera ser transformado en un sí. No insistió, quizá lograría ver a aquella belleza de nuevo, después de todo, al pensar en ella recordó que llevaba dos meses desde que dejó a su última amante y debía encontrar otra para saciar su apetito. Así lo evidenciaban sus pantalones al recordar a la joven en sus pensamientos, que necesitaba urgentemente encontrar una sustituta.

—La mesa está lista, señor —anunció Nora en el despacho de Donald.

Dejaron sus vasos de coñac en la pequeña mesita de bebidas y fueron hacia el comedor. Cuando Henry entró vio a la Señora Richmond acompañada de

Daniel y John, los hijos del matrimonio que ya tenían edad suficiente para sentarse en el comedor. Al lado de los pequeños estaba aquella joven deliciosamente hermosa de nuevo, pudo apreciar como ella al verle se sonrojaba, evidentemente sentía vergüenza al encuentro, pero fingiría no conocerla, sería un pequeño secreto entre ambos del cual nadie tendría por qué enterarse.

—Henry, te presento a mi querida cuñada, *lady* Emily. Querida, él es un gran amigo mío además de socio, su excelencia el Duque de Sylverston. —Henry saludó formalmente a la joven, así que ésta era la hermana pequeña de la esposa de Donald. ¿Quién lo diría?, no parecía una Norwing... en absoluto.

Ella era como la noche y el día respecto a sus hermanas, definitivamente no era hija del conde, eso sería lo más razonable a pensar. Recordó el rostro del viejo conde cuando lo vio hace años, no se caracterizaba por ser precisamente apuesto sino todo lo contrario, aunque sus ojos eran de un color verde llamativo, un verde bastante peculiar y reconoció a sí mismo que aquella joven sí era hija de él, sus ojos eran exactamente los que tenía el difunto conde de Ashby.

Emily se sentía turbada. Aún peor que antes, después de saber que aquel hombre era un duque, ¡Dios mío! ¡Qué metedura de pata! Ni siquiera había sido presentada en sociedad y ya la había visto un duque en camión de estar por casa.

«Seré el hazmerreír de la familia a este paso», se recriminó a sí misma.

Por suerte, el duque no hizo ningún comentario al respecto, al parecer era un hombre educado además de apuesto. Ahora que lo podía observar detenidamente, se dio cuenta de lo demasiado apuesto que era y le resultó extraño sentirse atraída por un hombre bastante mayor que ella, ¿Qué edad tendría? Seguramente debía rondar la treintena, tal vez algo más, quizá

consiguiera averiguar la edad del duque preguntando a su hermana, ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? Era evidente que sí, un hombre así debía conservar su título y debía comenzar pronto a tener herederos para perseverarlo.

—Emily, querida, ahora que somos uno más en la mesa deberás sentarte frente al duque.

La voz de Anne la sacó de su ensimismamiento, ¿Por qué pensaba en aquellas cosas? «Céntrate Emily», se dijo a sí misma. Un duque estaría completamente fuera de su alcance, de hecho, cualquier miembro de la alta sociedad estaría fuera de su alcance tuviera título nobiliario o no.

—Le doy mi enhorabuena, señora Richmond, la comida estaba deliciosa y el postre, simplemente sublime —habló Henry.

Lo cierto era que no lo decía solo por quedar bien, realmente había sido una comida deliciosa. Podía casi asegurar que había sido tan deliciosa debido a las vistas que le acompañaban, pero intentó por todos los medios evitar mirar a *lady* Emily para que no se notara su interés en la joven. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan atraído por una mujer que casi no lo recordaba. Definitivamente debía buscarse una amante o recuperar la que había dejado, aquella joven estaba totalmente fuera de sus posibilidades. Ella estaba allí para encontrar marido y él había jurado que jamás se casaría, eso sin mencionar que era familia de su actual socio y amigo.

—Se lo agradezco *lord* Sylverston. Aunque el postre se lo debería agradecer a mi hermana, al parecer en el centro donde realizó sus estudios creyeron oportuno que las jovencitas aprendieran repostería. Creo que mi marido ha ganado peso desde que se aloja con nosotros —dijo Anne entre risas provocando en el duque una leve sonrisa.

Henry dirigió su mirada de la señora Richmond a la joven, que le observó con

aquellos ojos verdes y sus mejillas ruborizadas por el comentario. Sintió entonces un tirón en su entrepierna y decidió que era el momento de irse o definitivamente se volvería completamente loco.

—Me alegro haber probado uno de sus postres, *lady* Emily y espero poder deleitarme en otra ocasión con uno de ellos. Ahora si me disculpan, tengo algunos asuntos que resolver de bastante importancia —dijo a modo de despedida mientras se levantaba de su asiento evitando en todo momento mirar a la joven de nuevo. Necesitaba huir, salió de allí deprisa y corriendo sin volver la mirada hacia atrás, como si le hubiera poseído el diablo.

La noche del sábado había llegado. Emily estaba nerviosa, no sabía si su vestido de terciopelo verde sería adecuado para la ocasión, aunque Anne le había comentado que no se preocupara por ello, aquel tejido comenzaba a volver a ser tendencia pese a que todavía no lo llevaran todas las jovencitas de la sociedad. No sabía si había hecho bien en dejar los hombros del vestido al descubierto, las clases de corte y confección del internado le habían servido para poder arreglar los vestidos de sus hermanas, aunque nunca había tenido la oportunidad de realizarse uno completamente nuevo al no disponer

de tela suficiente, pero ardía en deseos de que le llegaran nuevas prendas. Solo iba a tener dos, uno de día y otro de noche, pero para ella tener dos vestidos exclusivamente suyos sin haber pertenecido con anterioridad a nadie era el mejor regalo que podrían hacerle.

—¡Oh Emily! —exclamó Anne— ¡Estas preciosa! El vestido combina tan bien con tus ojos y me recuerdas tanto a mamá, eres su viva imagen.

Lo cierto era que tanto la señora Hadden como Anne, insistían tanto en el parecido con su madre que ella simplemente no decía nada. Nunca había visto a su madre, no había ningún retrato de ella por casa, su padre los había retirado todos porque decía que no soportaba verla sin poder tocarla. Así que creció sin saber cómo había sido la condesa de Ashby. En ocasiones, su padre le recriminaba que la muerte de su madre se debía exclusivamente a ella, tenía la certeza de que el conde prefería que hubiera muerto en aquel parto su hija y no su esposa, pero en los últimos años de vida la trató con cariño. De hecho, en ocasiones la llamaba por el nombre de su madre, probablemente porque le recordaba a ella y por no contradecirle, asentía cuando se lo decía.

—¿Seguro que no seré el hazmerreír de la sociedad inglesa?, Anne, no quiero ser una vergüenza para la familia, prefiero quedarme en casa, seguro que haré algo mal, o no sabré comportarme, o diré algo incoherente... —exclamó indecisa. Emily tenía miedo, nunca había asistido a un baile, ni a una reunión social y mucho menos a un acontecimiento donde iría tanta gente.

—¡No digas bobadas Emily Norwing!, ¿Por qué ibas a ser una vergüenza para la familia?, Eres mi hermana, aunque por edad podría ser tu madre, pero eso no quita el hecho de que seas mi hermana pequeña, yo voy a cuidar de ti y Susan estará también allí. Deja de preocuparte por cosas que aún no han pasado y disfruta de la velada querida. Ahora vamos, que Donald debe estar preguntándose porqué tardamos tanto en bajar.

El carruaje de los Richmond paró en la puerta de Almack's para que las damas bajaran, Anne le había prestado a Emily una toca de pelo de ciervo blanco para que hiciera conjunto con su atuendo y unos guantes del mismo tono. Habían optado porque Emily llevara el pelo un poco recogido ya que sus ondas naturales eran demasiado bonitas para no lucirlas en todo su esplendor. Como única joya, la joven llevaba el colgante de su madre con forma de diamante cubierto de pequeñas piedras preciosas y en el centro una gran esmeralda del mismo color que el vestido, tan similar al de sus peculiares ojos.

Fueron mencionados antes de bajar la gran escalinata que conducía al salón donde se celebraba el baile social. Algunas personas se giraron al oír el apellido Norwing, Emily cogió aire y lo expulsó poco a poco, prefirió mirar los escalones por si se le iba un pie y cometía la imprudencia de rodar escaleras abajo. Se agarró aún más fuerte al brazo de su cuñado Donald, éste lo sintió y le colocó la mano sobre la suya para calmarla. Cuando llegaron al salón se movieron entre la gente, escuchaba como su hermana Anne saludaba a algunas conocidas y su cuñado las dejó para ir por algunos refrescos. Comenzaba a estar nerviosa rodeada de tantos desconocidos que la miraban disimuladamente. Podía notarlo, incluso sentirlo y en ese punto deseó marcharse, sentía unas enormes ganas irrefrenables de salir huyendo de allí porque de algún modo presentía lo que todos estarían pensando de ella.

—¡Emily! ¡Emily! —La voz de la señorita Brandon entre la gente hizo que ésta la buscara hasta que finalmente apareció ante ella—. ¡Ven conmigo! te presentaré a mis amigos —dijo cogiéndola del brazo sin permitirle hablar siquiera—. ¿Señora Richmond, puedo llevar a *lady* Emily al centro del salón?

—Vayan queridas y disfruten del baile. —Anne estaba demasiado entretenida con una conocida que llevaba años sin ver que no le importó perder de vista a Emily estando en compañía de la hija de su amiga la señora Brandon.

—Estás espléndida, Emily. Preveo que esta noche tu carnet de baile se llenará muy pronto.

—Lo cierto es que lo dudo mucho —contestó dejándose arrastrar por Susan

entre la gente—. Pero tú sí estas realmente hermosa —añadió observando el vestido de muselina amarilla de Susan, aunque el color resultara favorecedor en ella

El transcurso de la noche estaba siendo mejor de lo que esperaba. Susan había tenido razón y su libreta de baile estaba llena, parecía que por algún motivo algunos amigos de la señorita Brandon mostraban interés en ella, quizá había sido la propia Susan la que les había prevenido para que no se sintiera demasiado sola en su debut. Se lo agradecía enormemente porque su principal miedo de no ser aceptada, apartada de la sociedad y hacer el ridículo, estaba comenzando a evaporarse

William Barnes, cuarto Barón de Brightdawn se encontraba en Almack's por petición expresa de su madre o más bien para que ésta le dejara en paz durante algunos días. Estaba colmando su paciencia e incluso se había llegado a plantear en dejar que le buscara una esposa y así solucionar su incesable parlotearía diaria sobre la importancia de engendrar un heredero. Aquel lugar no era en absoluto su ambiente, aunque había ido en más de una ocasión, sobre todo por conservar las apariencias ante la sociedad londinense. Divisó de lejos a su prima Susan, al menos tendría un grupo con el que charlar. Solía tener bastante éxito entre las damas a pesar de que a él no le interesara el matrimonio o formar una familia, pero hacía todo lo posible por aparentar que sí sentía ese deseo al menos en sociedad.

—¡Querido William! ¿Tú por aquí? No me lo digas, ¿Tía Petunia? —terció Susan.

La joven Brandon se echó a reír ante el encogimiento de hombros de su primo William.

—Tan adorable como siempre prima. Por cierto, me encanta el corte de tu vestido, pero el amarillo no es tu color querida —contestó con una risa

burlona.

Una sombra verde llamó su atención y divisó a una preciosa joven que nunca había visto anteriormente. Sencillamente era deliciosa, su hermoso rostro y su innato estilo al caminar le decían que era un diamante en bruto que debía ser delicadamente pulido.

—¡Oh William!, veo que en el fondo eres como todos, te rindes ante la belleza femenina —el susurro de su prima Susan en su oído derecho le hizo volver al presente.

—¿Quién es? —pensó que fingir interés por la joven no estaba mal para mantener su fachada de noble inglés buscando esposa para perseverar el título.

—*Lady Emily* es la menor de las hermanas Norwing.

—No puede ser una Norwing —contestó un estupefacto William volviendo la mirada hacia su prima—. Es imposible, ella es... —se quedó simplemente sin palabras.

—La viva imagen de la difunta condesa —sentenció Susan—. O eso es lo que dijo mamá cuando la vio la otra tarde en casa de los Richmond, allí se hospeda junto a su hermana.

—Pues ya podrían haber heredado algo de su madre sus hermanas porque son un adef... ¡¡Auch!!

—¡Lo siento querido primo! ¡Ha sido sin querer! —exclamó Susan algo apenada, aunque con voz completamente fingida—. Sabes que soy una patosa innata —añadió—. Emily querida, deja que te presente a mi primo favorito, el Barón de Brightdawn, William Barnes.

Emily observó al primo de Susan, verdaderamente era un hombre muy apuesto. Alto, rubio, ojos marrones y sonrisa pícaro, sin duda debía tener a

todas las jóvenes damas a sus pies.

—*Lady* Emily, es todo un placer que una belleza como la suya deleite nuestros humildes ojos —dijo el barón mientras se inclinaba para posar un beso en su mano enguantada sin apartar la vista de ella.

Emily sintió como se ruborizaba, no estaba acostumbrada a los halagos y menos si provenían de alguien tan apuesto como *lord* Barnes.

—Es usted muy considerado *lord* Barnes, —sus palabras aún sonaban tímidas — Es todo un honor conocerle.

—Agradézcamelos concediéndome la siguiente pieza —respondió el barón.

—¡Oh querido primo! —intervino Susan—. La lista de Emily se llenó en cinco minutos y tú por desgracia, llegaste tarde —inquirió.

William hizo una mueca de disgusto. Comenzaba a interesarse por aquella joven, quizá ella podría ser la elegida para... Bueno, tendría que conocerla aún más a fondo para determinarlo.

—Entonces le ruego que me conceda una cita mañana, solo un pequeño paseo por Hyde Park.

La mirada de Emily pasó de *lord* Barnes a Susan, que la inducía con gestos afirmativos a decir que sí.

—Será un placer *lord* Barnes. —contestó al fin.

—Lámeme William, por favor. Me gusta que mis amigos me llamen así y a usted deseo considerarla mi amiga —exclamó.

Emily afirmó con la cabeza, pero no le llamó por su nombre, era demasiado pronto para los formalismos y menos aún con un caballero que pertenecía a la nobleza.

No muy lejos de allí Henry Sylverston se sentía satisfecho esa noche, había

conseguido que su ex- amante Patricia volviera a serlo. Tampoco le había costado mucho, de hecho, incluso menos de lo que pensaba, solo un guardarropa nuevo y algunas joyas, a fin de cuentas, todas las mujeres eran igual de interesadas; esposas, amantes, prometidas... A todas se las podía comprar según su experiencia, Patricia no era menos, aunque ahora que acababa de estar con ella, su belleza era incomparable a la de la joven *lady* Emily. ¿Por qué pensaba aún en aquella dulce joven? Lo cierto era que se había sentido bastante atraído por ella, algo que no le ocurría desde Sophie, hacía demasiados años de eso, tantos que casi había llegado a perder la cuenta.

Venía ensimismado en sus pensamientos camino a su club cuando vio salir por la puerta a dos de sus viejos amigos; Michael Callaghan y Robert Benedict con los que hacía tiempo que no se divertía, parecían reírse de algo bastante gracioso al parecer.

—¡Ey Henry!, ¡Vente con nosotros! —dijo Michael mientras le echaba el brazo por el hombro y su olor a whisky delataba que habían estado bebiendo.

—¿Se puede saber dónde? —Henry estaba seguro de que aquel par de dos, no tramaban nada bueno. Hacía tiempo que no se animaba a correr una de sus salidas, quizá la madurez de su edad no era la misma que la de sus amigos, ya que él era unos cuantos años mayor que ellos.

—Robert ha perdido una apuesta, así que vamos a Almack's, donde todas las jovencitas de buena sociedad se encontrarán buscando esposo. Debe cortejar esta noche a la dulce Grettell Whitman. —contestó mientras se carcajeaba de sus propias palabras y veía como su amigo hacía una mueca casi de dolor ante el acontecimiento que le esperaba.

Henry hizo una mueca, sabía que Robert detestaba aquella joven insolente y engreída, por lo que aquello le pareció algo divertido. Además, estaba el

hecho de que Michael se reiría de aquella noche durante mucho tiempo y quería verlo en primera persona. Pese a los inconvenientes de aparecer en Almack's para alguien como él, puesto que podrían pensar que buscaba esposa cuando estaba mucho de la realidad, advirtió que el riesgo bien merecía la pena.

Era casi medianoche cuando llegaron al lugar. El salón estaba repleto, al fondo se veían numerosas parejas bailando y en otra zona de la sala, las matriarcas de la familia entradas en años se abanicaban coquetamente a la par que bebían y probablemente despotricaban sobre la sociedad londinense. Los pocos hombres casados se mantenían aislados cerca del bar y las jovencitas que buscaban esposo, pero no habían sido invitadas a bailar pululaban alrededor de las parejas de baile.

—Por un momento creí que mi vista me fallaba amigo mío ¿Qué haces aquí Henry? —exclamó Donald

Henry estrecho la mano de Richmond mientras veía como sus amigos se alejaban para buscar a la joven de la apuesta.

—Decidí acompañar a unos amigos que debían asistir —admitió sin darle más importancia—. Por cierto, mañana debemos reunirnos sin falta para concretar los últimos detalles de la fábrica. —Aprovechó para comentarle a su socio—. Y ahora que lo pienso... ¿Tú qué haces aquí? —desde luego Donald era la última persona que pensaba encontrarse en aquel lugar, sobre todo porque al inicio de la temporada era frecuentado por jóvenes casaderas buscando esposo.

—Estaré en mi despacho toda la mañana —contestó Donald—. El Rubí atracará en el puerto a primera hora de la tarde por lo que me ausentaré el resto del día para comprobar los detalles —le dijo mientras daba un pequeño sorbo de su copa y parecía algo agotado—. Pensé que para estas horas ya

podríamos irnos, pero mi cuñada ha tenido más éxito del esperado y tiene la lista de baile completa, por lo que creo que hasta dentro de una hora como mínimo no podremos marcharnos aún —confesó Donald pensando que se refería al hecho de estar aún en el baile.

—Cierto, la presentación de *lady* Emily. —susurró.

Así que la bella joven estaba allí, al menos se podría volver a deleitar un poco la vista. No le extrañó que tuviera la lista de baile llena, los caballeros de aquella sala no debían ser en absoluto ciegos, él desde luego no lo era. Se disculpó con su socio Donald y concretaron verse a la mañana siguiente, mientras buscaba a sus amigos observaba en todo momento el salón de baile, quizá viera a *lady* Emily entre pareja y pareja.

Creo que mañana me reiré hasta la saciedad de Robert —dijo Michael divertido—. Mírale —señaló.

Henry divisó a Robert cabizbajo bailando con una joven poco agraciada que parecía bastante sonriente. Por un momento le dio pena la pobre muchacha que se haría vanas ilusiones con su amigo Benedict por el simple hecho de haberla invitado a bailar.

Una sombra verde captó su atención y se fijó en el color del vestido que lucía la joven que lo portaba. «Ese color» se dijo. Era tan similar a los ojos de... ¡Espera un momento! ¡Era ella! ¡Emily llevaba un vestido del mismo color

que sus ojos! «Está exquisita» se repitió mentalmente.

Estaba aún más hermosa que el día que la había conocido si es que eso era posible. Tuvo un remordimiento por dentro al pensar que ella jamás podría ser para él, nunca se había arrepentido de la decisión que tomó en su día, pero en aquel momento sentía rabia por desear algo que no podría tener.

No perdió de vista a la joven en todo momento, su pareja de baile era mediocre en comparación con los movimientos tan gráciles de ella y pese a ello, no perdía su sonrisa. Parecía encantada con su pareja de baile y sintió envidia de aquel joven mediocre que seguramente no habría cumplido la veintena.

Emily debió decirle algo a su pareja de baile puesto que se alejó de él sin su compañía y se dirigió al pasillo que llevaba a los excusados. En un impulso que ni él mismo sabía de dónde venía, la siguió. No sabía por qué lo hacía, pero siguió a su instinto, vio a cierta distancia como la joven en lugar de dirigirse hacia los excusados giro hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Guardando cierta distancia con ella, la persiguió sigilosamente y vio como buscaba algo o quizá, alguien. ¿Se encontraría furtivamente con algún joven? Descartó la idea cuando vio cómo la joven salía al balcón de uno de los salones casi desesperadamente y escuchó su inspiración al tomar aire fresco, parecía que se sentía ahogada entre tanto baile, de ahí que se hubiera escapado sigilosamente y sola para su desdicha o fortuna según se pudiera apreciar.

La observó durante unos minutos. Estaba silenciosa, mirando hacia los jardines, pero no parecía tener la vista fija en nada particular. Él solo tenía ojos para ella, se encontraba medio escondido en la oscuridad que le proporcionaba el saloncito, pero en cambio, ella estaba iluminada por la luz de la luna llena que lucía afortunadamente para él esa noche. ¿Por qué

diantres tenía que ser tan hermosa? ¿Y por qué le hacía sentir cosas que llevaba casi catorce años sin experimentar?

—No debería estar aquí sola mi *lady*. —No supo por qué habló, pero algo en él le hizo querer acercarse a ella. Notó como la joven se sobresaltó al escuchar su voz mientras se giraba. Pareció calmarse y sentirse algo más tranquila al reconocerle.

—¡Oh, es usted su excelencia! —hizo una pausa—. Lo siento, es que sentí que, si permanecía un minuto más en ese salón, me desmayaría de un momento a otro —dijo sinceramente—. No me han dejado descansar ni un minuto y realmente lo necesitaba —aclaró por si había alguna duda.

—Si por mi fuera la acompañaría muy lejos de aquí y la llevaría a un lugar seguro —contestó. No mencionó que ese lugar seguro fuera su cama, pero sus ojos lo dijeron claramente sin poder evitarlo. Esperaba que aquella inocente joven no supiera leer entre líneas—. Pero creo que estaríamos en boca de todos mañana y no creo que eso nos convenga a ninguno de los dos. —Y menos a él que no podría ser un caballero—. Además, dudo que a Donald le entusiasme la idea —concluyó.

Emily le observó detenidamente, fijándose en que sus ojos grises brillaban aún más a la luz de la luna. ¡Era tan increíblemente apuesto! Su estómago comenzó a revolotear como si tuviera mil mariposas dentro, ¿Qué era aquella sensación? La idea de poder tocar y acariciar su rostro le pasó por la mente y sintió unos deseos incontrolables de hacerlo, pero se contuvo.

—No, desde luego que no pretendo ser una molestia para usted —dijo apresuradamente—. Imagino que me habrá seguido en calidad de amigo de Donald para ver que no corría ningún peligro. Le prometo que no volverá a suceder *lord Sylverst*...

—Usted jamás sería una molestia sino todo lo contrario —interrumpió su respuesta antes de que ella pronunciara su nombre.

Emily notó como el duque se acercaba a ella, le miró sin entender, seguramente estaría siendo tan amable debido a la amistad con su cuñado. «Alguien como él, jamás se fijaría en alguien como yo» se dijo mentalmente al mismo tiempo que cada vez estaba más cerca de ella.

Henry sintió como el deseo por la joven se incrementaba. Sus ojos verdes brillaban con la luz de la luna, en armonía con los destellos de la única joya que la acompañaba. Sus mejillas sonrosadas ligeramente eran dulces pero aquellos tentadores labios eran sencillamente deliciosos. Sin querer se había acercado a ella más de lo que las estrictas normas aconsejaban para no ser descortés, era consciente de que no debía estar allí, de que no debía hablar con ella, ¡Dios! ¡Sí era casi veinte años menor que él! Y ahí estaba... como un joven inexperto que no era capaz de controlar sus impulsos.

—*Lady Emily*, ¿Sería capaz de guardar un secreto? —preguntó el duque.

La pregunta tomó por sorpresa a Emily.

—Sí —dijo cuando pudo reaccionar—. Claro que sí —contestó.

—Prométame que nadie sabrá esto —dijo esperando una respuesta.

Emily alzó una ceja y supuso que se referiría al encuentro que mantenían allí los dos solos. Definitivamente no sería conveniente mencionarlo ni siquiera a Susan o a su hermana Anne, a pesar de lo inocente del mismo. Supuso que lo decía porque él se vería comprometido de alguna forma.

—Por supuesto su excelencia. No tiene por qué preocuparse, nadie lo sabrá. Será un secreto entre usted y yo.

Dicho esto, sintió como el duque posó su mano sobre su cintura atrayéndola hacia él. Ella notó un cosquilleo en aquel instante, pero no fue capaz de hacer

ningún movimiento, vio cómo su cabeza se inclinaba y los dedos de la mano del duque rozaron su mejilla alzando así su mentón para que lo mirara directamente a los ojos. Apreció el momento en el que él acercaba su rostro al suyo y notó el peso de sus labios sobre los suyos justo en ese instante, era dulce, deliciosamente dulce, notó la presión suave del principio. Ese era su primer beso y se lo estaba dando un duque.

Henry había perdido el control de sí mismo, pero le daba igual, si no la besaba iba a enloquecer. Aquella deliciosa joven le torturaba con su belleza e inocencia. Sin lugar a duda por la inexperiencia de sus labios, aquel debía ser su primer beso. Forzó que la joven entreabriera los labios para permitirle un mayor acceso a su boca y en cuanto lo consiguió aumentó la fiereza de su beso al dejarse avasallar por las sensaciones que ella le transmitía.

La aprisionó contra el bordillo del pequeño balcón. Un gemido profirió de los labios de la joven y fue suficiente para que él perdiera el poco sentido común que aún le quedaba. Metió su lengua abriéndose paso entre sus dientes, se sentía maravillosamente bien. Hacía tantos años que no se sentía así que casi notó cómo volvía a la vida de nuevo, renaciendo entre sus cenizas.

Acarició la cintura estrecha de ella acercándose aún más a su cuerpo, quería sentirla completamente, ¡Dios del cielo! ¡Quería todo de ella! Era aún más deliciosa que como la había imaginado en su retorcida mente y pese a su inexperiencia parecía entregarse a él, eso lo hacía querer ansiar más, mucho más de ella.

Emily sentía que iba a desfallecer, la lengua del duque estaba haciendo cosas maravillosas con la suya y se sentía demasiado bien para parar. Una sensación extraña comenzó a recorrer su cuerpo, notaba los músculos del pecho del duque contra su cuerpo. Todo él era duro y firme, sus manos subieron de su pecho hacia el cuello para atrapar así la fiereza con la que la

estaba devorando y los estaba consumiendo. La idea de tocar su cabello tomó forma y subió sus manos enredándose en los cabellos del duque. Un gemido sofocado escapó de sus labios y notó como él, la estrechaba aún con más fuerza. De pronto se escucharon unas risas en el jardín y seguidamente sintió el abandono de sus labios, así como el peso del cuerpo del duque se alejaba lentamente de ella.

No podía reaccionar, aquella había sido la experiencia más gratificante y placentera de su vida, aún no lo terminaba de asimilar.

—Lo siento, no debí hacerlo, perdóneme *lady* Emily —dijo antes de desaparecer dejándola sola, exhausta y realmente confundida.

Emily daba vueltas en su cama aquella noche sin dejar de pensar en aquel insólito beso que había tenido a escondidas con el duque en aquella terraza de Almack's, ¿Lo había soñado? No... desde luego que no, había sido muy real.

Aunque había sido tan dulce, tan intenso y tan embriagador que había llegado a pensar que sí. El duque debía ser bastante mayor que ella, pero eso no le importaba, es más, estaba bien visto que una joven sin recursos se casara con alguien mucho mayor o que incluso doblara su edad, aunque solo fuera por dinero cosa que desde luego era lo último en lo que podía pensar. Ni siquiera sabía la edad exacta del duque y la curiosidad le hizo querer averiguarlo, aunque no le importase en absoluto, por ella, bien podría tener sesenta años, aunque fuera consciente que desde luego no los tenía.

Se dejó llevar por sus ensoñaciones, pensando en su futuro con el duque, ¿Viviría en una mansión? ¿Sería duquesa?, pero lo más importante era ¿Se casaría con un hombre que le gustaba? Sí, el duque tenía algo que la atraía y definitivamente le deseaba. Además de ser condenadamente guapo tenía un poder enigmático que parecía atraerla cual polilla a una vela y desde luego acabaría quemándose... de eso estaba segura.

Recordó las últimas palabras del duque ante de irse, imaginó que su perdón debería ser porque aquel beso no entraba en las normas estrictas de un cortejo. Si alguien los hubiera visto ahora mismo estarían comprometidos, pero desde luego ella se lo perdonaría, es más, estaba ansiosa porque volviera a besarla. Nunca pensó que los besos podrían ser tan deliciosos y tendrían toda la vida para darse aquellos besos tan ardientes una vez se hubieran casado, ¿Pediría pronto el duque su mano a su cuñado Donald? Tal vez primero decidiera cortejarla un tiempo prudencial, para posteriormente proponerle matrimonio. Sí, eso sería lo más adecuado en su situación.

Un pensamiento cruzó por su cabeza, ¿Le importaría al duque que ella no tuviera dote? Tal vez no estuviera al tanto de su situación económica, por lo poco que había oído sobre él, parecía ser un hombre bastante acaudalado. Vivía para sus negocios y el ducado, de forma que no buscaba a una joven adinerada, ¿Sería tan afortunada por una vez en la vida? Con esos pensamientos se abandonó finalmente al sueño en el que un caballero de ojos grises era el protagonista.

—¡Levanta perezosa! —escuchó de pronto Emily.

La voz del ama de llaves junto a los rayos que se filtraban por la ventana hizo que abriera sus ojos poco a poco, sentía que no había dormido más de un par de horas y recordó que tardó bastante en quedarse dormida, seguramente tendría unas ojeras demasiado apreciables.

—Buenos días a ti también Nora —dedicó una tierna sonrisa al ama de llaves y ésta no pudo reprimir devolvérsela.

—Vamos mi *lady*, el joven barón de Brightdawn la espera dentro de treinta minutos. —Emily saltó de la cama corriendo hacia la palangana para refrescarse rápidamente.

—¡Voy a llegar tarde! —gritó mientras se echaba agua en la cara y se frotaba para secarse rápidamente.

—Por suerte han llegado sus vestidos a primera hora, así que podrá estrenar el de color melocotón para ir a pasear con el barón.

Emily le dio una gran sonrisa llena de entusiasmo a Nora. Se sentía como una niña con zapatos nuevos al poder estrenar un vestido nuevo elegido por ella, el color melocotón resaltaba en su piel y combinaba muy bien con su tonalidad de pelo castaño. Además, el corte se ajustaba muy bien a su estrecha cintura y el escote en forma de corazón acentuaba su pecho, aunque obviamente llevaría una camisola de seda en el mismo tono debajo para que no se viera nada inapropiado.

Nora le trajo el desayuno a la habitación mientras se terminaba de ajustar sus nuevas botas con algo de tacón; eran preciosas de cuero marrón y cordones en tonos claros, una lástima que no se vieran con tantos metros de tela por encima. Tomó un poco de zumo de naranja, su té y algunas pastas antes de que escuchara sonar el timbre, se miró al espejo y se sintió satisfecha con el resultado, aunque se pellizcó un poco más las mejillas y dio unos toques de perfume de lavanda a su pelo antes de salir de la habitación y bajar las escaleras.

El Barón de Brightdawn la esperaba en el hall de entrada con un pequeño ramo de flores silvestres, a ella le pareció tan dulce y detallista que casi sintió remordimientos por salir con él. No quería crear falsas ilusiones, después de la pasada noche ya no tendría ojos para nadie que no fuese su duque de Sylverston.

—Entonces te espero en el puerto sobre las cinco, Henry.

La voz de Donald hizo que se girara en dirección a la puerta del despacho de

su cuñado y se quedó paralizada al ver al hombre que había causado su insomnio.

—¡Ah querida!, Veo que vas a salir —exclamó Donald cuando vio al joven que esperaba en el hall.

—Así es —respondió William—. William Barnes, barón de Brightdawn, un placer conocerle señor Richmond. —se adelantó a presentarse William antes de que Emily hablara.

Henry tenía una mirada indescifrable, se limitó a observarla unos segundos antes de dirigir sus ojos hacia el barón y no volvió a percatarse en ella.

Emily pensó en ese instante que quizá deseaba disimular evitando mirarla, en cambio a ella se le daba bastante mal hacerlo, aunque hizo lo posible por no volver a mirarlo. Salió de la casa de su hermana junto a William dejando a Donald y Henry discutiendo de algunos detalles referentes al trabajo.

—No sabía que tu cuñado mantenía relación con el duque. —William se mantenía a una distancia prudencial de ella que les permitiera mantener una cordial conversación. Se percató de que ella no le prestaba atención y repitió la pregunta capturando así su interés.

—Discúlpeme *lord* Barnes —dijo siendo consciente de que le había estado hablando y ella tenía la cabeza en otra parte—. Anoche me acosté tarde y aún no he despertado del todo —añadió con una sonrisa dirigiéndose hacia William.

—Si me sonríes así, harás que te perdone cualquier cosa Emily —contestó mirándola fijamente.

Emily no pudo evitar ruborizarse, no estaba acostumbrada a esa clase de comentarios.

—Por favor *lord* Barnes, no hace falta que me halaguéis, bastante habéis

hecho con invitarme a pasear. —La confusión en el gesto del barón sorprendió a Emily, así que siguió hablando sobre lo que ella misma había concluido con aquella cita—. Sé que seguramente habrá sido su prima Susan la que os ha incitado a que me invitéis. Os lo agradezco enormemente puesto que aquí no tengo amigos ni conocidos, salvo unos pocos familiares con los que no mantengo mucho contacto. Para alguien como yo, que no posee dote ni recursos es un placer poder pasear con alguien como usted, por eso deseo comunicarle que no son necesarios sus halagos, hacen que me sienta aún más en deuda con usted.

William estaba perplejo, era la primera vez que una joven sin recursos, pero de naturaleza noble asumía su estatus sin intentar camuflarlo como la mayoría de jóvenes hacían para nublar el juicio de su acompañante mediante engaños. Ella era todo lo contrario, lo dejaba bastante claro desde el principio. Sin duda alguna, aquella joven además de bella y encantadora tenía el alma pura, algo digno de admirar. Dichoso el hombre que se casara con ella.

—Creo mi querida Emily y permítame tratarla por su nombre tal y como le mencioné anoche, que le dije que me llamara William, se lo pido por favor, cuando me tratan de usted hace que me sienta como un anciano apunto de exhalar su último aliento. —sonrió—. Y debo añadir que Susan no me ha pedido nada en absoluto. Tu compañía me complace más de lo que crees y aún más ahora que te estoy conociendo, —el sonrojo de Emily no le pasó desapercibido—. Eres tan dulce cuando te sonrojas... desde el momento en que te vi supe que eras diferente pero ahora estoy seguro de ello, por eso quiero; no, más bien deseo fervientemente, que seas mi musa. —Emily lo miró sorprendida.

—¿Eres pintor? —preguntó confusa. No se esperaba que un hombre de

aspecto tan varonil fuese un artista.

—No querida, mi arte está más enfocado a la moda femenina. Soy diseñador y debo reconocer que uno muy bueno, aunque no reconocido en mi propio país debido a lo que eso supondría.

—¿Diseñador? —exclamó asombrada—. Jamás he conocido a ninguno, ¿Tan malo sería que fuese público? ¿Qué supondría? —contestó extrañada.

—Digamos que unos oídos tan inocentes como los tuyos no estarían preparados para escucharlo, pero por ahora, será nuestro secreto. No sé por qué siento que puedo confiar plenamente en ti, tengo una intuición para esas cosas. Susan ni tan siquiera lo sospecha y espero que siga siendo así, Emily, —dijo observándola fijamente a los ojos haciendo que esta se estremeciera.

—No tiene de qué preocuparse, es decir, no tienes de qué preocuparte William —corrigió.

—Tengo que confesar que mi cita de hoy era para confirmar mi intuición de anoche. Quiero que luzcas mis diseños, hasta ahora no había conocido a ninguna joven en la que poder confiar para contarle mi secreto, pero tú eres tan transparente, tan dulce y sincera al mismo tiempo que nadie osara no creerte.

—Pero no lo entiendo, ¿Qué quieres de mí? —Emily no entendía a dónde quería llegar William. Si se limitaba a lucir vestidos que fueran de su agrado ella estaría más que dispuesta a hacerlo, pero no conocía lo suficiente al barón para fiarse de él, aunque era el primo de Susan y no había porqué pensar nada malo sobre él. Además, él estaba confiando en ella contándole su secreto y haciéndola partícipe del mismo, en varias ocasiones le habían dicho que era demasiado ingenua por fiarse de todo el mundo, ¿Estaría haciendo mal con relacionarse de ese modo con el barón? ¿Tendría acaso él otras

intenciones ocultas en todo esto? Debería informarse sobre lo que se opinaba de William Barnes en la ciudad.

—Voy a diseñar toda una colección inspirada en ti; moderna, llena de vitalidad y elegancia como la moda francesa que tan carente está aquí y tú vas a lucirlos. Todas las damas querrán tener uno igual, te lo aseguro. Van a pedir a sus modistas que los imiten, tú y yo vamos a crear lo que se conoce como *tendencia*, Emily.

—¿Pero para qué?, a mí me encantará lucir vestidos nuevos, Dios sabe que no hay cosa que me haga más feliz que poder usar un vestido realizado únicamente para mí, pero necesito saber cuál es el motivo de todo esto si voy a involucrarme —dijo sincera—. Además ¿Qué le diré a Anne cuando me vea aparecer con ellos?

—Emily —la nombró mientras se detenía para que se fijara en él—. Ya he triunfado en Francia, no niego que eso me haga inmensamente feliz. París es la cumbre innata de la moda, allí ser diseñador no está mal visto, de hecho, es algo de lo que se puede presumir. En cambio, aquí en mi propio país, debo fingir ser quien no soy, reprimir mis gustos, mis ideas y actuar realizando un papel que detesto. Deseo triunfar también aquí, aunque no sea con mi verdadero nombre, como tampoco lo es en Francia, pero que mis diseños sean los más aclamados entre las jóvenes damas, que cuando caminemos como lo hacemos ahora y mire hacia cualquier parte, vea una dama luciendo alguno de mis vestidos, eso es lo que deseo —confesó— ¿Me ayudarás Emily? ¿Podré contar contigo? —preguntó esperanzado.

Por un momento permaneció callada, realmente no le haría ningún mal a nadie en aceptar y además ella se beneficiaría de aquel trato, es más, sería la mujer más feliz de la tierra aceptando. Pero le parecía tan extraño que alguien como William le propusiera aquello que no se decidía entre seguir su instinto

y confiar en él o declinarlo.

—Solo aceptaré con una condición —dijo finalmente.

—Lo que desees —se adelantó a decir William.

—No llevaré nada que sea demasiado provocador o atrevido —dijo al fin Emily.

William la observaba mientras parecía meditar por un momento sus palabras.

—Tendremos que discutir cuáles son tus límites. Ahora mismo tengo mil ideas en mi cabeza que tengo que comenzar a plasmar en un papel, sin contar con que debo encontrar una costurera de máxima confianza para que realice los diseños.

—No sé si te valdrá, pero sé coser —le confesó—. En la escuela di clases de corte y confección, aunque nunca he tenido la oportunidad de hacer un vestido nuevo sé hacerlo, era la mejor alumna de la clase.

—¡Eso es fantástico! ¡Eres una caja de sorpresas! Aunque te adelanto que soy bastante estricto con mis diseños. Soy muy puntilloso con las costuras, pero ya te darás cuenta, antes hay muchas cosas por hacer. Imagino que tendremos que pensar adecuadamente en la excusa perfecta para las horas que vas a estar ausente —puntualizó el barón y a ella ni tan siquiera se le pasó por la cabeza que ver a solas a un hombre estaría mal visto.

El paseo por Hyde Park fue bastante tranquilo. El día los acompañaba con una jornada bastante soleada para no haber entrado aún la primavera y era de agradecer. Emily no conocía a nadie, pero al parecer el joven William sí.

Saludo a algunas personas que se encontraron en su camino, la miraban con bastante interés y sin duda William hacía las debidas presentaciones de todas ellas. Una anciana viuda, la señora Smith fue la que le pareció más simpática y amable, al parecer conoció a su madre y había sido una vieja amiga de su

abuela, Emily le aseguró que iría a visitarla para tomar el té y la anciana pareció encantada con la idea.

Cuando la dejaron atrás William comentó que la anciana no tenía familia, su vida había sido bastante trágica perdiendo a sus hijos y a su marido en un aparatoso accidente. Además, la familia de su marido se había distanciado de ella cuando consiguieron parte de la herencia y ella por su parte carecía de familia al haber sido hija única. Emily se sintió triste por aquella mujer, nadie debería sentirse solo y menos aun siendo una persona tan amable y simpática como le había parecido la vieja anciana. Decidió mentalmente que visitaría a la señora Smith al menos dos veces a la semana para hacerle compañía.

—Mi querida Emily —exclamó William—, no sé cuándo nos volvamos a ver, tengo algunos compromisos referentes a mi título fuera de Londres, pero te escribiré para mantenerte al día. Quizá te envíe algún diseño para que puedas ir pensando en el patronaje y si lo deseas, dejaré que me ayudes con la elección de los tejidos. Aunque tendré la decisión final —declaró William.

—¿Qué debo decirle a Susan si me pregunta por nuestra cita? —preguntó acordándose de su amiga.

—¡Oh! —exclamó—. Por favor, dile que he sido un pretencioso que no ha dejado de coquetear contigo. Le sorprenderá, pero al menos te dejará en paz —comenzó a reír y Emily le acompañó con sus risas.

—Que tengas un buen viaje William —dijo antes de entrar en casa de su hermana Anne.

Henry se encontraba absorto mirando el fuego en la chimenea de su estudio mientras tomaba su quinto brandy y eso que aún no había almorzado. Estaba irritado, furioso y enfadado consigo mismo; porque sí, todo hay que reconocerlo, tenía celos. Celos de que aquel patán de Barnes se hubiera fijado

en *lady* Emily, pero... ¿Quién no se fijaría en ella? Lo raro sería que no lo hicieran. No culpaba al joven por quedarse prendado de la bella dama, pero no podía evitar sentir lo que sentía y eso le frustraba aún más, porque no podía hacer nada al respecto.

En su día tomó una decisión y no había vuelta atrás, había hecho una promesa y lo había jurado ante la tumba de Sophie. Para él, aquello era sagrado, no había tenido problemas en los catorce años que habían transcurrido desde entonces, nunca se había arrepentido de ello, pero ahora sentía cierta rabia al sentirse atrapado en su propio dilema moral.

La deseaba, como nunca pensó que volvería a desear a una mujer y sin duda alguna no podría ser suya, por más que lo analizara una y otra vez, sabía que no podría tener ni tan siquiera un acercamiento con la joven. Ya había sobrepasado los límites la noche anterior y había sido un error por su parte dejarse llevar, aunque fuese el beso más delicioso que había probado en su vida, no podría volver a ocurrir, ni tan siquiera había podido aclarar con la joven que sus intenciones no iban más allá de aquel encuentro. Esperaba poder dejarle claro que él era un hombre soltero y que seguiría siéndolo por el resto de sus días le pesara a quien le pesara, incluyéndose a sí mismo.

Emily se quitó la capa y los guantes en el recibidor de casa. Se dirigió hacia el salón de té donde seguramente se encontraría con su hermana, ya que ésta se pasaba allí casi toda la mañana si no tenía quehaceres o labores en casa.

—Ya estás aquí, ¿Qué tal ha ido? Reconozco que me sorprendió el interés del barón, ya que no es muy dado a mostrar sus intenciones por jovencitas en edad casadera, pero debes haberle gustado mucho, ¿Fue cortés?

Emily se sentó en el sillón frente a su hermana, deseó quitarse las botas,

puesto que al ser nuevas estaban aún un poco rígidas y le dolían los pies del paseo.

—Ha sido muy amable Anne, quizá me invitó por contentar a Susan, ya que son primos y puede que ésta le pidiera el favor —Emily decidió seguir con la historia que se había montado en su cabeza desde el principio pese a que el barón lo negara. Si no podía contarle a su hermana la verdad, mejor que fuese una mentira a medias.

—Oh, ¿Tú crees? —preguntó. A mí no me ha parecido que fingiera en absoluto, parecía encantado con la idea de pasear contigo. En fin, seguiremos hablando después, mira qué horas son y Donald debe estar poniendo el grito en el cielo porque debe marcharse al puerto a revisar que el cargamento esté en orden.

—¿Sabes cuándo comenzará a funcionar la fábrica? —exclamó interesada.

Emily estaba al tanto de los negocios de su cuñado con el duque y Anne estaba más que encantada con la idea de poder tener de primera mano tejidos importados de otros países.

De repente se le ocurrió la idea, William podría comprar las telas a su cuñado haciendo parecer que mostraba interés por ella y regalárselas, así tendría la excusa para coser los vestidos porque no tenía dinero para pagar a una modista, solo que tendría que hacer creer que los diseños eran suyos. Tendría que preguntárselo a William, aunque aún quedaba la cuestión de donde se verían a escondidas para hacer las debidas pruebas de vestuario.

Había transcurrido la mañana y apenas había pensado en el duque y en su reacción al verlo. Donald no había comentado nada al respecto, parecía bastante absorto leyendo las últimas páginas del periódico que no había podido terminar en el desayuno y no mencionó palabra alguna durante el

almuerzo. Su hermana en cambio regañaba constantemente a sus sobrinos sobre la postura correcta que debían tener en la mesa y ella se limitó a marear la sopa de pescado que acababan de servir. No era uno de sus platos favoritos y además apenas tenía apetito, por tanto la sopa permanecía intacta. Por suerte, todos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de ello.

—Anne, casi se me olvidaba, hoy he conocido a la señora Smith, ¿Sabías que era amiga de nuestra abuela? —Su hermana dejó de insistir en lo que parecía una misión imposible con sus hijos y le prestó atención.

—¿La señora Smith? Lo cierto es que no me suena de nada, Donald querido, ¿Conocemos a la señora Smith? —preguntó a su esposo.

—Creo que es esa anciana viuda que perdió a su marido y a sus hijos en aquel aparatoso incendio de Oxford —dijo Donald sin desviar la mirada del periódico.

—¡Ah sí! ¡Ya sé quién es! —exclamó Anne—. Pobre mujer, fue un escándalo cuando la familia de su marido reclamó la herencia, sólo les faltó decir que el incendio lo había provocado ella cuando se encontraba precisamente en la otra punta del país, atendiendo a su madre moribunda. Perdió a tantos familiares en tan poco tiempo que sinceramente, yo creo que jamás me hubiera repuesto si me sucede algo así, —dijo nostálgica por la conmoción que le provocaba— ¿Y dices que era amiga de nuestra abuela? —preguntó curiosa.

Emily sintió aún más lástima de la anciana después de saber aquello.

—Si, me dijo que conoció a madre. Le prometí ir mañana a tomar el té a su casa, ¿Puedo ir? Me gustaría hacerle compañía si está tan sola, aquí no tengo mucho que hacer y...—su hermana la interrumpió enseguida.

—Claro que sí, Emily, por supuesto que puedes ir, te acompañaría sino fuera

porque le prometí a Donald ir a visitar la fábrica antes de la inauguración, pero te traeré alguna tela bonita ya que no nos puedes acompañar.

Emily sintió una pequeña punzada, le hubiera gustado ir a visitar la fábrica a ella también, aunque ya habría más oportunidades para eso. Por un momento pensó en cambiar de planes, pero no deseaba que la señora Smith pensara que solo se trataba de una excusa, iría a tomar el té con ella y le haría compañía.

Ya había pasado una semana desde aquel delicioso beso que se habían dado a escondidas en aquel balcón de uno de los salones de Almack's y aún no había hablado con el duque. Desde entonces, apenas le había visto y las dos únicas ocasiones en las que había ido a casa de su hermana para tratar con Donald de negocios, notó como la evitaba a toda costa y había rehuído de su mirada.

Emily sintió que quizá eran imaginaciones suyas, quizá hasta incluso se había inventado en su cabeza aquel beso. Lo que desde luego parecía claro es que el duque no mostraba ningún tipo de interés por ella porque la evitaba como la peste. Sus pensamientos fueron al mismo camino de siempre, se habría enterado de que carecía de dote y entonces había dejado de ser una joven interesante.

Anne le había comentado en una ocasión que el duque debía tener alrededor de treinta y cinco años y además era hijo único tras perder una hermana a temprana edad. Por extraño que pareciera a su edad, aún no se había casado y no parecía querer hacerlo a corto plazo según comentaba Anne, porque solía evitar ciertas reuniones de sociedad en las que las jóvenes casaderas solían acudir, y aquello era señal de que no deseaba una esposa por el momento.

Sin embargo, su madre la duquesa viuda estaba desesperada porque su hijo se casara y legitimara el ducado, aunque él no parecía muy dispuesto a satisfacerla, Anne decía que estuvo a punto de casarse cuando rondaba la veintena, pero la joven prometida del duque murió antes de que se celebrase

dicho matrimonio. Desde entonces no había mostrado ningún interés por alguna dama por más que su madre lo hubiera intentado, seguramente porque no habría olvidado a su amor de juventud a pesar de que habían pasado bastantes años desde entonces.

Cuando Anne le contó aquella historia, sintió cierta nostalgia por el duque. El destino le había arrebatado a la mujer que amaba, ¿La amaría tanto como para que no pudiera amar a nadie más? ¿Serían esas las razones por las que trataba de evitarla?

La incertidumbre la atormentaba y más aún el hecho de no poder hacer nada al respecto. Al menos tenía los días entretenidos con la señora Smith y su nuevo vestido. William le había enviado el diseño del primer vestido, definitivamente era precioso, cuando aquel dibujo que venía junto a la carta en la que le especificaba algunos datos no dudó en saber porqué se había hecho tan famoso en Francia.

Sin duda era algo fascinante, había jugado con varios estilos combinando lo mejor de ambos; carecía de los odiosos volantes que aún llevaban la mayoría de las damas en la falda, el escote era algo discreto, pero en cambio dejaba los hombros y la mitad de la espalda al descubierto siendo ese el toque atrevido. La cintura era ajustada llegando casi hasta las caderas, algo que jamás había visto pero que resultaba muy favorecedor en el modelo. Además, el fruncido de las mangas era distinto a lo habitual puesto que únicamente lo llevaba a la altura de los codos para permitir una mayor comodidad, pero en el resto del brazo era ajustado. Lo más insólito de aquel diseño era que los botones se encontraban precisamente en el corpiño, pudiendo vestirse sin necesidad de ayuda, sin duda eso iba a ser un escándalo en la moda londinense porque jamás se había visto, todas las damas necesitaban la ayuda de una doncella para poder vestirse.

La señora Smith estaba entusiasmada con Emily, tanto que la llamó su joven pupila y ella le tomó cariño a la anciana en los pocos días que llevaba visitándola. Era una mujer humilde a pesar de poseer bastantes propiedades, muy bondadosa y amable, para Emily era todo un gusto disfrutar del tiempo con la anciana, tomar el té y leerle algunos fragmentos de novela ya que la vieja mujer no podía hacerlo debido a la falta de visión y sus criados carecían de tal privilegio.

Emily cerró el libro y lo depositó en la mesita de té mientras cogía su taza para dar un sorbo.

—¡Oh querida!, Tienes una voz tan melódica que te pediría que no cesaras jamás en la lectura. —La anciana comenzó a reírse por sus propias palabras—. Hacía tanto tiempo que no me divertía así, que casi había olvidado el placer de la lectura. No sé cómo agradecerte el bien que me hace, mi querida Emily.

— ¡Oh señora Smith! —exclamó Emily entusiasmada de poder alegrar a aquella mujer tan buena y de corazón tan grande—. Para mí es un placer disfrutar de su compañía, bien sabe que soy nueva en la ciudad y con pocos recursos no hay mucho que hacer —contestó apesadumbrada.

—Vamos querida, eres una muchacha muy joven aún, y extremadamente hermosa, todo hay que decirlo. Además de buena y bondadosa, cualidades que hoy en día no tienen todas las damas. No puedo creer que no tengas mejores planes que estar con una vieja anciana.

—Pues créame que no, y aunque los tuviera los rechazaría porque para mí es un placer disfrutar de su compañía —dijo sonriendo mientras depositaba su taza ahora vacía en la mesita de té.

—Eres tan dulce querida...No permitas que nadie te cambie. —Las palabras

de la anciana eran suaves, parecía casi una advertencia.

—No se preocupe señora Smith, dudo que lo haga. Ahora debo marcharme, pero vendré pasado mañana si le parece bien para continuar con nuestra novela.

—Vuelve cuando desees, siempre serás bien recibida —terminó diciendo la anciana que ya veía a la joven Emily como la nieta que nunca tuvo.

El primer diseño que estaba realizando de William era de color verde aguamarina. Si hubiera podido elegir habría preferido otra tonalidad de verde, pero como era el tejido que le había traído Anne de la fábrica y según ésta una dama inocente; entiéndase por inocente virgen y no casada aún, debía llevar colores claros durante la temporada, no le quedó más remedio que aceptar de buen agrado aquella tela.

Le extrañó que no hubiese puesto reparos entonces la noche que llevó su vestido verde esmeralda de terciopelo que era un tono más atrevido y no tan claro como éste, quizá por ser su debut en sociedad no puso objeciones, de todos modos, no podía hacer gran cosa respecto del color del vestido. Si algún día pudiera tener la libertad de elegir la tela de sus vestidos usaría colores atrevidos y no tonalidades pastel o crema que le hacían parecer un bollito de repostería.

—¿Cuándo me vas a enseñar que tal está quedando? —dijo Anne algo intrigada por lo recelosa que parecía Emily con su vestido.

Emily no deseaba que nadie lo viera aún, su hermana había insistido en varias ocasiones, pero al ser su primer vestido realizado completamente por ella, seguramente saldría un estropicio de aquello y por tanto prefería no enseñárselo hasta que estuviera terminado, si es que quedaba algo decente que enseñar cuando lo hiciese.

—Creo que no es la primera vez, he dicho que lo enseñaré cuando esté acabado. De todos modos, ¿Que cambiaría? —contestó entre ofuscada y sin paciencia.

Le estaba costando horrores hacer los infinitos bordados que llevaba y ya había sido un suplicio hacer aquellas mangas, empezaba a no contemplar la idea de hacer ella misma los vestidos, puesto que le suponía demasiado esfuerzo. Pese a todo no paró de repetirse a sí misma que simplemente era por ser el primero, el resto serían más fácil de hacer.

— Vale, no hace falta que me contestes así, ya no te preguntaré más. —El mal humor de Anne hizo a Emily lamentarse.

—Lo siento Anne. Es que me está costando más trabajo del que había supuesto en un principio y he pagado mi frustración contigo. Creo que lo tendré terminado en un par de días y te lo enseñaré, de lo contrario no conseguirías llegar a apreciarlo en todo su esplendor. —Terminó con una sonrisa que conmovió a Anne y esta hizo un gesto de aprobación.

En ese momento apareció Nora para anunciar que *lord* Barnes estaba en el vestíbulo esperando. Observó a su hermana Anne que le preguntaba con la mirada si había solicitado una invitación para visitarlas que a ella no le constaba, pero Emily se adelantó a la pregunta sin que su hermana llegara a emitirla.

—Le dije que no necesitaba avisar si quería visitarnos. —Mintió. Mataría a aquel hombre.

—Hágale pasar Nora y sírvanos el té —dijo Anne mientras dejaba su labor escondida tras el sofá y se alisaba las arrugas de la falda.

—¡Mi querida *lady* Emily! —dijo nada más verla dándole un delicado beso en el dorso de la mano.

Después se dirigió hacia la hermana de Emily, la señora Richmond y repitió el mismo gesto. Se sentaron a tomar el té con las pastas que les había traído Nora, hasta que Anne fue solicitada en referencia a alguna trastada que había cometido alguno de sus hijos.

—Discúlpeme un momento *lord* Barnes, enseguida vuelvo —comunicó antes de perderse tras la puerta y dejarles un momento a solas.

—¡Oh Emily! —exclamó aprovechando el instante de intimidad—. Acabo de regresar y no podía esperar a solicitar una invitación para ver qué tal vas con el vestido. Por cierto, ¡Tengo cuatro diseños más y he traído unas telas maravillosas de Oriente! Las vi en un mercado medieval y pensé en ti luciéndolas. Sé que te van a encantar, esta tarde haré que las traigan.

—No sé si me alegra saber eso —rió Emily, —. Tu *vestido* —dijo haciendo énfasis en la palabra—. Me ha dado muchos quebraderos de cabeza últimamente, ¡Mira! —exclamó señalando al lado del sillón donde lo había depositado justo antes de que él entrara—. Aquí estoy haciendo el dichoso bordado —comentó poniéndose de pie y enseñándoselo.

—Uh —meditó—. No es que ese tono de verde sea el más adecuado, pero imagino que no lo has elegido tú. —Por la cara que puso Emily supo que efectivamente no había sido ella—. Pero es exactamente como lo imaginaba, en realidad tienes unas manos muy habilidosas Emily. Que no te vea ninguna modista de Londres o querría raptarte para que trabajes con ella. Las puntadas son perfectas y el bordado es maravilloso —reconoció el barón bastante sorprendido.

—Gracias, supongo —replicó—. Soy muy perfeccionista con la costura. En ese momento oyó unos pasos y escondió el vestido sentándose de nuevo en el sillón disimuladamente.

—Ya estoy aquí —comentó Anne—. Uno de los niños se ha colgado de la ventana para intentar escalar al tejado, un día de estos me matarán de un disgusto —dijo distraída— ¿De qué hablaban?

—Le decía a *lady* Emily si asistirá al baile del sábado que dan los Cladwen en su mansión —contestó William dándole un sorbo al té.

—¡Oh por supuesto que iremos! —respondió Anne al mismo tiempo que le guiño un ojo a Emily para indicar lo interesado que parecía el barón en ella.

—Entonces querida *lady* Emily —dijo volviéndose para mirar solo a la aludida—. Resérveme el primer vals —añadió sin darle más opción que aceptarlo.

6

Henry se paseaba por su estudio mientras se mesaba una y otra vez el cabello, por más que lo pensaba sabía que aquello no era posible. Volvió a dar otro sorbo a su cuarta copa de coñac, emborracharse no era la solución a sus problemas, pero no había nada que solucionar. La decisión la había tomado hacía muchos años y no había vuelta atrás, aunque en su pensamiento hubiera contemplado la idea de que *lady* Emily se convirtiera en la futura duquesa de Sylverston, lo desechó en el mismo momento que ocurrió.

Él tomó una decisión hace catorce años, una determinación que marcaría su futuro de por vida y en ese porvenir, no se incluía ninguna mujer, ni tan

siquiera la joven Norwing por más rabia que le diera el hecho de verla con *lord* Barnes. No es que tuviera nada en contra del barón, pero hubiera dado igual que fuese él u otro cualquiera, aunque tenía que hacerle entender a su irrazonable pensamiento de la certeza que *lady* Emily contraería matrimonio tarde o temprano y pertenecería a otro hombre.

Siguió con su copa de coñac mientras se dejaba deslizar por la butaca y miraba las llamas de la chimenea de su estudio. Debían ser aproximadamente las cinco de la tarde por la pobre luz que iluminaba a través de las ventanas de su estudio, pese a que el día no había sido soleado precisamente. Llevaba tanto tiempo meditando en lo mismo que había perdido la noción del tiempo, su ama de llaves entró, escuchó vagamente algo sobre si debían ponerle un cubierto en la mesa. Lo que menos le apetecía en aquellos instantes era un sermón de su madre sobre su deber de casarse y conservar la línea de sucesión, cuando ella sabía de sobra el juramento que hizo ante su padre de que jamás se casaría. Al parecer para una mujer aquello era una nimiedad insignificante que podría olvidarse, no lo era para él. Le dijo a su sirvienta que cenaría en su estudio aquella noche, él era un Duque y los ducados daban mucho trabajo por lo que a veces era una suerte poder escudarse en ello para rechazar más de un acontecimiento. La sirvienta entró más tarde con una bandeja y la depositó sobre la mesilla auxiliar frente a la chimenea donde él se encontraba.

—¿Desea que llame a Maxim para que atienda el fuego? —preguntó dulcemente y con tacto.

Henry la observó detenidamente, parecía bastante joven, algo bonita, con cabellos rojizos y rostro pálido acompañado de suaves pecas, pero no era *lady* Emily, estaba muy lejos de serlo. En otro momento un rostro así le hubiera servido para saciarse. No ahora, no que la había conocido a ella. Solo tenía

ojos, pensamientos y oídos para una joven en concreto.

—No hace falta, lo haré yo mismo —argumentó mientras se levantaba y dejaba la copa de coñac sobre la repisa de la chimenea.

La doncella hizo una reverencia antes de salir de su estudio, aquel estudio había pertenecido a su padre y a su abuelo antes de éste. No sabía cuándo había sido la última modificación ya que hasta los tapices eran muy antiguos. El escritorio de madera era egipcio y tallado a mano, los estantes eran de madera gruesa y resistente para soportar los grandes tomos que albergaba, un gran atlas cubría la pared a la derecha del estudio mientras que justo detrás y a la izquierda lo llenaban grandes ventanales que daban al jardín. Frente a la mesa había un pequeño saloncito con un par de butacas y la chimenea, para recibir a las visitas o como en aquella ocasión cuando decidía almorzar o cenar en aquella estancia. Esa era su área privada, aparte lógicamente de su recámara, el único lugar donde su madre no solía molestarle a menos que fuera algo importante o imprescindible y donde él se había refugiado desde que heredó el título a la muerte de su padre hace ahora trece años.

No tardó mucho tiempo en llegar la noche del sábado, Emily sabía perfectamente por qué razón William quería que precisamente ella asistiera a aquél baile. Su diseño, el diseño que tantos quebraderos de cabeza le había costado y que esa noche estrenaría. Pensó en inventar una excusa para no acudir; un dolor de estómago, náuseas o simplemente dolor de cabeza, pero eso solo sería retrasar lo inevitable; estrenar vestido. Debería arder en deseos de hacerlo, ¿No? Pensó mientras daba vueltas por su habitación a la vez que llenaban la bañera de agua caliente.

La sola idea de ser el centro de todas las miradas la mantenía nerviosa, bueno... eso y que el último baile al que asistió cierto caballero la había besado y después había rehuído de ella como la peste. No había vuelto a

saber nada del duque desde aquella mañana en la que lo encontró en el vestíbulo cuando William y ella salían a pasear, ¿Y cuánto hacía de eso?, demasiado tiempo y más teniendo en cuenta que no estaban solos y apenas se dirigieron la palabra.

«Olvídate Emily», se dijo mentalmente.

El problema era que no podía olvidarle, cada noche recordaba la escena y la guardaba en lo más profundo de su corazón. Era una ilusa por pensar que podría tener algo con el duque, ¿En qué mundo alguien como él se fijaría en alguien como ella?, seguramente para él solo fue un juego, quizá una apuesta, un mero capricho que quiso saciar y ya la habría olvidado completamente. De lo contrario no la evitaría como lo venía haciendo desde entonces porque le constaba que había visitado a Donald en más de una ocasión.

—Deprisa mi *lady* o el agua se enfriará. —La voz de Nora hizo a Emily salir de su ensoñación.

Se despojó del camisón y la bata que llevaba puestos y se deslizó en el agua caliente haciendo que todos sus músculos se destensaran. El ama de llaves esparció unos pétalos de rosas frescas que Emily había recogido del jardín esa misma mañana, añadiendo un toque de esencia de lavanda y rosas para completar el baño.

—Usted desprenderá un olor único esta noche niña. —En respuesta Emily sonrió, mientras hundía la cabeza en la bañera para enjabonarse el cabello.

—¿Cómo me veo? —dijo Emily mientras Anne y Nora la examinaban con el vestido puesto.

—Sin duda es... ¿Diferente? —contestó Anne.

—Yo diría más bien, único. Tiene usted unas manos de ángel, niña, ¿Cómo se le ha ocurrido algo tan diferente a lo tradicional? —Emily no podía decir

que no era idea suya o aquel par de dos pondrían el grito en el cielo.

— No sé, me lo imaginé y lo plasmé en la tela. —Improvisó mientras se aseguraba de que todos los botones estaban bien abrochados.

—Sin duda llamarás la atención al ser un atuendo distinto a lo común, puedes estar segura de que serás la única mujer que pueda desvestirse sola esta noche. —Rió Anne mientras se dirigía hacia el tocador de Emily y cogía la única joya que ésta poseía, su colgante de esmeralda.

—No, esta noche no la llevaré, Anne —aseguro Emily cuando la vio acercarse con el colgante en la mano.

—¿Estás segura? Pensaba que formaba parte de tu atuendo.

—No, esta noche no llevaré ninguna joya que pueda eclipsar la atención del vestido —aseguró a su hermana.

—Entonces no perdamos más el tiempo, Donald debe estar maldiciendo por nuestra tardanza. Ten —dijo ofreciéndole una capa de color grisáceo perla que la cubriría por completo, tiene capucha para protegerte de la llovizna que está arreciendo fuera.

En el salón de baile de los Cladwen, William miraba impaciente la entrada, sabía que ella no tardaría en aparecer con su diseño, la expectación era intrigante y anhelante al mismo tiempo.

—Vaya William, cualquiera diría que esperas a alguien por tu forma de mirar la entrada al salón de baile. —La voz de Susan hizo que el aludido dirigiera su mirada hacia ésta.

—En efecto querida prima, estoy ansioso por que aparezca cierta dama en cuestión —contestó con una sonrisa pícaro.

—¿Y conozco a esa dama, primo? —preguntó sonriente Susan.

—Si contesto que no, ¿Me creerías? —respondió perspicaz.

—No —afirmó a secas.

—Entonces es evidente que ambos sabemos a quién estoy esperando en este instante. —Los rumores sobre su acercamiento a la joven Emily habían llegado incluso hasta su propia madre, probablemente gracias a su querida prima.

—William, no juegues con ella —habló en un tono muy formal, como si tratara de advertirle—. Emily no es...ella no...

—Lo sé, Susan —afirmó—. Ella es distinta a cualquier dama que hubiera conocido. Es única —aseguró con una voz sincera y pausada.

Susan miró entonces a su primo esperanzada. «¿Se había enamorado al fin el gran William Barnes?» pensó asombrada. Su primo había jugado al gato y al ratón con muchas doncellas y con ninguna había sido lo suficientemente serio como para establecer un compromiso. La mayor parte de ellas se habían quedado con el corazón esperanzado y posteriormente destrozado por unos sueños rotos cuando veían cómo él se embarcaba en uno de sus tantos viajes o ponía las miras en otra joven.

En ese instante Emily Norwing fue anunciada en el gran salón de baile de los Cladwen, junto a su hermana Anne y su cuñado Donald por supuesto, dejó que el mayordomo le quitara la capa para llevarla al guardarropa. Su hermana y su cuñado ya habían comenzado a bajar la pequeña escalinata que se dirigía al gran salón cuando se encontró con demasiadas miradas para su gusto fijadas en ella. Respiró calmadamente, lo primero era bajar sin tropezar y después buscaría alguna cara conocida. Cuando decidió acercarse a la barandilla para bajar de forma segura, un brazo apareció a su izquierda seguido por una profunda voz masculina.

—Puede apoyarse en mi si lo desea *lady* Emily.

Le temblaron las rodillas, no hacía falta subir su mirada para ver aquel rostro de ojos grises, sabía perfectamente quién era aquel hombre. El duque de Sylverston le estaba ofreciendo su brazo para bajar la escalinata, ¿Debía rechazarlo después de cómo la había tratado? Pensó que al menos se había comportado como un caballero ofreciéndose a escoltarla hasta el salón y asegurándose que no tropezara durante la bajada.

—Se lo agradezco su excelencia —dijo ella educadamente mientras depositaba su mano sobre el brazo del duque para apoyarse.

—Reconozco que esta noche luce usted un atuendo un tanto peculiar mi *lady* —expresó el duque.

Emily supo al instante que su rostro tendría el color de la grana. ¿No decían que un caballero jamás se fijaba en el vestuario de una mujer? Bueno, eso pensaba ella, aunque aquella regla no se aplicaba aparentemente al duque, de hecho, Donald no había comentado nada en referencia a su atuendo, aunque el primer ejemplo que rompía la regla lo tenía en William que había diseñado aquel maldito vestido.

—Gracias su excelencia, si es que se trata de un cumplido —contestó mordazmente.

Henry sonrió, le agradaba su ingenio. Había pensado no acudir al dichoso baile de los Cladwen, sobre todo porque tenían una hija en edad casadera, la cual le perseguía hasta la saciedad. Pero Cladwen era socio en un par de negocios financieros y no pudo rechazar la oferta, no sabía que la joven Norwing acudiría, debió imaginarlo ¿Hubiera cambiado de parecer si lo hubiera sabido? Probablemente no, pensó. Llevaba días deseando verla, poniendo mil excusas para no acudir a la casa de Richmond con algún

pretexto solo para encontrarla y ahora finalmente la encontraba allí, tan exquisita, tan dulce, envuelta en ese vestido único como su belleza.

La vio sola e indecisa en la escalinata nada más entrar al salón de baile, como un pequeño ratón asustado queriendo huir y con media sala observándola. No le extrañaba que la mirasen, era en sí misma todo un deleite a la vista de cualquiera y ahora luciendo aquel diseño más aún ¿De dónde lo habría sacado? Era todo un atrevimiento de su parte. Y su olor... ese olor a lavanda mezclado con ¿Rosas tal vez? O alguna flor en concreto que le recordaba a ellas, pero aquel olor que ella desprendía conseguía que vibrara todo su ser y deseaba recorrer con su lengua cada recóndito lugar de su cuerpo. Sería mejor cambiar de pensamientos, no era bueno seguir por ese camino al que le llevaba su mente.

—Lo es —admitió llegando al último escalón de la escalinata.

—Gracias de nuevo por su ofrecimiento, su excelencia —contestó haciendo una reverencia y un amago de marcharse.

—¿Desea que la escolte a alguna parte, *lady* Emily? —¿Por qué lo había dicho? Ella se alejaba de él y podría haberse deshecho de ella fácilmente, pero algo dentro de él quería alargar aquellos momentos.

—Lo cierto es que, si su excelencia no puede hacerme desaparecer, me temo que no hace falta —confesó sin pudor.

La sinceridad de aquella joven le arrancó una sonrisa, ¿De dónde demonios sacaba ella aquel ingenio? No solo era escandalosamente hermosa con aquel rostro y aquellos inauditos ojos, sino que estaba llena de las cualidades que escaseaban en una joven, al menos en cualquier joven con la que hubiera tratado en mucho tiempo.

—¿Quiere desaparecer? —preguntó intrigado.

—¿Tanto le extraña? —respondió mirándole intensamente a los ojos, a aquellos ojos grises que anulaban su buen juicio.

—En realidad me preocupa más que extrañarme. Aunque admito que a mí tampoco me gustaría estar aquí en este momento —añadió sin decir donde le gustaría estar en aquel momento y precisamente con ella.

—¿Y entonces porqué ha venido? Usted es un caballero, tiene la decisión de sus actos —sentenció admitiendo que, en su lugar, ella no tenía elección alguna.

—Soy un caballero con numerosos compromisos —atajó sin dejar de observarla un instante.

—¿Está usted comprometido? —preguntó anonadada, ¿Sería esa la razón por la que la habría evitado todo ese tiempo? ¿Estaría comprometido con alguna joven que se encontraba en el salón aquella noche? Esperó impaciente su respuesta.

—No, no lo estoy ni lo estaré nunca —aseguró él con semblante serio.

Emily notó cómo su rostro se endurecía. El duque sonriente había desaparecido dando paso a un caballero serio y taciturno en su lugar.

—Entiendo —contestó a pesar de no entender nada en absoluto.

Él la observó, ¿De verdad lo entendía? ¿Sabría algo? Era imposible... podía contar las personas que lo sabían con la palma de su mano y aún le sobraban dedos, aunque todo Londres conocía la historia de su prometida encontrada muerta.

—Espero que se divierta *lady* Emily —dijo él antes realizar un leve saludo de cabeza y de dar media vuelta para marcharse en dirección a la zona donde los hombres estaban fumando puros.

Emily se quedó estática mientras le observaba marcharse alejándose de ella.

—Déjame decirte que el color no será el adecuado, pero en ti querida, todo luce espléndido. —La voz de William susurrante al oído hizo que Emily se estremeciera, si esas palabras las hubiera dicho el duque ahora estarían recogiendo sus restos del suelo.

—¿En serio? —contestó dándose la vuelta dejando que William la pudiera apreciar de cerca.

—Bien, no puedo hacer un drama, ni gritar lo maravilloso que soy y lo feliz que me siento en este instante. Querida, eres oficialmente una modelo y además, una modista espectacular. —Emily comenzó a reír provocando algunas miradas más aparte de las que ya le hacían no muy disimuladamente algunas damas—. ¿Recibiste el baúl con las telas nuevas y los diseños? —dijo en un tono para que nadie pudiera escucharlos.

—Si, son increíbles, jamás había visto unas telas tan suaves y con tantos bordados. Los colores son preciosos, pero han debido costar una fortuna y no sé si debo aceptarlos, William —le reprochó.

—Piensa que serán una inversión para el futuro y por supuesto que los aceptarás —contestó divertido el barón.

—¿Una inversión? —preguntó confundida.

—Créeme querida, cuando te vean luciéndolos... nos lloverá el trabajo y el dinero —aseguró éste.

Emily se quedó pensando un momento, ¿Podría dedicarse a ser modista? Ganarse su propio dinero, no depender de nadie. No volver a ser nunca más, una carga para otra persona.

—¿Qué crees que están pensando? —dijo en voz baja Emily al percatarse de las incesantes miradas de las damas.

—Pues que de donde habrás sacado este magnífico vestido para encargarme realizar uno igual. —La voz de Susan hizo que Emily se diera media vuelta y abrazó a su amiga efusivamente.

—¡Oh Susan! —exclamó— ¡Qué alegría verte!

—Yo también me alegro de verte querida pero ya puedes ir diciendo quien es tu modista.

—La tienes delante —habló William y Emily palideció.

—¿Como? —dijo una Susan confundida.

—Digo que *lady* Emily ha creado y diseñado su atuendo —añadió—. Yo mismo la vi el día que la visité en casa de su hermana, ¿No crees que además de hermosa es realmente habilidosa? —William solo tenía ojos para Emily y ésta permanecía sonrojada.

¿Sería posible que su amiga y su primo se hubieran enamorado? Nada la haría más feliz que William por fin se casara, más aún con alguien como Emily que estaba segura de que no lo querría por interés. Había creído tanto tiempo que él... bueno, eso daba igual viendo lo que veían sus ojos.

—¿De verdad? —dijo finalmente Susan al procesar aquella información.

—¡Oh!, William exagera, pero sí, aprendí a coser en el internado y me hice yo misma el vestido.

—¿Puedes hacerme uno igual a mí?, ¡Oh Emily! Di que sí, di que sí, di que sí —decía una Susan esperanzada mientras le cogía la mano a Emily y le suplicaba.

—Creo que con una súplica así, no podría negarme —contestó sabiendo lo que aquello implicaba.

William la miró de soslayo riendo, el muy bribón sabía que esto iba a ocurrir,

se lo había advertido y ella no lo había creído del todo, pero era así. Aunque no lo reconocieran, las damas la observaban y cuchicheaban, incluso había escuchado de algún comentario sobre quien podría ser la modista de tal diseño.

Al otro lado del salón Henry se esforzaba por escuchar la conversación que mantenía con Cladwen pero era imposible, su vista se alejaba inconscientemente buscando aquel vestido de color verde aguamarina tan inconfundible. No había ninguna otra joven dama con un vestido de esa tonalidad en la velada, era cierto que era un color poco común y no a cualquier joven podría sentarle bien, pero pensó por un instante que, aunque la dulce *lady* Emily se vistiera del color más feo y poco agraciado, estaría igualmente encantadora. La sola idea le estremeció, ¿Era solo la belleza de la joven lo que le tenía tan encandilado?

La tenía localizada en el salón, junto al petimetre de Barnes que no la dejaba sola ni un instante. Habían bailado un vals y aún así no se desprendía de su lado, ¿Le pediría matrimonio el joven? ¿Se casaría con él? No se había planteado la posibilidad de que ella correspondiera a los sentimientos del barón, debía reconocer que no era feo para su desgracia, es más, solía tener bastante éxito entre las damas, aunque siempre había sido un hombre caballeroso y correcto respetando los formalismos, le habían llegado rumores de que más de una dama, había llegado a creer que le pediría matrimonio cuando finalmente jamás lo hizo. ¿Estaría haciendo lo mismo con Emily? A juzgar por sus ojos, no. *Lord* Barnes parecía estar realmente encantado con ella, de todos modos, él mismo no tenía nada que hacer al respecto. Aquella confirmación le dolió, pero se dijo que el dolor formaba parte de él desde hacía muchos años... un poco más no le mataría.

—¿Qué tal va la noche Henry? —Su socio Donald se había unido a la

conversación con Claddwen hacía un buen rato, él en cambio seguía absorto observando a la joven Emily hasta que sus oídos escucharon el apellido Norwing y prestó atención.

—No he querido decirle nada evidentemente, puesto que el joven barón parece bastante interesado, quizá tenga una propuesta sobre mi mesa próximamente.

—¿Cómo dice? —preguntó descaradamente Sylverston llamando la atención de ambos caballeros.

—Oh, sí —exclamó Donald—. Decía que he recibido dos propuestas de matrimonio para mi cuñada, *lady* Emily. Una es del viejo Sawtton, al parecer está buscando de nuevo esposa, aunque a su edad, dudo que consiga el heredero que tanto anhela. La otra en cambio, es del hijo más joven de los Declam.

El rostro del duque se ensombreció. Ninguno de esos patanes era digno de ella, era cierto que el viejo Sawtton tenía dinero para comprar medio condado si lo deseaba, él había tenido un par de negocios con el anciano y el hombre a pesar de ser condenadamente rico debía triplicar la edad de Emily. Por otro lado, el joven Declam no tenía dinero, ni fortuna puesto que era el quinto hijo de la familia y no heredaría más que un pedazo de terreno en todo caso. Sin duda se había prendado de su belleza, pero ella no era para él, sentenció en su cabeza.

—Como le comentaba a Claddwen, no me parece que ninguno sea adecuado para Emily. Sé que ella no podrá aspirar a tener un buen marido por no poseer una dote considerable pero el barón parece bastante interesado en ella a juzgar por los últimos días en los que la ha estado visitando. Incluso le ha regalado unos tejidos de seda cuya finísima calidad debe costar una auténtica fortuna que ya quisiéramos nosotros tener para nuestra fábrica amigo mío —

dijo entre risas.

—Entiendo —contestó totalmente serio el duque. ¿Tejidos de seda? ¿El barón le había regalado telas? Él le regalaría a Emily el mundo entero para conquistarla si pudiera.

Claddwen se disculpó para atender unos asuntos y se quedó a solas con Donald. Una idea había rondado su cabeza al ser consciente de que el éxito de la joven solo iría en aumento, sabía que era una mala idea, pero se sintió egoísta y en lo más profundo de su ser, quizá se arrepentiría porque era consciente de que lo que haría estaba mal.

—¿Sigues necesitando dinero para los gastos de la joven? —dijo sin más. No quería que Barnes la vistiera con su dinero, quería vestirla él, saber de alguna forma que le pertenecía.

—¿Cómo dices? —la voz de Donald denotaba sorpresa.

—Una vez me preguntaste si podría hacerte un préstamo para paliar los gastos que supondría el debut de la joven —le recordó.

—Y me dijiste que no invertirías tu dinero en causas perdidas —le respondió cortésmente Donald.

—Es cierto, pero aún no había visto a *lady* Emily. —Jamás reconocería lo atraído que se sentía por la dama en cuestión, pero no era un delito admitir que era bella. Aquello era innegable y nadie lo podía cuestionar.

—¿Y ahora crees que es una buena inversión? —preguntó algo contrariado, pero con un deje divertido Donald.

—Solo quería ofrecerte mi ayuda, aunque si no la necesitas...—No quería dejar entrever sus intenciones, si lo hacía, Donald jamás accedería a tal propuesta.

— No, quiero decir, por supuesto que la acepto, pero no sé cuándo podré devolvértelo Henry —aseguró.

—No me importa cuando, solo tengo una condición —aseguró el duque seriamente.

—¿Y cuál es? —preguntó intrigado.

—No aprobarás a ningún candidato sin mi consentimiento. —Lo dijo, lo había dicho. La decisión más egoísta de su vida había tomado forma.

—Bueno, imagino que lo dices para tener la certeza de que recuperarás tu dinero. No me parece una condición descabellada.

Donald no era consciente de las razones del duque, mejor así, si lo supiera jamás aceptaría la propuesta.

—Mañana me pasaré por tu despacho y firmaremos el contrato, imagino que tendrás suficiente con cinco mil libras —aclaró.

¿Cinco mil libras? ¡Eso era una fortuna! Había pensado en mil libras como mucho para paliar los gastos de su cuñada, ¿Aquel hombre se había vuelto loco? Pero no discutió con él, aunque por su mente pasó la idea de que era extraño que el duque se interesara por el bienestar de Emily, descartó el pensamiento y se concentró en lo feliz que se pondría Anne cuando se lo mencionara, aunque tal vez sería mejor no hacerlo.

Emily tuvo la idea de escabullirse a algún rincón de la mansión y más aún si recordaba cómo acabó la última vez, ¿Seguiría el duque en aquella fiesta? Hizo un pequeño movimiento alrededor para ver si lo encontraba, divisó a su hermana Anne, sentada en unas mesas alejadas de donde ella se encontraba.

En ese momento Donald acababa de llevarle un refresco, siguió girando y vio a Susan bailando en la gran pista de baile, William también lo hacía con una joven amiga del grupo de Susan que si no recordaba mal se llamaba Rachel

como su hermana, hacía mucho tiempo que no veía a Rachel ahora que lo pensaba, un sentimiento acogedor la recorrió y se sintió observada. Volvió su vista hacia la izquierda del salón donde se abría paso un corredor que daba paso a más estancias y no le sorprendió ver al duque, de pie, observándola fijamente con una copa en la mano y rodeado de un grupo de hombres que hablaban. Se estremeció, aquel hombre no apartaba la vista de ella, ¿Qué quería? ¿Por qué no dejaba de mirarla? Vio como él decía algo y desaparecía por el pasillo antes de mirarla una última vez en lo que parecía ser una invitación o al menos era la sensación que le generaba.

Dudó unos instantes sobre qué hacer, si era una joven decente, se quedaría en el salón, rodeada del grupo de amigos de Susan que comenzaban a formar parte de sus amigos también y a la vista de todo el mundo, el problema residía en que quizás y solo quizás, ella no era una joven decente.

Había perdido el juicio, definitivamente lo había perdido para estar haciendo aquello, pero que lo condenasen si no deseaba que Emily lo siguiera, ¿Se atrevería ella después de todo? Verla con Barnes le había enardecido la sangre de celos, sabía que aquello estaba mal. Se había repetido una y mil veces no podría extralimitarse, tendría que dejarle claro a la joven que él no se casaría, pero por el amor de dios... ¿A quién pretendía engañar? La quería para él, deseaba que fuera solo suya.

Noto los pasos de los que supuso serían de Emily, los tacones de su calzado

indicaban que era de una dama y pudo apreciar entre la oscuridad del pasillo, el tono aguamarina del peculiar vestido de la joven que sus ojos tanto habían apreciado aquella noche. Ella pasó a su lado sin verle y él la agarró del brazo llevándola consigo al hueco donde se encontraba, justo detrás había una puerta de lo que probablemente sería la biblioteca de la casa. La abrió con la mano derecha mientras arrastraba a la joven hacia adentro y la aprisionaba de nuevo contra ella tras cerrarla.

Emily sintió como la arrastraban y se tranquilizó al comprobar quien era su secuestrador. Ni tan siquiera le dio tiempo a reaccionar tras verse encerrada entre aquella puerta de madera y los brazos del duque.

—¿Por qué has venido? —Las palabras susurradas al oído de aquella forma y provenientes de aquel hombre hacían que le temblaran sus rodillas, pero por suerte, él la tenía bien sujeta.

—Yo... yo... —Intentaba encontrar una explicación, pero lo cierto era que ni ella misma sabía porqué lo había seguido. Tal vez la respuesta más sensata era afirmar que se sentía irremediabilmente atraída por él.

—Te dije que olvidaras lo que ocurrió en el balcón, ¿Lo hiciste? —Siguió susurrando a su oído mientras esta vez lo acompañaba de pequeños mordiscos en su oreja y en especial el lóbulo de la misma, sintió un leve jadeo que salía de la garganta de ella—. No, por supuesto que no lo has olvidado —dijo antes de apresar sus labios entre los suyos con desesperación.

Emily lo ansiaba, cada poro de su piel le gritaba que le besara. Había soñado tantas veces con repetir ese instante que solo le hubiera faltado suplicar por aquellos besos.

«Oh Jesucristo y que bien besaba aquel hombre» suspiró para sus adentros cuando él complació sus anhelos.

No importaba que se encontraran en la casa de alguien, ni escondidos en una sala de Dios sabe qué parte, solo importaba él. Él y lo que le hacía sentir por cada palmo de su ser, era embriagador y se sentía flotando entre sus brazos. Notó las manos del duque en los botones de su vestido moverse rápidamente, ella estaba concentrada en su juego de lenguas y enredando sus manos en el cabello de él, un gemido se le escapó cuando noto el roce de su mano contra uno de sus pezones, en algún momento él había liberado sus pechos que ahora danzaban libres y expuestos ante sus ojos.

—Deliciosamente exquisita —dijo el duque mientras la devoraba con sus ojos antes de bajar su cabeza y apresar uno de los pezones con su boca.

Ella gimió fuertemente por la sorpresa, entonces él posó su mano abierta en su cuello y devoró su boca de nuevo un instante para después posarle el dedo índice sobre sus labios en gesto de silencio. Debían tener cuidado o se verían en una situación comprometida.

Emily no sabía cómo expresar aquel cúmulo de sensaciones, pero quería más, mucho más de aquello. Tenía sus manos sobre la cabeza del duque mientras éste se deleitaba en sus pechos. Nunca creyó que aquello podría dar tanto placer, se dejó caer en aquella puerta de madera mientras inclinaba su cuerpo hacia delante y su cabeza hacia atrás para que él tuviera un mayor acceso a ellos.

No deseaba que parase, era la sensación más dulce que había probado en su vida y sabía que solo había dado un pequeño mordisco a aquel jugoso melocotón. Intuía que había aún más por descubrir, fue entonces cuando sintió como la mano del duque que no estaba en su cuello subía por su pierna derecha, en el punto exacto donde terminaba su media y ahora se encontraba en su muslo, rozando su fresca piel suavemente. La sensación que estremeció su cuerpo se concentró ahí abajo, en el centro de su feminidad, justo hacia

donde aquella mano se dirigía abriéndose paso entre las calzas y los pliegues de su ropa íntima.

—Dime que me detenga —le susurró en un jadeo.

Emily se debatió entre decírselo o no, sus protocolos mentales le decían que aquello estaba mal, muy mal y que de hecho ya se podía considerar impura, pero su cuerpo le pedía a gritos que siguiera. Deseaba que aquella sensación que había comenzado en lo más íntimo de su ser se liberara por completo.

—Emily... —volvió a jadear—. Si no me lo pides, no me detendré —dijo a su oído mientras su mano se abría paso entre sus muslos y al fin tocaba el centro de su intimidad.

Antes de que su garganta proferiera un sonido de placer, el duque la apresó de nuevo con sus labios y aquel gemido murió en su boca. Sus dedos hábiles la tocaban delicadamente, en movimientos circulares provocando una sensación nueva y a la vez tan placentera como jamás lo hubiera imaginado ni en sus más profundos sueños.

—Estás preparada para mi preciosa —le susurró dando pequeños mordiscos en su cuello—. No sabes lo excitado que estoy ahora mismo de saber que estás así solo por mí. —Ella no podía hablar, algo dentro de ella estaba mal, iba a explotar, sentía que se desharía en mil pedazos de un momento a otro y no quería que aquella sensación se detuviera.

—Déjate llevar Emily, déjate llevar para mí —susurró en el hueco de su oreja.

En ese momento notó como los dedos del duque entraban en ella haciendo que aquella sensación se liberara provocando una explosión en su interior, su vista se nubló creyendo que iba de camino hacia el paraíso.

Henry supo el instante en que ella llegó al clímax de placer, lo notaba en los

espasmos al contraerse en su mano. Había sido el culmen más placentero que había concedido, supo al instante que se torturaría mentalmente el resto de su vida, pero había merecido la pena, aunque ahora ardía en deseos de hacerla suya con más frenesí incluso, que antes de hacerlo.

—Eso ha sido... ha sido... —comenzó a decir Emily entre jadeos—. Extraordinario —finalizó al fin al encontrar la palabra que estaba buscando.

El duque se alejó de ella para ajustarse la camisa y el chaqué que llevaba puesto, ella no quiso dejarle ver que anhelaba su cercanía, por lo que hizo lo propio ajustándose el vestido y abotonando la parte del corsé para devolver a la intimidad sus pechos.

—¿Te ha besado *lord* Barnes? —la voz del duque sonó lejana, de hecho, Emily creyó que no había escuchado bien, ¿Iba a hablar del señor Barnes en un momento así? ¿Después de haber protagonizado un encuentro tan íntimo?

—¿Cómo? —dijo contrariada.

—Me preguntaba si te había besado *lord* Barnes.

—No creo que eso sea de su interés, su excelencia —afirmó ella.

—Lo es —aseguró él.

¿Era eso una formalidad de compromiso? ¿Se había declarado con aquel encuentro?

«No seas ilusa Emily», se dijo a sí misma. «No hasta que te haga una declaración formal de compromiso».

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo ella para asegurarse y el duque cambió su semblante.

—No espere una propuesta de matrimonio por mi parte, *lady* Emily, puesto que jamás la obtendrá. Aunque ahora mismo entrase alguien por esa puerta y

nos viera en esta situación comprometida, no la tendría. —Sus palabras dolían y se clavaban como puñales ardientes en su pecho.

—No le he pedido nada, su *excelencia* —dijo haciendo hincapié en la última palabra—. Y por tanto tampoco me puede exigir nada usted, ahora si me disculpa me marchó —habló dándose media vuelta y abriendo la puerta para salir al pasillo oscuro que tendría que recorrer de regreso al salón.

—Eres mía Emily Norwing y todo lo que hagas será sin duda alguna de mi interés. —Afirmó el duque en voz baja mientras la veía alejarse de él por aquel pasillo.

«No llores, respira, no llores», se decía mentalmente Emily una y otra vez pese a que las ganas de llorar eran inmensas. ¿Cómo podía un momento tan íntimo y de tanto placer, culminar de aquella forma?

«Nunca me casaré contigo», rememoraba una y otra vez en su mente.

Le había quedado claro. Ella no valía nada para él, solo era parte de su juego, de su maquiavélica estratagema para confundirla. Desconocía las intenciones del duque, quizá solamente estaba usándola como pieza de ajedrez para algún plan, pero no se dejaría arrastrar de nuevo. Le había quedado suficientemente claro que jamás obtendría una propuesta de matrimonio por parte de él, a partir de ahora centraría toda su atención en hombres que de verdad estuvieran interesados en ella, como William. Aunque no pudo evitar recordar la pregunta del duque, ¿A qué se debía el interés en saber si había besado al Barnes?, ¿Celos?, ¿Podría el duque tener celos de William? Si era así que se preparara, porque iba a arder en el infierno.

—¿Dónde te habías metido? —la voz de Anne desde atrás sorprendió a Emily que se giró para encontrar a su hermana.

—Necesitaba tomar el aire, estaba demasiado cansada de tanto murmullo,

cuchicheo y habladuría sobre mi atuendo.

—Tienes razón —dijo ésta—. Me han preguntado hasta la saciedad sobre quien era tu modista y de dónde habías sacado el vestido, nadie quiso creerme cuando les dije que lo habías diseñado tu misma.

—¡Oh, vayámonos a casa Anne! Estoy realmente cansada de tanta dama cotilla —dijo con pesar. Aunque su razón principal no era esa, necesitaba pensar lo que había ocurrido con el duque; analizarlo, masticarlo y después digerirlo. Aún no podía creerse lo que había ocurrido, ni cómo le había permitido llegar tan lejos. Bueno, sí que sabía porque lo había hecho, pero se negaba a reconocerlo.

—¿Ya os vais? —William se había acercado a las damas.

No se le había escapado la expresión que Emily llevaba en el rostro, pero solo le hizo falta echar un vistazo a su recogido flojo y aquellos labios hinchados, para saber lo que había ocurrido. La gran pregunta sería ¿Quién era el afortunado?, Tendría que estar atento para averiguarlo.

—Si, Emily está cansada y además es bastante tarde —añadió Anne.

—Por supuesto, ¿Me dejaría que la acompañara mañana para dar un paseo, *lady* Emily? —esta vez miró únicamente a Emily. Tenían asuntos que tratar y él partiría hacia Francia durante bastante tiempo.

—Por supuesto que sí, Emily estará encantada —contestó Anne por ella, pero William no desvió su mirada de la joven en cuestión.

—Por supuesto que sí, *lord* Barnes —afirmó ella guardando la formalidad en presencia de su hermana. William cogió entonces delicadamente su mano y la besó sonriente antes de dejar que las damas se marcharan junto a Donald Richmond que parecía esperarlas.

William observó entonces la figura masculina que salía del pasillo que

conducía a varias estancias de la mansión de los Claddwen justo cuando Emily comenzaba a marcharse. A pesar de la distancia pudo apreciar que iba algo despeinado, aunque su traje estaba inmaculadamente correcto. Parecía buscar a alguien por el salón de baile y notó como su mirada se fijaba en la escalera del salón. William siguió con su mirada la dirección en la que tenía fija la vista el duque para ver que efectivamente Emily desaparecía tras la puerta de entrada, ¿Sería posible que hubiera sido con él?... ¿Con el duque de Sylverston? Tendría que hablar seriamente con Emily al respecto, aquel hombre no era bueno para ella.

Emily se quitó el vestido, no necesitó la ayuda de Nora por lo que se encontraba completamente sola en su habitación y lo agradeció. No le apetecía el parloteo de Nora en aquellos momentos haciéndole preguntas sobre el baile, en ese instante ella sólo tenía pensamientos para el duque. Estaba enfadada y al mismo tiempo cabreada, de hecho, sentía que se subía por las paredes de rabia contenida, pero en el fondo, muy en el fondo a pesar de todo, agradecía el placer que el duque le había proporcionado

«Aunque solo muy en el fondo» se repitió.

Quien le hubiera dicho que un hombre podría dar tanto placer con sus manos y labios. Ella sabía lo básico de lo que sucedía entre un hombre y una mujer, al criarse en el internado pese a ser de monjas, las chicas mayores siempre hablaban, de hecho, alguna decía que había libros que describen el acto que ocurría entre una mujer y un hombre en la intimidad una vez casados, solo que ella no estaba casada, ¡Era una pecadora!, aunque aún fuera pura, había pecado. Debería acudir a misa y confesar sus pecados, aunque el hecho de pensar en decirle al sacerdote lo que había ocurrido entre el duque y ella, hacía que el color de su cara se volviera rojo como la grana. No, preferiría ser una pecadora antes que confesar lo ocurrido.

«Me olvidaré de él» se dijo mentalmente. Definitivamente lo olvidaría, aunque tuviera que arrancárselo de sus pensamientos para ello. ¿Y si volvía a verlo?

—Lo ignoraré, me limitaré a saludarlo cordialmente y dejaré bien claro que él no me importa en absoluto —se dijo en voz baja para confirmárselo a sí misma.

William acudió a su cita puntualmente, había recogido a Emily en su calesa descapotable para aprovechar el día soleado y la temperatura suave de la proximidad de la primavera.

Emily al ver que el carruaje era descubierta y que el tiempo les acompañaba, dejó su abrigo para lucir su traje de día de color melocotón puesto que en ocasiones anteriores, siempre había llevado el abrigo que lo tapaba. Anne insistió en que llevase paraguas para protegerse del sol, aunque ella los odiaba, le gustaba la sensación agradable cuando el sol iluminaba su rostro, aun para no escucharla hablar sobre la importancia de no tener pecas y la belleza en los rostros impolutos.

—¿Sueles invitar a muchas damas a pasear en tu calesa? —preguntó Emily cuando llevaban un tiempo paseando para romper el silencio que habían mantenido todo ese tiempo.

—Debo confesar que eres la primera y probablemente también la última dama que invito a pasear en mi calesa —le confesó.

Emily se quedó sin respuesta, no sabía muy bien que responder ante aquella afirmación.

—¿Por qué dices eso William?

—Simplemente porque es la verdad —añadió.

—¿No piensas casarte? ¿Formar una familia? —le interrogó.

—No son prioridades para mí, Emily.

—Pero deberían serlo, eres barón —le corrigió—. Tienes un título que legar a un heredero.

—Lo sé, mi madre me lo recuerda cada día de mi existencia que paso a su lado, quizá por eso viajo tanto, para no escucharla. Créeme cuando digo que, si tuviera un hermano, le habría cedido el título a su favor, pero lamentablemente soy hijo único. —contestó abatido. Emily pudo apreciar que el tono de su voz era triste.

—Eres joven, ¿Es porque adoras demasiado tu libertad?, ¿Por eso no deseas casarte?

Un suspiro escapó de los labios de William y miró a su alrededor para comprobar que nadie estaba lo suficientemente cerca como para escuchar lo que tenía que decir.

—Emily, te diré esto porque confío en ti, sé que eres una mujer sin maldad y que además tendré el privilegio de tener amiga. —Hizo una pausa y continuó—. Yo no me siento atraído por el género femenino —continuó diciendo en voz baja.

—¿Cómo? —Emily no entendió muy bien lo que trataba de decir, ¿Que no se sentía atraído por el género femenino? Quizá había escuchado mal, sí, probablemente no lo entendió bien.

—No me gustan las mujeres —le aclaró para ser más directo.

—¿Pero eso es posible? —dijo ella ingenuamente.

—A veces olvido lo inocente que llegas a ser, Emily. A mí —hizo una pausa para volver a mirar a su alrededor y ver que no había nadie—, me gustan los hombres —le susurró a pesar de que nadie podía oírlos.

Los ojos de Emily se abrieron como platos en ese instante «¿A un hombre le podía gustar un hombre?», su mente comenzó a trabajar deprisa pero no sabía cómo razonar ante aquello, ni las visiones que su mente procesaba.

—No me mires así Emily, está mal visto y de hecho te sorprendería la infinidad de hombres casados que realmente le gustan los hombres y a pesar de ello, tienen hijos con sus esposas.

—No quiero saberlo. No deseo saberlo —le cortó—. Déjame que lo procese y probablemente tenga cientos de preguntas que hacer, pero por ahora mi razón tiene que admitir ese hecho —le confesó.

William comenzó a reír como si le hubiera dicho la cosa más graciosa del mundo.

—¿De qué te ríes?, No tiene gracia —le recriminó dándole un golpe en el brazo, aunque probablemente no le habría dolido en absoluto—. Es más, estoy ofendida, ¡Pensé que me estabas cortejando! —le confesó.

—¡Oh! No te hagas la ingenua conmigo que sé tú pequeño secreto —le advirtió William.

—¿Mi secreto? —esta vez sí estaba contrariada. Ella no escondía nada, bueno sí, pero era imposible que él lo supiera.

—Si —confesó William—. No hay que ser muy ingenuo para saber que anoche tuviste un encuentro con cierto caballero. —No la miraba en ese instante, pero pudo deducir su expresión por su repentino gemido de exclamación.

—Pero... ¿Cómo?, ¿Es que alguien habló de ello en el salón?, ¡Oh Dios mío estoy perdida! Voy a ser la vergüenza de la familia, me van a repudiar y...

—Tranquila Emily —dijo con voz calmada—. Nadie se dio cuenta, pero veo que no me equivoqué con mis conjeturas. Esos labios hinchados y ese

recogido algo caído solo podían significar una cosa.

—¡Me has tendido una trampa! —le gritó ofendida.

—Estaba seguro, solo quería confirmarlo —contestó perspicaz.

—Muy observador, ¿No? Para darte cuenta de ello —objetó algo más tranquila.

—Demasiado... No sabrías cuánto —le confesó—, ¿Me vas a decir quién es el noble en cuestión? Porque es un noble me imagino —le dijo con sorna.

—Sí, es un noble. —Para qué negarlo si ya se había delatado con su pronta reacción.

—¿Y quién es el noble en cuestión? —le interrogó— ¿Tal vez un Conde?, ¿Un duque quizá? —William quería saber si ella lo confesaba.

—Preferiría no decirlo si no te importa. —En realidad no quería confesarlo, si lo confesaba sería real y en su fuero interno se debatía entre decidir que aquello simplemente no había ocurrido o que había sido la experiencia más maravillosa de toda su vida, dudaba que otro hombre jamás pudiera complacerla de la misma forma.

—Como quieras, aunque decirlo no va a cambiar los hechos. —Añadió William sin confesar sus sospechas. Estaba casi seguro de conocer la identidad del noble con el que había mantenido dicho encuentro—. Dime al menos una cosa, ¿Besa bien? —la interrogó.

—¡Dios mío William!, ¡Eres más cotilla que Susan! —dijo riendo.

—¡Oh Emily!, Dame un poco de emoción. Londres es demasiado aburrida para alguien como yo, es más, eres la primera mujer que sabe de mi condición en este país y pienso aprovecharlo al máximo.

—Está bien —se rindió. Total, necesitaría confesarle a alguien lo ocurrido o

acabaría explotando—. No puedo compararlo porque es el único hombre al que he besado, pero te puedo asegurar que besa como los ángeles. Cuando lo hace, siento que estoy en el quinto cielo y pierdo completamente la noción del tiempo —le confesó.

—Pues sí que debe ser bueno, sí, a lo mejor intento probarlo si averiguo de quien se trata —contestó divertido.

—¡Ni se te ocurra hacerlo William Barnes! —En realidad no supo porque le molestó que dijera aquello, pero al escuchar las risas de William se tranquilizó.

—Tranquila Emily, con un hombre que besa así a una mujer no tengo mucho que hacer —le aseguró entre risas.

Se centraron en hablar de los nuevos diseños durante el resto del paseo, William confesó que partiría a Francia durante algún tiempo, pero volvería en unas semanas, para entonces Emily habría podido hacer los tres diseños con las telas que él mismo le habría proporcionado y prometió enviarle más diseños desde Francia.

—Se me olvidaba —añadió William sacando un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí tienes la dirección de una costurera, es bastante fiable, le hablé del trabajo y está dispuesta a realizarlo discretamente. Me costó dar con una que sea discreta y al mismo tiempo buena en el bordado, por lo que no tardes en pasar por su casa o buscará otro empleo —dijo ofreciéndole el papel.

—Mañana mismo intentaré pasarme —dijo alegremente—. Así será más fácil todo.

—¿Pensabas que te iba a dejar toda la tarea para ti sola?, Tengo que cuidar de mi modelo —sonrió William dándole un beso en el dorso de la mano.

Mientras tanto Henry Sylverston pasaba por Central Park a caballo, iba de camino hacia la casa de su socio Richmond para firmar el acuerdo que habían pactado la noche pasada.

Se dijo mentalmente que lo que iba a hacer en pocas horas era un gesto egoísta pero ya lo había mencionado y no había vuelta atrás. Aunque su mente iba distraída escuchó unas risas que captaron su atención y divisó a una joven pareja en una calesa, se fijó más en la joven al resultarle familiar, ¡Era Emily! Unos celos incomprensibles comenzaron a nublar su buen juicio de pronto, ella estaba acompañada del petimetre de Barnes que parecía estar en todas partes. Ella parecía alegre y sonriente, un sentimiento extraño le recorrió al no ser él quien provocase aquellas risas., una sensación que no le gustaba.

La pareja pareció no verle, quizá fuese mejor así. Desconocía si sería capaz de mantener una actitud fría y serena ante ella después de verla coquetear descaradamente con Barnes. Su decisión ante el futuro de la chica arraigó con más fuerza aún si cabe, si aquella era la única manera de que fuera suya, lo sería. Él iba a negarse a todos los pretendientes que solicitaran su mano, pondría excusas para todos y cada uno de ellos, hasta que ella no tuviera más remedio que aceptarlo a él y convertirse en su amante. Era la única forma de tenerla sin romper su juramento, sabía que era una opción egoísta por su parte, puesto que de esa forma le estaba privando de un futuro decente, pero que le partiera un rayo si no la deseaba con todas sus fuerzas. Emily se había metido bajo su piel, adentrándose en ésta para de algún modo atormentarlo, solo con recordar sus gemidos la pasada noche se estaba volviendo loco y dudaba que pudiera controlarse si volvían a tener otro encuentro íntimo como aquel.

Henry llegó a casa de los Richmond, sabía que Emily no estaría allí, pensó por un atisbo qué excusa darle a su socio si el barón Barnes solicitaba una petición de mano de Emily, se preocuparía por ello a su debido momento. Había acudido previamente a primera hora de la mañana al despacho de su abogado para redactar el documento en el que explicaba detalladamente el acuerdo; a cambio de la cantidad acordada que prestaba a su socio Richmond, éste no podría aprobar a ningún candidato sin su consentimiento expreso, en caso contrario, tendría una penalización económica doblando la suma de la

cantidad acordada. De esta forma se aseguraría que la chica no se casará con nadie si él no lo aprobara primero o bajo su propia responsabilidad de hacerlo llevaría a su familia completamente a la ruina.

Richmond leyó el documento detenidamente cuando Henry se lo facilitó. Pareció contrariado al leer aquella condición expresa.

—¿Puedo preguntar por qué tanto hincapié en que no acepte a ningún pretendiente sin tu consentimiento?, La cifra de la penalización es demasiado elevada —por el tono de voz parecía realmente intrigado.

—No deseo que la joven se sienta presionada a aceptar a un pretendiente que no desea. Imagino que recibirás más de una propuesta de caballeros no muy adecuados que solo desean casarse por su rostro hermoso, no me parecería justo para la joven tener que aceptarles para no ser una carga familiar. Creo que, con sus aptitudes, puede conseguir un buen matrimonio y de esta forma todos saldremos ganando —añadió para dar más credibilidad a sus palabras.

—Lo cierto es que no creo que el joven *lord* Barnes tarde demasiado en pedir su mano, parece bastante interesado en ella, de hecho, me consta que la visita asiduamente. Quizás recuperes tu dinero más pronto de lo que piensas amigo mío. —El duque no añadió que se negaría ante tal oferta y que por eso mismo se encontraban firmando aquel acuerdo. No, que firmara primero y después tendría el poder sobre el futuro de Emily.

Le entregó el pagaré con las cinco mil libras a Donald una vez firmó el documento y salió de aquella casa con una extraña sensación hasta ahora desconocida. Alegría... Llevaba muchos años sin sentirla, ella sería de él y estaba solo a unos pasos de poder hacerla completamente suya.

Emily entró en casa de su hermana y se detuvo en el recibidor para quitarse los guantes y el sombrero que su hermana y la sociedad inglesa le obligaban a

llevar para protegerse del sol, odiaba aquel cachivache que solo servía para entorpecer su visión y provocarle dolor de cabeza, además, ¿Para qué usaban la sombrilla aparte del sombrero si éste ya las ocultaba por completo del sol? Jamás lo entendería. La casa estaba completamente silenciosa y eso era extraño, sus sobrinos siempre andaban haciendo alguna travesura, tenían al personal y a su propia madre revolucionados tras ellos, probablemente habrían salido de casa para hacer algunos recados. Aprovecharía entonces para los cortes de los diseños de William sobre los nuevos tejidos. No había tiempo que perder pues tenía tres acontecimientos a los que acudir en esa semana y seguramente tendría que repetir atiendo en dos de ellos. Si se daba prisa podría tenerlo a tiempo para uno de ellos, más aún ahora que contaba con la ayuda de una costurera.

—Emily, querida, ¿Ya estás aquí? —Era la voz de su cuñado Donald que salía de su despacho, iba ataviado con su abrigo y sombrero como si pretendiera salir, seguramente iría a la fábrica por las horas que era— ¿Qué tal ha ido tu paseo? —añadió sonriente.

—Muy bien, Donald, gracias por preguntar, ¿Sabes dónde está Anne y los niños? —preguntó curiosa. Aunque el ama de llaves le informaría de todos modos salvo que les hubiera acompañado.

—Sí, han ido a visitar a mi madre, hacía tiempo que no veía a los niños y en su estado le conviene salir poco de casa, de hecho, yo voy de camino ahora mismo, unos asuntos de trabajo me han retrasado la salida, ¿Deseas acompañarme? —preguntó invitándola.

—Te lo agradezco Donald, pero tengo cosas que hacer en casa y con todas las telas que me ha regalado *lord* Barnes, tengo entretenimiento de sobra. — Sonrió agradecida, bastante molestia era entrometerse en aquella casa y en su familia como para hacerlo también en casa de la suegra de Anne. No, cuanto

menos molestase mejor, al menos eso pensaba.

—Hablando de *lord* Barnes, parece bastante interesado en ti. —la afirmación de su cuñado la dejó sin argumento, «Si él supiera...» meditó.

—Es un hombre muy amable, pero no espero ninguna propuesta de su parte sinceramente. —Puesto que William no se sentiría atraído por ella en ese sentido jamás.

—Todo a su tiempo, Emily, eres una jovencita muy hermosa, estoy seguro de que recibirás más propuestas de las que deseas —dijo entre risas—. Eso me recuerda una cosa, sé que tienes buenas manos para hacer tus propios vestidos, pero ¿Por qué no encargas un par de vestidos nuevos para los próximos eventos? Seguro que quieres dejar descansar tus manos unos días, anda ve y elige los que quieras, no te preocupes por los gastos. —Había prometido al duque que Emily no sabría nada del acuerdo, ¿La razón?, Ni él mismo lo sabía, pero aquel dinero le venía bien no solo para ayudar a la joven, sino para que su familia no pasara estrecheces.

Estaba convencido de que Emily encontraría a un hombre que no solo se casaría con ella sin dote, sino que incluso estaría dispuesto a pagar por hacerlo. Él era hombre y podía apreciar cómo miraban a la hermana de su esposa, incluso él mismo reconocía la belleza extraordinaria de la joven. Le pareció normal que el duque hiciera aquella oferta sabiendo que recuperaría su dinero, si no fuera porque conocía lo bastante a Henry, diría que tenía intenciones ocultas con respecto al acuerdo al que habían llegado, pero sabía por conocidos que él jamás se casaría, por lo que descartó esa opción de inmediato.

—¿Seguro que puedo?, No me importaría hacerlos yo misma, sé que no estáis pasando por una situación muy cómoda y no pretendo ser una carga más para vosotros como le comenté a Anne.

—Además de hermosa eres demasiado buena, Emily. El hombre que te despose será muy afortunado. —Sus palabras eran sinceras—. Las cosas en la fábrica van bien, no te preocupes. Ve y encarga esos vestidos, es lo menos que puedo hacer por cuidar tanto de tus sobrinos y además deleitarnos con esos magníficos postres —mintió parcialmente, pero era la única forma de convencerla sin contarle de donde procedía realmente el dinero.

La fiesta de los Hawtton no tenía nada que envidiar a cualquiera de las veladas en las que había estado con anterioridad. Descubrió que en aquellas fiestas la comida más bien era escasa y de pequeños bocados que apenas le llenaban el estómago, aunque la importancia de aquella velada era el baile y no la comida.

—¡Emily!, ¿Dónde estabas?, ¡Vamos, ven! —La voz de su amiga Susan hizo que dejara de contemplar a las hermosas parejas de baile que se encontraban danzando en aquellos momentos.

Emily había preferido reservar algunos para descansar sus pies, la experiencia de otros eventos le había hecho tomar medidas, de lo contrario al día siguiente no podría caminar sin quejarse con cada paso. Siguió a Susan que la llevaba hacia un pequeño grupo de jóvenes de su misma edad, algunos ya los conocía, pero había algunas caras nuevas.

—Emily, te presento a mi querida y mejor amiga, la señorita Benedict, Julia para los amigos. Hasta ahora no habíamos coincidido en ninguna fiesta, pero tengo la sensación de que os vais a llevar muy bien —dijo antes de marcharse a bailar con su pareja de baile.

—Así que eres la más joven de las hermanas Norwing, la pequeña *lady* Emily, según me ha contado Susan, ¿Qué tal llevas la temporada?, ¿Algún pretendiente interesante?

—Sí, supongo que mi apellido es bastante conocido y no creo que exista ningún otro noble en toda la nobleza inglesa con nueve hijas siendo todas del mismo sexo y condición —dijo un poco a broma lo que causó gracia en Julia.

—¡Vaya! y además de realmente hermosa eres graciosa. No me extraña que William haya caído rendido a tus pies, debe haber encontrado la horma de su zapato. —Emily se mordió la lengua, si todos supieran lo equivocados que estaban con respecto a William, más de uno y una se sorprenderían.

—Pues no lo creas, es decir, me llevo muy bien con William, pero solo es una bonita amistad. —Intentó aclarar, no sabía si le gustaba el hecho de que la gente pensara que ella y William podrían comprometerse, cuando sabía de sobra que eso nunca iba a suceder.

—Todo a su debido tiempo, pero debo decir que por lo que me ha contado Susan, nunca había visto a William tan interesado en una dama en toda su vida. Debes ser muy especial. —La sonrisa de la señorita Benedict era sincera, Emily supo que en efecto aquella chica le caería bien, al igual que con Susan estaba segura de que se convertirían en buenas amigas.

—Más bien soy normal y poco interesante —aclaró.

—¿Pero tú te has visto bien en el espejo, Emily?, Perdona si me atrevo a llamarte por tu nombre, pero Susan me habló tanto de ti, que te siento como una amiga. Debo decir que me alegro de que al fin haya aparecido una joven más hermosa que la insípida y creída de Amelia.

—¿Amelia?, ¿Quién es Amelia? —preguntó Emily.

—Un grano en el trasero, eso es la señorita Amelia y por desgracia para mí, también es mi prima —soltó un bufido—. Una estirada de cabellos rubios como el sol, ojos azules como el mar y piel tan blanca como la nieve que todo lo que tiene de hermosa, lo tiene de imbécil. —Emily se mordió el labio para

no reírse, Julia era muy expresiva, entendía porque se llevaba tan bien con Susan.

—Deduzco que no te cae muy bien tu prima —contestó con algo de dificultad.

—Imagino que habrás tenido la fortuna de no encontrarte con ella. Bien, te deseo mucha suerte para que siga así y si la ves huye porque cuando te vea, querrá dejar alguna marca con sus perfectas uñas en tu hermoso rostro para seguir siendo la más bella de la temporada. Por cierto, hasta donde yo sé, ha venido a esta fiesta según le comentó mi tía Elisabeth a mi madre —vio como Julia intentaba buscarla a través del salón. Emily siguió a Julia con la mirada buscando una joven con aquella descripción. Sin duda debería de ser muy hermosa—. Mira, ¡Allí está! —indicó Julia.

Emily siguió la mirada para dar con la dama rubia de cabellos de oro y piel de porcelana. Era realmente hermosa, ¿Cómo iba ella a poder compararse con tal belleza?, Amelia parecía una preciosa muñeca digna de exposición, ella... bueno ella era Emily, con unos ojos de un color peculiar pero el resto del envoltorio era más bien mediocre.

—Es muy hermosa —confesó.

—¡Ah sí que lo es!, Pero no como tú —contestó—. Sus rasgos son más comunes a los tuyos. Hay muchas damas de cabellos rubios en Londres, y también que poseen los ojos azules, ella tiene un rostro bonito, sí, pero tú Emily... bueno es que no hay un punto de comparación entre ambas.

Emily volvió a mirar hacia la joven en cuestión y se dio cuenta de que en su grupo estaba el duque de Sylverston, ¿La conocía? Por un momento se quedó bloqueada, seguramente el duque jugó con ella porque sus intenciones estaban puestas en otra mujer, concretamente en la tal Amelia, que sin duda

era más hermosa que ella y acompañada de una buena dote, de eso estaba segura.

—Veo que en su grupo está el duque de Sylverston, es socio del esposo de mi hermana —dijo para ver si podía sacar alguna información a Julia.

—Ah sí, *lord* Sylverston, uno de los pocos duques con un linaje tan antiguo y de gran relevancia en Londres. Es un amigo de la familia, mi hermano y él se conocen desde hace años y mantienen una estrecha amistad, además tiene algunos negocios con mi tío, por eso le conocen todos. Amelia ha intentado llamar su atención en más de una ocasión, pero pierde el tiempo, él jamás se casará.

Emily se intrigó aún más tras conocer aquello. Julia parecía saber algo que ella desconocía y necesitaba saberlo.

—¿Por qué?, si es que se puede saber claro —puntualizó Emily.

—Bueno, todo Londres conoce la historia de su prometida, que fue encontrada muerta en el río unos días antes de la boda, igual eso ya te lo habrán contado.

—Si, mi hermana Anne me dijo que había fallecido su prometida, aunque no entró en detalles.

—Lo que te voy a decir —miró hacia su alrededor para asegurarse de que no había nadie—. Solo quedará entre nosotras, sé por Susan que no eres para nada una dama chismosa y esto lo sabe muy poca gente, por no decir que prácticamente nadie. —Emily afirmó con la cabeza antes de que Julia continuara—. El duque estaba muy enamorado de Sophie, así era como se llamaba su prometida, pero su padre se opuso al matrimonio, al parecer le prohibió terminantemente que se casara con ella, nadie sabe las razones, ni tan siquiera el mismísimo *lord* Sylverston, pero le dijo que si lo hacía le

desheredaría. Él estaba dispuesto a renunciar al título y a las propiedades de su familia, pero Sophie apareció muerta a los dos días en el río, aparentemente se suicidó porque no soportó que él tuviera que renunciar a todo su patrimonio por ella, y Sophie no podía soportar vivir sin él. Tras eso, el duque juró que jamás se casaría ni tendría herederos ante la tumba de su prometida para que el legado de los Sylverston muriese con él.

—¿Tanto la amaba? —Su pregunta se le escapó de sus pensamientos y tomó voz propia.

—Aparentemente sí, porque jamás se ha fijado en ninguna dama y sigue firme en su oposición a casarse. Mi hermano Robert ha intentado hacerle cambiar de opinión en alguna ocasión, pero no sé hasta qué punto seguirá amando aún a Sophie. Supongo que no habrá encontrado a la mujer adecuada que le haga cambiar de parecer, tal vez no lo haga nunca.

Emily no supo cómo sentirse, por un lado, le entristecía que la felicidad del duque hubiera sido tan tristemente arrebatada y por otro lado ella quería ser quien se la devolviera de alguna forma, darle todo lo que ella tenía para que él volviera a ser feliz de nuevo.

Había descubierto que no jugaba con ella, no era una simple pieza de ajedrez en sus manos, él simplemente era fiel a la promesa que en su día le hizo a su amada, ¿Podría ella luchar contra un fantasma? ¿Podría ella ser capaz de hacerle vencer sus miedos para romper su promesa? Quizás era mejor olvidarle, olvidar todo lo que había ocurrido entre ellos y buscar la felicidad en otro hombre, aunque sabía de sobra que sería incapaz de hacer tal cosa después de haber probado sus labios y gozar de sus caricias, ella lo quería a él, no habría jamás otro hombre por el que pudiera sentir aquello.

Henry no pudo evitar deleitarse con miradas cortas pero frecuentes en la joven *lady* Emily. Ella hablaba con la hermana de su amigo Robert, la señorita Benedict, una joven bastante risueña y divertida, nada que ver con la hijastra de su socio, el vizconde de Grafton, con el que se encontraba en aquellos momentos. La joven Amelia Barston era un incordio con mayúsculas. Debía reconocer que la muchacha era bonita, sobre todo si no abría la boca para soltar una estupidez tras otra con aquella voz chillona que perforaba sus oídos, pobre del desgraciado que acabará casándose con ella. La dama no conseguiría llamar ni en esta vida, ni en las siguientes su atención, menos aún después de haber conocido a Emily, la cual superaba en

belleza e ingenio, quedando la joven Barston a la altura del betún.

Volvió su mirada hacia *lady* Emily por enésima vez aquella noche y esta vez pudo apreciarla observándole, aunque apartó la mirada enseguida y a pesar de la distancia, juraría que había notado el rubor de sus mejillas, eso le gustó. Sus mordaces palabras la última vez que se vieron, le hizo creer que tal vez se había ganado la antipatía de ella. Se preguntó hasta qué punto se sentiría atraída por él, debía ser bastante para haber permitido que traspasara la línea del decoro en el último encuentro que tuvieron, ella era exquisita, si no fuera por los riesgos que corría si lo hacía, volvería a repetir allí mismo lo que vivieron la última vez, necesitaba deleitarse con aquel cuerpo creado para el placer de nuevo.

¡Dios!, No veía la hora en que al fin ella fuese suya. Tenerla instalada en una preciosa casa, esperándole cada noche en su cama y dispuesta para darle todo el amor y placer que él deseaba. Sabía que no sería fácil, que ella lo rechazaría al principio, pero cuando no le quedará otra alternativa, aceptaría y finalmente sería solamente suya.

—Vaya Henry, amigo mío, últimamente te dejas caer más de lo normal por estas fiestas, ¿Acaso estas buscando esposa? —la voz de Robert tenía un deje divertido. Él mejor que nadie sabía que nunca se casaría, pero por alguna razón le gustaba bromear con aquello de vez en cuando.

—Me he visto en la obligación de venir a socializar y de paso consigo evitar el agotamiento al que me somete mi madre cada vez que habla de la importancia de la descendencia y el linaje de los Sylverston.

—La pobre duquesa viuda no pierde las esperanzas con su hijo —afirmó.

—Pues no. Lo cierto es que no las pierde, conoce de sobra todos los hechos, pero según cree, forma parte del pasado y el tiempo ha debido curar mis

heridas. He tenido catorce años para soltar mi furia contenida y ahora debo buscar una esposa.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó curioso Robert.

—Nada. —Le dio un sorbo a su bebida—. Dejaré que pase el tiempo, dejaré que se canse y finalmente dejará de perder el tiempo atormentándose porque se dará cuenta de que no cambiaré de opinión al respecto. Hice un juramento y no voy a romperlo. Moriré sin descendencia y conmigo acabará el maldito linaje de los Sylverston de una vez, desde que fue creado.

—Pues es una pena que todas tus propiedades pasen a formar parte de la iglesia, la verdad, ¿Oye?, ¿Por qué no me las donas? Al menos rozaría algo el título, ya que, en mi caso deberían morir al menos ocho parientes que recuerde para poder ser duque. —Henry miró a su amigo que sonreía de oreja a oreja divertido, al menos aquella situación le causaba gracia a alguien.

—¿Crees que mi primo Andrew te dejaría pisar un solo pie en la mansión de campo? Antes te pegaría un tiro que dejar que se le escapara un resquicio del título, es la parte que menos me gusta de esta historia, si al menos mi pariente más cercano no fuese un imbécil, podría estar más contento, pero no es un Sylverston y tendré que conformarme con eso.

—Bueno, amigo, ha sido tu decisión, si es lo que de verdad quieres tendrás que aceptarlo, aunque ya no estés en este mundo para ver a ese idiota dilapidar tu herencia.

De todos era conocido que a su primo Andrew le gustaba demasiado el juego y los vicios nocturnos, no creía que la fortuna que heredara durase más de un par de años con ese estilo de vida. A veces no entendía para qué trabajaba tanto si todo su esfuerzo se lo llevaría aquel mequetrefe de primo, pero a él le gustaba su trabajo, invertir en negocios que prosperasen. Era bueno en eso,

demasiado bueno de hecho. En ese momento sintió un codazo por parte de su amigo que señalaba en una dirección.

—¿Quién es la joven que está con mi hermana Julia? No la había visto por aquí, ¿Es realmente hermosa, no te parece? —No hacía falta mirar, no había otra joven tan hermosa en todo el salón y además la había visto hablando con la hermana de Robert momentos antes. Por un segundo odió que fuera tan bella, todos los hombres sin duda repararían en ella, aunque ahora podía sentirse un poco más seguro al tener el poder sobre su futuro, aun así, no veía la hora de tenerla solo para él.

—¡Ah sí! —respondió en el tono más apático que le fue posible—. Es la cuñada de Richmond, la hermana de menor de su esposa Anne, la última de las Norwing. —La cara de estupefacción de su amigo no tenía desperdicio, todo el mundo reaccionaba de la misma forma al enterarse de que era una Norwing, incluso él seguramente también debió tener esa expresión sin darse cuenta.

—Estas bromeando, ¿Tú la has visto? No puede ser. —Robert hablaba más para convencerse a sí mismo que a Henry.

—Reconozco que yo también quedé impresionado al notar lo diferente que es en comparación con sus hermanas, pero tiene los ojos del viejo Conde Ashby así que sin duda es su hija —confirmó porque conociendo a Robert, pensaría lo mismo que pensó él, que no podía ser la hija de ese hombre.

—Una belleza insólita y seguramente acompañada de una cuantiosa dote, amigo mío... Hasta yo me planteo casarme —le confesó Robert cuyos ojos parecían brillar.

Henry trató de guardar la compostura, aunque todo su ser quisiera gritar «Si se te ocurre ponerle las manos encima te las corto por muy amigo mío que

seas» pero se controló, meditó sus palabras intentando que estas fueran lo más neutrales posibles.

—Te decepcionará saber que no tiene dote, de hecho, el Conde se arruinó con las dotes de sus ocho hermanas, con decirte que Richmond me ha solicitado un préstamo para poder mantener los gastos de la joven —dijo arrastrando las últimas palabras, esperaba que el hecho de que la joven no tuviera un centavo hiciera que su amigo pusiera las miras en otra parte.

—Es una lástima, ya me estaba planteando seriamente el hecho de atarme el lazo y dejarme arrastrar —comentó en broma—. Aunque siendo tan hermosa, dudo que le falten pretendientes pese a su pobreza.

—Bien, dejemos de hablar de la joven Norwing y mejor tratemos asuntos de negocios que es para lo que he venido aquí. —Henry quería cambiar de tema o su amigo descubriría que aquella joven no le era indiferente y es lo que menos le convenía en aquellos momentos, que lo relacionaran con ella y comenzaran las habladurías sobre ellos. No, tendría que evitar que se produjera aquello a toda costa.

Días más tarde a Emily le dolían los dedos de la aguja, llevaba dos días sin apenas salir de casa. Únicamente iba a visitar a la señora Smith y solo lo hacía porque no quería dejar de hacer compañía a la anciana, aun así, estuvo tentada de llevarse aquel corsé que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando con aquellas puntadas finísimas y complicadas de ajustar. Lo cierto era, que la costurera que había contratado William le estaba siendo de gran ayuda, aun así, quería ocupar su tiempo cosiendo, esa era la única forma de evitar pensar en el duque de Sylverston. El hecho de que en la última fiesta no cruzara palabra con ella, no la saludara o al menos hiciera el intento de hacerlo, sumado a que la descubrió in-fraganti observándolo durante el evento; la exasperaba y la irritaba al mismo tiempo, más aún, cuando se había

prometido a sí misma no dejarle ver sus sentimientos hacia él.

Bien era cierto que las palabras de Julia con respecto a la vida pasada del duque habían conmovido su frágil corazón, por eso le estaba observando cuando él reparó en que lo hacía, ¿Qué pensaría ahora de ella?, seguramente creería que suspiraba por él y la tendría comiendo de su mano, si era sincera consigo misma, poco faltaba para que así fuese, por más empeño que tuviera de que no sucediera.

Una vez más, se clavó la aguja de enhebrar en su dedo índice, eso le pasaba por no utilizar dedal, muy mal por su parte. Se chupo el dedo para evitar que con el sangrado manchara el delicado tejido, eso era otro asunto en su contra, los tejidos tan finos de sedas que le había traído William eran preciosos pero un verdadero incordio para las finísimas puntadas que había que hacer y aún más para deshacerse de las arrugas una vez terminados al ser tan delicado textil.

—Emily querida, tienes una visita. —La voz de Anne la sacó de su ensimismamiento mental, no quería pensar en el duque, pero al final de una u otra manera lo acababa haciendo.

—¿Quién es, Anne? —Lo cierto era que no esperaba a nadie, ni tampoco había recibido una carta de anunciación. Aún era pronto para esperar el regreso de William por tierras francesas, pero tal vez había adelantado su vuelta.

—Es la señorita Benedict. La haré pasar al saloncito verde y le diré a Nora que os traiga el té —le comunicó Anne justo antes de salir.

El saloncito verde era una pequeña estancia que su hermana apenas usaba debido al tamaño tan reducido que ésta tenía, pero comprendía que la enviaba allí para que tuvieran cierta privacidad hablando de sus cosas, o eso pensaba.

Dejó el vestido que casi estaba terminado sobre el sofá estampado en flores amarillas que se había convertido en su mejor aliado los últimos días y se dirigió hacia el saloncito para recibir a su más reciente amiga Julia.

—¡Emily!, Perdona que no haya enviado ninguna carta para avisarte, pero terminé más temprano de lo que esperaba los recados y casualmente pasaba por aquí, así que he pensado en pasar a saludarte un momento, ¿Qué tal estás?, No te vi en la cena que realizaron ayer los Wolscham y me preocupé.

—Julia lucía un bonito traje color rosado casi salmón, lo cierto es que ese color acentuaba muy bien sus rasgos y le sentaba de maravilla, con su recogido acabado en tirabuzones y su pequeño sombrero a juego era una joven bonita y espléndida. Aquellos ojos de color bronce chispeantes eran inusuales, aunque lo que más le importaba a Emily era lo simpática que era, además de sincera y divertida.

—Eres bienvenida siempre que quieras Julia, puedes pasar sin avisar todas las veces que desees que serás bien recibida. —contestó Emily con una sonrisa indicándole que se sentara en uno de los silloncitos, éstos eran el único mobiliario que había en el saloncito aparte de la mesa auxiliar del té y un pequeño aparador—. No acudí a la cena de los Wolscham porque tenía un leve dolor de cabeza —se excusó. En realidad, la que tenía dolor de cabeza era Anne y ella desde luego no insistió en acudir dada la situación, lo que menos le apetecía era encontrarse de nuevo al duque— ¿Qué tal fue? ¿Ocurrió algo interesante? —preguntó curiosa.

—¡Oh!, ¡Cuánto lo lamento! —exclamó Julia compadeciéndose de su amiga—. No ocurrió nada de eso, de hecho, fue de lo más aburrida y precisamente por eso, eché muy en falta tu compañía —confesó apesadumbrada— ¿Irás este viernes al evento que se celebrará en Almack's? —Emily había escuchado algo sobre la fiesta que se celebraría allí el viernes y que entraba

dentro de su programa de asistencia, recordó que allí fue donde se dio su primer beso con el duque y rechazó la idea de acudir para rememorarlo, pero no iba a dejar que él afectara de aquella forma su vida.

—Sí, creo que iré —contestó sin mucho ánimo.

—¡Oh vamos, Emily!, ¡Cualquiera diría que sufres mal de amores!, ¿Es por William? —preguntó—. Créeme querida no merece la pena que estés encerrada mientras él disfruta en París de los placeres y diversiones que le ofrece esa ciudad.

Emily pensó en el hecho de que todos pensarán que estaba así por la partida de William. No sabía si esto la consolaba o por el contrario debía estar agradecida, al menos nadie la relacionaría con el duque, pero por otro lado sabía de sobra que con William nunca tendría absolutamente nada más que una buena amistad y la gente hablaría al verlos juntos. En ese instante fue consciente de que sería preferible ser la enamorada de William a que la relacionaran con el duque.

—Tienes razón Julia —mintió haciéndole creer a su amiga que estaba así por la partida de William—. Debo divertirme, aunque eche de menos la compañía de *lord* Barnes. —En eso al menos había algo de verdad, echaba de menos a su amigo, por más que sufrieran sus dedos a causa de su culpa, de alguna forma sentía que con William podría sincerarse respecto al duque, más incluso que con Susan o Julia. Tal vez fuera porque él era hombre o porque la complicidad que había conseguido mantener con él, era mutua para ambos.

—¡Bien dicho! —respondió dejando su taza en la mesita auxiliar donde Nora les había servido el té momentos antes—. Y si me permites decirlo yo procuraré buscarte otro pretendiente mientras vuelve, para que no vea que has perdido el tiempo esperando su regreso. Por cierto, ¿Has recibido alguna propuesta de matrimonio interesante? —La curiosidad de Julia la hacía ser

directa, nada de rodeos banales como solía hacer la mayoría de la sociedad, eso le encantaba.

—No, no he recibido ninguna propuesta formal, aunque muchos jóvenes me han dicho cosas bonitas no las he tomado en cuenta. Además, Donald no me ha informado de ninguna petición por lo que debo suponer que no la hay, pero es normal Julia, debido a mi condición no creo que sea interesante para ningún joven de buena posición.

—¡Emily!, ¿Cómo puedes pensar algo así? —exclamó realmente una sorprendida Julia—. Eres una joven bellísima, espontánea, graciosa y divertida. Además, me ha dicho Susan que posees habilidades que ninguna otra joven posee como el arte para la creación de hermosos vestidos de gala y que haces unos postres que resucitarían al más muerto de los cadáveres, ¿En serio crees que no serías interesante para cualquier caballero con unas dotes tan peculiares? Lo que me extraña es que no se estén peleando entre sí por ti.

—Julia, debo ser realista, tengo ocho hermanas para confirmar lo que digo. Ningún hombre se casará conmigo sin una dote, mis cualidades son insignificantes si no tengo un centavo que las respalde, pero lo he aceptado, vivo con ello y no debes preocuparte por eso, soy consciente de mi situación desde el mismo momento en que murió mi padre. —Julia permaneció en silencio, probablemente entendiera sus palabras y le diera igualmente la razón.

—El tiempo me dará la razón a mí, Emily. Será entonces cuando pueda recriminarte, *te lo dije* —contestó con una sonrisa en sus labios.

Ya quisiera ella que fuera así. Ojalá fuera cierto, pero más le valía no tener sueños para luego estrellarse contra el suelo cuando despertara de ellos.

—¡Mira qué tarde es!, He de irme o mamá me matará por entretenerme tanto

tiempo, te veré el viernes entonces, ¿Verdad? —Julia se estaba colocando sus guantes mientras Emily la acompañaba hacia el hall de entrada para despedirla, cerró la puerta y se giró sobre sus talones para volver de nuevo hacia el salón donde volvería su tormentoso dolor de cabeza. En ese momento se cruzó ante ella la silueta de un caballero alto de ojos grises que la observaba detenidamente.

—*Lord Syl...* Sylverston —dijo al segundo intento. Eso no se lo esperaba, no había acudido a la dichosa cena por si él estaba, llevaba días sin salir para no encontrárselo, ¡Y tenía que verlo en su propia casa!, Eso era injusto, no estaba preparada ni mentalmente, ni físicamente para soportar aquel encuentro.

—Buenos días, Emily.

No le pasó desapercibido que la llamó por su nombre, en lugar de dirigirse hacia ella con formalidad. ¿Quién le había dado permiso para tomarse esas confianzas?, Ella, por supuesto que había sido ella al permitirle demasiadas libertades con respecto a su cuerpo.

—Tengo que atender unos asuntos, si me disculpa, le deseo un buen día, su excelencia —contestó secamente antes de marcharse.

No iba a permitir un diálogo, no iba a confraternizar con él; huiría hasta que se olvidara de todo lo que tenía que ver con él. No pensaba detenerse a pensar en su pasado, en cómo le arrebataron la felicidad junto a su amada. No lo haría porque de lo contrario sabía que caería rendida de nuevo a sus pies.

Emily desapareció por la primera puerta que encontró más alejada de donde se encontraba el duque, orgullosa de sí misma por haberlo conseguido, pero con el corazón encogido por el esfuerzo que le había supuesto hacerlo. «No dejaré que me trate como una cualquiera, no toleraré que juegue conmigo y

con mis sentimientos» se dijo antes de respirar profundamente.

Henry estaba confundido, demasiado sorprendido, a decir verdad. Emily le había evitado, le había dado una excusa absurda para salir corriendo y alejarse de su lado, ¿No disfrutaba de su compañía?, ¿Ya se había cansado de él?, Pensó en la última vez que la había visto, la observó mientras ella le miraba detenidamente, había gozado tanto de saber que no le era indiferente que ahora toda su seguridad se estaba derrumbando. Estaba precisamente allí en la casa de Richmond para evaluar seis propuestas de matrimonio recibidas para Emily y salvo cuatro de ellas, las otras dos eran más que aceptables. Sin embargo, se había inventado excusas para argumentar su negación a alguna de las ofertas.

Se mesó el cabello hacia atrás. ¿Qué estaba ocurriendo con ella?, ¿Y si había conocido a alguien?, ¿Sería por ese motivo que le había evitado y había huido de él como si tuviera la peste?, Tal vez fuera por *lord* Barnes que estaba así, le constaba que él estaba fuera de viaje.

«Lo averiguaré pronto» pensó Henry.

Se aseguraría de no dejarle otra opción que la de aceptar ser su amante aunque con ello le odiara, pero tenía claro que no podía vivir sin ella.

El evento en Almack's era bastante concurrido. Emily no sabía exactamente a que era debida tal ocasión, pero le sonaba haber escuchado algo al respecto sobre el vigésimo quinto año de apertura del lugar o algo similar, aunque no lo podría afirmar exactamente, de todos modos, cualquier excusa era buena para celebrar algo en Londres. Era la ocasión perfecta para cotillear, socializar y criticar a todo el mundo, en el poco tiempo que llevaba allí se había dado cuenta de lo absurdo de todo aquello, de lo superficial que era y desde luego no le gustaba, al menos había encontrado a algunas

personas que eran excepcionales en ese sentido como Susan, Julia o William entre otros, pero evitaría a toda costa al resto, sobre todo a las señoras que parecían mirarla altivamente y evaluarla críticamente por su aspecto.

Entró al salón en el que realizó su debut en la sociedad inglesa, ataviada con el primer vestido que había creado de los nuevos tejidos que le regaló William. El diseño era precioso, ajustado donde debía serlo para marcar las formas femeninas y entalladísimo en la cintura para que se apreciara la delgadez de la misma. Aunque lo importante era que aquella tela de finísima calidad, a pesar de los disgustos que le había dado a sus pobres dedos, en aquella tonalidad verde menta de gran intensidad y con unos bordados de color oro que simulaban enredaderas; como si pretendieran apresar algo en ellas. Sin duda, aquella finísima tela tan especial sería el verdadero protagonista, aunque el diseño fuera innovador dentro de lo clásico, estaba segura de que pasaría a un segundo lugar por el esplendor de aquellos vibrantes hilos dorados.

Las miradas hacia su persona y los siguientes susurros que entendió por críticas hacia su atuendo, no se hicieron esperar. Solo tuvo que esperar unos minutos después de hacer su entrada para tener a todo el salón de baile observándola. Quizá más de uno fuera reticente a que su dote era inexistente permitirse semejante atuendo, quién entendiera de calidades en tejidos sabría que esa tela costaba una pequeña fortuna, pero afortunadamente para ella, William había sido demasiado generoso pese a que, según él mismo, era en su propio beneficio.

—Creo que estás acaparando más miradas de lo normal, querida. —La voz de su cuñado Donald junto a ella hizo que le mirara para responder.

—¿Tú crees?, A mí me parece que no, al fondo aún hay gente que no me está observando —contestó sonriente con total confianza. Cuando Emily lograba

tomar la suficiente confianza, se mostraba como era ella, una jovencita a la que le encantaba bromear y con perspicacia, para el resto de las personas, ella era algo tímida y reticente.

Donald no pudo evitar contener la risa, que fue relativamente apagada por la música que sonaba en el salón invitando a los asistentes a iniciar la danza. Varios jóvenes se acercaron para invitarla a bailar y en poco tiempo casi había llenado su carné de baile, pensó en no aceptar más candidatos o de lo contrario al día siguiente moriría de dolor de pies por bailar demasiado. Además, esperaba poder charlar con Julia a la que todavía no había encontrado por aquel salón.

Por otro lado, Henry no pensaba acudir a la celebración de Almack's pero saber que Emily lo haría le convenció. No le gustó su último encuentro y de alguna forma tenía que arreglarlo, no podía permitirse que las cosas se quedaran así, que él fuera casi inexistente para ella. En su fuero interno pensó que era lo mejor para la joven y para él mismo, pero no lo podía evitar, pensaba en ella, soñaba con ella y se levantaba anhelando volver a verla. Aunque se privara de tal deseo refrenando sus ansias de salir corriendo hacia su casa para encontrarla y apresarla de nuevo entre sus brazos. Al menos se deleitaría con su presencia, admiraría su belleza y sobre todo espantaría a los petimetres que intentaran cortejarla, aunque no supiera cómo hacerlo aún.

Se había preparado mentalmente para volver a verla, seguramente tan hermosa como siempre estaba, pero cuando la divisó en aquel salón abarrotado y con aquel maldito vestido que rivalizaba en demasía con su innata belleza, enloqueció. Sabía de sobra que una tela así no sería posible adquirirla en Londres, debía ser uno de los tejidos que le mencionó Richmond que le había regalado el barón. Una especie de posesividad le invadió, estaba vestida por otro hombre y aquello no le gustaba, reconocía

que estaba más hermosa que nunca, la belleza de ella acompañada de aquella tela sobre su blanca y aterciopelada piel, cosa que podía confirmar de primera mano lo suave que era, hacía que cualquier hombre de aquella fiesta no pudiera evitar mirarla. Era una tortura quererla y no poder tenerla, sabía de sobra que después de aquella noche iban a llegar por toneladas las ofertas de petición de matrimonio para Emily. En aquel momento le daba igual que Donald sospechara algo, se negaría a cada una de ellas con excusas absurdas si era necesario, aunque tuviera que delatar sus intenciones por ello.

Se acercó hacia ellos, por suerte Emily se encontraba junto a su cuñado aún, por lo que tuvo la excusa perfecta para acercarse sin que ella pudiera salir huyendo de nuevo como la última vez.

—¡Henry!, Últimamente te encuentro demasiado en este tipo de fiestas, voy a creer que de verdad estás buscando esposa como corren algunos rumores — comentó Donald nada más verle.

La tensión en el cuerpo de Emily fue evidente, ¿Cómo tenía el descaro de acercarse?, Sabía que tendría que saludar a su cuñado, pero podría haberlo hecho cuando éste se retirara a la zona donde los caballeros hablaban de negocios y lo que fuera que hablaran allí los hombres.

Henry sonrió ante las palabras de Donald, pero no lo contrarió. Eso haría que Emily se alejara aún más de él y era algo que quería evitar a toda costa.

—Mi madre pagaría una fortuna para que así fuera —confesó sin mentir. Era conocido por todos que la duquesa viuda de Sylverston ofrecería una fortuna con tal de ver a su único hijo y heredero del ducado casado y otorgándole la sucesión necesaria para asegurar la dinastía de su apellido otra generación.

—¿Alguna afortunada a la vista? —le preguntó su amigo. Henry hubiera jurado que los ojos de Emily irradiaban en aquel momento, aunque no

descifró si era rabia o sorpresa lo que había en ellos. A juzgar por el resto de su cara se inclinaba a pensar más en la primera opción.

—Aún no estoy seguro —confesó a medias. De serlo, la única candidata estaba frente a él, pero teniendo en cuenta que jamás se casaría no habría ninguna afortunada ni en ese instante, ni en un futuro por más lejano que éste fuera.

—Vaya... es toda una proeza viniendo del soltero más cotizado de todo Londres. La mayoría de las jóvenes damas aquí presentes se desilusionarán como te oigan decir eso y no sean la joven afortunada. —Donald rió mientras decía aquello, pero Henry no tenía ojos para él, solamente para su cuñada, aunque su amigo no lo notara.

—*Lady Emily*, ¿Qué tal se está adaptando a nuestra sociedad? —le preguntó cordialmente y evitando así, toda respuesta a Donald para que siguiera haciéndole preguntas incómodas de responder.

—Muy bien, gracias por preguntar su excelencia —respondió escuetamente Emily. Así que, si tenía intenciones de casarse a pesar de que le había dicho a ella que no, es decir, que tenía toda la intención de casarse, pero ella no era lo suficientemente buena para ser duquesa. Demasiado insignificante para llevar dicho título, demasiado poca cosa para él. Su rabia creció por dentro, le diría cuatro cosas si estuvieran solos, pero con todo el salón abarrotado no iba a formar una escena. Además, eso solo la perjudicaría a ella.

El duque iba a contestar, pero fue interrumpido afortunadamente para su bienaventurada suerte por el primer joven al que le había concedido un baile.

«Salvada por la campana» pensó.

No estaba segura de poder aguantar una conversación decente con aquel hombre que calentaba su sangre de mil formas habidas y por haber.

Henry observó como Emily se iba con aquel joven que no pasaría de la veintena. Se había marchado con una enorme sonrisa en los labios dedicada al joven, ni tan siquiera le había sonreído a él cuando la saludó, ni tan siquiera una mínima y escueta sonrisa como cortesía. Había sido un iluso al acercarse y pensar que ella le sonreiría solo por ser cortés. Debía encontrarse con ella a solas, tenía que... «Enamorarla». Sí. Enamorarla para que no lo rechazara y aceptara con agrado la única posibilidad que tendrían de estar juntos.

—Pareces bastante atraído por las parejas del salón de baile, ¿Hay algo interesante en particular? —La voz de su amigo Robert le volvió a la realidad. Hacía un buen rato que se había retirado de la charla que mantuvo con Donald para quedarse apartado en una esquina solitaria que le permitiera no perder de vista a Emily, aprovecharía cualquier desliz para hablar con ella.

—Nada fuera de lo normal —mintió— ¿Qué haces tú por aquí?, La última vez que viniste fue por la apuesta a la que te sometió Michael, dudaba que vinieras de nuevo para encontrarte con aquella señorita, no recuerdo su nombre, pero sé que no te agradaba.

—¡Ah!, ¡No me la recuerdes!, Espero que no esté por aquí —dijo medio escondiéndose detrás de él mientras vigilaba el salón—. No he tenido más remedio que venir a acompañar a mi hermana, al parecer ella quedó con *lady* Emily en que asistiría a este evento y mi madre no se encontraba con ánimo para venir, así que me ha tocado ser la niñera particular ¿Por qué has venido tú? —le preguntó una vez que dio su excusa.

—Tenía algunas cosas que tratar con un par de socios que se encontraban aquí. No es el mejor sitio para tratar asuntos de trabajo, pero a veces por el ánimo festivo consigo mejores resultados. —En realidad la base era cierta solo que el motivo principal por el que había acudido estaba bastante de la

realidad y no lo reconocería ni a su mejor amigo.

—Bueno, al menos no me aburriré estando tu aquí, ni me veré obligado a bailar con alguna joven. Aunque lo haría con *lady* Emily sin ningún tipo de reparo, esa joven es más hermosa cada vez que la veo —le aseguró a su amigo—. No me extraña que todo Londres esté hablando de ella, es la envidia de todas las jóvenes, fíjate que hasta más de una dama intenta vestir como ella. —Robert señaló a un par de jóvenes que en efecto lucían un vestido de características similares al que lució ella unas semanas atrás.

Henry se rió para sí mismo, aquella joven no era solo preciosa por fuera, sino que tenía la capacidad de hacerse notar sin pretenderlo. Pensó por un momento que sería digna de llevar el apellido Sylverston pese a su juventud. «Por Dios» Estaba definitivamente obsesionado por una mujer que tenía dieciocho años menos que él. Suspiró para sus adentros y la volvió a buscar con su mirada, vio que hablaba con la joven señorita Benedict y que ambas se alejaban en dirección al pasillo donde una vez ellos también se perdieron, ¿Irían al excusado? Tal vez buscarían privacidad. No lo pensó y dio una excusa banal a su amigo antes de perderse él también por aquel pasillo.

Las siguió por el corredor mientras charlaban y reían, ¿Podría una risa ser melodiosa?, Si fuera así, la de Emily desde luego lo era. Escuchó que hablaban del atuendo de ella, mientras parecía que le explicaba cómo había tenido que realizarlo y el trabajo que le había costado, incluso oyó algo sobre los pinchazos en sus dedos. Él los habría besado una y otra vez para que estos no sufrieran, hubiera contratado a alguien para que realizara los mejores vestidos de todo Londres, de Francia y del mundo entero si hacía falta para que no tuviera que hacerlos ella misma.

—¡Ah, espera! —habló la voz de Julia—. Traeré unos refrescos por si nos demoramos más de la cuenta, espérame allí por si se adelantan otras damas y

nos roban el sitio —dijo antes de volver por el corredor mientras dejaba a Emily sola que comenzaba a subir las escaleras.

Era su momento, por fin la tendría a solas para él. La siguió y en efecto fue al mismo balcón de la primera vez, el ala superior del edificio parecía desierta puesto que todos estaban abajo. La tenía sola para él, nadie los podría ver, aunque era consciente de que solo tendría unos momentos, lo suficiente para acercarse a ella antes de que la señorita Benedict volviera.

Ya era noche cerrada y hacía algo de fresco, tendría que haber cogido su estola para acudir a ese lugar, pero si pensaba en la cola que tendría que hacer para recogerla, prefería pasar un poco de frío en su lugar. Observó detenidamente el sitio, allí fue donde recibió su primer beso, aquel cálido beso que la hizo estremecerse por primera vez. Lo que daría por repetir aquel instante para poder sentir lo mismo de nuevo, pero sabía que no era posible. Recordó las palabras del duque hacía unos momentos... Tenía a una candidata en su mente, se casaría con alguien y ella tendría que convivir con eso el resto de su vida, resignarse sabiendo que prefería a otra mujer.

—De nuevo sola en este lugar —las palabras retumbaron en los oídos de Emily, ¿Qué hacía él allí?, ¿La había seguido de nuevo?, pero de ser así tendría que haber visto a Julia con ella. Seguramente habría ido para respirar aire fresco como lo hacía ella y había dado la casualidad de que habían vuelto a encontrarse.

—Veo que usted también tiene preferencia por este lugar, pero no estoy sola, la señorita Benedict vendrá enseguida —confirmó para que tuviera en cuenta que no iban a estar solos por mucho tiempo.

—Lo sé —dijo acercándose—. Sé que no tengo mucho tiempo, pero tenía que verte a solas, Emily —le confesó mientras se acercaba demasiado, la tenía de nuevo casi encerrada entre la cornisa y su cuerpo.

—No entiendo para qué necesita verme a solas, entre usted y yo no hay nada, lo dejó muy claro la última vez —le afirmó muy segura de sus palabras

—Sí que puede haber algo, Emily —le confesó—. No sé qué has hecho conmigo, pero no puedo dejar de pensar en ti. Me paso el día rememorando aquel encuentro, deseando repetirlo de nuevo, soñando con volver a verte, añorando tus labios una y otra vez. —Sus últimas palabras fueron casi un susurro en el que su aliento se mezcló con el de ella, provocando que sus labios también anhelaran los suyos.

—Pero usted dijo que... —Henry no la dejó terminar, si lo hacía tendría que dar una respuesta, en cambio apresó aquellos deliciosos labios mientras la estrechaba entre sus brazos. Era delicioso, su cuerpo, sus besos, cada rincón de su ser era puro fuego y él se derretía ante ella como la mantequilla. Confirmó lo que ya pensaba desde un principio, si no la hacía suya, si no la tenía para él, iba a morir de agonía.

Emily se derritió de nuevo en sus brazos, ¿Por qué tendría que besar tan deliciosamente bien aquel hombre?, Sus manos firmes la tenían sujeta de la cintura, mientras ella con las suyas hacía lo propio en el cabello de él. Era fino y suave, aunque lo que hacía su lengua jugueteando en su boca no le permitiera pensar mucho más allá que gozar de sus labios. Notó como se separaba de ella un instante y la miraba a los ojos, podría jurar que su corazón iba a salir de su pecho, él le había dicho que la deseaba, que la añoraba, que se pasaba el día pensando en ella, ¿Querría decir eso que la mujer con la que estaba pensando casarse era ella?, ¿Sería posible?, Algo dentro de su ser creyó explotar de felicidad, de ilusión, no podría creerse que él estuviera dispuesto a olvidar a su ex prometida y sin embargo le había confesado que solo pensaba en ella. Lucharía con todas sus fuerzas por que la olvidara, si tenía la más mínima posibilidad de ser feliz de nuevo junto a ella,

se aferraría a esa posibilidad con todas sus fuerzas y haría lo impensable para conseguirlo.

—Eres tan dulce, Emily —dijo mientras acariciaba sus mejillas con los pulgares sin dejar de mirarla a los ojos—. Jamás creí que volvería a sentir esto, pero tú, de alguna forma que aún no me explico, has conseguido lograrlo —confesó sin dejar que ella hablara—. Quiero que seas mía, Emily, necesito tenerte solo para mí. Sé que soy un egoísta, pero odio verte acompañada de otros hombres, te deseo solo para mí.

—Quiero ser tuya —confesó sin pensar realmente en lo que significaban sus propias palabras.

Unos pasos les advirtieron que alguien venía, sin duda sería Julia con los refrescos.

—Pronto serás mía —confirmó antes de darle un ligero y al mismo tiempo nada casto beso en los labios antes de separarse de ella.

Henry se separó de Emily antes de que la joven Benedict les descubriera en una situación comprometida.

—¡Oh, excelencia! —saludó extrañada Julia portando lo que parecían dos copas de cristal con un líquido amarillento que él dedujo que era champán. No sabía cómo lo habría podido coger sin ser descubierta, pero sonrió para sus adentros por aquella travesura, eran demasiado jóvenes y no estaba bien visto que bebieran alcohol, salvo en ocasiones especiales y desde luego en poca cantidad.

—No se preocupe, ya me iba al comprobar que el lugar estaba ocupado por *lady* Emily —dijo con un leve cordial saludo de inclinación antes de marcharse.

—Vaya, eso ha sido muy extraño —confesó Julia mientras le entregaba una de las copas a Emily que no tardó en beber para calmar sus nervios.

—¿Por qué? —dijo cuando aquel líquido algo más fuerte de lo que esperaba bajaba por su garganta provocando que las ligeras burbujas de la bebida rivalizaran con sus nervios. Sabía que su amiga esperaba averiguar cómo había sido aquel encuentro inesperado

—El duque de Sylverston siempre evita estar solo en este tipo de actos, por eso no suele abandonar el salón bajo ningún concepto, ni separarse de algún grupo si no es absolutamente necesario. Sabe que podría ser sorprendido en alguna situación comprometida por alguna joven caza-fortunas y verse en la obligación de casarse, de ahí que me extrañara tanto que haya corrido el riesgo de venir hasta aquí sin compañía, ¿Te dijo algo?, ¿De qué hablaron? —preguntó curiosa Julia.

—¿Tan frecuente es que alguna joven haga un acto de ese tipo?, Quiero decir, provocar una situación embarazosa para lograr que obliguen al caballero a casarse.

—Te sorprendería la cantidad de damas que están dispuestas a hacerlo con tal de cazar un heredero. Hay muchas jóvenes desesperadas Emily. La fortuna de los Sylverston es demasiado tentadora para cualquiera, mi padre dice que es el hombre más rico de todo Londres sin duda alguna, ha duplicado la fortuna que heredó hace catorce años y no es que fuera poca cuantiosa por aquel entonces. Hasta donde yo sé, solo en tierras ya posee más de trescientas mil libras, al parecer se le dan muy bien los negocios y es en lo que ocupa todo su tiempo. Según papá, tiene olfato para saber dónde invertir, por eso tiene

tantos socios, todo el mundo le quiere a su lado, saben que, si él decide invertir, es porque el negocio genera cuantiosos beneficios. Sin duda alguna si alguna joven consiguiera atraparlo en sus redes, nadaría en oro durante el resto de su vida, por eso no puede correr riesgos con semejante fortuna a sus espaldas.

Emily estaba anonadada, sabía que el duque sería rico, pero... ¿A esos niveles?, Sin duda aquello la hizo sentirse el ser más insignificante de toda Inglaterra, pero le hizo comprender una cosa, él no la rechazaría por no poseer una dote, con semejante fortuna de tal magnitud, ¿Para qué iba él a querer la insignificante dote que aporta una joven casadera? Siguió con ese pensamiento hasta que Julia la sacó de su ensoñación.

—¿Y bien? —preguntó curiosa.

—Y bien ¿Qué? —Emily había olvidado a qué se refería, tenía demasiadas cosas que asimilar en su cerebro aquella noche.

—Pues que de qué hablaron el duque y tú, ¿De qué iba a ser?, Si no conociera al duque como le conozco, juraría que tratas de ocultarme algo, ¿Es así? —Los ojos entrecerrados de Julia parecían intentar adivinar lo que habría ocurrido allí.

—¡Ah, eso! —definitivamente Emily no había nacido para mentir, menos aún a Julia que era demasiado perspicaz para creérselo—. Nada, solamente quería tomar el aire y descubrió que estaba ocupado el lugar, ya se estaba despidiendo cuando tu llegaste —argumentó esperando que ella la creyera.

—Ya —dijo secamente—. Y yo soy tonta de nacimiento —dijo sorprendiendo a Emily—. Henry jamás vendría solo hasta aquí si no fuera por un motivo más que justificado. Hubiera convencido a alguien para que le acompañara, en cambio, vino solo y pondría la mano en el fuego sin

quemarme a que sabía que estabas sola también, así que ahora dime, ¿Qué es lo que quería realmente el duque de ti?

«Bien Emily. Te han pillado con las manos en la masa y no tienes escapatoria», solo había dos opciones; inventarse algo que su mente improvisara pero que solo haría aumentar las sospechas de su amiga o decir la verdad. Tal vez, ésta fuera la mejor opción y así podría obtener el consejo de alguien para saber cómo actuar ante su situación.

—Me besó —dijo sin más y esperó la reacción de Julia.

—¿Qué? —Julia estaba sorprendida, aunque se lo estaba imaginando no pensaba que el duque habría llegado tan lejos, más bien pensó que simplemente se habría dejado cautivar por la exquisita belleza de Emily e intentaba conocerla un poco para saber si era una joven caza-fortunas como la gran mayoría de las jóvenes que había en el salón, pero de ahí a... ¿Besarla?, Eso significaba que iba más allá de un simple acercamiento. Sabía por su hermano que Henry no tenía ojos para ninguna joven decente. Desconocía desde luego si tendría alguna amante, tampoco iba a preguntarlo, pero era conocido que, desde Sophie, él nunca había puesto sus ojos en nadie más.

—No sé qué pensar —comenzó a confesar a su amiga, dicho aquello revelaría toda la historia—. Me besó aquí mismo la primera vez que acudí para mi debut de presentación, me dijo que lo olvidara, pero días más tarde volvió a besarme en otra fiesta diciendo que jamás se casaría con una mujer incluyéndome a mí, por supuesto. Yo intenté olvidarlo, le evité todo este tiempo, pero hoy. Hoy me confesó que no puede dejar de pensar en mí y tras decirlo, volvió a besarme de nuevo. No sé qué hacer Julia, sé que yo no soy suficiente para él y más aún, después de todo lo que me has contado.

—¿A ti te gusta el duque, Emily?, Sé que es algo mayor que tú, pero es muy apuesto y...

—Mucho —dijo interrumpiendo a su amiga—. No hay otro hombre que me atraiga más que él, solo me gusta él, Julia —le confesó.

—Eso es maravilloso, Emily —Julia dejó las copas en la barandilla y la cogió de las manos—. Me consta que él ha sido muy infeliz todo este tiempo, pero si ha sido capaz de encontrar a alguien que le haga olvidar el pasado y al mismo tiempo ser correspondido, me alegraré aún más por los dos.

—¿Crees que pedirá que me case con él? —ella aún no lo tenía del todo claro.

—Estoy segura de que lo hará, Emily —contestó convencida—. Él es un caballero decente, aunque ir robando besos no sea lo más adecuado. Si ha corrido el riesgo, debe ser porque está cambiando de opinión con respecto al juramento que hizo. Además, sabe que no podrá tenerte de otra forma que no sea mediante el matrimonio —aseguró Julia.

Aquella noche Emily no podía conciliar el sueño, solo de pensar en su futuro junto al duque hacía que el hecho de dormir fuera lo más absurdo en aquellos momentos. Sería tan feliz a su lado, lo podría ver cada día al despertar, dormiría a su lado, podría tocarlo cuando quisiera y sobre todo, podría lograr que él la amara... Eso era lo que más deseaba en aquellos momentos, lo que más fervientemente anhelaba.

Días después, al otro lado de la ciudad, Henry se encontraba en su despacho meditando; sabía que estaba engañando a Emily, era consciente de que con sus palabras de doble sentido podría dar lugar a interpretar cosas que no deseaba que ella pensara, pero era la única forma de que se enamorara de él, la única manera de tenerla y tendría todo el resto de su vida para compensarla por ello. Pensar en que ella le había confesado que quería ser suya solo aumentaba su deseo de poseerla al saber que no le resultaba indiferente, sino que aquella preciosidad le deseaba de igual forma.

—Hijo, estás aquí —habló su madre mientras entraba en su estudio y hacía que levantara la vista de los papeles que estaba intentando revisar sabiendo que no lograría hacerlo puesto que sus pensamientos solo tenían cabida para una sola cosa, Emily.

—Como siempre madre. —Era verdad, durante el día, salvo en las horas puntuales donde se servía el almuerzo y la cena, él solía estar en su despacho — ¿Se le ofrece algo? —comentó intentando dedicarle toda su atención. Quería a su madre, pero a veces se volvía demasiado insoportable cuando persistía en su idea del casamiento.

—Ha llegado esta invitación —señaló el sobre la duquesa viuda—. Es para la cacería que organizan todos los años los Preston en su finca, ya sabes que siempre son por estas fechas, ¿Irás este año? —Aunque el motivo principal fuera la cacería del domingo, aquella festividad duraba cuatro días; desde el viernes por la tarde hasta el lunes al mediodía en que todo el mundo regresaba de nuevo a sus casas.

Solían invitar a bastante gente, aunque a él no le hacía gracia pasar cuatro días rodeado de jovencitas, debía reconocer que disfrutaba de la cacería, por eso siempre acudía el sábado y regresaba el domingo para evitar a toda costa cualquier tipo de encerrona. Llevaba un par de años sin ir, la fecha había coincidido cuando se encontraba fuera de la ciudad, pero ese año podría hacerlo, aunque no estaba seguro de si aceptar o no la invitación. Por su mente pasó la idea de que probablemente Emily estuviera invitada, si era así, se le abría todo un abanico de posibilidades para interceptarla y estar a solas con ella. Tenía que averiguar si ella acudiría.

—Es probable que acuda, madre —fue sincero. Si Emily asistía, él iría, de lo contrario, no tendría nada que hacer allí.

—Henry, sé que puedo ser pesada en algunas ocasiones, pero de verdad que

me haría muy feliz que te casaras. Aceptaré a la joven que elijas, prometo no quejarme si tu elección es la mismísima Amelia porque a ti te agrada, pero quiero conocer a mis nietos antes de morir. —Henry volvió su mirada de sus papeles a su madre e intentó cuidar sus palabras, sabía que ella quería lo mejor para él, pero lo que pedía no era algo que le pudiese conceder.

—Sabe que no soporto a Amelia, madre —no creía que hubiera una persona capaz de soportarla—. Y también sabe que por más que insista no va a cambiar la situación —volvió a repetirle lo que tantas veces le había dicho anteriormente.

Escuchó la resignación de su madre antes de salir por la puerta. Si por él fuera se casaría, ¡Oh!, Disfrutaría muchísimo de demostrar delante de todos a Emily, hacerla su mujer y regodearse de que era únicamente suya. Pero no podía, aunque quisiera. La tendría, sí, pero de otra forma no tan bien vista. Le estaba negando el ser esposa, madre, abuela... lo sabía y era consciente de ello, pero intentaría recompensar todo ello, la amaría como jamás habría amado a Sophie, como jamás amaría a ninguna otra mujer y le pondría el mundo a sus pies si hacía falta para que le perdonara lo que iba a hacer con ella.

Emily acababa de recibir una invitación para acudir a la fiesta que organizaban los Preston en su casa de campo a las afueras de la ciudad. El problema era que Anne no podía asistir, por tanto, ella tampoco podría hacerlo. Se resignó a que tendría que quedarse todo el fin de semana en casa, por lo menos adelantaría los nuevos vestidos, gracias a la costurera y a sus hábiles manos que parecían haberse acostumbrado al fin a la costura, tenía cinco hermosos vestidos nuevos a estrenar terminados, pero ninguna fiesta o evento al que acudir para lucirlos.

—Mi *lady* —la voz de Nora hizo que alzara su mirada de la costura hacia la

puerta del salón.

—¿Sí, Nora?

—La señorita Benedict desea saber si puede recibirla —preguntó.

—Por supuesto que sí, hazla pasar enseguida —le dijo mientras dejaba su vestido de color rojo carmesí en la cesta de labores. Julia parecía feliz, aunque no sabía las razones, pero estaba segura de que pronto las sabría.

—He venido en cuanto he recibido la invitación, ¿Tú la has recibido? —dijo mientras le enseñaba el mismo sobre que había recibido esa mañana para asistir a la fiesta de los Preston.

—Si, lo recibí esta mañana —dijo no dando tanta importancia.

—Lo sabía, era lógico que te invitaran, es una cacería y tienen que asegurarse de que haya el número suficiente de caballeros. Si no van damas de buen ver, no sería tan emocionante —argumentó Julia.

—¿Me han invitado porque soy de buen ver? —preguntó en un tono bromista.

—Sin duda alguna. Los Preston son muy interesados, solo invitan a lo mejor de la sociedad a su cacería, todo el mundo suele tener títulos nobiliarios o ser lo suficientemente rico para poder asistir.

—Bueno... Soy la hija de un conde, arruinado, pero un conde sigue siéndolo a pesar de ello. —Quiso quitar la credibilidad de que la hubieran invitado por ser hermosa, aunque con lo superficiales que eran en aquella ciudad, no sabía por qué intentar creer que la invitaban solamente por ser una Norwing.

—Eso es lo de menos, lo importante es que vamos a ir juntas. —Emily notó que a Julia le hacía especial ilusión aquella fiesta, imaginó que era la primera vez que la invitaban y de ahí la efusividad con la que se tomaba la noticia.

—No podré ir, Julia —confesó—. Anne no puede acompañarme, la madre de Donald no se encuentra bien y debe hacerle compañía, así que eso implica que no pueda asistir —reconoció que Julia le había contagiado su entusiasmo un poco y ahora sí le apetecía realmente asistir a aquella fiesta. Desconocía como sería un evento de esas características, que duraba varios días y todos convivían en la misma casa haciendo diferentes actividades, tendría que ser realmente divertido.

—¡Oh no!, No será lo mismo sin ti —confesó abatida—. ¿Y si vienes conmigo?, No creo que Anne se niegue si estás bajo la tutela de mi familia, ¿Verdad? —dijo de nuevo una Julia con renovado entusiasmo.

—No lo sé, supongo. —Lo cierto era que no creía que Anne pusiera ningún inconveniente si acudía junto a Julia, ella era de una familia adinerada y respetada por lo que seguramente aceptaría.

—Entonces le diré a mamá que hable con ella, la convencerá para que vengas con nosotros.

El trayecto hasta la casa de campo de los Preston fue tranquilo e incluso demasiado corto, ya que las jóvenes estuvieron hablando todo el tiempo. Julia le contó lo que sabía de las actividades que solían realizarse durante los cuatro días, sonaba divertido, estaba segura de que lo pasaría muy bien en aquel sitio y en tan buena compañía.

La casa resultó ser grandiosa, no sabía a cuanta gente habrían invitado, pero estaba segura de que podrían acoger a un centenar de personas en aquella mansión. El carruaje paró frente a la entrada y ellas descendieron acompañadas de la señora Vermont, la tía viuda de Julia y del joven Robert Benedict, el hermano de Julia que era quienes las acompañarían durante aquellos días. A última hora la madre de Julia se había quejado de un fuerte dolor en el costado que llevaba dándole problemas varios días y envió a su

hijo y hermana en su lugar para vigilar a las jóvenes.

Emily pensó si acudiría el duque a la cacería, ¿Tal vez lo viera allí? Llevaba días sin saber de él y contaba los minutos para encontrarse de nuevo con él a solas. Tal vez sí acudiría a la fiesta, sin duda debía estar invitado dada su posición y condición social.

—Espero que Henry no tarde mucho en llegar o me tiraré al lago para que me coman los peces —dijo Robert cuando entraron al salón y vio a la multitud de jóvenes damas que había.

Julia rió ante su comentario y Emily solo pensó que ya tenía respuesta para su pregunta. El duque acudiría... y estaba segura de que volverían a tener un encuentro de nuevo a solas.

Emily decidió ponerse un vestido blanco esa noche, era de un blanco nítido e impecable con unas perfectas rosas bordadas en hilo verde, muy similar al color de sus ojos. Desde luego William había tenido en cuenta cuando había realizado su elección de los tejidos lo que sabía que resaltaría más en ella, debió elegir aquel tejido por el tono de las flores bordadas.

El tejido era con caída, casi gasa, eso hacía que la falda no fuera tan voluminosa, mucho más ligero y cómodo de llevar. Además, se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y las mangas eran casi transparentes, al llevar

solo una capa del tejido, de tal forma que dejaba entrever su piel blanquecina. Una de las doncellas de la casa que atendía a los invitados, le realizó un recogido completo para lucir el escote de su espalda que dejaba a la vista un poco más de piel de lo estrictamente estipulado. Tuvo sus reticencias para seguir el modelo que le había dibujado William, pero finalmente, decidió ser fiel al mismo. No tenía toda la espalda descubierta, solamente un tercio, eso hacía que fuera imposible llevar corsé, de otra forma éste se vería y no quedaría bien estéticamente. Suerte que ella no necesitara ese invento del demonio para realzar su figura, se sentiría libre por una vez, de hecho, entre no llevar el dichoso aparato opresor y la ligereza del tejido, parecía que caminaba entre nubes de algodón de lo cómodo que era su atuendo.

—¿Estás lista? —dijo Julia asomándose por la puerta.

Tenían habitaciones contiguas, las habían ubicado en la segunda planta, al final del pasillo del ala sur de la casa. Desde la ventana de Emily se podía apreciar el hermoso jardín trasero que apenas era transitado por lo que le daba la libertad de poder tener las cortinas abiertas sin ser vista. La tía de Julia había sido instalada en la planta baja para no tener que subir la escalinata, al menos habían sido considerados con ella y las jóvenes estaban más que satisfechas de no tener interrupción alguna por parte de la señora.

—Sí, casi estoy —respondió Emily mientras sacaba de su pequeño estuche su única joya, aquél colgante de su madre que hoy resaltaría aún más con el vestido.

—Ojalá tuviera tus manos, Emily. No sabes lo que las envidio en estos momentos, ¿Cómo tienes la capacidad de realizar algo así? —comentó Julia mientras se paseaba alrededor de ella apreciando su vestido—. Es verdaderamente hermoso, además de único —resaltó tocando levemente el tejido.

—Y cómodo, debo añadir —respondió sonriente.

—¡Oh!, Serás una mala amiga si no me haces algo así para mí. —Emily observó el gesto de su amiga que tenía la cara compungida como una niña pequeña cuando desea un dulce.

—Supongo que podría hacerlo —dijo sin más. Ahora que tenía ayuda de la costurera y que cada vez sus dedos eran más ágiles, no le importaría hacer un par de vestidos para sus amigas.

—Por supuesto pienso pagarte por ello —añadió Julia lo que hizo que Emily se sorprendiera.

—No hará falta Julia, tu tráeme el tejido y yo realizaré el vestido.

—No, no, yo te doy el dinero y con tu gusto exquisito serás tú quien compre la tela y lo realice —decretó Julia dando por finalizada la conversación.

—Está bien, aunque ahora vayamos o llegaremos demasiado tarde a la cena.

Bajaron por la escalinata que daba al gran hall de entrada donde se abría el gran salón de baile a la derecha. Rodeando la escalera se encontraba una gran estancia que había sido adaptada con numerosas mesas redondas de entre seis y ocho personas, allí se servirían todas las comidas del día. Robert las estaba esperando en una de ellas. No tardó en darse cuenta de que estaba acompañado por el duque, parecían charlar de algo interesante porque permanecían enfrascados en un diálogo y permanecían ajenos al resto del salón.

—Buenas tardes, excelencia —se adelantó Julia a decir, puesto que ambas habían llegado a la altura donde se encontraban y no se habían percatado de su presencia.

El duque levantó su mirada para verla y le respondió cordialmente, giró su cabeza entonces hacia ella, se encontraba nerviosa, con las manos sudorosas,

reconocía que deseaba verle y se había vestido así para él, ¿Le gustaría?, Esperaba que así fuera, entonces reparó en su sonrisa al contemplarla, era leve pero ahí estaba, él le estaba sonriendo.

—Buenas tardes *lady* Emily —escuchó que le decía, ya que ella había sido incapaz de hablar porque se había quedado embobada al contemplarlo, ¿Podría ser un hombre más atractivo que el duque? No, sin duda no podría serlo.

—Buenas tardes su excelencia —le contestó cuando pudo reaccionar e hizo una leve inclinación de cabeza saludando también a Robert. Tomaron asiento junto a ellos, la cena se serviría en breve y el comedor estaba comenzando a llenarse, fue ahí donde Emily se percató de la cantidad de invitados que había en aquella fiesta.

Henry la observaba cada vez que giraba su vista de la mesa a su amigo Robert con el que mantenía una conversación, ella hablaba con Julia, pero no podía evitar ver sus gestos y movimientos expresándose mientras lo hacía. Estaba enloqueciendo con aquel vestido que dejaba entrever sus brazos y gran parte de su cuello, para colmo de males había recogido todo su cabello haciendo que fuera más accesible a la vista, aquella mujer iba a matarle a sufrimiento, teniéndola a tan corta distancia y sin poder ponerle un dedo encima en público. ¿Qué había hecho aquella chiquilla con él? Porque por muy mujer que pareciera a su corta edad no dejaba de ser casi una niña de diecisiete años, deliciosa, exquisita, pero en el fondo se sentía un poco culpable por la corta edad de Emily, aunque al diablo con todo, él estaba locamente atraído por ella, su poder de atracción era similar al de una polilla hacia la luz y él no era precisamente la luz en aquella metáfora.

—*Lady* Emily, debo confesarle que luce usted espléndidamente bella esta noche. —Henry escuchó la voz de un joven decir aquello, creyó reconocerlo

por un instante, aunque no recordaba su nombre, sabía que era el hijo de Thomas Lombrad. Tuvo que reconocer que el joven era bastante parecido para su desgracia, también tuvo que contenerse para no saltar sobre la mesa y decirle que se fuera al diablo y dejara a *su* Emily en paz, porque así era como él la consideraba, suya, desde el mismo momento en que ella le dijo que así lo deseaba.

—Muchísimas gracias señor Lombrad, ¿Está usted disfrutando de la velada?

—Emily se había acostumbrado a ese tipo de comentarios en las últimas semanas, pensó que era lo normal que decían los caballeros a las jóvenes damas, aunque había descubierto que no a todas las jóvenes se les decía tales halagos. Quizá era cierto lo que Anne, Nora y la señora Hadden le habían dicho, que ella era tan bella como su madre. No reparó mucho en ello, de todos modos, le daba igual agradar a todos los jóvenes de aquella sala o incluso de todo Londres, ella solo tendría ojos para un solo caballero en cuestión. Un duque, cuyas miradas reiteradas hacia su persona no le habían pasado desapercibidas y que provocaban un aumento de sus nervios al estar tan cerca de su presencia. Deseaba encontrarse a solas con él, tenía tantas cosas que preguntarle, aunque tenía que ser franca si admitía que lo que más deseaba era probar de nuevo sus labios ahora que sabía que no le era indiferente.

—Muchísimo, aunque debo reconocer lo estoy aún más, sabiendo que usted iluminará el salón con su belleza —respondió aquel joven haciendo que a Emily se le enrojecieran las mejillas.

Henry apretó los puños bajo la mesa, si no hacía eso sabía que uno de ellos se estamparía contra el rostro de aquel joven, entendía las intenciones del joven Lombrad, él mejor que nadie lo hacía, pero aquel petulante jovencito estaba coqueteando descaradamente delante de todos los presentes y él, solo quería

enviarlo al mismísimo infierno para que dejara en paz a su mujer. Espera, ¿Su mujer?, ¿Desde cuándo había empezado a considerarla a Emily su mujer? Supo en ese entonces que, aunque fuera solamente su amante, él la trataría como una esposa, se enfrentará a la sociedad y a la crítica por hacer tal osadía, pero no le importaría hacerlo y si tenía que irse de Londres para conseguirlo por Emily, estaría dispuesto a hacerlo.

—Disculpen caballeros, apenas había reparado en su presencia —confesó el joven Lombrad mientras tomaba asiento.

—Entiendo sus razones —confesó Robert entre risas mientras comenzaban a establecer conversación sobre la cacería que tendría lugar ese mismo domingo.

—Emily, ¿Sabes si vendrá *lord* Barnes? —Julia habló en voz alta para que toda la mesa lo escuchara y Emily supo por qué lo hizo, la expresión de Henry pasó desapercibida para todos menos para ella, ¿Estaba celoso?, Sí, sin lugar a duda lo estaba.

—Realmente no lo sé, creo que regresó de París hace unos días, según su última carta, pero no sé si habrá descansado lo suficiente y tendrá ánimo para asistir a la velada —contestó sinceramente. Ella no tenía por qué ocultar nada al respecto de su relación con William.

—Seguro que asistiré, conociéndole como le conozco, estará deseando verte.
—Emily no estaba segura de porqué jugaba a ese juego Julia, le preguntaría más tarde durante el baile. Respondió a su amiga con una sonrisa para evitar decirle que ella también deseaba verlo, aunque no por las razones que todos pudieran sospechar si lo expresaba en voz alta.

Henry estaba seguro de que, si le rozaban, aunque fuera un instante, saltaría. Tanta rabia reprimida no podía ser buena, ¿Es que iba a tener que competir

con todos los hombres de Londres por ella? Si había uno al que detestaba más que a ningún otro, era Barnes. Sabía de la buena relación que mantenían, pero desconocía los sentimientos de Emily por él, necesitaba saber que significaba el barón para ella y eliminar cualquier rastro de posibilidad si sentía algo por el caballero, porque sin duda, *lord* Barnes debía estar ciegamente enamorado de ella para haberle regalado aquellas telas tan valiosas con las que ella vestía.

—*Lady* Emily —Henry llamó su atención. La de ella y la de toda la mesa, dicho sea de paso, pero si no lo hacía pronto se quedaría sin esa posibilidad.

Emily le miró esperando que el duque siguiera hablando, pero él se había quedado en blanco al contemplar su rostro de nuevo mirándole fijamente con aquellos labios fabricados para ser besados, eso sí, ser besados solo por él.

—¿Sí, excelencia? —contestó ella al ver que el duque parecía haberse quedado mudo por un momento.

—Me complacería si me concede el primer vals —le preguntó directamente dejando a una anonadada Emily con la boca semi-abierta por la sorpresa.

—Si —contestó a secas—. Quiero decir, será un placer para mí aceptar su invitación, su excelencia —corrigió rápidamente, los formalismos eran lo primero y más habiendo público delante. Le había pedido un vals, el duque de Sylverston iba a bailar con ella en público, delante de todo el mundo y siendo vistos por lo mejorcito de la sociedad inglesa. No podía coger en sí misma del placer que le proporcionaba aquello, notó el ligero codazo de Julia en el costado que hizo girarse para mirarla y contemplar la sonrisa de complicidad con la que su amiga correspondía, ahora lo entendía. Julia había provocado aquello con sus comentarios, estaba dejando entrever a Henry que, si no se daba prisa, otros se adelantarían, lo que Julia no sabía es que, para el duque, no existía competencia alguna por su parte.

—Emily, ¡Jamás había visto al duque tan contrariado!, Juro que he disfrutado muchísimo provocándole, ¿Notaste su expresión cuando dije que seguramente William vendría? —Julia comenzó a reír—. Si tenía alguna duda de lo interesado que estaba en ti, ahora no me queda ninguna. Vas a ser la envidia de todas las jóvenes, más te vale hacer algo contra el mal de ojo porque estoy segura de que todas van a maldecir tu suerte. —Siguió riendo mientras Emily la miraba un poco entre divertida y contrariada.

—¿Tú crees? —dijo algo confusa—. Con todo lo que me contaste sobre su pasado no sé si seré capaz de competir contra un fantasma. Julia, tengo miedo de que solo sea un encaprichamiento momentáneo y que mañana me despierte y no esté interesado en mí —confesó sus miedos a su amiga.

—Vamos, Emily —contestó Julia—. *Lord Sylverston* jamás ha bailado en público con ninguna dama desde lo que ocurrió. Ni tan siquiera con algún pariente cercano y sin embargo hoy lo hará contigo, créeme cuando digo que vais a tener a todo el salón observando vuestros pasos —aseguró haciendo que Emily se pusiera aún más nerviosa, aunque no entendía sus nervios, ella ya había estado entre los brazos del duque anteriormente, ¿Por qué estaba tan nerviosa ahora? Quizás era por el hecho de que con aquel gesto estaba demostrando su interés hacia ella delante de todos, en cierto modo eso la satisfacía, pero también quería estar a la altura de tal acontecimiento. Era consciente que todo el mundo pensaría lo mismo, «Ella no tiene dote», «Es bonita pero no lo suficiente para él».

Henry pensó que estaba cometiendo un error al bailar en público con ella, sabía que los rumores correrían como la pólvora, pero le daba absolutamente igual, no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad de estar junto a ella, aunque fuera en público. Además, el baile le permitiría hablar con ella a solas.

—Sabes que todo el mundo hablará sobre lo que vas a hacer y de tus intenciones con la joven Norwing, en el momento que pises ese salón de baile, ¿No? —era la voz de Robert, aunque podría ser también la de su conciencia.

—No será para tanto, Robert. Tengo negocios con su cuñado, relación con su familia, cualquiera pensaría que simplemente le hago un favor —dijo intentando engañarse más a sí mismo que a su amigo.

—¿Un favor?, ¿Precisamente a ella?, Vamos Henry, cuéntale esa historia a otro, pero no a mí, precisamente *lady* Emily no puede quejarse de no tener pretendientes para su cartilla de baile, es más, podría prestarle unos cuantos a otras damas porque le sobran —sentenció—. Ahora dime, ¿Cuándo ibas a decirme que te gusta la joven? —inquirió.

—No me gusta —mintió intentando que sus palabras parecieran sinceras.

—Está bien, imagino que debe ser complicado para ti después de todo lo ocurrido, pero me alegra saber que por fin hay una mujer que provoque algún sentimiento en ti.

—No digas estupideces Robert, *lady* Emily no significa nada para mí —dijo mientras se iba con paso decidido hacia la mesa de licores.

Necesitaba un brandy urgentemente para calmar sus nervios, había dicho más mentiras que verdades en las últimas semanas y aquello le estaba agotando mentalmente.

Robert lo vio alejarse sonriendo para sus adentros, su amigo estaba más interesado de lo que creyó en un principio por aquella bonita joven.

Emily era consciente de que el momento se acercaba, aunque sus ojos no vislumbraban donde se encontraba el duque, sabía que él la encontraría, la invitación la había formulado él y había sido de carácter público, por lo que

no podía retirarla.

—*Lady* Emily —su voz hizo que se girara levemente para contemplarlo, era muy apuesto, casi demasiado. Ataviado con su traje ajustado donde debía serlo de color azul marino y gris, provocando que resaltara el color profundo de sus ojos grises. Reconoció que no existía un hombre más apuesto en aquel salón y se sintió afortunada de que la hubiera elegido a ella, únicamente a ella, para bailar aquel vals. El duque le tendió su mano para acompañarla al centro de la pista, a Emily no le pasó desapercibido las miradas, aunque ya estaba acostumbrada, esta vez era distinto, no era por su atuendo sino por su compañía.

—Todo el mundo nos mira —confesó cuando él la giró sobre sí misma para colocarla frente a él e iniciar así el baile.

—Olvídate de todos, Emily —contestó mirándola directamente a los ojos. Su mirada brillaba como los destellos de la luna, provocando que se perdiera en ellos.

Ella asintió con un gesto perdiendo la noción del tiempo, sintiendo el roce de su mano al cogerla de la cintura.

—Solo estamos tú y yo —reiteró antes de que la música sonara y comenzara la danza—. ¿Has pensado en mí, Emily? —preguntó directamente.

—Mentiría si dijera que no lo hice, su excelencia —le confesó.

—Llámame Henry —confesó—. Deseo que me llames por mi nombre, sueño con saber cómo será pronunciado por tus labios.

—Está bien, Henry. —Notó como él cerraba los ojos levemente, como si estuviera saboreando algo delicioso, aquello le gustó.

—Me vuelves loco, Emily, provocas que pierda cualquier rastro de lucidez que poseo en tu presencia.

Emily no sabía qué responder, ¿Qué se debía responder a una confesión así?

—Necesito estrecharte de nuevo entre mis brazos —siguió hablando el duque—, concédeme eso, aunque sea —dijo en un tono algo desesperado.

—Pero no sería conveniente, Henry, no es adecuado —contestó.

—Reúnete conmigo esta noche, en los jardines que hay detrás de la casa una vez que todos se hayan retirado a sus habitaciones —la incitó—. Te estaré esperando.

Tras finalizar aquel baile, el duque de Sylverston no volvió a bailar con ninguna otra joven durante el resto de la velada y a Emily no le pasó desapercibido, que más de una dama la miraba con envidia en los ojos.

Emily daba vueltas en su habitación debatiéndose entre quitarse el vestido y meterse en la cama o por el contrario, deslizarse por las escaleras del servicio y acudir al encuentro furtivo en el que la había citado el duque. Pensó que la primera opción desde luego era la más correcta, pero que la condenaran si no estaba deseosa de realizar la segunda de sus opciones por más riesgos que corriera si era descubierta.

Se asomó al pasillo que permanecía en penumbra y en silencio, pensó que sus zapatos de baile no eran los adecuados por lo que los había sustituido por

unas zapatillas que solía utilizar para estar en casa, ya que éstas no harían ruido al caminar por el angosto pasillo. Salió por la puerta del servicio que debido a las altas horas no había nadie del personal rondando por la casa y se dirigió al jardín trasero. Era consciente de que estaba haciendo algo que sobrepasaba los límites de la decencia y además, si la encontraban no serviría ninguna excusa que valiera para justificar porqué se encontraba fuera de su habitación, pero merecía la pena correr el riesgo. Llegó a la entrada de los jardines y supo por qué los había elegido el duque, los setos altos no permitirían ver lo que ocurriría allí dentro, ni tan siquiera desde las pocas ventanas que daban al lugar, aunque la entrada al mismo no diera a esas ventanas, de lo contrario podrían haberla visto adentrarse en ellos. Fue despacio, pese a que la luz de la luna iluminara el camino, no quería perderse en aquellos jardines inmensos. Además, no sabía hacia donde ir exactamente, ¿Dónde se habría metido Henry?

Henry empezaba a impacientarse, por un momento pensó que ella no acudiría. Si se trataba de una buena chica no lo haría, pero deseaba que *su* Emily no fuera precisamente buena en aquellos momentos, un destello captó su atención y vio como la figura de la joven, era bañada por la luz brillante de la luna. Le pareció una criatura angelical con aquel vestido blanco de flores verdes, sin duda ella era un ángel que venía a salvarlo de su propio infierno, al menos eso pensó antes de caminar hacia ella.

—Pensaba que no vendrías —susurró a su oído mientras la estrechaba de su cintura apresándola mientras la atraía hacia su cuerpo. Ella se encontraba de espaldas a él por lo que no pudo adelantarse a su movimiento y se sorprendió momentáneamente antes de relajar los músculos al comprender que se trataba de él.

—Confieso que no iba a hacerlo —declaró antes de girarse sobre sí misma

para verlo de frente.

—Agradezco entonces aquello que hizo que cambiaras de opinión finalmente —confesó mientras caminaba con ella hacia un lugar apartado de los jardines donde las grandes arboledas impedían que atravesara la luz y la oscuridad de la noche les daba la privacidad que deseaban.

—Quizá fue mi curiosidad la que me incitó a venir —dijo mientras le seguía hacia donde fuera que la llevaba.

—¿Así que eres una dama curiosa?, Haré que no te arrepientas de haber venido, Emily —confesó mientras con su boca acertaba la distancia para apresar la suya en un beso voraz, intenso y cargado del deseo contenido durante toda la velada.

Emily había soñado con repetir aquella sensación de nuevo, dudaba que cualquier otro hombre fuese igual, ese hormigueo en el estómago que crecía y ascendía hasta morir en su garganta, donde se producía tanto placer para después dar paso a una sensación extraña allí abajo, en su parte más íntima, donde inexplicablemente deseaba que la tocara para volver a recordar la explosión que vivió tan intensamente en aquella biblioteca a solas con el duque.

Henry se apartó levemente de ella para aflojar los botones de su vestido, su quejido al abandonar sus labios hizo que su deseo por ella aumentara. Ella era inexperta lo notó la primera vez que la besó en aquella terraza, pero sin duda era una excelente alumna que se dejaba hacer y aprendía maravillosamente rápido.

—Chss —susurró suavemente al oído—. La noche es nuestra, Emily, te daré todo lo que estés dispuesta a ofrecer —siguió susurrando mientras provocaba que la piel de ella se erizara con su aliento. Emily ladeó su cabeza para

apresar de nuevo sus labios mientras éste sonreía para sus adentros. Su dulce y amada Emily le deseaba, aquella criatura preciosa, ardía en deseos solo por él.

Henry consiguió aflojar su vestido lo suficiente para que sus pechos pudieran ser accesibles.

—Son perfectos —dijo mientras los observaba antes de bajar su boca para apresar uno de sus pezones.

Emily no pudo evitar gemir ante tal hecho, el placer que él provocaba con su boca era indescriptible y la sensación volvió de nuevo, instalándose allí, en su parte más íntima.

—Dime que me desees, Emily —susurró antes de devorar de nuevo su boca, iba a enloquecer si no la hacía suya allí mismo, si Emily no accedía a entregarse a él, estaba seguro de que iba a morir por una erección descomunal que comenzaba a dolerle a niveles extremos. Le subió la falda hasta la altura de sus caderas y la alzó contra él para que ella notara su más que evidente erección, mientras un gemido gutural escapaba de sus labios muriendo en su boca.

—Te deseo. —Susurró Emily. Sus palabras salieron entrecortadas de su garganta debido al ardor que él le estaba provocando, tanto placer tendría que ser pecado, desde luego ella estaba siendo una completa pecadora en aquellos instantes

—No sabes cuánto he soñado con tenerte solo para mí, Emily. Así, de esta forma —dijo mientras pasaba sus manos por su cintura apretándola contra él y rozando con sus labios su oreja, después su cuello y finalmente rozando de nuevo sus pezones rosados.

Emily recorrió con sus manos el abdomen del duque sobre el tejido de su

chaqué, pudo apreciar sus músculos bajo la tela; firmes y duros, sin saber por qué aquello le provocó un tremendo placer. Él se encontraba en perfecta forma física, no era que no lo hubiera apreciado previamente pero ahora se podía dar el gusto de comprobarlo. Deseó tocar con sus manos bajo el tejido directamente su piel, ¿Tendría vello?, Ella sabía por su padre que algunos hombres lo tenían.

Henry pareció notar sus intenciones y se sacó la camisa del pantalón con una mano mientras que con la otra acariciaba el cuello de ella suavemente sin dejar de deleitarse mirándola, pensando que si dejaba de hacerlo ella desaparecería como un sueño. Sintió las manos de Emily en contacto con su piel, estaban algo frías pero aquella sensación no le incomodaba, al contrario, saber que ella quería descubrir su cuerpo le hacía querer desearla aún más.

A Emily no le pasó desapercibido el pequeño rastro de vello que tenía en la zona superior de su pecho. No le incomodó, incluso le agradó aquella sensación de poder acariciarlo a su antojo.

—Déjame hacerte mía —suplicó Henry acercándose de nuevo a su oreja y dando un pequeño mordisco en ella—. Sé mía, Emily —su última petición era más un ruego que otra cosa y ella notó incluso cierta agonía en su petición.

Emily lo miró directamente y vio la desesperación en los ojos del duque, ella más que nadie le deseaba, quería saber lo que se sentía, lo que hacían un hombre y una mujer cuando se deseaban tanto. Iban a casarse después de aquello, ¿No?, Daría igual entonces que lo hicieran ahora a tener que esperar hasta la fecha de su casamiento, de hecho, concluyó para sí misma, que sería incapaz de aguantar hasta el momento sin conocer el placer carnal que él le brindaba.

—Hazme tuya, Henry —susurró provocando que los ojos del duque se

abrieran de par en par y sonriera por primera vez de verdad. Aquello hizo que a Emily se le encogiera el corazón y supo que le amaba, que estaba condenada y terriblemente enamorada de él.

Henry creyó morir al escuchar sus palabras, devoró su boca con ansia y gimió cuando ella le respondió de igual modo; ambos ardían de deseo el uno por el otro y eso era todo lo que él necesitaba. La alzó entre sus brazos y la apoyó cuidadosamente contra el grueso tronco del árbol más cercano de donde se encontraban, dejándola caer entre su cuerpo y aquella enorme planta que sería testigo de sus delirios.

Los dedos de Henry se abrieron paso entre las enaguas de ella buscando su punto más íntimo, el centro de su feminidad, provocando anhelos por parte de ella y pequeños gemidos ante la sensación de querer más de aquello. Cuando lo encontró, notó que ella estaba húmeda y caliente, «Perfecta para recibirle como una auténtica amante», pensó para sus adentros. Colocó su pulgar en el punto justo y comenzó a moverlo en círculos, descubriendo el placer que a ella le proporcionaba el movimiento. Emily se apretaba contra él para conseguir una mayor fricción con el único objetivo de aumentar su propio placer, era como ver el pequeño capullo en flor que florece, verla realizar aquel movimiento le estaba torturando, introdujo un dedo dentro de ella, estaba tan húmeda y apretada que su erección iba a romper su propio pantalón de lo abultada que estaba. Sujetándola con su cuerpo mientras seguía su inspección fue desabrochando con la otra mano como pudo sus pantalones, su miembro viril no tardó en saltar, teniendo en cuenta la desesperación que, Emily no era consciente de ello puesto que seguía con su movimiento de fricción contra la mano de él, cuando éste apartó su mano gimió casi con dolor como un gatito desesperado al verse apartada de placer que se le proporcionaba, él se colocó entre ella, rozándola ahora con su verga y un nuevo placer pareció abordarla, porque lejos de alejarse se acercó aún

más.

—Cariño, puede que te duela al principio, pero te prometo que después solo sentirás placer —dijo con voz cariñosa mientras comenzaba a adentrarse poco a poco en ella. Se sentía tan estrecha pero tan cálida y húmeda al mismo tiempo que creía morir de puro placer.

—Está bien —contestó mientras empezaba a sentir una invasión allí abajo, era algo mucho más grande que los dedos del duque, algo incómodo pero soportable. Las manos de Henry estaban apoyadas en sus nalgas, haciendo que sus piernas estuvieran completamente abiertas alrededor de él mientras se adentraba más y más en ella lentamente.

—Perdóname —dijo antes de abrazarla y de que Emily gritara.

Creía que se había partido por completo en dos. Fue un dolor agudo, como si le hubieran clavado una aguja fina y larga que le atravesaba recorriéndola por dentro hasta el fondo de su ser, pero pese a la intensidad, fue solamente momentáneo. Cuando abrió los ojos notó que él la seguía abrazando, quieto y rígido como una estatua y pudo sentirlo dentro de ella, su cuerpo se adaptaba a él acogiéndole en su cavidad interna.

—Estoy bien, Henry, solo ha sido un leve pinchazo. —Le mintió para que no se sintiera mortificado y en respuesta, él la besó dulcemente, tan dulce que creyó que ni el mejor pastel podría competir con aquel beso, notó cómo se movía dentro de ella, una sensación extraña comenzó a recorrerla sin poder evitar intentar moverse junto a él.

Henry sabía que no iba a poder aguantar mucho, llevaba conteniéndose desde antes de entrar en ella y notarla tan húmeda y estrecha solo hacía incrementar su necesidad de liberación. Sintió como ella se estremecía, estaba gozando de su contacto, era la primera vez que estaba con una virgen y todas las mujeres

con las que había estado le habían comentado que nunca se disfrutaba de la primera vez, Emily tenía que ser distinta incluso en eso, verla gozar entre sus brazos no hizo más que incrementar su ritmo, quería que alcanzara la liberación estando dentro de ella, al igual que lo hizo con su mano, él quería ser el primero en todo para ella.

Emily creía que de un momento a otro iba a abrirse el cielo para ella, seguro que iba a morir, aquella sensación comenzaba a invadirla arrastrándola hacia un abismo que no sabía determinar exactamente qué era, pero desde luego quería llegar. Deseaba alcanzar el clímax de aquello que la estaba invadiendo, sus movimientos comenzaron a ser cada vez más frenéticos, lo cual, hacía incrementar aquella sensación inexplicable. Henry la impulsó un poco más hacia arriba y creyó morir al notar como entraba en ella completamente, hubiera gritado si no fuera porque él calló sus labios en ese justo momento y sus gritos murieron en su boca.

Henry supo el momento en el que ella alcanzó el paraíso y se unió a ella en una última embestida, fuerte y profunda, derramándose por completo dentro de ella. Había perdido todo el control cosa que jamás le había ocurrido con sus amantes, pero todo con ella era distinto, sabía que jamás existiría una mujer como Emily y ahora al fin, sería suya. La besó delicadamente mientras poco a poco salía de ella, no quería alejarse, quería tenerla toda la noche, dormir con ella, abrazarla y ver el amanecer juntos, desde luego no deseaba separarse nunca más de su Emily. Pero era demasiado tarde, ya habían corrido demasiados riesgos y si los veían sería perjudicial para ella, quizá no tanto para él, pero sí para ella. Aunque tarde o temprano sentía que toda la sociedad la rechazaría, al menos en un principio, pero con el tiempo acabaría siendo aceptada como lo que sería; su amante.

—Soy el hombre más afortunado por tenerte, Emily. Me has concedido el

regalo más grande que podría tener —dijo en un tono suave sin dejar de mirarla.

Emily estaba en una nube de la que estaba segura no querer bajar, ¿Sería así siempre?, ¿Podría experimentar aquella sensación cada noche junto a él?, «Oh, espero que así sea» pensó para sus adentros mientras se ajustaba el vestido que estaba completamente arrugado debido al destrozo que había sufrido en manos del duque.

—Vamos, vayamos antes de que alguien se dé cuenta de que nuestras habitaciones están vacías —volvió a hablar el duque mientras la cogía de la mano y le daba un casto beso en el interior de la muñeca.

Emily se marchó primero, para evitar que los vieran juntos, determinado tiempo después lo haría él. Cuando entró en su habitación se recostó en la puerta de su recámara y suspiró. «Lo he hecho» pensó, «Me he entregado a él y ha sido la experiencia más grandiosa y placentera de mi vida» volvió a pensar. No se sentía arrepentida, aunque debería estarlo si tuviera sentido común, pero ni una pizca de pudor o arrepentimiento había en lo más profundo de su ser. Aquello había sido la demostración de su amor por él, le quería y no veía el momento en el que pudieran estar de nuevo a solas para repetirlo.

Emily apenas durmió aquella noche, pero era tan feliz, que el brillo de sus ojos camuflaba sus leves ojeras. Se miró al espejo mientras la doncella le hacía recogido, había optado por ponerse un vestido de color lila, podía ser algo soso pero el lila hacía resaltar el tono de sus ojos, por lo que a ella le quedaba especialmente bien.

—Buenos días Emily —dijo una sonriente Julia mientras entraba en su habitación como venía haciendo cada vez que era la hora de bajar al comedor para tomar el desayuno—. ¿Qué tal has dormido después de tu baile con el

duque? —comentó sonriente.

—Reconozco que he dormido muy bien —confesó. El encuentro con el duque sería un absoluto secreto y lo que habían protagonizado ellos dos, lo sería aún más. Nadie tendría porqué enterarse de que no había llegado virgen al matrimonio salvo su propio esposo.

—¡Oh, Emily!, ¿Cuándo crees que le pedirá tu mano en matrimonio al señor Richmond? Yo estaría nerviosa en tu lugar de solo pensarlo, saber que el hombre que te gusta, del que estás completamente enamorada también te corresponde, debe ser maravilloso —dijo una Julia soñadora.

Emily pensó que Julia era una enamoradiza o es la sensación que le daba, probablemente acabaría encontrando el amor en quien menos esperaba porque anhelaba al príncipe azul, aunque para ella, Henry era su príncipe azul en todos los sentidos.

—Reconozco que estoy nerviosa. No he hablado con el duque sobre eso, pero imagino que tarde o temprano lo hará, ¿No? —dijo más para convencerse a sí misma que a la propia Julia. Realmente se había entregado a él y no tenía una petición formal de matrimonio, solo sugerencias que la llevaban a pensar que así era, pero ¿Qué iba a ser de otro modo? Habían hecho el amor, eso era casi una declaración firme de petición. Pensó que ese día sería perfecto para sacar a relucir el tema y que, al fin, se lo pidiera formalmente.

No coincidió en el desayuno con el duque, aquello inquietó a Emily porque deseaba verlo, en cambio había una grata sorpresa en su lugar, William había asistido al evento. Al parecer sus ganas de hablar con ella eran superiores a su cansancio por tan largo viaje a través del mar con aquellos caminos angostos por tierras mojadas hasta llegar a la ciudad. Apenas había llegado dos días atrás, pero tenía muchas cosas que contarle como para esperar a la próxima semana. Notó que William se contenía, Julia estaba presente y no podían

hablar de ciertos temas que a ambos le interesaban, así que le pidió coquetamente dar un breve paseo por el jardín y no se negó. Se sintió culpable por breves instantes, no porque pudiera tener algo con William, cosa que jamás ocurriría sino por lo que pudieran pensar o hablar las personas que los vieran, sobre todo esperó que cierto caballero estuviera lo suficientemente ocupado como para no verlos durante su paseo por el jardín.

—Emily, París es toda una inspiración, no vas a creer la colección que he preparado inspirada en ti; es atrevida, lujosa, extravagante e increíblemente moderna. No puedes ni imaginarte la sensación que vas a causar, aunque cierto pajarito ya me ha dicho que lo estás haciendo demasiado bien — comentó riendo por sus últimas palabras.

Dicho pajarito era seguramente su prima Susan, la cual alababa cada uno de los vestidos que llevaba, al igual que Julia, ella pensaba que lo hacían por ser sus amigas, pero ante tanta habladuría hacia su persona pensó que en parte, William tenía razón, creyó ver alguna joven dama luciendo un vestido parecido al que usó de color aguamarina y que llevó en una ocasión con los botones en la parte delantera del vestido. Habían intentado copiar su idea, pero ninguna de aquellas damas entendía lo suficiente de costura como para describir el modelo a sus modistas y que éstas lo plasmaran, por eso aquellos vestidos eran simplemente intentos vanos de plagiar el suyo.

—¿Susan, cierto? —replicó.

—Bueno, no solo Susan, debo decir que hasta mi madre me ha hablado de ti, dice que eres una joven espléndida, claro que... qué iba a decir, cuando mi prima fue con el cuento de que yo estaba perdidamente enamorado de ti y ella está deseando que contraiga matrimonio y que le dé nietos —soltó entre risas.

—¿Piensas casarte algún día, William? —preguntó Emily dándole seriedad por una vez a su condición.

—Francamente no, al menos si puedo evitarlo. Preferiría retirarme a Francia y desaparecer de la ciudad antes de tener que casarme a la fuerza con una mujer que no desearé y que mi esposa fuera consciente de mi condición. La haría sufrir a ella y a mí mismo —hizo una pausa—. No deseo hacerle tal cosa a ninguna joven dama como sé de más de uno que sí lo hace —añadió antes de que Emily contestara.

—Eres una buena persona William —contestó posando una mano en su brazo en modo compasivo. Si ella estuviera en su situación no sabría qué haría, tenía que ser difícil convivir con algo así, reprimiendo tus sentimientos, actuando todo el tiempo y viviendo una falsedad continua.

—Si te escuchara más de uno se reiría de ti —contestó en broma—. No me considero buena persona Emily, más bien soy egoísta, si fuera buena persona, complacería a mi madre y me casaría, pero no lo deseo, no podría ni tocar a la joven dama que tuviera la desdicha de contraer matrimonio conmigo, lo que menos haría sería darle los nietos que tanto desea, pero mejor cambiemos de tema, no es algo de lo que me interese hablar extendidamente y me produce dolor de cabeza. —Con esa frase concluyó su diálogo.

Hablaron sobre la nueva costurera, de la cual Emily estaba bastante satisfecha y le comentó sus adelantos, los diseños que había realizado describiendo detalladamente los tejidos y bordados usados para que William pudiera visualizar el modelo, aunque no contento con eso dijo que necesitaba verlos de primera mano. Hablaron de la señora Smith, sobre lo agradable y simpática que era aquella mujer y que Emily la visitaba al menos tres días por semana, sabía que William iba a preguntar por el caballero de su beso, pero no quiso sacar el tema, así que finalmente acabó preguntando el propio William.

—¿Y bien?, ¿No me lo vas a contar? —dijo sonriente.

Emily sabía exactamente a lo que se refería, habían creado tanta complicidad en tan poco tiempo que casi daba miedo saber lo que pensaba el otro.

—¿El qué? —respondió haciéndose la ingenua.

—¡Oh vamos!, Lo sabes perfectamente, ¿Has vuelto a encontrarte a solas con él? —preguntó curioso.

—Es posible...—contestó haciéndose la interesante.

—Eso solo puede significar que sí, viniendo de ti —argumentó—. Vamos, cuenta —la apremió—. Quiero todos y cada uno de los detalles —increpó.

Emily tenía claro que no pensaba contarle nada de los detalles íntimos que había vivido con el duque, pero le podía decir vagamente lo ocurrido.

—Me volvió a besar en Almack's hace unos días —comenzó a confesar, pensó seriamente si decirle que la sacó a bailar, ¿Sospecharía del duque?, En realidad había bailado con más jóvenes aparte de él, no tendría por qué concretar que el hombre misterioso era el duque de Sylverston—. Bailé con él anoche y después me volvió a besar en los jardines —relató sin entrar en detalles.

—¿Solo un beso?, ¿Un simple y casto beso? Vamos Emily, dudo que seas una monja y que después de dos besos tu caballero solo pretenda eso de ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella roja de la vergüenza.

—Aunque no me gustan las mujeres, soy hombre, sé cómo pensamos y si te citó en el jardín no fue simplemente para robarte un beso, eso lo podría haber realizado en un pasillo oscuro a escondidas. Lo único que debería de advertirte es que tengas cuidado, sobre todo con tu corazón, el resto se puede arreglar de una u otra forma —comentó guiñándole un ojo.

Emily no dijo que su corazón ya no le pertenecía, que lo había entregado por

completo a dicho noble en cuestión, pero siguieron hablando de otros temas y el entusiasmo con el que le hablaba William la contagió, provocando que no cesara de sonreír ante la expresividad de su amigo.

Henry divisó a lo lejos a la pareja, sin duda tenía que venir *lord* Barnes a estropear su magnífico y espléndido día. Había tenido la esperanza de compartir el desayuno junto a Emily, pero lo había alargado más de lo normal y ella aún no había bajado, pensó divertido la razón del porqué de su retraso, sin duda se habían acostado tarde y dudaba que la joven hubiera pegado ojo, al menos él por su parte, no pudo hacerlo rememorando cada instante de la pasada noche que había estado junto a ella.

La había hecho suya y había sido la experiencia más maravillosa de su vida, por nada del mundo dejaría que se la arrebataran ahora que había conocido lo

que era verdaderamente el placer y sabía perfectamente que quería a Emily en su vida a toda costa. Los celos al verla con Barnes no tardaron en hacer acto de presencia, pero se contuvo, se dijo a sí mismo que si ella se había entregado a él, era sin duda porque lo había elegido, simplemente debía ser educada con *lord* Barnes. Además, debería estar agradecido ya que gracias a él no sospecharían de la relación que había entre ellos, pero la realidad era que se moría de ganas por darle un puñetazo al petimetre del barón en su cara perfecta.

William no se separó de Emily el resto de la mañana, Julia se acercó a ellos más tarde y la conversación cogió un matiz más aburrido que cuando estaban solos y podían hablar abiertamente. El almuerzo fue tranquilo, prácticamente el único tema de conversación fue el gran baile que se ofrecería esa noche, también llamado *baile de las rosas*, porque cada caballero debía regalarle una rosa a una única dama. La joven que alcanzara el mayor número de rosas sería ofrecida en una puja para abrir el baile con el mejor postor que la hubiera comprado. Los beneficios irían a parar al orfanato del condado como se venía haciendo cada año. Emily desconocía aquel dato, pero le pareció una buena causa benéfica.

—¿Por qué solo una joven? —preguntó—. Es decir, ¿Por qué no lo hacen con todas a la vez? —sentía curiosidad ya que creyó que podrían obtener más beneficios de esta forma.

—Porque únicamente se subasta a la joven más demandada, eso quiere decir que quienes le han entregado la rosa aportarán más dinero por ella que por ninguna otra y la cifra será muy elevada. Además, el ganador se llevará la satisfacción de disfrutar de un baile a solas con dicha dama mientras todo el salón les observa. Si hubiera más de una dama a la que subastar no sería lo mismo, la gratificación no sería igual.

«¿Bailar a solas con un caballero mientras todo el salón les observaba?» Esperaba no ganar ese honor, entendía que los niños merecían el sacrificio que aquello requería, pero deseó no ser ella la afortunada.

—¿Qué te vas a poner esta noche, Emily? Hay que estar verdaderamente elegantes. —Julia parecía nerviosa, Emily pensó que incluso más de lo normal pero no dijo nada—. ¡Oh, sería tan afortunada si ganara esta noche! Debe ser maravilloso ser pujada por tantos caballeros a la vez, pero sin duda vas a ganar tú, eso es evidente. Ni Amelia podría ser competencia alguna —dijo mientras observaba uno de los vestidos que había traído consigo Emily, era en tonos bronce jugando con diversas tonalidades, el tejido era algo más simple que otros que había llevado pero el corte sin duda era espléndido, aunque tenía más escote del estrictamente establecido en la parte delantera seguía siendo recatado.

—¿Quieres ponértelo esta noche? —dijo Emily a su amiga que parecía estar soñando mientras observaba el tejido.

—No podría, es tuyo —contestó apenada.

—¡Oh, vamos!, Somos de la misma estatura, quizá yo tenga algo más de pecho que tú, pero puedo ajustarlo en un momento y te quedará perfecto.

—¿De verdad? —dijo demasiado ilusionada, como cuando le regalan a una niña un cofre de dulces por navidad.

—Claro que sí, vamos, Pruébatelo y te lo ajustaré —dijo mientras la ayudaba a desvestirse.

—Pero no quiero dejarte sin nada que ponerte, tienes otro vestido con el que acudir, ¿verdad? —comentó Julia mientras se desprendía de su atuendo quedándose en ropa interior para probarse el vestido.

—Por supuesto que sí, traje uno rojo. Llamará un poco la atención, por eso

había pensado ponerme este en su lugar, pero el rojo servirá —añadió mientras comenzaba a abrochar el vestido en la figura de Julia, tal como previó únicamente le sobraba de pecho, la cintura parecía que iba a estallarle, pero Julia insistió en que podría aguantar así esa noche, tan solo serían unas horas después de todo y aunque no tuviera la cintura tan estrecha como Emily, con ayuda del corsé podría ganar unas pulgadas.

No salió en casi toda la tarde de su habitación, le hubiera gustado ver al duque puesto que salvo un par de miradas de complicidad que habían compartido en el almuerzo no había podido cruzar palabra alguna con él, apenas le miró, ya que si lo hacía enrojecía hasta la mismísima punta de los pies por recordar lo sucedido.

Unos toques a la puerta la hicieron levantarse para abrir, un niño de aproximadamente nueve o diez años a juzgar por la edad de sus sobrinos al compararlos, la saludó con una sonrisa.

—¿Es usted *lady* Emily? —preguntó perspicazmente.

—Así es, ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó curiosa y sonriente.

—Esta carta es para usted —dijo entonces sacando una carta que permanecía escondida bajo sus ropas. Se trataba de un sobre blanco, sin ningún tipo de escritura, ni reseña exterior que indicara su remitente, en cambio estaba sellada para no ser abierta hasta que no fuera entregada a su destinatario.

—¿Quién la envía? —preguntó.

Emily estaba contrariada, ella no conocía a nadie allí para que le escribiera con tanto misterio, ¿O tal vez sí?, una cierta inquietud la invadió.

—No puedo decírselo, cuando la abra, lo sabrá —dijo el pequeño antes de marcharse corriendo por la escalera del servicio.

Cerró entonces la puerta con llave y se apoyó sobre ella, suspiró antes de

abrir la carta y devorar su contenido rápidamente.

Mi querida Emily,

Te extraño,

Te anhele,

Te deseo,

Y ruego fervientemente que vuelvas a ser mía de nuevo.

*Pase lo que pase esta noche acudiré a tu habitación cuando finalice el baile,
espérame despierta.*

Siempre tuyo.

H.S.

Apretó la carta contra su pecho. Henry acudiría a su habitación, lo tendría de nuevo a solas para ella y estaba anhelante de volver a entregarse otra vez a él, aunque para ello faltaran aún algunas horas.

Salió de su habitación un momento antes de comenzar a prepararse cuidadosamente para dejar el vestido que había arreglado a Julia en su habitación. Todo el mundo debía estar preparándose para la gala porque no había ni un alma en el pasillo, «Pues sí que se tomaban en serio aquella velada» pensó. En su ala solo y únicamente se alojaban damas, esperaba que el duque no se equivocara de puerta esa noche o se armaría un gran revuelo, pero intuyó que él sabía perfectamente cuál era su habitación, además, no

tenía pérdida, era la última a la derecha de aquel pasillo.

Tras comprobar que el vestido le quedaba como un guante a su amiga y quedar satisfecha con su trabajo, volvió de nuevo a su habitación, escuchó unas risas al fondo y pudo ver a dos jóvenes damas cargadas con un cesto de rosas, se rió para sí misma pensando que aquellas jovencitas seguramente querrían hacer trampas, pero no le dio importancia y entró cerrando la puerta sigilosamente para que no se dieran cuenta de que las había visto.

Emily deslizó el vestido por su cuerpo con suavidad, aquella tela era de un fino raso rojo vibrante, pero al mismo tiempo cálido. Llevaba un bordado en un fino hilo de una tonalidad también rojiza aún más brillante solamente en el corpiño, sin duda alguna ese debía ser el vestido más atrevido que había realizado hasta la fecha, el escote bordeaba sus hombros dejando ese trozo de piel al descubierto, con una manga ceñida en toda su longitud. Era muy sensual, confirmó cuando se vio en el espejo, no supo por qué eligió aquella tela roja que aumentaba aún más la atención de la prenda. En realidad sí que lo sabía, comenzó a coserlo la noche en que el duque la besó de nuevo en Almack's. El color rojo le atrajo como inspiración a lo que sintió aquella noche, realmente había realizado ese vestido para impresionarle, deseaba gustarle solo y exclusivamente a él, ¿Le regalaría esa noche su rosa a ella?, Esperaba que así fuera o de lo contrario le partiría el corazón ver como se la entregaba a otra joven, ella solo quería recibir una rosa aquella noche, solamente la de su amado duque.

Julia tocó a su puerta mientras la doncella le terminaba de colocar las pequeñas perlas en su recogido, al no poseer ninguna joya que le combinara con el vestido había optado por decorar el peinado en su lugar. Lejos de quedar mal, ella creía que le daba cierto toque artístico y elegante, aunque era obvio que una bonita gargantilla para aquel enmarcado escote hubiera sido el

conjunto perfecto. Se pellizcó las mejillas antes de incorporarse del asiento y mirarse por última vez, cuando divisó su vista hacia Julia, apreció que su amiga estaba especialmente bonita esa noche, sin duda aquellos tonos bronce le sentaban mejor a Julia que a ella misma, debía regalarle ese vestido porque le quedaba maravillosamente bien.

—Esta noche estás espectacular. —se adelantó a decir Julia.

—Creo, mi querida amiga, que esta noche la que va a llamar la atención vas a ser tú, por primera vez yo pasaré a estar en segundo plano. Definitivamente ese vestido te queda mucho mejor a ti, que a mí.

—Créeme que no, este vestido es muy bonito, reconozco que me encanta y me queda muy bien, pero tu vestido es... es..., ni siquiera tengo una palabra para definirlo. Mi madre podría haber dicho que está hecho para el pecado —dijo entre risas—. Aunque entra dentro de los límites para poder llevarlo, es todo un atrevimiento por tu parte lucirlo no estando aún casada, puesto que el color es atrevido. Intuyo que al duque le dará un infarto cuando aparezcas en el salón así vestida, si no te propone matrimonio esta noche es que está completamente ciego.

—No me digas eso porque solo conseguirás que esté aún más nerviosa de lo que estoy —reconoció mientras intentaba quitarse el sudor imperceptible de sus manos en los volantes de gasa que contrastaban con el tejido del corpiño.

—Tranquila Emily, solo tienes que ser tú misma y todo saldrá bien —aclaró antes de acercarse a ella y agarrarla por una de sus manos para arrastrarla hacia el salón donde seguramente llegaban tarde para no variar.

Cuando entraron en el salón, éste había sido acondicionado con grandes mesas de canapés y bebidas al fondo, sustituyendo de esta forma la cena formal como había precedido en otras ocasiones, las jóvenes damas

permanecían haciendo un semicírculo, cada una de ellas portaba una cesta de mimbre vacía entre sus manos, cuando se acercaron, un miembro del servicio les dijo dónde colocarse y les ofreció las mismas cestas a ellas, por ser las últimas en llegar, fueron las últimas en completar el círculo.

—Queridos caballeros —comenzó a decir una voz femenina que visualizó al fondo como la señora Prestton, dueña de la casa y quien organizaba dicho evento—. Nuestras treinta jóvenes damas ya están disponibles para la ofrenda floral, por favor, pasen de uno en uno y depositen su rosa en la cesta de la joven por la que desean pujar más tarde.

Emily observó como los caballeros entraban en el círculo y se paseaban por las jóvenes observándolas detenidamente. Amelia era una de las primeras de la fila, vio como un caballero le depositaba una rosa en su cesta y la voz de Julia no tardó en llegar—. Es su primo Josh, seguramente lo ha sobornado para que le dé su rosa —confesó.

—¿Por qué es tan importante ganar? No considero que sea para tanto, está bien por la causa para la que va destinado el dinero recaudado, pero parece existir una especie de competición entre las damas —comentó al observar cómo las jóvenes se miraban entre ellas con algo de envidia.

—Es como un reconocimiento social sobre la joven más solicitada de la alta sociedad, digamos que tener dicho prestigio, te abre las puertas de todos los eventos y también las ofertas de matrimonio por supuesto, por eso desean ganar todas —aclaró Julia.

Emily iba a contestar cuando se percató de que le habían dejado una rosa en su cesta, no reparó en quien había sido el caballero en cuestión, pero no lo reconoció, así que no debían haber sido debidamente presentados. Pensó en las palabras de Julia y ahora entendía mejor aquella situación, aunque si era sincera, seguía prefiriendo no ganar el concurso o lo que fuera que estaban

haciendo, pero dado que los siguientes quince caballeros que entraron en el círculo dejaron su rosa en su cesta, comenzó a pensar que probablemente tenía bastantes posibilidades de ganar.

Henry entró en aquel dichoso círculo con la maldita rosa, había odiado siempre aquella puja, estaba obligado a dejar su rosa a una joven y otros años que había asistido dicha joven pensaba que él tendría intenciones ocultas al respecto. En esta ocasión buscaría a Emily entre aquellas jovencitas y le dejaría la rosa, solo esperaba no llamar la atención de nuevo. La buscó con la mirada, pero no consiguió abarcarla, fijó entonces su mirada de nuevo en todas las jóvenes, sin duda ella tendría que destacar entre las demás y así era, apreció un bulto rojo que llamó su atención, su cesta estaba casi llena en comparación con la del resto y cuando subió su mirada sintió como su entrepierna se tensaba de nuevo. Le tiraba e incluso le costaba caminar mientras se acercaba, ¿En qué maldito momento había pensado Emily que ese vestido era adecuado?, ¿Es que quería que le diera un infarto?, Su dulce piel desde el cuello hasta los hombros estaba libre, completamente accesible a sus ojos y a los de todos los presentes, tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no cargarla sobre su hombro y llevarla escaleras arriba hasta su habitación, «Esta noche», se dijo mentalmente. Esa noche volvería a ser suya de nuevo y se recrearía especialmente en ese escote y esos hombros que incitaban al más pecador de los mortales.

El duque depositó la rosa en su cesta y la miró intensamente, Emily juraría que lo que vio fue deseo, era una mirada cargada del más puro y ardiente deseo contenido. Ella le devolvió la mirada cargada de promesas, más tarde tendrían una cita donde podrían dar rienda suelta a todo lo que sentían en aquel momento.

Momentos después, William se acercó a Emily para depositar su rosa en

aquella cesta de mimbre llena.

—Exquisita —dijo antes de olerla y depositarla sobre las demás, creando una confusión entre las jóvenes que no sabrían si se referiría a la rosa o a la joven en cuestión.

Emily no pudo evitar sonreír, al menos aquel gesto apaciguó su ardor, podría casi afirmar que estaba exhausta de lo que le había hecho sentir Henry con solo mirarla. Cuando finalizó el recorrido del último caballero, ni siquiera hubo que hacer recuento, salvo las dos rosas de Amelia y cinco de Julia, el resto de las rosas habían sido entregadas a ella, era la elegida para realizar la puja, ahora solo había que ver quién sería el caballero que realizase la mejor oferta por ella.

Las miradas repulsivas y de evidente disgusto, no se hicieron esperar, ¿Qué culpa tenía ella?, pensó. Era la primera en no desear aquello precisamente por ese motivo, además, que la idea de bailar con un caballero desconocido no le entusiasmaba.

La señora Prestton la buscó entre las jóvenes damas, al parecer la puja se realizaría de manera informal, mientras los caballeros tomaban aperitivos en la zona preparada para ello. Emily tuvo que subirse a una especie de plataforma para elevarse sobre los presentes, como si de un objeto de valor se tratara.

—¡Queridos caballeros! —comenzó a exclamar para que le prestaran atención—. Ustedes la han elegido y aquí la tienen —prosiguió la mujer con una voz potente que abarcaba casi todo el gran salón de baile—. Preparen sus cheques porque la puja por esta bella joven dará comienzo en breves instantes, como viene siendo habitual, la apertura será de doscientas libras, ¿Quién las da? —inicio la mujer con dicha suma que a Emily ya le parecía una barbaridad, ¡Solo era un baile!, pensó en los niños del orfanato y se dijo a

sí misma que la persona que diera tanto dinero por ella simplemente estaría haciendo una obra de caridad, se merecía ser amable con ese caballero tan generoso, eso la hizo sonreír a los presentes y las pujas inexplicablemente comenzaron a alcanzar cifras desorbitadamente altas.

—¡Mil doscientas libras! —gritó una voz.

—¡Mil trescientas! —gritó otra.

—¡Dos mil! —gritó una voz profunda, inconfundible y que ella sabía perfectamente de quién provenía, era del duque, *su* duque.

Parecía que nadie más iba a pujar sobre él, la señora Prestton estuvo a punto de dar un golpe para finalizar la puja, pero una voz masculina interrumpió el proceso.

—¡Dos mil trescientas libras! —fue inesperado. No había pujado durante todo el proceso de ascensión y sin embargo en el último momento lo hizo, nadie más se pronunció. Emily miró a la persona que había pronunciado sus palabras confundida, pero éste solo le miraba con una sonrisa pícaro.

—¡Adjudicada a *lord* Barnes por dos mil trescientas libras! —finalizó la señora Prestton antes de dar un golpe con su maza en una mesa de madera improvisada.

William se acercó a la plataforma donde se encontraba Emily, la rodeó de la cintura y la ayudó a bajar.

—¿Estás loco?, ¡Es una fortuna!, Aunque los niños del orfanato te lo agradecerán, pero... ¡Es demasiado! —confirmó cuando terminó de bajar los escalones del improvisado escenario.

—Emily, te prometo que no seré pobre después de esto. —Sonrió mientras le ofreció su brazo para acompañarla hacia la mesa donde debía realizar el pago.

Henry estaba que se subía por las paredes, ¡Iba a ser suya!, Reconoció que pujar por ella era exponerse demasiado, pero es que no había podido evitarlo al ver como todos aquellos caballeros se volvían locos por ella. Se dijo a sí mismo que sería incapaz de ver como otro la tocaba delante de todos los presentes regodeándose de ello, pensó que con esa cantidad todo el mundo se retiraría, pero para variar, el mentecato de Barnes había tenido que superarle y si hacía una oferta superior a la suya, los comentarios sobre su relación con Emily correrían como la pólvora.

Comenzaba a odiar al tipo pese a que no tenía nada contra él, quizá su enojo era por cómo Emily le sonreía, deseaba partirle la cara de una vez para ver si al menos ella cambiaba la sonrisa por lástima al verlo desfigurado. Se alejó de allí, si seguía observándoles se iba a volver loco, era mejor alejarse de allí, si los veía bailar juntos, estaba seguro de que no respondería de sus actos, por primera vez en su vida los celos le carcomían tanto, que tenía hasta miedo de sí mismo.

Emily buscó con la mirada al duque, pero no lo encontró, ¿Estaría molesto?, Desde luego no tenía por qué estarlo, William había superado su puja, pero él podría haber vuelto a pujar, ¿no?, Según Julia dinero era precisamente lo que le sobraba a Sylverston, ¿Por qué no lo hizo entonces?, ¿Pensaría que era demasiado y ella no valía tanto?, Su corazón se encogió ante la cantidad de preguntas que la acechaban y él no estaba allí para responderlas. Esperaba que acudiera a su habitación esa noche, necesitaba saber que todo seguía igual entre ellos, que él seguía interesado en ella y necesitaba sobre todo hablar de su futuro juntos.

William había hecho una magnífica actuación como un auténtico idiota enamorado, según él, no podía quitarle los ojos de encima apreciando su maravilloso diseño, que gracias a la modelo que lo lucía, superaba con creces

lo que él había imaginado en su mente. La alabó una y otra vez sobre lo deliciosamente exquisita que resultaba envuelta en aquel tejido de seda, confirmando sus sospechas cuando las adquirió, que en ella lucirían espléndidas.

La noche terminó, ella no volvió a ver a Henry por ningún lado, ¿Dónde estaría?, Subió las escaleras que llevaban al ala este donde estaban sus habitaciones y se detuvo un momento con Julia en la puerta de su habitación mientras esta le hablaba sobre la velada, estaba cansada, pero seguía teniendo un pequeño pellizco en su estómago con respecto al duque puesto que no volvió a verle en el resto de la noche, ¿Se habría marchado? Julia debió notar que no le prestaba demasiada atención porque se despidió dándole las buenas noches y se adentró en su habitación. Ella hizo lo mismo, al entrar miró el cerrojo y decidió no echarlo, se suponía que él vendría, aunque no estaba del todo segura.

Se deslizó de su vestido, se vistió con su camisón de seda, un lujo que se había dado con un trozo de tela que le sobró del vestido blanco y flores verdes, era algo ajustado pero precioso, además, se suponía que nadie la tendría que ver, por eso la prenda era bastante fina, transparente y ligera. Se cepilló el pelo dos veces, siendo consciente de que esperaba que se abriera la puerta en algún momento. Su decepción comenzó a ser notable cuando vio que él no aparecería, optó por meterse en la cama y apagar la única vela que iluminaba levemente la estancia. Nada más hacerlo la puerta de su habitación se abrió, dejando ver al duque Sylverston iluminado por la luz de la luna que se filtraba por su ventana, había acudido, él finalmente estaba allí tal como le había prometido en su carta.

Henry cerró la puerta y echó el cerrojo, no deseaba que nadie les interrumpiera, pensó que por la tardanza Emily podría estar dormida, pero allí

estaba despierta observándole. Permanecía envuelta en sedas con su cabello suelto abrazando su rostro, sus hombros, su cintura... verla así solo hacía que aumentara su deseo hacia ella. Desde que la había visto hacía unas horas con aquel vestido rojo no se había podido quitar la imagen de su cabeza y su entrepierna opinaba del mismo modo.

— Has venido —le susurró ella observándole anhelante.

Henry la miró contrariado ante aquella pregunta puesto que no lo entendió.

—¿Por qué no iba a hacerlo?, Recibiste mi carta, ¿no? —preguntó y ella asintió como respuesta.

—Si, pero en el salón desapareciste, pensé que estabas enfadado conmigo.

A Henry se le encogió el corazón, ¿Por qué demonios tenía que ser ella tan dulce e ingenua?, Se sentó en la cama mientras aflojaba su pañuelo para quitárselo y de paso su camisa

—No estoy enfadado contigo, Emily —comenzó a decirle mientras le acariciaba la mejilla con una mano dulcemente—. Tú no tienes la culpa de que todos los hombres te deseen, yo el primero —confesó—. Pero tenía algunos asuntos de negocios que tratar. —No pensaba decirle que la verdadera razón era que estaba muriendo de celos, prefirió que ella no lo supiera de lo contrario se mostraría débil e inseguro ante ella.

Emily sonrió. Saber que él no estaba molesto con ella calmó sus nervios contenidos durante todo ese tiempo, observó cómo se abría su camisa dejando ver su piel en todo su esplendor, una cosa era tocarlo y otra poder verlo. Henry estaba en muy buena forma física, había que reconocerlo, se puso de pie y se despojó de sus pantalones y calzones, quedando totalmente desnudo y expuesto a su vista. Los ojos de Emily se abrieron al ver su erguida entrepierna, ¿Estaría siempre así?, Era impresionante, jamás había visto a un hombre completamente desnudo, pero aseguraría que habría pocos como Henry, con un físico fuerte y musculoso.

Se acercó a ella confiado, orgulloso de sí mismo y provocando el roce suave de sus labios mientras se hincaba de rodillas en el colchón mullido y la cogía de la cintura para apresarla en su cuerpo. Apresó finalmente sus labios vorazmente pareciendo tener vida propia, su lengua se abrió paso firme a través de su boca e invadiéndola en todos los sentidos para provocar una lucha cuerpo a cuerpo con la suya.

Emily no pudo evitar un gemido cargado de deseo, adoraba esos besos voraces que parecían consumirlos, como si de alguna forma expresaran todo el deseo carnal que se profesaban. Henry recorrió con sus manos la tela del camisón hasta alcanzar el borde de este para subirlo de forma lenta y suave a la vez que rozaba su piel con la yema de sus dedos sin dejar de besarla, Emily no perdió la oportunidad para recorrer con sus manos su espalda, su abdomen

y cuando bajaba lentamente con sus dedos por su vientre hacia una zona prohibida, él la detuvo.

—No tan rápido pequeña, o no seré capaz de aguantar —sonrió mientras le alzaba el camisón por sus brazos para desprenderse de la prenda—. Sabía que eras hermosa, pero desconocía que tanto —confesó mientras la tumbaba sobre la suave cama y la observaba detenidamente, completamente desnuda para él.

Henry recorrió cada centímetro de su piel con su lengua, provocando más de un gemido de placer por parte de ella y cuando estuvo preparada, húmeda y dispuesta para él, volvió a adentrarse en ella haciéndola suya de nuevo, provocando de nuevo su propio descontrol al sentir aquellas sensaciones que jamás había experimentado anteriormente, era el paraíso con forma de mujer, supo que no conseguiría con otra lo que tenía con ella.

Emily experimentaba de nuevo aquella sensación que la envolvía poco a poco, tenía a Henry sobre ella y dentro de ella, provocando con su movimiento que esa sensación indescriptible creciera, él ahogaba con sus besos sus gemidos, notó sus manos en sus nalgas alzándola a abrirse más para él, ella se aferró a su espalda sin poder evitar clavar sus uñas en ella para ahogar de alguna forma aquella sensación. Se ajustó al ritmo de él exigiendo más y él no tardó en responderle aumentando el ritmo, provocando finalmente que ambos llegarán exhaustos al éxtasis del clímax.

Parecía tener un sueño demasiado placentero sintiendo un cosquilleo en sus pezones y un incesante calor en su entrepierna, abrió lentamente los ojos para encontrarse con unos de color gris, acompañados de una sonrisa pícaro, habían hecho el amor cuatro veces antes de quedarse completamente exhausta y dormida. Él parecía no estar conforme puesto que quería exigir más de ella.

—Buenos días pequeña, me ha costado despertarte, pero ya estás lo

suficientemente húmeda para mí —dijo antes de que Emily notara como se deslizaba suavemente dentro de ella, llenándola por completo de nuevo. Aún no estaba despierta del todo, pero la sensación de placer de llenarla de nuevo provocó en su cuerpo que se ajustara a su movimiento casi por inercia, Henry devoró de nuevo su boca cuando notó como ella acompañaba su ritmo, no tardaron en llegar al clímax de nuevo.

—Sé mi amante —susurró mirándola directamente a los ojos, aún no había salido siquiera de ella, pero necesitaba decírselo en el momento justo.

Emily no entendió la pregunta o quizás no estaba lo suficientemente despierta para saber interpretar lo que significaba.

—Te daré todo lo que quieras, te tratare como una esposa, aunque no estemos casados, pero sé mi amante, Emily —volvió a suplicar.

Ella lo miró confundida, ¿Ser su amante?, ¿Qué había de la propuesta de matrimonio?, ¿No pensaba casarse con ella?

—¿Amante? —preguntó sabiendo lo que significaba aquello, aún no podía creerlo.

—Te prometo que estaré siempre a tu lado, tendrás la casa más grande de todo Londres, las mejores joyas, los mejores tejidos, te daré el mundo entero si quieres Emily, pero sé mía —confesó sacando toda su artillería.

—Me darás todo menos el matrimonio —no fue una pregunta, fue una afirmación.

—No puedo casarme, Emily —confesó sinceramente—. Puedo darte lo que quieras, menos matrimonio —le confesó.

Emily sintió como su corazón se hacía añicos, se desfragmentaba y se hacía pedacitos pequeños, lo que él le ofrecía provocaría el rechazo de la sociedad, todo el mundo la señalaría con el dedo, su familia la repudiaría y él prometía

compensarla con todas las riquezas, como si ella fuera un objeto que pudiera comprar.

—Yo... —comenzó a decir sin saber exactamente qué debía contestar a eso. Estaba abrumada, ella daba por hecho que él tenía intenciones de casarse con ella, por eso se había entregado, había sido una ingenua, él se había asegurado de esa forma que ningún otro hombre la quisiera, tuvo ganas de llorar, pero se contuvo ante su presencia.

—No me digas nada ahora —dijo él sabiendo que la noticia le habría contrariado. Sabía que ella no aceptaría enseguida, cuando se tomara el tiempo para meditarlo vería que era su mejor opción ya que al perder su virginidad las posibilidades se le habían reducido considerablemente y prácticamente era su única alternativa—. Es tarde, debo cambiarme para asistir a la cacería, hablaremos luego. —Le dio un ligero beso antes de vestirse rápidamente y marcharse sigilosamente de su habitación.

Emily se puso rápidamente el camisón, se sintió vulnerable al notar la desnudez de su cuerpo, estaba indefensa, pequeña y frágil al mismo tiempo. Se encogió en su cama y dio rienda suelta a las lágrimas que había evitado anteriormente. Toda su felicidad se había disipado como el rocío de la mañana cuando sale el sol.

La había engañado, desde el primer momento la utilizó, dándole falsas esperanzas, jugando a un doble juego mientras la hacía creer que quería casarse con ella solo para llevarla a donde se encontraba, sin tener más opción que aceptar su propuesta. Confirmar sus sospechas dolía, dolía profundamente en su alma. Desconocía qué hora sería, pero había escuchado ruido en el exterior por lo que suponía que la casa ya estaba despierta y los hombres habrían salido a la famosa cacería por la que se organizaba aquella maldita fiesta. No debería haber asistido, si no lo hubiera hecho su virtud

ahora estaría intacta, pero era una estupidez pensar aquello, el duque hubiera encontrado otra forma de estar a solas con ella y estaba segura de que igualmente ella se hubiera entregado a él como una ingenua, sus lágrimas volvieron a invadirla por sentirse tan vulnerable frente a él.

—¡Emily, he recibido una carta de mi padre! —la puerta se abrió de pronto notándose a una Julia demasiado agitada y contrariada pero que al verla lo estuvo aún más—. ¡Dios mío Emily!, ¿Qué te ha pasado? —exclamó Julia

Supo por el gesto de su amiga que sus más que evidentes hinchados ojos la delataban. Había estado llorando desde que él se fue, y estaba segura de que al menos habían pasado tres horas de aquello. Hizo un gesto con la cabeza negativamente porque era incapaz de que una sola palabra saliera de su garganta.

—¡A mí me va a dar algo! —gritó—. ¡Primero recibo una carta de que mi madre ha empeorado! —gritó—. Y ahora te encuentro así, sin saber por qué razón —confesó sentándose en la cama—. Y para colmo de males Robert está en esa cacería y yo necesito volver a casa urgentemente, pero no puedo dejarte en este estado tampoco. —Su voz era contrariada.

—¡Vámonos! —dijo entre lágrimas. Necesitaba salir de allí, alejarse de aquella casa y sobre todo alejarse de él.

—¡Pero tenemos que esperar a Robert!, Necesitamos a un caballero que nos acompañe durante el camino —argumentó desesperada.

—¡William! —gritó intentando apartarse las lágrimas de su rostro—. Él me dijo que no asistiría a la cacería, puede acompañarnos —contestó mientras algo pareció poseerla de pronto porque comenzó a meter los vestidos sin preocuparse en doblarlos en su pequeño baúl mientras Julia la observaba estupefacta.

—¿Qué te ha pasado, Emily? —preguntó delicadamente su amiga.

—Él no se casará conmigo, Julia —confirmó escapando de nuevo otra lágrima—. Nunca fue su intención hacerlo —confesó mientras se ponía uno de los vestidos encima del camión, si tan siquiera quitárselo, le daba igual, solo quería salir de allí de una maldita vez.

—Dios mío Emily... lo siento —comenzó a decir Julia con voz triste—. Él parecía muy interesado en ti, pensé que había superado lo de... —no logró mencionarla, no se sintió capaz.

—Es evidente que no —contestó secamente—. Busca a William, dile que necesitamos urgentemente que nos acompañe —añadió echando a Julia de su habitación.

La cacería no terminaría hasta la hora del almuerzo, tenían tiempo de sobra para salir de allí. Además, los invitados le dirían a Robert que Julia recibió la noticia del empeoramiento de su madre y ella sin duda tendría que acompañarla. Sylverston no sospecharía que había huido realmente, en el fondo, había tenido suerte en su desdicha.

William la miraba todo el tiempo que permanecían sentados en el carruaje, Julia estaba inquieta por su madre, esperaba encontrarla sana y salva cuando llegaran a casa y saber en realidad el estado de su madre. Emily intentó darle ánimos, pero Julia entendió que, en su condición, la que verdaderamente necesitaba ánimos era ella.

No pudo evitar soltar alguna lágrima durante el camino, ninguno de los dos intentó consolarla y lo agradeció. Lo que menos necesitaba ahora era provocar lástima en alguno de ellos.

Decidieron dejar a Julia y su tía en su casa, aunque no fuera conveniente que Emily viajara sola con la compañía de William, decretaron que nadie se

enteraría salvo ellas, pero dadas las circunstancias era normal que tuvieran prisa por encontrarse con su familia y pese a que la tía de Julia dudó unos instantes, la preocupación por la salud de su hermana hizo que se olvidase del decoro.

—¿Estarás bien, Emily? —dijo antes de alejarse del carruaje.

—No te preocupes por mí Julia, ve con tu madre, ella te necesita mucho más que yo —contestó antes de cerrar la puerta para evitar que su amiga se entretuviera.

—¿Me vas a contar qué ha ocurrido para que estés hecha un guiñapo y como si no hubieras dormido en una semana? —William se había contenido todo ese tiempo por la tía de Julia, pero una vez despejada la equis de la ecuación creyó oportuno averiguar qué le pasaba a su amiga.

—Me destrozaron el corazón, William. Hice justo lo que me dijiste que no hiciera —confesó antes de volver a llorar provocando que William cambiara su asiento para acogerla entre sus brazos.

—El duque de Sylverston, ¿No? —preguntó pese a saber la respuesta.

—Sí —confirmó ella con un sonido agudo.

—Imagino que ya no eres virgen —Eso sí que no fue una pregunta a lo que Emily negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y él se ha negado a casarse contigo?

—Quiere que sea su amante, dice que es lo único que puede ofrecerme. Que me tratará como a una esposa, pero jamás se casará conmigo —le confirmó.

—Es peor de lo que me imaginaba. Ha realizado toda una estratagema para apresarte en sus redes y que no te quede otra opción que la de aceptar su propuesta —dijo más para sí mismo que para ella—. Es un cabrón egoísta

que no te merece —añadió mientras acariciaba los brazos de Emily.

—¿Qué voy a hacer, William?, Nadie me va a querer, no tengo dinero, ¡Ni siquiera tengo una sola propuesta de matrimonio de algún caballero a la que aferrarme! —confesó casi desesperada.

—Dudo que no hayas recibido propuestas de matrimonio, aunque conociendo al duque se las habrá arreglado de alguna forma para que ni siquiera lleguen a ti —afirmó—. ¿Confías en mí? —preguntó William.

Emily pareció contrariada con su primera afirmación, ¿Habría recibido propuestas de matrimonio?, De ser así Donald le habría mencionado algo al respecto o eso pensó desde el primer momento.

—Claro que confío en ti —respondió sin saber que pretendía William.

—Bien, porque no nos dirigiremos hacia tu casa —corroboró.

—¿Y a dónde iremos si no? —preguntó ella intrigada.

—A Gretna Green.

—¿Cómo que a Gretna Green? ¡Estás loco! —exclamó contrariada y a la vez sorprendida.

—Mira Emily —comenzó a decir William bastante sereno y tranquilo—. Te aprecio demasiado como para permitir que ese idiota se aproveche de ti, sé que es un testarudo que no cederá al matrimonio por una estúpida promesa que hizo de joven, imagino que no eres del todo inconsciente de los hechos de su pasado —Emily asintió siendo incapaz de hablar—. Bien, porque no pienso permitir que te arruine la vida y seas repudiada por la sociedad además de desprestigiar tu nombre. Te aprecio demasiado como para permitir que hagas algo así cuando él no merece ni tan siquiera tu afecto o tu compañía —finalizó seguro de sus palabras.

—Pero ¿Qué pasará contigo? Yo no tengo una dote que aportar William, seré una carga para ti y no puedo permitir que hagas esto solo por ayudarme, el matrimonio es algo para toda la vida —contestó entre lágrimas.

—Si soy sincero, me haces un favor a mí también —afirmó mientras intentaba secar en vano con su pañuelo las lágrimas que ella derramaba, aunque no cesaban de salir—. Mi madre dejará de insistir en que busque una prometida puesto que estará feliz teniendo a una, los rumores que pudieran surgir en un futuro no existirán y desde luego tendré la fortuna de tener una gran amiga por esposa que conoce mi condición. Al final resulta que yo salgo ganando más que tú —expresó sonriente para animar a Emily.

Ella se abrazó en el regazo de William y notó como él la acogía para consolarla.

—No se qué haría sin ti William —afirmó abrazándolo con fuerza.

—Duerme preciosa, nos espera un viaje largo. —Emily lo intentó, aunque sus pensamientos no cesaban de rememorar todo lo acontecido.

¿Cambiaría algo si pudiera volver atrás?, Desde luego no hubiera sido tan ingenua, tan receptiva a las caricias de Henry, tan confiada, ni tan estúpidamente enamorada como para entregarse a un hombre que desde luego había demostrado que no la amaba.

«Me olvidaré de él» se dijo mentalmente; «Cueste lo que cueste, me lo arrancaré del corazón, aunque sea lo último que haga»

Emily nunca había estado en Escocia, mucho menos en Gretna Green, aunque tampoco lo imaginó así, ella pensó que sería un lugar bastante más grande de lo que realmente era, no dejaba de parecer un pequeño pueblo, pero dado que ofrecían matrimonios legales en el acto sin consentimientos legales, sin testigos y sin licencias especiales, solía ser bastante frecuentada por parejas

desesperadas sobre todo menores de edad.

No pensaban pasar la noche allí por lo que cuando bajaron del carruaje fueron directamente a la herrería donde se contraerían matrimonio. Por una milésima de segundo pensó en Henry, ¿Qué pasaría cuando él se enterara de que se había casado con otro?, ¿Le daría igual y le propondría ser su amante de todos modos? La sola idea la enfureció y se postuló aún más firme en su decisión de contraer matrimonio con William.

No era lo que ella esperaba de su futuro marido, ciertamente cuando era pequeña había soñado con casarse, tener hijos, formar una familia y estar absolutamente enamorada de su esposo. Aunque sabía que era poco probable que se casara debido a su pobreza, en el fondo nunca perdió la esperanza de contraer matrimonio y tener hijos, pero jamás pensó que se casaría con alguien como William, él la quería, sí, pero no de la manera que un hombre debe querer a su esposa. La protegería, pero no le podría dar hijos, ni formar una familia, aunque en ese instante eligió precisamente eso, su corazón roto y hecho añicos le decía que estaría protegido y a buen recaudo junto a él.

La ceremonia fue tranquila, estaban solos en aquella pequeña herrería, William parecía muy tranquilo, pero ella estaba bastante nerviosa, sabía la implicación que conllevaba ese hecho y conocía las dimensiones del acto que se estaba llevando a cabo desde el mismo instante en que aceptó ser su esposa, supo que ahora llevaría el apellido Barnes para el resto de su vida y que era la nueva baronesa de Brightdawn. William le sonrió cuando finalizaron las palabras del señor que ofició la ceremonia indicándoles que debían firmar los documentos para completar la legalidad del matrimonio, él le dio unas monedas a cambio y salieron de aquella pequeña capilla con paso firme sin mirar atrás.

—Enhorabuena Baronesa de Brightdawn, espero que no te asuste el título,

lleva un tiempo acostumbrarse —dijo mientras la ayudaba a subir de nuevo al carruaje.

Emily estaba medio en trance, aún no estaba segura de si todo aquello era solamente un sueño o si en verdad era realmente la esposa de William, ¿Qué dirían todos?, De pronto recordó a su hermana.

—¡Anne! —gritó— ¡Estará angustiada pensando dónde estoy!

—Querida, a estas alturas, ya deben haberlo supuesto, de todos modos, pasaremos la noche en una pensión y mañana volveremos a Londres para informar a la familia más cercana antes de partir hacia la casa de campo, donde pasaremos nuestra larga luna de miel —dijo guiñándole un ojo divertido.

—Van a pensar que soy una cualquiera por haberme fugado así —pensó en voz alta.

—No, pensarán que yo te convencí porque no soportaba la idea de esperar durante un largo noviazgo, al menos es la versión que daremos —afirmó convencido.

—¿Por qué haces esto William?, ¿Por qué realmente?

—Tal vez te lo cuente algún día —William se cambió de asiento para sentarse a su lado y ajustarla en su regazo—. Ahora descansa, sé que estás agotada y apenas dormiste en el camino.

En casa de los Richmond la preocupación era evidente.

—La señorita Benedict dice que los dejó solos en el carruaje y que venían directos hacia casa, dadas las circunstancias de su madre la convencieron a ella y a su tía para quedarse solos —afirmó Donald a su esposa.

—¡Dios mío Donald!, ¿Qué crees que habrá ocurrido? —dijo Anne

compungida y nerviosa. En cuanto se hizo tarde y Emily no había regresado aún de la fiesta de los Prestton, saltaron las alarmas, fueron bastante cautelosos, pero estaba claro que Emily se había fugado con *lord* Barnes porque él tampoco había aparecido.

—Sabes perfectamente lo que habrá ocurrido Anne —contestó serio su marido, un semblante de preocupación sembraba su rostro y no pasó desapercibido para Anne que conocía bastante bien a su marido.

—Pero ¿Cómo se le ha ocurrido fugarse? —exclamó—. ¡Chiquilla insensata!, ¡Solo espero que vuelva con un anillo en su mano porque de lo contrario la internaré en un convento!

—Eso no es lo peor —exclamó de pronto su marido.

—¿Cómo que no es lo peor?, ¡Por supuesto que es lo peor!, Si no regresa casada y la gente se entera, ¡Estaremos condenados por la sociedad!, ¡Seremos señalados allá donde vayamos y dejaremos de existir! —le gritó.

—Créeme, ahora mismo lo que menos me importa es que me señalen con el dedo si acudo a un evento social —su voz denotaba pesimismo.

—¿Qué ocurre, Donald? —preguntó.

Ahora sí había conseguido que Anne se preocupara. Donald meditó sobre decírselo, de todos modos, debía contárselo tarde o temprano, así lo hizo.

—Firme un acuerdo con el duque de Sylverston sobre Emily —comenzó a decir haciendo que Anne se sorprendiera.

—¿Firmaste un acuerdo?, ¿Es que el duque ha solicitado su mano? —se adelantó a decir.

—No, no, no —dijo él enseguida comenzando a relatar el acuerdo con el duque por el que éste le prestó las cinco mil libras con la condición expresa

de que debía aprobar al candidato de la joven, de lo contrario existiría una deuda de pago que doblara dicha cantidad.

—¿Me estás diciendo que deberás cinco mil libras al duque si Emily se casa sin su permiso? —Anne tuvo que sentarse para asimilar la noticia—. Será nuestra ruina —confirmó en un susurro.

—Sí —contestó secamente sin revelar que el duque se había negado a todas las propuestas que había recibido Emily alegando en alguna de ellas información de poca relevancia como para negar la petición, sospechaba que ocultaba algo y si su olfato no le fallaba, iba a exigir el pago de esa deuda.

—Pero el duque entenderá que, si se ha casado con Barnes, es un buen candidato, de hecho, es mucho mejor de lo que ella podría aspirar teniendo en cuenta que carece de dote —volvió a hablar Anne.

—Tal vez —confesó él esperando que así fuera—. Aunque primero habrá que descubrir si realmente se han fugado para casarse o no.

Habían pasado la noche en una pensión, dormir con William fue extraño, pero él no quiso dejarla sola ya que sabía que se pasaría la noche llorando y así fue, por más que no quisiera llorar, su corazón hacía lo contrario. William le dijo que tenía que sacar todas sus lágrimas y cuando derramara la última no volver a hacerlo jamás por la misma razón.

No tenía el mejor aspecto del mundo para enfrentarse a su familia, su cara estaba hinchada y también lo estaban sus ojos rojos, pero William la convenció para fingir que estaba así por la angustia de saber cómo se lo

tomaría la familia, básicamente le pidió que no hablara, él se encargaría de la situación y después se refugiarían en la casa de campo por una larga temporada, hasta que la noticia recorriera Londres y las aguas se calmaran.

Visitaron primero la casa de su hermana Anne, cuando Nora abrió la puerta y la vio comenzó a dar gritos llamando a su señora, Anne apareció enseguida seguida de Donald que no se hizo esperar.

—¿Os habéis casado? —preguntó una angustiada y pálida Anne.

—Sí —afirmó William firmemente.

—¿Se puede anular? —preguntó Anne con una mirada inquisidora hacia Emily, dándole a entender si habían consumado el matrimonio.

—Por supuesto que no se puede —volvió a asegurar William apretando la mano de Emily que hasta entonces no había abierto la boca siquiera para saludar.

—Estamos perdidos —habló Donald mientras se llevaba las manos a la cabeza angustiado.

Emily y William se miraron contrariados, ¿Por qué?, No era tan grave lo que habían hecho, miles de parejas se fugaban y al final la sociedad aceptaba que eran un par de enamorados que por desesperación se habían querido casar rápido.

—Discúlpeme señor Richmond, pero no creo que sea para tanto. Soy consciente de que hemos realizado las cosas de forma apresurada e incorrecta, pero Emily ahora es la nueva baronesa de Brightdawn, la sociedad la respetará y olvidará la forma en la que contrajimos matrimonio apresuradamente —exclamó sereno y seguro de su discurso. Desde luego hasta Emily se creyó las palabras de William, sería capaz de venderle una espada a un herrero.

—No se trata de eso *lord* Barnes —dijo más calmado—. Firmé un acuerdo de préstamo para poder afrontar los gastos de Emily, dicho acuerdo estaba vinculado a una única cláusula —hizo una pausa para estudiar las palabras con las que decir aquello que a él mismo le costaba afrontar.

—¿Qué cláusula Donald? —habló al fin Emily.

—Que la persona que me prestó esa cantidad aprobará al candidato que sería tu futuro esposo —contestó mirándola a ella y después a William.

—¿Quién ha sido?, ¿Quién te prestó ese dinero? —Emily sabía la respuesta, pero solo quería confirmar del todo sus sospechas.

—El duque de Sylverston —respondió sin ocultarlo en ningún momento.

Emily notó como la mano de William se aferraba más a la suya, probablemente pensaría que en ese momento ella gritaría, se desmayaría o tal vez lloraría, pero no, eso solo confirmaba aún más si cabe, que desde el principio se aseguró que ella aceptara ser su amante. Después de arruinar su reputación y mancillarla, se había asegurado que nadie se casara con ella para que de esta forma solo tuviera una opción, aceptar su propuesta.

—¿Cuánto le debe? —habló William.

—Si Emily se casaba sin su aprobación, tendría una compensación de cinco mil libras, el doble de la cantidad que me prestó.

¿Cinco mil libras?, su voz se repetía una y otra vez en su mente, definitivamente con semejante cantidad se aseguraría perfectamente de que Donald no cometiera el error de aprobar a alguien sin él.

—Está bien, yo le daré esa cantidad, Señor Richmond, no debe preocuparse por la situación —hablo William—. Asumo que fue mi error convencer a mi esposa de fugarnos sin contar primero con su aprobación, por lo que me permita saldar su deuda —añadió mientras introducía su mano en el bolsillo

interior de su chaqué para sacar su chequera.

Anne respiró con profunda tranquilidad por primera vez, Emily quiso protestar, pero era eso o ver la ruina de su hermana por su culpa. Supo en ese instante que estaría eternamente agradecida a William y que haría cualquier cosa por él. Le había demostrado ser el mejor amigo, hombre y en las pocas horas que llevaban casados; también marido, que podía llegar a tener, aunque no fuera realmente un esposo en el sentido literal de la palabra, sabía que podría llegar a encontrar la calma junto a él y era únicamente lo que necesitaba.

William se fue con Donald hacia el despacho de este último para tratar el asunto mientras ella fue con Anne hacia el salón donde había pasado tanto tiempo y que ahora lo sentía extraño, Nora las dejó a solas para preparar el té.

—No sabes el peso que me ha quitado, Emily —dijo mientras se sentaba a su lado y la acogía entre sus brazos—. Reconozco que me angustié mucho cuando no volviste y Julia nos dijo que os había dejado a solas, confié en tu buen juicio, sabría que si te habías fugado con *lord* Barnes sería para casarte, pero después de saber lo del préstamo tuve el alma en vilo, aunque no puedo sino agradecer a Barnes por su generosa amabilidad, has tenido mucha suerte Emily —dijo mientras la observaba—. Por tu rostro deduzco que te ha costado tomar esa decisión sin nuestro consentimiento, pero imagino que debes estar realmente enamorada del barón para haber cometido semejante locura —le sonrió sinceramente.

—Si, Anne —contestó escuetamente—. No podría haber aspirado a un esposo más bueno y generoso que William. —Y no mintió cuando lo dijo.

—Bueno querida —la voz de William las interrumpió—. Debemos visitar aún a mi madre para contarle la noticia y después tendremos un largo viaje que recorrer, si nos disculpan —argumentó William intentando salir de

aquella casa cuanto antes le fuera posible.

—¡Oh!, pensé que podríais al menos tomar el té —dijo Anne contrariada.

—Tendrá que ser en otro momento cuñada. Mi esposa y yo deseamos partir pronto hacia nuestra luna de miel —contestó sonriente sabiendo que con aquella respuesta no habría ninguna opción de insistencia.

—Claro, claro, por supuesto, vayan entonces, ya habrá tiempo cuando decidáis regresar a Londres —contestó una sonriente Anne sintiendo alegría por los jóvenes.

—Bien, pasado lo peor, ahora toca mi madre —comentó William dentro del carruaje.

Emily estaba en silencio, pensativa, ni tan siquiera podía sentir nervios por enfrentar a la viuda de Barnes, saber que Henry había calculado y premeditado cada uno de sus pasos para colocarla en un callejón sin salida con la única opción de aceptar su propuesta, sabiendo lo que aquello implicaba para ella e incluso su familia, era inaceptable. No se lo podía creer por más que intentaba asimilarlo, era tan cruel y despreciable que su ingenuidad no podía asimilarlo, pero así era, el verdadero duque de Sylverston era un déspota sin corazón, una persona fría y calculadora, pero sobre todo egoísta, puramente egoísta.

—¿Emily, estas bien? —La voz de William era suave.

—Jamás podré compensarte por lo que estás haciendo, no solo me has salvado a mí, sino también a mi familia, no sé cómo podré devolverte ese dinero, pero te prometo que lo haré —contestó segura de sí misma.

—Emily, he ganado una fortuna como diseñador en Francia, no te preocupes por eso, tengo dinero de sobra y mis cuentas no han sufrido por dicha cantidad —confirmó para calmarla.

—Aun así, no deberías ser tú quien pagara esa deuda con ese...ese...

—Cretino —terminó de decir él.

—Sí —dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo pude estar tan ciega William?, ¿Cómo pude creerme sus palabras malinterpretadas?, Yo pensaba que..., él me decía tantas cosas... —Pero cuando Emily lo pensó supo que realmente le había dicho todo y nada al mismo tiempo, nunca hubo promesas verdaderas de amor. Le confesó que la deseaba, que no podía dejar de pensar en ella, que la quería para él..., pero todo eso no implicaba una propuesta de matrimonio, ni una promesa de amor. No, él se había protegido bien para que ella no le pudiera reprochar nada y le detesto aún más si cabe.

—Hay algo que te tengo que contar Emily —confesó William mientras se sentaba junto a ella y rodeaba su cintura—. Creo que es mejor que lo sepas ahora y asimiles todo al mismo tiempo.

—De que se trata —Emily sabía que sería algo que también descubriría del duque, pero ya se esperaba cualquier cosa de él, había abierto la caja de pandora y estaba descubriendo la realidad de cómo era verdaderamente el duque.

—Sí recibiste propuestas de matrimonio. De hecho, algunas de ellas eran bastante aceptables —confesó William.

—¿Cómo? —Eso sí que no lo esperaba, si había recibido alguna propuesta ¿Por qué no se lo habían dicho?, ¿Es que no tenía ni voz ni voto en lo que respectaba a su futuro esposo?

—Sylverston las rechazó todas, dio excusas para cada una de ellas y Donald no tuvo más remedio que acatar su decisión, prefirió no decir nada para no darte esperanzas —concluyó.

—No puede ser —pensó en voz alta—. ¿Por qué a mí?, ¿Por qué no eligió a

otra a la que hacerle la vida imposible? —Sus lágrimas comenzaron de nuevo a salir y William la abrazó de nuevo.

—Chss, calma mi niña, yo estoy aquí —dijo acariciándola con suavidad.

William estaba seguro de que Sylverston iba a montar en cólera cuando se enterase de que Emily se había fugado con otro y se alegró de ello. Por primera vez en su vida, al duque de Sylverston no le saldrían las cosas tal y como él quería.

Visitaron a la baronesa viuda que estaba encantada con la noticia de tener al fin una nuera. Teniendo en cuenta que Barnes era hijo único debido a la prematura muerte del barón, la mujer no tuvo más hijos y no volvió a casarse, así que parecía encantada con la idea de aumentar la familia, la idea de privarla de una gran celebración le disgustó, pero solo durante unos breves instantes, se dijo que ya realizaría una gran fiesta cuando los nietos comenzaran a llegar a la familia.

Emily comprendió enseguida que su ahora suegra era demasiado habladora, de hecho, no le hizo falta hablar, ella sola parecía llevar la conversación salvo por las escuetas palabras que permitía dejar pronunciar a William.

—Espero que mi madre no te haya provocado dolor de cabeza —dijo William una vez estuvieron de nuevo en el carruaje.

—Es una mujer encantadora, William, que estoy segura de que habla tanto para no ser consciente de su soledad —explicó con una voz algo cansada.

—Te dije que me hacías un favor al acceder a casarte conmigo, es la primera vez que la he visto tan feliz desde la muerte de padre —dijo algo emocionado.

—Entonces me alegro por ello, te prometo que trataré de ser la mejor nuera para tu madre. —Emily supo porqué William no abandonaba Londres de una

vez y se mudaba a Francia. No quería dejar a su madre sola, y por alguna extraña razón a Emily le conmovió aquel gesto de cariño que William sentía hacia su querida madre.

—Crees que podríamos pasar por la casa de la Señora Smith, me gustaría despedirme de ella antes de partir y contarle la noticia yo misma.

—Si te ves capaz de hacerlo, claro que sí.

La señora Smith se alegró mucho por ella, les deseo una gran felicidad y dicha a la recién pareja y Emily le prometió visitarla en cuanto regresara de su luna de miel para seguir leyendo sus novelas de amor, aunque la anciana le dijo que no tuviera prisa, los recién casados debían pasar el tiempo juntos.

Finalmente pusieron rumbo a la casa de campo de Barnes, una propiedad de la reliquia familiar que se encontraba a seis horas de camino de la ciudad.

Ya habían pasado tres días y Henry aún no había podido coincidir con Emily, fue mala suerte que la señora Benedict se pusiera peor de su dolencia, al menos ya se estaba recuperando después de todo, pero aquel hecho había impedido volver a hablar con Emily y tenía que hacerlo urgentemente antes de que la situación se enfriara y ella se negara a su petición, aunque él sabía que, si lo hacía, insistiría hasta que ella finalmente accediera.

Llamó a la puerta de la casa de Richmond, había decidido ir algo tarde, esperando que le invitaran a almorzar y de esta forma poder ver a Emily por fin, tal como pensó, Donald le invitó a comer con ellos añadiendo que después del almuerzo tendría que tratar un asunto delicado con él.

Cuando el ama de llaves les llamó para avisarles de que la mesa estaba lista los nervios acudieron a él, sin saber por qué sus manos comenzaron a sudar levemente, ¿Por qué estaba nervioso? Después de todo no es que hubiera pasado tanto tiempo sin verla, solo habían sido tres días, pero reconoció lo

largos y tediosos que habían sido y asumió que agonizaba por ver la expresión de ella al verle, ¿Cómo reaccionaría?, ¿Podría adivinar una respuesta solo con verla?, Suponía que en unos momentos lo sabría.

Entró al comedor, pero su desilusión se hizo evidente. No estaba, allí solo se encontraba la señora Richmond y sus dos hijos, ¿Dónde estaba ella?, ¿Es que justo había tenido que ir el día que ella se ausentaba?, Quizás llegaba tarde, pero apreció que no habían colocado un servicio de más, únicamente los cinco comensales que eran. Intentó calmarse, no quería que se notara su desilusión, necesitaba verla de nuevo, casi tanto como el aire para respirar, necesitaba saber dónde estaba ella para ir directamente a verla, no le importaba donde fuera.

—¿No nos acompañará su hermana hoy para deleitarnos con uno de sus postres? —Se le ocurrió decir de pronto para averiguar el paradero.

—¡Oh no!, Mi querida hermana ya no vive con nosotros dadas las circunstancias —dijo Anne como si tal cosa.

Henry frunció el ceño confundido, ¿Es que acaso la habían repudiado?, ¿Se habrían enterado de que ella ya no era doncella?, Por unos instantes sintió miedo, ¿Dónde estaría si había pasado tal cosa?, ¿Por qué no le había buscado a él?

—Henry, mi cuñada contrajo matrimonio con *lord* Barnes hace tres días, ahora mismo se encuentran de luna de miel. Es lo que quería tratar después del almuerzo, dado el acuerdo que manteníamos —comentó Richmond serenamente.

Henry respondió con un gesto afirmativo, pero sintió como si un cubo de agua helada le hubiera abofeteado la cara. Se había casado, Emily huyó de su lado para casarse, el mundo entero había dejado de existir en aquel preciso

instante. La había perdido, sabía que la había perdido y dolía profundamente en lo más interno de su alma.

Cuando entró en el despacho de Donald, de nuevo se tensó, por su mente cruzó la idea de obligarle a devolverle la cantidad estipulada en el acuerdo, quizá de esa forma podría obligar a Emily a anular el matrimonio, pensó que quizás se había fugado con Barnes porque le amaba. No, no se habría entregado a él si le amaba, ella sencillamente se había ido con Barnes porque descubrió que no sería la futura duquesa de Sylverston. Era una oportunista que habría pensado que ofreciendo su virginidad obtendría matrimonio, todas eran iguales, todas menos su Sophie, se convenció a sí mismo, aceptar aquello era menos doloroso que pensar que Emily había elegido el camino correcto.

—Como te decía —continuó hablando Richmond y Henry decidió prestarle al fin atención—. Aquí está el cheque, junto con la cantidad que me ofreciste, como apenas me dio tiempo a comprarle un nuevo guardarropa, he podido reponer la cantidad que gasté, por tanto, nuestro acuerdo queda saldado —le respondió.

Henry miró los dos cheques, uno estaba firmado por Barnes, ¿Él estaba dispuesto a saldar la deuda?, Por tanto, estaría enterado del acuerdo con Donald, ¿Lo sabría también Emily?, Un rastro de horror cruzó su mente, si ella lo sabía habría atado cabos y «Oh dios» pensó. Necesitaba salir de allí y emborracharse, no podía digerir la noticia aún.

—Donald, ambos sabemos que *lord* Barnes es un candidato más que aceptable, por tanto, nuestra deuda queda saldada —dijo cogiendo el cheque firmado por Donald, por él se podría quedar aquel maldito dinero, pero si no lo hacía sería sospechoso—. Dales de mi parte la enhorabuena a la feliz pareja, me marchó que se me hizo tarde y tengo algunos asuntos que tratar —

dijo a modo de despedida y salió casi echando humo de aquel maldito despacho y de aquella maldita casa.

—¿Cómo ha reaccionado? —la voz de Anne sorprendió a su marido que aún seguía de pie observando el cheque que se había negado a aceptar.

—No ha querido el dinero de Barnes, se ha negado a aceptarlo —dijo algo contrariado.

Sabía que Sylverston era implacable con los negocios, si tenía una oportunidad tal como aquel acuerdo expreso no la perdería, sin embargo, lo había dejado pasar, ¿Por qué?

—Bueno, mejor entonces ¿no? —contestó Anne viendo como su marido parecía contrariado.

—Si, por supuesto, la cuestión es, ¿Por qué los ha rechazado?

—Quizá no quiera minimizar la fortuna del barón ahora que ha comenzado una nueva vida —Anne se encogió de hombros.

—O quizás siente algo por Emily —contestó él.

—¡Al fin! —gritó ella—. Serás mi marido, pero pareces ciego, ¿Es que no te das cuenta de todo el circo que ha montado para atraparla? —contestó medio enfurecida.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que Emily no estaba feliz el día que vino de su matrimonio, mucho menos para una recién casada que se ha fugado por amor, si parecía que estaba de funeral más que de novia recién casada y su reacción al enterarse de la deuda con Sylverston, casi se le saltaron las lágrimas. Ella está enamorada de él, estoy segura y ha debido de ocurrir algo para que haya decidido casarse con Barnes, conozco a Emily, ella no se hubiera fugado,

habría hecho las cosas bien.

—Por eso le has soltado durante la comida la noticia —puntualizó él.

—¿Y no viste su reacción?, Pareció convertirse en piedra, solo le faltó caerse para romperse. Lo que no entiendo es si le gustaba Emily, ¿Por qué no te pidió su mano?, ¿Crees que sigue con esa idea de no casarse como dicen los rumores?

—No lo sé, Anne —respondió Donald mientras se sentaba—. Pero es algo que no nos atañe. Además, Emily es ahora la nueva baronesa de Brightdawn y le guste o no a Sylverston, tendrá que aceptar que la ha perdido.

Henry pensó que lo mejor sería permanecer siempre ebrio, en cuanto atisbaba un poco de sentido común volvía a pensar en ella y no quería dejar a su mente divagar por esos rumbos. Se había encerrado en su despacho y llevaba dos días sin salir, sin comer, sin ver a nadie... únicamente con su única amiga; la botella de coñac que pedía reponer cuando se terminaba de beber.

Acababa de despertar y tenía una jaqueca enorme, se dirigió entonces de

nuevo hacia la licorera, estaba vacía. Iba a llamar al servicio cuando los golpes se escucharon en la puerta.

—¡He dicho que no quiero que me molesten! —gritó cuando abrió la dichosa puerta y vio a su madre parada en la puerta con semblante serio.

—¿Qué crees que estás haciendo Henry? —contestó ésta malhumorada.

—Déjeme en paz, madre —contestó mientras rebuscaba alguna botella de algún licor por el bajo mueble de la librería, le daba absolutamente igual de qué tipo fuera, solo deseaba que nublara su juicio para no sentir.

—¿Se puede saber por qué estás en este estado?, Llevas dos días encerrado, ¡Dos días! Bebiendo como un energúmeno y gritando barbaridades sobre una mujer que has perdido; exijo una explicación ahora mismo.

—No está en condiciones de exigir nada, madre. Haga el favor de meterse en sus asuntos puesto que los míos no le incumben.

La duquesa viuda miró sorprendida a su correcto e intachable hijo, en todos sus años de vida jamás le había tratado así.

—Si tanto sufres por esa mujer ¡Cásate con ella de una vez! —gritó.

—¿Cuándo va a entender usted, madre?, ¡No me casaré nunca!, ¡Jamás!, ¡Ni tendré descendencia!, ¡Ni le daré esa satisfacción a padre! —gritó.

—¿Es esa estúpida promesa que le hiciste a tu padre por Sophie?, ¿Es eso realmente? —contestó furiosa.

—¡Sí! —exclamó con rabia.

—Bien —respondió airada—. Me he hartado de que le profeses amor a esa arpía descarada. He guardado silencio todo este tiempo pensando que la olvidarías, que finalmente encontrarías a alguien con quien ser feliz, ¡Dios mío!, ¡Estaba dispuesta a tolerar a Amelia con tal de que rehicieras tu vida y

fueras feliz! —confesó.

—¿De qué está hablando, madre? —preguntó confuso.

—De que Sophie no era la ingenua y buena chica que tú creías —dijo mordazmente— ¡Ella era la amante de tu padre, Henry! —exclamó.

—¿Tan desesperada está porque me case y tenga un heredero como para inventar semejantes calumnias sobre Sophie?, ¡Ella está muerta!, ¡No puede defenderse! —gritó ahora enfadado por las mentiras de su madre.

—Sabía que no me creerías, pero tengo pruebas —respondió confundiendo de esta forma a su hijo.

—Fue la amante de tu padre durante dos años, la abandonó como a tantas otras antes de ella —refunfuñó—. Pero ella quiso vengarse, por eso comenzó a acercarse a ti. Sabía que eras el único heredero del ducado, intuyó que la idea de ser duquesa al mismo tiempo que se vengaba la atrajo considerablemente, era aún mejor que ser solo una amante. Tu padre intentó que se alejara de ti, pero ella no desistió de su empeño, incluso le ofreció una fortuna para que se marchara, pero confesó que estaba embarazada de él y que por eso te había convencido para pedir una licencia especial y contraer matrimonio rápidamente antes de que su embarazo comenzara a notarse.

—Mientes —confesó intentando no creer las palabras de su madre.

—Tu padre lo confesó en su lecho de muerte, me dio las cartas que ella le escribió. Además, el médico verificó tras su muerte que estaba embarazada, puedes ver el informe, ella estaba de aproximadamente tres o cuatro meses de gestación, tú la conociste después.

Sí, Henry la conoció y se quedó prendado de su belleza, ingenio y perspicacia, tanto que en dos meses ya había pedido una licencia especial para casarse con ella, había decidido que era la mujer de su vida.

—No es posible —comenzó a decir más para sí mismo. No podía haber construido su vida en una mentira, no podía ser, ¡Su madre tenía que estar mintiendo!

—Hay algo más —dijo la duquesa provocando que su hijo volviera la vista para enfrentarla, parecía agotado, hundido, pero había decidido contarlo todo, no había vuelta atrás—. No se suicidó, Henry —confesó.

—¿Como que no se suicidó? —preguntó confuso.

—Tu padre la asesinó —sentenció la duquesa viuda.

—¿Qué?, Eso es imposible. —Su padre no podía ser un asesino, ¿O sí podía?, Ya no sabía qué creer de aquello, no sabía qué pensar.

—Tu padre me confesó que la citó en el puente con la excusa de ofrecerle un trato que no podría rechazar, pero era consciente que ningún trato sería mejor que convertirse en la futura duquesa de Sylverston aunque estaba seguro de que ella acudiría para regodearse de que él había perdido, de que era capaz de manejar a su único hijo a su voluntad. Así que la mató para salvarte de ella y de sus mentiras —confesó algo compungida— Tu padre la arrojó por el puente.

Henry se sentó, no podía asimilar todo aquello de una sola vez, aún era bastante reacio a creerlo, pero todos los hechos podrían tener veracidad, aunque se negaba a creer que su Sophie fuese la mujer que describía su madre. Llevaba catorce años venerando a esa mujer, simplemente no podría ser cierto. ¡No!, no podía haber perdido a Emily por una fulana sin escrúpulos, tenía que averiguarlo, tenía que ver al médico que le hizo el examen médico tras su muerte, debía ver con sus propios ojos ese informe, él no se había acostado con Sophie, si ella estaba embarazada desde luego no era de él.

Asimilar que Sophie era la mujer que había descrito su madre, tener las pruebas de los informes médicos, las cartas que Sophie escribió a su difunto padre y rellenar con ellas sus recuerdos; fue duro, muy duro de aceptar y ahora que lo sabía, era aún más desgraciado que antes. Dejó todos aquellos papeles sobre la mesa de su estudio y se llevó las manos a la cabeza, estirando su melena hacia atrás.

—¿Qué he hecho? —dijo en voz baja para sí mismo—. ¡Dios mío!, ¡Qué he hecho! —gritó esta vez dando un grito y aporreando la mesa mientras algunos papeles saltaban de ella.

Tras seis horas de viaje en carruaje desde Londres, William presenta a su nueva esposa como la nueva baronesa de Brightdawn a todo el personal de la casa de campo. Inmediatamente impartió algunas órdenes y confesó que estaban agotados del viaje, por tanto, se retiraron a descansar. Emily tenía su propia recámara, que comunicaba por supuesto con la del barón pero que al mismo tiempo le daba su propia privacidad, dormir con William era simplemente dormir acompañada de alguien como había pasado en su noche de bodas, se sentía protegida a su lado, sabiendo que con William no habría dobles intenciones, simplemente la abrazaría para intentar calmar su dolor, un dolor que aún no conseguía apaciguar.

—¿Por qué me duele tanto? —se dijo mirándose frente al espejo de su tocador.

Sabía cuál era la respuesta. Le amaba pese a todo el daño que le había causado, ella era consciente de que le quería y que ese amor que sentía por él, no se desvanecería de un día para otro. Se reprochó a sí misma aquellos sentimientos, tenía que olvidarle, aprendería a ser fuerte, a no dejarse llevar por esa sensación que él provocaba en ella. Eliminaría cualquier rastro del duque de Sylverston que quedara en su destrozado corazón.

De vuelta en Londres, Robert llevaba más de dos semanas sin ver a Henry, era extraño no verle por el club sabiendo que no estaba fuera de la ciudad, así que decidió hacerle una visita aquella mañana. Hacía muchos años que conocía al duque, su pasado lo había convertido en lo que era ahora; bastante distante, serio y demasiado conservador con su vida privada, aunque él era uno de los pocos, por no decir casi el único en el que su amigo confiaba.

Llamó a la puerta y le hicieron saber que el duque permanecía en su despacho y que literalmente llevaba allí encerrado dos semanas. Tocó la puerta y esperó, prefirió hacerlo personalmente y no le anunciara el servicio, tras ver que no respondía decidió abrir y se sorprendió al comprobar que no estaba cerrada con llave. Robert vio a Henry mirando fijamente las llamas que ardían en la chimenea de su estudio, parecía tan absorto en lo que fuera que estuviera pensando que no le escuchó entrar.

—Una libra por tus pensamientos —dijo provocando que Henry se girase en aquel momento para verle. Se podía apreciar una notable desmejora en él, estaba algo pálido, con ojeras y su aspecto parecía el de una persona que llevaba sin asearse varios días.

—Robert —contestó casi en un susurro.

—Amigo, ¡Estás hecho un decrepito! —pensó que sus palabras le animarían, pero simplemente obtuvo por respuesta un encogimiento de hombros.

—No es un buen día —confesó haciendo que Robert quedase aún más confuso.

—Cuéntame qué ocurre. Jamás te había visto así, empiezas a preocuparme Henry, ¿Qué ha ocurrido que sea tan grave? —dijo sentándose en el sillón frente al que se encontraba el duque.

—Sophie era la amante de mi padre —contestó directamente sin titubear

¿Para qué andar con rodeos si la reacción sería la misma?

—¿Cómo? —Robert permanecía con la boca abierta, no era posible.

—Lo que oyes, era una zorra que únicamente quería el título y encasquetarme al bastardo que llevaba en su vientre —dijo mientras se levantaba y tiraba su copa al fuego provocando que este ardiera con más fervor.

—Sé que es difícil de asimilar Henry, pero míralo por el lado bueno, eso te libera de tu promesa.

—Sí, aunque todas las mujeres sean unas oportunistas —contestó sin emoción alguna.

—Vamos Henry, no todas las mujeres son como Sophie, entiendo que ahora estés enfadado por haber pasado tantos años de tu vida alabando el recuerdo de esa mujer.

—No estoy así por Sophie —admitió.

—¿No? —respondió un confundido Robert—. ¿Y entonces por quién?

—Emily —contestó. Necesitaba desahogarse con alguien, sacar de su interior aquello que lo estaba consumiendo.

—¿Emily?, ¿Emily Norwing?, ¿La Baronesa de Brightdawn? —contestó puntualizando el último nombre que había adquirido la dama al casarse con el barón.

—La misma —confesó.

—¿Y qué tiene que ver ella?, Tú mismo me confirmaste cuando la sacaste a bailar que no te interesaba —inquirió—. Aunque imagino que mentías para no revelar tu atracción hacia ella —afirmó.

—Hice algunas cosas... —comenzó a decir—. No diré que me sienta orgulloso de ellas, pero estaba cegado por lo que me hacía sentir, la quería y

sabía que no podía casarme con ella.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó—. ¿Qué hiciste Henry? —exclamó Robert comenzando a temer lo que había hecho su amigo.

—Conseguí un acuerdo con Richmond para negarme a todos los pretendientes de la dama —confirmó—, me metí en su cama y le propuse ser mi amante negándome a casarme con ella después —hizo una pausa para respirar. Le costaba asimilar él mismo de hasta dónde habría llegado para haberlo conseguido.

—¡Eres un jodido cabrón Henry!, ¿Por eso huyó con Barnes?, ¡No me extraña!, ¡No es que le dejaras muchas alternativas para elegir!

—Lo sé y voy a tener que pagar por ello el resto de mi vida —confesó pesimista.

—¿La quieres? —preguntó consternado.

—No sabes cuánto —aseguró—. He tenido que darme cuenta de ello demasiado tarde, cuando ya la había perdido —confesó apretando los ojos para contener las lágrimas sin poder mirar a Robert, no deseaba que le viera en aquel estado.

—¡Pues lucha por ella!, Si se entregó a ti, significa que ella también te ama o al menos, siente algo por ti. Quizás no sea tarde para anular ese matrimonio o tal vez... —hizo una pausa no queriendo decir hacia donde divagaban sus sentimientos.

—¿O qué? —preguntó intrigado.

—Sé su amante. Tal vez acceda ahora que está casada.

—No —contestó tajantemente como si le doliera pensarlo.

—¿No? —exclamó Robert impresionado.

— No soportaría tenerla un momento sabiendo que es de otro —confirmó. Prefería morir antes de compartirla, le dolía en el alma pensar en las manos de Barnes tocando su cuerpo, era mejor que sus pensamientos no siguieran por ese camino o se volvería loco.

Casa de campo de la familia Barnes.

Había pasado un mes desde que Emily contrajo matrimonio con William y se negaba a salir de su habitación, la tristeza era ahora su amiga y se compadecía de sí misma por seguir sufriendo aquella decepción amorosa.

—Emily, tienes que salir de esta habitación, ya ha pasado un mes desde que llegamos y va siendo hora de que te enfrentes a la realidad —dijo William—. He sido paciente, te he dado tiempo más que suficiente para llorar, patalear y lamentarte, ahora debes superarlo.

William abrió las cortinas de la habitación de Emily para que pasara la luz. Había creído oportuno dejarla llorar la pataleta, sabía que enterarse de todo aquello la había destrozado y su pequeño corazón debía comenzar a recomponerse o al menos; aceptarlo, pero no pensaba dejar que se auto compadeciera más de sí misma, era joven, hermosa y una buena persona que se merecía ser feliz, si su felicidad era al lado del duque que así fuera, él no pensaba reprochárselo, aunque aquello le decepcionara.

—No quiero salir —Emily había entrado en una especie de ciclo depresivo en el cual le daba igual absolutamente todo, no tenía hambre, no tenía sueño, no tenía ganas de vivir. Todos sus sueños se habían destrozado y era incapaz de recomponerlos o crear otros nuevos.

—Pues vas a hacerlo —dijo William mientras le quitaba las capas de sábanas y mantas que arropaban a Emily, dejando su cuerpo al frío gélido que sintió de pronto tras exponer su cuerpo a la temperatura exterior.

William impartió órdenes para que preparasen un baño y le sirvieran el desayuno a su esposa, después le comunicó que la esperaba en una hora en su despacho para discutir ciertos asuntos.

Emily estaba avergonzada, ¿Qué pensaría el servicio de ella?, No le quedaba más remedio que aceptar las órdenes de William, después de todo, había sido demasiado comprensivo dejándola llorar durante todo ese tiempo, al menos intentaría aparentar que estaba bien por William, se lo debía.

Se vistió con uno de los diseños de su marido realizado por ella misma ya que era la única ropa que había llevado consigo, ni tan siquiera había pensado en algo tan mundano como su guardarropa después de todo lo que había ocurrido. Una de las doncellas la acompañó hasta el despacho de William ya que ella desconocía donde se encontraba, era la primera vez que recorría ese pasillo de la casa. Llegaron hasta una de las puertas del final del pasillo y la doncella llamó de forma suave, cuando sintió la voz de él indicando que entrara. Le divisó sentado en su escritorio de madera, en ese momento se sintió culpable de haber provocado la inquietud de su amigo hacia ella, demasiado había hecho por ella como para tener que estar preocupado por su culpa.

—Ahora sí pareces la Baronesa de Brightdawn —dijo sonriente haciendo que Emily intentara sonreír a su vez, aunque lo consiguió a medias.

—Lo siento William. Sé que mi actitud no ha debido ser la más deseada y que el servicio estará pensando lo peor de mí, pero si me das una oportunidad yo... —William la interrumpió levantándose y llevándola consigo hacia los pequeños sillones que había en la estancia.

—No te disculpes Emily, entiendo que no ha debido ser fácil por todo lo que has pasado y por eso te he dado todo este tiempo para que pudieras lamentarlo, pero el mundo no se termina aquí. Lo he meditado detenidamente

y si tu felicidad está junto al duque, aceptaré que sea tu amante, a mí no me importará mientras eso sea tu felicidad.

—¿Mi amante? —exclamó mientras se incorporaba confusa— ¿Darle lo que él quiere? —gritó enfurecida sin esperar una respuesta por parte de William—. ¡Jamás! —contestó tajantemente—. No dejaré que me vuelva a poner un solo dedo encima.

—Me alegro de que pienses así, tu comportamiento me llevó a creer que quizás podrías valorar esa posibilidad, pero en el fondo me satisface que sea así, no debes dejar que nadie juegue con tus sentimientos, ser una marioneta en sus manos como él ha pretendido con todo esto.

—He sido una estúpida, me he reprochado miles de veces que si estoy en esta situación es por mi culpa, por ser tan confiada, tan ingenua para pensar que no podría haber otras intenciones que no fueran honorables y eso me enfurece, estoy enfadada conmigo misma por haberlo permitido, pero he aprendido la lección. Ha sido duro reconocer lo equivocada que estaba con respecto a él, lo cegada que estuve por culpa de mis sentimientos, pero una y no más, William. —Volvió la vista hacia su amigo mientras este le observaba—. El duque de Sylverston está muerto para mí.

William sabía que estaba siendo bastante drástica pero quizás era lo que necesitaba, aferrarse al odio para sobreponerse al dolor y él no era quien para impedirlo.

—Está bien querida, porque tengo grandes proyectos para ti y necesito que estés en plenas facultades —contestó cambiando de tema.

William quería enseñar a Emily gestionar su patrimonio, así podría estar tranquilo en sus largas ausencias sabiendo que todo estaría en orden bajo su supervisión. Además, quería formarla como diseñadora y enseñarle todos sus

conocimientos sobre moda, dónde buscar inspiración y como jugar con los distintos tejidos para crear combinaciones asombrosas, pero sobre todo; innovadoras. Prometió llevarla a Francia, la cuna de la moda, donde encontraría siempre inspiración puesto que en cada esquina de París se respiraba inspiración y elegancia por doquier.

Sin darse cuenta habían pasado casi tres meses desde que vivía en aquella casa de campo, Emily comenzó a vivir poco a poco de nuevo, sus días fueron llenándose de largas tareas que William le obligaba realizar, no era tonta, sabía por qué William hacía aquello, de esa forma conseguía evitar pensar en algo más que no fuera lo que él le dictaba. No existiría una vida lo suficientemente larga para agradecerle a William todo lo que estaba haciendo por ella, solo esperaba en algún momento, poder devolverle tanta bondad.

Aquella mañana no se encontraba bien, tenía el estómago revuelto, aún así, decidió bajar a desayunar, William se había ausentado, estaba preparando un viaje a Francia en unos meses y tenía que cerrar algunas operaciones. Al parecer William tenía a una persona esperándole en París, le había confesado que Antoine era alguien especial en su vida, además de su abogado, por eso ella había insistido en negarse a realizar el viaje con él, era lo menos que podía hacer; no entrometerse en su vida privada, no ser un estorbo mientras él estaba con Antoine y se excusó en que, de esta forma, tendría el tiempo suficiente para conocer sus tierras y todas sus posesiones. Trabajaría duro para sorprenderle a su regreso con sus avances.

Mientras tomaba el desayuno sentía que estaba cada vez peor, ya lo había notado desde que se levantó, pero ahora conforme masticaba sus tostadas con mantequilla y probaba el té con leche, sentía unas náuseas más que evidentes. Trató de levantarse para acudir lo más deprisa posible al excusado, pero no llegó a tiempo y vomitó en mitad del pasillo, vaciando el poco contenido que

había en su estómago puesto que apenas tuvo tiempo de ingerir alimento.

—Mi *lady*, ¿Está usted bien? —La voz de una de las doncellas más jóvenes se escuchó desde atrás acercándose a ella, si no recordaba mal se llamaba Judith.

—Lo siento, debí imaginar que algo así pasaría —se excusó—, desperté con el estómago revuelto, seguramente me sentaría mal la cena de anoche.

—Mi *lady*, no quisiera ser inoportuna, pero... ¿Sería posible que usted estuviera...? —comenzó a decir la doncella—. Ya sabe... —le indicó Judith mientras trataba de ayudarla a levantarse.

—¿Estuviera qué? —preguntó Emily sin entender nada.

—Pues es evidente —confesó— Estar en estado.

A Emily le pasó de todo por su mente, no podía ser. No... por lo más sagrado que existiera en ese mundo, que no estuviera embarazada de él.

—No, no, no —contestó para creérselo ella—. Eso es imposible —afirmó contrariada—. No puede ser, no puedo estar... —sus palabras murieron en el momento en el que pensó en su ciclo, ella era muy regular y no había necesitado paños desde antes de que llegara a aquella mansión hace ya casi tres meses.

Unas lágrimas lentas y dolorosas comenzaron a invadir sus ojos y sus mejillas, no había posibilidad alguna de que no lo estuviera, era casi una afirmación cuando su doncella lo había sugerido y ella misma se dio cuenta. Ni tan siquiera supo como no se pudo dar cuenta antes, estaba esperando un hijo de él, iba a tener un hijo del duque de Sylverston, del hombre que más odiaba sin lugar a duda.

—Pero no llore mi *lady*, un bebé siempre es una alegría y más aún siendo un heredero del barón, ya verá lo feliz que será su esposo cuando le dé la noticia.

William se encontró a Emily con la mirada perdida a través de la ventana del salón que daba al jardín, comprobó mientras se acercaba que tenía los ojos hinchados, ¿Había estado llorando de nuevo? Pensó que aquella etapa se habría acabado al fin, pero era evidente que no era así, tal vez recibió noticias del duque que la devolvieron a ese estado de nostalgia, estaba seguro de que aún era demasiado pronto para lograr olvidarlo, de hecho, estaba comenzando a pensar que Emily jamás lo olvidaría, pero sería capaz de convivir con su dolor.

—Emily —dijo suavemente mientras se acercaba a ella para ofrecerle su

cuerpo como refugio.

—William, ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? —gimió apagando su voz mientras enterraba su rostro en el pecho de él.

—Dime qué ha pasado, seguro que tiene solución —confesó acariciando su cabello.

—No la tiene William, no es algo que se pueda olvidar, ocultar o simplemente alejar en algún rincón de mi corazón y seguir con mi vida como si no hubiera ocurrido.

—Estás comenzando a preocuparme, suéltalo de una vez —contestó haciendo que ella se apartara para observarla directamente a los ojos.

—Estoy embarazada —afirmó. Porque era un hecho, estaba completamente segura de que así era.

—Vale —contestó serenamente William mientras la cogía de los hombros para serenarla—. Sabía que podía existir esta posibilidad, al fin y al cabo, era una de las consecuencias que podrían ocurrir dado el caso —hizo una pausa y aprovechando que ella no dejó de mirarle prosiguió—. No dudes ni por un instante en que reconoceré a ese niño como mi propio hijo e intentaré ser un padre para él o ella.

—Yo no quiero tener nada que me recuerde a él y este bebé —señaló su barriga para enfatizar sus palabras—. Me lo recordará cada día durante el resto de mi vida.

—Tienes dos formas de aceptar esta noticia Emily —comenzó a relatarle pausadamente—. Lo desprecias, te encierras en tu habitación y lloras desconsoladamente por tu desdicha o aceptas que sea quien sea el padre de esa criatura únicamente será nuestro, tuyo y mío. Este pequeño llenará nuestras vidas de alegría y será lo más valioso que tendremos en la vida.

—Pero... —susurró comenzando a dudar.

—Emily —atajó William—, yo jamás soñé con la posibilidad de ser padre y ahora tú me brindas esa oportunidad, déjame aferrarme a ella, disfrutarla y saborearla. No sabes la alegría que me da el saber que podré darle mi apellido a alguien que continuará el apellido de mi familia.

Emily no pudo sentir tristeza por la felicidad de William, su hijo tendría la sangre de Henry, pero a todos los efectos sería un Barnes, nadie lo cuestionaría jamás.

—Tienes razón —dijo ahora con un deje de sonrisa—. Será nuestro hijo, únicamente de nosotros.

Los días se convirtieron en semanas y posteriormente en meses. William quiso cancelar su viaje para estar con Emily, pero ella se negó, decidieron que la compañía de la madre de William sería suficiente y en el trayecto final de su embarazo él habría regresado de Francia, justo a tiempo para el parto.

Emily no podía evitar sentirse feliz por la nueva vida que se estaba gestando en su interior, el mundo comenzaba a sonreír de nuevo, sabía que no volvería a ser la misma joven e ingenua que fue antes de casarse con William, pero había encontrado una razón para sentirse viva de nuevo, su bebé. Le daba igual que fuera un niño o una niña siempre que estuviera sano y lleno de vida, Petunia, la madre de William había recibido la noticia con tanto entusiasmo que a los dos días de recibir la carta se había presentado en la mansión para instalarse pese a que aún faltaban dos semanas para la partida de William.

—No entiendo por qué no puedes retrasar el viaje hasta que nazca tu hijo. William, ¡Es tu primogénito! —exclamó Petunia sin entender cómo dejaba sola a su esposa estando en estado y en aquella casa de campo alejada de la ciudad.

—Si no fuera importante no iría, madre. Fui el primero en querer quedarme, pero Emily me convenció de que debía ir, que no me preocupase. Además, le prometí que estaría de regreso a tiempo para no perderme el nacimiento de mi hijo —confesó para tranquilizar a su madre.

—Eso espero, una mujer se siente muy sola y nostálgica cuando está embarazada, más aún después de dar a luz.

—Tranquilícese madre, volveré a tiempo —dijo dándole un beso en la mano—. Cuide de Emily en mi ausencia, la necesitará, aunque ella no lo admita.

—No te preocupes, es una joven fuerte, pero estaré a su lado vigilándola. Además, Susan nos visitará pronto y también la joven señorita Benedict, así se distraerá en tu ausencia.

El día previsto para la partida de William llegó, Emily sintió un gran vacío, sabía que él necesitaba hacer ese viaje, se trataba de algo más personal que por negocios en sí, si era sincera se sentía en cierta forma protegida si estaba cerca de él, así que sintió cierta nostalgia al verlo marchar, de todos modos, no estaría sola, tanto Julia como Susan vendrían en unos días y después llegaría Anne. Además había avanzado mucho con sus clases de diseño y ahora realizaba mucho mejor los modelos, William decía que era una alumna brillante y comenzaba a pensar que sería demasiado buena, tanto o más que incluso él, pero lo cierto era que William se dejaba la piel enseñándole todo lo que sabía sobre moda y le contagiaba su pasión de tal forma que ella comenzó a ver ese mundo de otra forma, no como una simple costurera que enhebraba la aguja y cosía sin descanso, sino como lo que verdaderamente era, convertir en realidad un sueño creado en tu imaginación, poner textura y color a algo creado únicamente en tu pensamiento, aquello comenzaba a gustarle de verdad.

Por otro lado, gestionar las cuentas de la baronía era algo más tedioso, pero

no era muy complejo. William supo darle algunos trucos y nociones básicas para ello que le hicieron más amena la tarea, en su estado no pudo pasearse por la finca a caballo para divisar el condado y hacer las típicas visitas que solía hacer su esposo, pero dadas las circunstancias lo entenderían.

—¡Julia!, ¡Susan! —gritó Emily mientras bajaba las escaleras para saludar a sus amigas eufóricamente que acababan de llegar, llevaba tanto tiempo sin verlas que parecía que había pasado toda una vida. Aunque verlas le recordaba a otra etapa, una que deseaba no recordar, pero estaban allí y se alegraba de tenerlas por fin a su lado, no supo cuánto las había echado de menos hasta que las vio.

— ¡Emily!, Estás aún más hermosa si cabe —exclamó Susan—, te sienta demasiado bien el embarazo —añadió mientras la abrazaba con delicadeza.

—¡Amiga mía!, ¡Cuánto me hiciste sufrir al enterarme de que William y tú os fugasteis!, ¡Ni una mísera carta!, ¡Eso no te lo perdono! —bromeo Julia.

Emily rió, pero no dijo nada al respecto.

—Vamos pasad, Judith nos estará esperando para servir el té, hace horas que os esperaba, ¿Tenéis muchas cosas que contarme sobre Londres?, ¿Ha ocurrido algo interesante?

—No te has perdido nada, de hecho, estoy por fugarme yo también con el primer caballero que me lo proponga a ver si mi vida se vuelve algo más excitante —confesó Julia divertida provocando la risa de sus amigas.

Aquella semana con sus amigas había sido todo un cambio de aires para Emily, apenas había notado la ausencia de William gracias a ellas, pero ahora que se habían ido y contaba únicamente con la compañía de su suegra, volvía a estar algo melancólica. No era que Petunia no le agradara, la baronesa viuda era demasiado atenta y amable, agradecía su compañía, pero con el paso de

los días se tornaba algo aburrida. Por suerte Anne vendría pronto y al menos sería alguien más con quien conversar, sus amigas no le hablaron sobre el duque, tampoco lo hizo Julia quien sabía de sus sentimientos hacia él y en ningún momento sacó a relucir el tema, quizá porque Susan siempre estaba presente, fuera como fuera, él formaba parte del pasado para ella aunque su hijo llevara su sangre.

En la ciudad, Henry ocupaba todo su tiempo trabajando, tal como hacía antes de conocer a Emily, sentir dolor de pérdida no era nuevo para él, pero podía asegurar que lo que estaba sintiendo ahora no era comparable a lo que había sentido en su día por Sophie cuando creyó que la amaba.

No, definitivamente no era amor lo que sintió por esa zorra fulana, ahora lo comprendía, si la hubiese amado de verdad, sentiría odio hacia ella, rencor por haber desperdiciado tantos años de su vida guardando una promesa que no merecía y habiendo cometido el error más grande de su vida. No, él únicamente lamentaba que por culpa de aquella maldita promesa había perdido a Emily.

En su afán de egoísmo por respeto hacia esa mujer que no merecía nombrarla dama y hacia el juramento que le hizo en su tumba, había perdido al único ser que amaba, que de verdad le había importado. Saber que no podía tenerla estando ella viva era como morir agonizando poco a poco.

—¡Maldito Barnes y maldita sea la hora en que nació! —maldijo en voz alta.

Le odiaba, él la siguió, persiguió y seguramente convenció en un momento de debilidad para que se casara con ella y probablemente en su estado de congoja; accedió a ello. De todos modos, no podía cambiar los acontecimientos, allí el único perdedor era él, ahora solo le quedaba esperar que Emily fuera feliz, ella formaría una familia con Barnes, tendrían hijos y él... simplemente estaría solo, porque ni tan siquiera le había dejado la

posibilidad de gozar con alguna amante, no sentía deseo por otra que no fuera ella, definitivamente él había perdido en aquella lucha si es que alguna vez fue una batalla.

Debía tratar unos asuntos sobre la fábrica textil con Richmond, había esperado poder haber discutirlos en la misma fábrica, pero su socio no se encontraba allí y eran demasiado importantes para poder esperar.

Como siempre fue anunciado por el ama de llaves antes de entrar en su despacho y sentarse en la misma butaca de siempre frente al escritorio de madera que tan buenamente conocía ya.

—Ha surgido un inconveniente respecto a los barcos que requiere tu asistencia inmediata Richmond —anunció antes si tan siquiera de saludar, su tono era serio, frío, distante; sin emoción alguna.

—¿Que ha pasado?, ¿Se trata de la fábrica? —preguntó este asustado. Si Sylverston había ido hasta allí siendo tan directo es que era grave.

—Los barcos con la mercancía nueva han quedado retenidos en la frontera de Irlanda, se trata de un asunto burocrático que requiere tu expresa presencia al ser el dueño de la naviera. Según parece exigen que debas acudir en persona, con los papeles que aseguran que los barcos son de tu propiedad y deberemos pagar unas tasas, esto solo nos hace pensar en una nueva ruta para traer la mercancía, pero hasta entonces deberás acudir de inmediato o tendremos retrasos en los pedidos y pérdidas enormes difíciles de afrontar que no nos podemos permitir ahora. —Por no decir que podría ser una ruina si no llegaba a tiempo la mercancía, no podían arrancar la fábrica con deudas acumuladas.

—Por supuesto, saldré esta tarde mismo a primera hora —respondió inmediatamente—. ¡Oh no!, ¡Anne me matará! —exclamó contrariado.

Sylverston no hizo caso a la frase que había expresado su socio, prefería tener

la menor relación posible. Aunque se moría por saber cómo estaba Emily, luchaba contra ese sentimiento día tras día.

—Bueno, tendré que buscar a alguien que la acompañe en mi lugar, no queda de otra —volvió a hablar como si lo hiciera para sí mismo pese a tener al duque en su presencia.

—Querido ya he comprado todo lo que me encargó Em... —Anne silenció su voz cuando descubrió que su marido estaba acompañado—. Disculpe su excelencia, la puerta no estaba cerrada y pensé que mi esposo no estaría reunido —se disculpó.

—No se preocupe señora Richmond, ya aclaré con su marido todo y ahora disponía a marcharme.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella por cortesía.

—Sí querida, debo partir esta misma tarde de inmediato, por lo que no podré acompañarte en el viaje, tendremos que buscar alguna alternativa.

—¡Oh!, ¡Que contrariedad!, No puedo retrasarlo Donald Se lo prometí a Emily, ella está sola y debo acudir.

Aquella frase provocó algo en Henry, escuchar *Emily* y *sola* en la misma línea no podía ser bueno, de hecho, antes siquiera de pensarlo las palabras salieron de sus labios.

—Yo la puedo acompañar si lo desea señora Richmond —expresó antes de que su razonamiento le impidiera hacerlo.

¿Pero que estaba haciendo?, ¿Como se le ocurría ofrecerse para acompañar a la señora Richmond solo por ver a Emily?, En realidad sí que lo sabía; necesitaba verla. Había pasado mucho tiempo y tenía la imperiosa necesidad de saber que se encontraba bien, dicho sea de paso, martirizarse a sí mismo viéndola feliz junto a otro hombre, aunque por lo poco que había averiguado,

Barnes se había ausentado en uno de sus múltiples viajes a Francia, así que la tendría solo para él... no, ella no era de él, se concienció. Tenía que aceptar que, aunque su corazón sintiera que era suya, legalmente, no sería jamás para él a menos que se deshiciera del barón, quizás simplemente necesitaba saber que ella era feliz junto a Barnes para mentalizarse de que la había perdido completamente. Estaba seguro de que sus sentimientos no cambiarían, pero al menos necesitaba saber que no la había convertido en una desgraciada, que no había provocado la desdicha de los dos por una estupidez, porque si ella no era feliz con William, la raptaría y se la llevaría lejos, comenzarían una nueva vida allí donde nadie pudiera encontrarlos.

—Aún no le he dado las gracias por acompañarme su excelencia, imagino que usted tiene mejores cosas que hacer que acompañar a una dama en un largo viaje —comentó Anne.

Llevaban dos horas de camino y el duque permanecía en un silencio absoluto, ella no había querido darle conversación, aún le resultaba tan extraño que se hubiera ofrecido a acompañarla. Aunque si sus sospechas no fallaban seguramente había sido la excusa perfecta para ver a Emily, no sabía cómo reaccionaría al verla en estado, tampoco quiso ser ella quien revelara dicho acontecimiento, prefirió ver su reacción, estaba segura de que no le iba a resultar indiferente.

—Es lo menos que podía hacer por Donald, puesto que le privé de poder hacerlo él mismo al surgir el inconveniente con los barcos —contestó con voz tranquila.

—Es cierto, pero usted no tuvo la culpa de tal contrariedad, sin embargo, ha sido muy amable por ofrecerse. Mi esposo no habría querido que realizara el viaje sola por estos caminos tan angostos y preocupado por si algún maleante decidiera asaltar el carruaje —respondió para darle conversación.

—Es su deber garantizar la seguridad de su esposa —contestó escuetamente.

—Claro, por supuesto y dígame, ¿Ha pensado usted en casarse alguna vez?

—preguntó en la primera oportunidad.

—El matrimonio no es algo relevante para mí, señora Richmond, quizá porque el destino no ha favorecido que así sea. —El tono de su voz indicaba nostalgia, pesadez e incluso arrepentimiento.

—Vaya, por sus palabras deduzco que sí tuvo intención de contraer matrimonio en alguna ocasión. —Anne quería ver hasta dónde era capaz de hablar el duque, quizá así consiguiera averiguar algo sobre lo que debió ocurrir con Emily.

—Si no le importa señora Richmond, no es un tema del que me agrade hablar —cortó tajantemente su cháchara.

—Por supuesto, excelencia —Anne no se atrevió a decir nada más, simplemente retomó su lectura, aunque no dejaba de darle vueltas siendo incapaz de leer una sola frase, ¿Le había pedido entonces matrimonio a Emily? ¡Oh!, Estaba demasiado impaciente por saberlo, nunca se había considerado una persona cotilla, pero moría por averiguar qué historia tenía su hermana menor con el duque de Sylverston.

Faltaba muy poco para llegar, según el cochero ya se divisaba la mansión de Barnes, sus manos comenzaron a sudar, sentía como su cuello se ahogaba con la camisa, estaba nervioso por volver a verla, ¿Cómo reaccionaría ella?, ¿Habría avisado la señora Richmond a su hermana de que él la acompañaba?, Tenía tantas dudas en su cabeza, en aquel momento le pareció una mala idea haber ido aunque ya era tarde, estaba allí, de hecho divisaba como el carruaje estaba entrando en el camino de la mansión, se escondió cuando vio una figura salir por la puerta, no era Emily, por su vestimenta supo que sería una

criada.

El carruaje se detuvo y Henry descendió para ayudar a bajar a la señora Richmond. Se giró cogiendo fuerzas, preparado para enfrentarla, pero ella no había salido, estaban los miembros del servicio y una mujer mayor vestida de negro, ¿Dónde estaba Emily?

—Querida señora Richmond, espero que el viaje no haya sido muy tedioso, sé que bastante largo, pero espero que haya disfrutado del paisaje —dijo aquella mujer mientras se acercaba a saludarles.

—No se preocupe *lady* Petunia, he podido disfrutar como hacía tiempo que no lo recordaba —contestó—. Le presento al duque de Sylverston. Ha tenido la amabilidad de acompañarme puesto que debido a unos asuntos de trabajo a mi esposo le ha resultado imposible poder hacerlo. —Anne hizo las debidas presentaciones.

—Es un placer conocerle, su excelencia. Y le agradezco que haya podido acompañar a la señora Richmond, es muy amable de su parte.

—No tiene porque agradecermelo, *lady* Petunia.

—¿Y Emily?, ¿Se encuentra bien? —interrumpió Anne preocupada.

—¡Oh sí!, Ella está perfectamente dadas las circunstancias, está descansando en su habitación, últimamente se siente algo más cansada, pero es normal.

¿Circunstancias?, ¿Cansada?, A Henry le pasó de todo por la cabeza, ¿Estaba ella enferma?, ¿O simplemente se referían a que estaba triste por la ausencia de Barnes? De cualquier forma, nunca estuvo preparado para lo que vio, alzó la vista y visualizó la figura de Emily ataviada con un sencillo vestido de gasa, estaba preciosa, incluso más hermosa aún de lo que recordaba, su cabello lucía suelto en un semi-recogido, la alegría que había en su rostro se acabó cuando le vio y se enfureció consigo mismo, no quería ser el culpable

de que ella no fuera feliz, de apagar su sonrisa.

—¡Emily!, ¡Por fin querida! —gritó Anne entusiasmada al ver a su hermana.

Emily se acercó a ellos para bajar los escalones y Henry creyó partirse en dos. Estaba embarazada, su enorme y abultado vientre que antes no había podido ver al encontrarse alejada y con la vista al frente ahora era más que evidente, ella iba a ser madre, tendría un hijo de Barnes.

Emily divisó al duque de Sylverston junto a su hermana y permaneció estática unos segundos, su sonrisa se esfumó en el mismo instante en el que sus ojos le apreciaron ¿Qué hacía él allí?, ¿A qué demonios había ido?, su agilidad mental de pronto se vio mermada a una sola idea, ¿No pensará que el niño puede ser suyo? No, no podía ser... un miedo comenzó a invadirla por dentro pensando lo peor, ¿Por qué habría ido él allí si no fuera esa la razón?, ¿Para proponerle de nuevo ser su amante? Que se atreviera a hacerlo, se reforzó a sí misma para estar segura de sí misma. En aquel instante deseo que

William apareciera para estar a su lado, era incapaz de enfrentar al duque ella sola, de hecho, evitó mirarle en todo momento desde que descubrió su presencia.

Para Henry no pasó desapercibido que ella le evitaba, un simple su excelencia, fue todo lo que obtuvo de ella, sin tan siquiera le miró. Esa fue razón más que suficiente para saber que ella no le quería allí, ¿Acaso él había esperado que se lanzara a sus brazos?, ¿Que le proclamaría su amor y le dijera lo arrepentida que estaba de haberse casado con otro? No, desde luego que no. Ni en sus más fervientes sueños ella haría algo así, pero dolía ver lo indiferente que era para ella después de lo que habían vivido, dolía saber que ella parecía haber logrado continuar su vida y la prueba viviente de ello era su abultado vientre. Saber que ese hijo era de otro le arrebatava la más remota posibilidad de volver a tenerla, aunque en el fondo siempre había sabido que no sería suya desde el momento en que se casó con Barnes, verlo con sus propios ojos era doloroso, ir allí había sido un puro acto de masoquismo.

Acompañó a las damas mientras tomaban el té, escuchando sin intervenir en la conversación, aunque Emily apenas hablaba. Al parecer Barnes debería haber llegado hacía una semana de su viaje a Francia, pero algo lo estaba retrasando en demasía, él no entendía como había sido capaz de dejar a su mujer sola y embarazada en aquella casa alejada de la mano de Dios, ¿Y si le ocurría algo?, ¿Y si el parto se agravaba?

De solo pensar que Emily corriera peligro le enervaba la sangre, aquel tipo era un imbécil por dejarla, él no lo hubiera hecho jamás, así le costara toda su fortuna, no la habría dejado sola. Si tan solo se hubiera dado cuenta antes de lo que en verdad sentía por ella, si no se hubiera negado sus sentimientos por una estúpida promesa que hizo hacía catorce años. No... recordarlo solo le hacía desear más lo que no podía tener por su terquedad y estupidez.

Alzó la vista para verla y allí estaba ella; pequeña, endiabladamente hermosa, más aún que antes seguramente debido al embarazo. Le sentaba bien estar en su estado; el leve rubor de sus mejillas, sus labios carnosos que tan bien recordaba haberlos besado en tantas ocasiones y aquellos ojos, esos enormes ojos que le perseguían en sus sueños estuviese despierto o no. Ella le miró, fue solo un instante, pero pudo ver lo suficiente para notar que no brillaban como antes, sino que parecían apagados y aquello le conmovió. Tenía que hablar con ella, al menos disculparse por lo que había hecho, sabía que no cambiaría nada, pero necesitaba hacerlo, solo tenía que hacerlo en el momento adecuado, cuando ella estuviera sola.

—¿Hasta cuándo se quedará su excelencia? —la baronesa viuda se dirigió a Henry, él no había pensado en eso, todo había sido tan repentino que ni tan siquiera le había dado tiempo a planificarlo, más que nada porque no sabía lo que se iba a encontrar.

—No pensaba quedarme mucho tiempo, simplemente acompañé a la señora Richmond para la seguridad de su esposo, pero mañana mismo a primera hora me marcharé —confesó intentando no ser inoportuno, no pensaba autoinvitarse, aunque esperaba poder hablar con Emily en el transcurso de aquella noche.

—Perdóneme si me excedo en mi petición su excelencia, pero estando ausente mi hijo, ¿Le importaría prolongar su visita uno o dos días? No estoy del todo tranquila cuando la baronesa está en un estado de gestación tan avanzado, se podría adelantar la criatura y estaría más tranquila habiendo un caballero en casa por si se presenta algún problema.

—Petunia —interrumpió Emily—. *Lord Sylverston* es un hombre muy ocupado, seguro que sus obligaciones le reclaman —añadió sin mirarlo, sino con la vista fija en su suegra.

—Será un placer quedarme unos días, todo sea por la seguridad de la baronesa de Brightdawn —contestó mirando fijamente a la aludida. ¿Ella no le quería allí? Lo comprendía perfectamente, pero al menos se aseguraría de que ella estaba bien y de paso eso le daría el tiempo necesario para hablar con ella sin tanta premura.

¿Qué?, pensó Emily. ¿No solo estaba allí, sino que iba a tener que aguantar su presencia durante varios días?, Eso no podía estar ocurriendo, tenía que ser un mal sueño del que no había despertado aún. No, su peor pesadilla estaba frente a él y ella solo quería salir huyendo de nuevo.

Llevaba tres días allí y Emily le rehuía como la peste, estaba seguro de ello, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación y si salía siempre estaba acompañada por su hermana o por la madre de Barnes, ¡Así era imposible hablar con ella!, Barnes no tardaría en llegar y para entonces suponía que acabaría cualquier probabilidad de hablar con ella. Se había hecho tarde y las damas se habían retirado a dormir, él estaba apurando una copa de coñac debatiendo sobre cómo hacer para interceptarla, de buena gana se metería en su habitación si supiera donde estaba, pero era demasiado arriesgado y en su estado no era oportuno asustarla.

Las luces de las velas estaban apagadas por lo que los pasillos únicamente se iluminaban a través de la luz procedente de la luna que atravesaba los grandes ventanales, caminaba por el pasillo que daba a la habitación que le habían asignado cuando vio su figura entrando a una de las habitaciones, sin duda era ella por su vientre tan abultado, su silueta estaba iluminada por el candil que llevaba en la mano ¿Qué hacía despierta a esa hora? Era demasiado tarde, pero aprovechando la situación apresuró su paso y se coló por la puerta en la que la había visto perderse momentos antes.

Emily notó que la puerta se abría y volvía a cerrarse tras ella, asustada se

volvió iluminando la figura masculina con el candil, debería haber sabido que era él. Había notado que parecía perseguirla allá donde fuera por eso evitaba estar sola en todo momento e incluso había solicitado que Judith durmiera junto a ella excusándose en su embarazo, pero en realidad se lo pidió por si al duque se le ocurría entrar en su habitación. Lo admitía, tenía pánico de enfrentarse a él, de no ser lo suficientemente fuerte para no desplomarse ante sus banales excusas o incluso negarse a lo que ella pensaba que le quería preguntar, ofrecerle de nuevo ser su amante.

—Emily —susurró mirándola fijamente—. Tenemos que hablar. —Su voz de él sonaba firme y seria.

—Para usted soy la baronesa de Brightdawn, su excelencia —dijo seriamente—. Y no tengo nada que hablar con usted. —Bien, de momento se había mantenido firme, tendría que seguir así, se apremió a sí misma.

Henry sabía que no sería fácil, pero que le reprochara directamente que ella era una dama casada y con un apellido que no era el suyo era como pegarle una bofetada en la cara.

—Necesito saber por qué lo hiciste, tengo que saber por qué te casaste con él tan repentinamente —dijo con palabras que denotaban dolor en su tono de voz.

—Creo que lo sabes perfectamente. —Y si no lo sabía que dedujera lo que él quisiera, a ella le daba absolutamente igual lo que pensara.

—No tardaste ni tres horas en huir con Barnes, creo que me merezco saber por qué, exijo saber por qué lo hiciste —repitió.

—No.

—¿No? —preguntó contrariado.

—No está en condiciones de exigir nada, entre usted y yo no hay nada de qué

hablar, soy una mujer casada, estoy feliz con mi esposo y ahora deseo que se marche —contestó en voz alta sin llegar a gritar—. No quiero volver a verlo —añadió tajante.

—Ya veo —aclaró él—. No tardaste ni un día en meterte en su cama, es evidente —dijo arrastrando sus palabras mientras señalaba su vientre y ella le miraba con evidente odio—. Supongo que pensaste que, si no cazabas a un duque, tal vez un barón te podría servir, ¿Me equivoco? —El hecho de saber que ella no lo quería había provocado su irracionalidad.

«Plaff» La sonora bofetada resonó en la habitación.

—¡Cómo te atreves! —le gritó—. ¡Fuera de mi vista!, ¡Eres un ser cruel y despreciable! —Emily tenía los ojos brillantes ahogando las lágrimas, pero no derramaría ni una, no por ese miserable— ¡Te odio! —gritó a pleno pulmón, necesitaba sacar toda esa rabia contenida.

Henry se quedó enmudecido, ¿Por qué le había dicho aquello? Lo sabía, era mejor pensar eso que saber que él lo había estropeado todo por su propio egoísmo. Aceptar que no le había dejado más remedio que huir para no ser una desdichada de esa asquerosa sociedad que la señalaría con el dedo por cualquier infracción que no siguiera sus normas y ahí estaba ella, gritándole que le odiaba. Bien, se lo tenía merecido por imbécil, por cretino y por ser un auténtico cabrón después de todo lo que le había hecho.

—¡Lárgate de mi casa!, ¡No quiero volver a verte jamás! —siguió gritando para que él reaccionara.

Verla en ese estado solo le hizo enfurecerse más consigo mismo. La quería, la amaba y solo estaba logrando alejarla aún más de él, pero si eso era lo que ella quería, lo haría, la dejaría intentar ser feliz con Barnes, aunque eso fuera su propio tormento, se alejaría de ella para que al menos uno de los dos

podiera encontrar su bienestar.

Salió de aquella habitación que había resultado ser el despacho del barón, caminando sin rumbo fijo. Se iría esa misma noche sin despedirse, escribiría una nota anunciando su partida y se alejaría de allí para siempre. Cuando apenas llevaba diez pasos dados desde que había salido de aquel estudio, escuchó un grito aterrador que hizo que su piel se helara. Era ella, sintió que su alma se partía en dos y volvió recorriendo sus pasos lo más rápido que pudo. Abrió la puerta y la encontró tirada en el suelo, con la espalda apoyada en la mesa de madera, el candil que ella llevaba iluminaba levemente su cuerpo y pudo apreciar la sangre en su vestido de gasa. El miedo le atravesó de lleno, sabía que él era el culpable de aquello y si algo le ocurría a ella o a su hijo, no se lo perdonaría jamás.

—Emily —susurró con miedo acercándose a ella.

—¡No me toques!, ¡Lárgate! —gritó llena de dolor.

—Te guste o no, voy a quedarme —aseguró mientras la cogía entre sus brazos como si no pesara más que una pluma y en volandas salió con ella en dirección a su habitación ya que no sabía dónde se encontraba la de ella.

Emily se retorció de dolor y con cada gesto de sufrimiento él se sentía aún peor, si pudiera cambiarse por ella para sufrirlo en sus propias carnes, lo haría. Ella no se merecía esto, ¿Por qué tenía que salir todo del revés?, ¿Por qué no podía hacer bien las cosas con ella, aunque solo fuera por una vez? La depositó en su cama y salió corriendo, se había manchado su camisa y parte de su pantalón con la sangre de Emily, avisó al servicio para que la asistieran y despertaran tanto a la señora Richmond como a la baronesa viuda. Él se fue directamente a las caballerizas, Emily iba a necesitar un médico, no era normal que estuviera perdiendo tanta sangre, además aún no había salido de cuentas y era pronto para que naciese, un parto prematuro era muy peligroso,

sabía que corrían demasiado riesgo tanto el niño como la madre.

Ser ocioso nunca había sido algo que le gustara a Henry, llevaba más de tres horas dando vueltas por el salón junto a la baronesa viuda, ambos aguardaban noticias. Anne era la única junto al personal que se encontraba en la habitación asistiendo a Emily, él estaba nervioso. ¿Qué pasaría si ella no sobrevivía? No, tenía que vivir, él no podría seguir adelante si ella moría, podía convivir con el hecho de que ella no fuera suya pero no siendo responsable de su muerte, porque todo aquello había sido su culpa. Solo él era el culpable de que Emily se hubiera alterado de aquella forma provocándole el parto. «Juro que me alejaré de ella, que la dejaré ser feliz, que no me entrometeré jamás en su vida, pero por favor Dios, sálvala, no podré vivir si ella muere», se dijo mentalmente suplicando al cielo.

Trece horas, trece horas de maldito sufrimiento fue lo que hizo falta para que el médico hiciera acto de presencia.

—¿Qué tal se encuentra? —habló la baronesa viuda bastante preocupada.

—Ha sido complicado, la madre ha perdido mucha sangre —dijo el médico bastante fatigado después de asistir un parto tan largo.

Henry temió lo peor, si comenzaba con aquellas palabras no podía presagiar nada bueno, estaba seguro de ello.

—Pero la niña está bien, a pesar de haber sido un parto prematuro tiene un peso aceptable y no corre peligro —declaró seguro de sus palabras.

—¡Una niña! —exclamó emocionada la baronesa viuda.

—¿Y la madre? —habló Henry precipitándose.

—Como decía ha perdido mucha sangre, su pulso es débil pero esta noche será decisiva, ahora solo podemos esperar —declaró algo apesadumbrado.

No... *su* Emily no podía morir. No podía simplemente irse y abandonarlo, no con ese cargo de conciencia que le pesaría el resto de su vida

—¿Se puede hacer algo? —Sabía que su pregunta resultaría extraña, él no tenía nada que ver con ella en apariencia, pero su necesidad y preocupación imperaba a su razonamiento.

—Lamentablemente no, solo esperar y rezar —confirmó el médico—. Aunque ella está inconsciente, hay que tener especial cuidado en que no le suba la fiebre, será normal que tenga algo de calentura durante la noche, pero es de vital importancia que remita y no aumente, tal como le dije a la Señora Richmond —comunicó antes de marcharse.

Anne apareció en esos instantes, tenía un pequeño bulto en sus brazos acunando en su pecho con movimientos lentos que él suponía era para calmar a la criatura.

—Su excelencia —susurró Anne al alzar la vista y verle—. Debo agradecerle su rápida intervención, si no hubiera sido por usted, ahora no tendríamos la esperanza de que mi querida hermana pueda recuperarse —habló mientras le dedicaba su mirada de nuevo a la pequeña criatura que llevaba en brazos.

—Voy a la cocina, a ver si esta pequeña quiere tomar un poco de manzanilla hasta que encontremos una nodriza.

—¿Cómo se encuentra *lady* Emily? —volvió a preguntar.

—Durmiendo. El médico nos ha indicado que debemos vigilar muy bien la fiebre, regresará antes del amanecer para ver qué tal se encuentra, pero hasta entonces no podemos hacer nada.

—Entiendo —dijo sin entenderlo realmente, porque era incapaz de aceptar que no se pudiera hacer nada por ella hasta entonces. Necesitaba verla, aunque fuera completamente inapropiado, tenía que verla.

Sin pensarlo dos veces subió hasta la habitación que le habían designado cuando llegó y aprovechando que las doncellas sacaban los paños de sangre tras limpiar la habitación, algo que le descompuso totalmente, al comprobar la gravedad de su estado, entró en la habitación vislumbrando a Emily inconsciente, tendría solo unos instantes antes de que alguien volviera.

Era masoca, definitivamente debía ser puro masoquismo el estar allí, a los pies de aquella mujer que innegablemente amaba, sabiendo que estaba casada, que acababa de tener un hijo de otro y que encima él mismo era culpable de que se encontrara en aquella situación, «¿Por qué me torturo de esta forma?», Sabía la respuesta, prefería torturarse y poder estar cerca de ella, a limitarse pensar en Emily desde la lejanía. «Todo ha salido mal, definitivamente no era lo que tenía planeado», pensó mientras se acercaba a ella y se sentaba en el borde de la cama cogiendo una de sus manos entre las suyas sin dejar de mirarla

—Si hubiera hecho las cosas de otro modo —exclamó en voz alta suavemente con dulzura mientras rozaba con sus dedos su rostro—. Sé que jamás podrás perdonarme, Emily —admitió—. Que nunca tendré una posibilidad estando a tu lado —aseguró—. Por eso te prometo que me alejaré de ti, me marcharé para que seas feliz, pero por favor, vive —susurró cerca de su rostro—. Necesito saber que estás viva, que ves crecer a tu hija. Aunque me odies, aunque yo sea el culpable de tu desdicha y deba convivir con ello, pero te lo suplico, intenta ser feliz por los dos —añadió con los ojos empañados en lágrimas.

—¿Qué hace aquí? —Una voz masculina tensó a Henry, que se incorporó lentamente apretando los ojos para controlar las lágrimas que pudieran salir de ellos.

—Buenas noches *lord* Barnes —dijo dándose la vuelta y enfrentándose a él.

—Creo haberle preguntado qué hace aquí, *lord* Sylverston, en la recámara donde se encuentra mi esposa, a solas y susurrándole al oído —habló en un tono serio que dejaba bien claro que lo había visto.

—Lo lamento. —Se disculpó pensando en una excusa—. El médico dijo que su esposa no se encontraba bien, que corría peligro y simplemente intentaba darle palabras de ánimo, aunque esté inconsciente. Se que no es nada apropiado, pero solo tenía buenas intenciones —era una excusa pobre, lo sabía, pero decirle la verdad era renunciar a su promesa. Si Emily se recuperaba la dejaría ser feliz junto a Barnes. Si no..., estaba seguro de que él moriría también o al menos su conciencia lo haría.

—Le agradezco su amabilidad, me han contado que fue usted mismo quien trajo al médico que atendió a Emily y ha resultado ser de vital importancia para su salud, pero como bien ha dicho, es completamente inadecuado. Ahora si no le importa, me gustaría estar a solas con mi esposa y le agradecería que se marchara mañana mismo. —William no estaba seguro de lo que habría ocurrido en su ausencia, pero algo llegaba a intuir que algo no iba bien. Su viaje se había retrasado debido a una tormenta que les sorprendió en alta mar haciéndoles virar de rumbo para rodearla, aun así, él creía haber llegado con tiempo suficiente para el nacimiento del bebé, en cambio se había sorprendido con la noticia del reciente alumbramiento y en las condiciones desfavorables en las que había sido.

Emily corría peligro, su esposa podría no salir con vida de ésta y lo que menos quería en aquel momento era tener a Sylverston incordiando. Solo podía pensar en la recuperación de su amiga, lo demás podía arreglarse después.

Henry no pudo dormir en toda la noche, sabiendo el peligro que corría Emily, ¿Quién en su sano juicio podría hacerlo? Se limitó a dar vueltas por la

habitación que le habían asignado ya que Emily se encontraba en la que él había estado utilizando, necesitaba tener noticias, saber cómo estaba evolucionando.

A las seis de la mañana no aguantó más y salió completamente vestido con su traje formal que derrochaba elegancia, su instinto fue acudir a su antigua habitación, pero decidió bajar al salón para no levantar sospechas.

Anne estaba sentada en uno de los sillones con el bebé acunado en sus brazos, un instinto de ternura recorrió sus entrañas, «Que distinto hubiera sido si esa niña llevara su sangre», se dijo mentalmente al verla.

—¿Verdad que es hermosa? —dijo Anne mientras se acercaba a él para enseñarle a la criatura. La pequeña dormía, su cara redondita era perfecta, con unas largas pestañas negras y una tez clara como la de su madre, sus labios también eran de ella, sin duda esa pequeña sería hermosa, quizá tan hermosa como lo era su madre.

—Sí, muy hermosa —objetó mientras se hipnotizaba observándola.

—Sí, y pronto tu madre podrá alimentarte —habló más para la niña que para el duque.

—¿Emily? —preguntó de pronto—. Quiero decir la baronesa ¿Se encuentra bien? —rectificó preguntando inquietamente por su salud.

—Sí, ha pasado la noche sin fiebre e incluso ya ha despertado preguntando por su hija —afirmó Anne—. El médico dice que no corre peligro, solo debe descansar y reponer fuerzas —habló sonriente.

En ese momento Henry sintió como si cien sacos de arena que llevaba a su espalda se rompieran y liberaran, podía volver a respirar. Emily viviría, él se alejaría de ella, pero podría convivir con ello, aunque doliera.

Emily despertó notando una pesadez en todo su cuerpo, no sentía dolor, pero apenas podía moverse, era como si algo invisible se cerniera sobre ella impidiéndole mover los músculos.

—¿Dónde está? —preguntó de repente.

—¿Quién? —dijo William sonriente al despertar algo asustada, deseaba calmarla—. Porque si te refieres a la pequeña, está con tu hermana Anne y si hablas del duque, se marchó esta misma mañana —dijo serenamente.

Emily suspiró tranquila, por un momento no sabía que le había pasado por la cabeza, se imaginó a Sylverston raptando a su bebé o intentando volver a

hablar con ella para exigirle por qué había huido de él, un momento ¿Niña?, miró a William sonriente.

—¿Es una niña? —preguntó para asegurarse.

—Una preciosa, hermosa, sana y más que deseada niña —contestó mientras besaba el dorso de su mano.

—Quiero verla —suplicó. Necesitaba ver a su pequeña de inmediato, había soñado tanto con ver cómo sería...

—Sí, enseguida la traerán de regreso a tu lado, en cuanto acabe la nodriza.

—¿Una nodriza? —preguntó confundida. Ella había dejado claro que deseaba amamantar a su propio hijo, aunque fuera algo inusual puesto que todas las damas utilizaban nodrizas.

—Sí querida, perdiste demasiada sangre, no sabíamos cuando despertarías, ni si podrías amamantar tu sola a la criatura o sería insuficiente. Así que era lo mejor para la pequeña. —aclaró.

Aunque le hubiera gustado darle el pecho ella misma, entendió que era lo mejor para su bebé.

—Entiendo —dijo intentando incorporarse un poco para obtener una postura más cómoda.

—Ahora me gustaría saber qué hacía el duque de Sylverston aquí tan lejos de Londres. —Comenzó a interrogar William—. Sé la historia de que acompañó a tu hermana, pero tú y yo sabemos que eso solo fue una excusa, ¿A qué vino Emily?, ¿Sabe que la niña es suya? —preguntó directamente.

Emily suspiró mientras trataba de afrontar lo sucedido para explicárselo a William.

—No —confirmó—. Cree que es tuya, ni tan siquiera reparó en la

posibilidad de que él podría ser el padre, dio por sentado que eras tú.

—Pues sí que debe estar ciego si ni siquiera le siembra la duda —habló William en un tono irónico—. Solo tenía que hacer cuentas —dijo mofándose.

—En realidad, solo quería saber por qué huí de él —terminó de revelar Emily.

—¿Solo eso?, ¿No te propuso ser su amante de nuevo? —preguntó extrañado.

—No, de hecho, parecía algo contrariado, pero no tiene caso que hablemos de él, ya se ha marchado e imagino que no tendré porqué volver a verlo de nuevo. —Al menos esperaba que no fuera en mucho tiempo, aún le temblaban las rodillas de pensar en la discusión acalorada que tuvo con él y que fue la causante de su prematuro parto.

Ni siquiera supo de dónde sacó las fuerzas necesarias para encararle, mucho menos para pegarle aquella bofetada y pedirle que se largara de una vez y la dejara vivir su vida, ¿Cómo había sido ella capaz de hacer algo así? A un duque ni más ni menos, aunque claro, si dicho duque había jugado con su vida como una marioneta a su antojo cambiaba la resultante de la ecuación.

Anne entró en la habitación en aquel instante con el bebé en brazos, estaba sonriente y Emily pudo ver como el bulto que llevaba entre sus brazos se movía inquietamente.

—Hay alguien que está deseando conocerte, pequeña —le habló al bebé mientras se acercó a la cama para depositarlo entre los brazos de Emily.

—¿Aún no le habéis puesto nombre? —habló Emily sin apartar la vista de su pequeña, era preciosa.

—No, queríamos esperar a que tú se lo pusieras —contestó William.

Emily miró a su pequeña y lo tuvo claro.

— Lynette, se llamará Lynette como mamá —aclaró.

—Me parece un nombre precioso, que así sea, Lynette Barnes —terminó por hablar William.

—Emily tengo que comentarte algo —habló William ahora que se habían quedado solos porque Anne les había dado privacidad.

—¿Sí? —dijo ella sin dejar de jugar con las manitas de su pequeña. Le resultaba inexplicable amar a un ser al que acababa de conocer.

—Antoine ha venido conmigo, va a quedarse con nosotros y no sabía si podría incomodarte, no quise escribirte una carta por si terminaba en manos equivocadas —aclaró.

—William, por supuesto que no me incomoda, deseo que puedas ser feliz y si de alguna forma te puedo ayudar en algo, sabes que puedes contar conmigo —contestó sinceramente.

Ella le debía tanto a William que le deseaba toda la felicidad del mundo, sabía que no podría hacer público sus sentimientos por Antoine, pero al menos podría llevar una vida en pareja junto a él en la intimidad sin levantar sospechas.

—¿Cómo es posible querer tanto a una criatura tan pequeña? —habló en voz alta provocando la risa de William.

—Vas a ser una gran madre, Emily, estoy seguro. —William se levantó y le dio un beso en la frente dejándola a solas por unos instantes.

En ese instante su pequeña la miró y a ella le dio un vuelco el corazón, su niña tenía exactamente la misma tonalidad de ojos de Henry, ese tono de gris inconfundible. Había creído que aquel hecho podría molestarla cuando pensó

en si su hijo se parecería a él, pero por raro que pareciera la conmovió. Lynette no tendría su apellido, pero tendría algo que nadie podría objetar de su verdadero padre.

Emily congenió enseguida con Antoine, le recordaba a su hermana Miriam de alguna forma, la cual no veía desde el funeral de su padre. El francés parecía estar encantado con Lynette, conocía perfectamente las circunstancias de Emily al casarse con William y quizá por eso o por su forma de ser, notó con Antoine casi lo mismo que con William, esa conexión que le favorecía un instinto de confianza no llegaba al nivel de su esposo, pero se podría aproximar.

Antoine era bien parecido, de cabellos oscuros, alto, con ojos verdes y rasgos europeos, su mandíbula algo afeminada pero que le daba un aspecto juvenil y alegre. Hablaba su idioma, pero el acento era mucho más que evidente, aun así, se defendía bastante bien. Más tarde supo que Antoine también era el abogado de todo el patrimonio de Barnes y que precisamente se encontraba en Londres para gestionar algunos asuntos de William ahora que había contraído matrimonio.

—A ver, tienes que firmar, aquí —indicó Antoine—. Aquí y aquí —le señaló tres documentos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella confusa, eran redacciones y largos textos que sabía le llevarían mucho tiempo leer.

—Únicamente dice lo que te pertenece por contraer matrimonio legalmente con el barón de Brightdawn —aclaró Antoine.

—Tranquila Emily, firma, es solo un trámite burocrático —garantizó William sonriente.

Llevaban allí casi toda la tarde, Emily miró los documentos y escuchó los

llantos de su pequeña, era la hora de su comida. Firmó rápidamente en todos los lugares donde le indicó Antoine sin leerlos y dejó la pluma sobre la tinta, jamás había pensado que casarse conllevara tantos trámites burocráticos como decía William.

—Bien, ya está ¿No hay nada más que requiera mi presencia, caballeros? Porque tengo una hija que atender —preguntó desgastada. Apenas dormía alimentando a la pequeña, le habían insistido en utilizar a la nodriza, pero ella no quería, esa conexión que había conseguido establecer con su pequeña mientras mamaba no la cambiaba por todas las horas de sueño que debía perder.

—Ya está todo —puntualizó Antoine mientras esparcía polvos sobre los documentos para que se sellara la tinta antes de recogerlos.

—¿Cuándo piensas contárselo? —habló Antoine en cuanto Emily salió por la puerta.

—No tiene por qué saberlo —contestó audaz.

—Es tu esposa, William, aunque solo lo sea por un papel, ella es tu amiga, te quiere y te aprecia, deberías decírselo —puntualizó.

—No creo que sea necesario —contestó con voz seria William.

—Ella tendría que saberlo, estar preparada para lo que va a ocurrir —reiteró el francés.

—Está preparada, aunque no sea consciente de ello, lo está, yo me encargué de que lo estuviera —contestó el barón.

—Yo no lo veo así, sabes que no estoy de acuerdo —puntualizó de nuevo el abogado.

—Pero eres mi abogado y tienes que respetar mi decisión —contestó

sonriente provocando que Antoine le abrazara.

—¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró.

—Aceptarme como soy, cómo lo has hecho siempre —dijo William dando por finalizada la conversación.

Las semanas fueron pasando y Lynette con sus cuatro meses de vida, crecía hermosa, con sus brillantes ojos grises y su peculiar sonrisa todo el tiempo, era un bebé que llenaba las vidas de todos los miembros de aquella casa.

Antoine seguía con ellos y a Emily le encantaba disfrutar de su compañía, se había acostumbrado a las miradas entre ellos, su peculiar forma de acercarse el uno al otro sin incomodarla y sobre todo lo sobreprotectores que eran con Lynette y con ella. Se sentía en paz en aquella casa, William no le había propuesto regresar a Londres, ella tampoco creyó estar preparada para hacerlo aún, todavía tenía los recuerdos de la última discusión con Sylverston muy recientes y en cómo acabó todo aquello.

¿Se iría porque discutieron?, ¿Porque ella se lo pidió? No recordaba mucho más de lo ocurrido después de la discusión, fueron tantas horas de dolor que sus recuerdos estaban algo nublados, pero recordaba perfectamente cómo él le reprochó acostarse con William, ¿Cómo pudo él creer que ella se metería rápidamente en la cama de otro hombre?, ¿Así de fácil se creía que era? Fue una estúpida al entregarse a él ingenuamente, pero a esas alturas le daba igual lo que él opinara, ese hecho le había ayudado a creer que su hija era de Barnes, ¿Cómo es que ni siquiera se le pudo pasar por sus pensamientos la posibilidad de que fuera su propia hija? Desde luego ya no importaba, su hija era de Barnes desde el mismo momento en que supo que crecía en su interior.

William llevaba semanas metiéndole ideas en la cabeza sobre abrir una tienda de moda en Londres, donde las damas encargaran sus diseños únicos y

excepcionales por los que pagarían una fortuna. Emily tenía talento, se le daba bien ser diseñadora gracias a las directrices de William, pero él decía que, si ella no exhibía los modelos, el negocio no tendría el mismo éxito,

—Creo que la aprendiz se hizo maestra —dijo cuando vio los últimos bocetos que había dibujado, se había inspirado en algunas composiciones florales, para sacar sus ideas, le gustaba dibujar, hacía que se evadiera y se concentrara solo en lo que estaba haciendo.

—Tendremos mucho éxito con Lynet's —le dijo sonriente.

—¿Lynet's? —preguntó ella curiosa. Así era como William llamaba a su pequeña.

—Lynet's es el nombre perfecto.

Sí, definitivamente Lynet's, es un gran nombre para un negocio de moda, la idea era todavía un sueño para Emily, del cual comenzaba a dar forma gracias a la insistencia de William que parecía encaprichado con aquel sueño y no dejaba de insistir todo el tiempo.

Hacía varios días que William parecía tener una tos persistente y parecía algo debilitado, había cogido una especie de resfriado con los últimos fríos del invierno. Ella apenas había salido de casa para que la niña no se enfriara, pero esa misma mañana William permanecía en cama, el médico había dicho que en unos días se recuperaría y estaría bien, aunque Emily tenía una especie de opresión en el pecho que no sabía cómo explicar. No veía los síntomas de William como un simple resfriado y comenzaba a tener fiebre, una fiebre que no cesaba pese a tener constantemente paños fríos en su frente.

—Estoy preocupada Antoine —dijo confesando sus temores—. No parece mejorar, el médico dice que se pasará en unos días, pero yo no veo que mejore, ¿Qué podemos hacer? —comentó realmente preocupada mientras

refrescaba la piel de William.

—El médico ha dicho que esperemos, así que haremos eso Emily —habló resignado.

Emily no supo por qué, pero le pareció que Antoine estaba esperando a que ocurriera algo, ¿Acaso le habría comentado el medico algo a él que por el contrario ella desconocía? No, seguramente no sería nada.

Al cuarto día, ella supo que aquello iba mal, comenzaba a tener espasmos y convulsiones. No sentía las extremidades y casi todo el tiempo estaba demasiado cansado para estar despierto, estaba desesperada, Antoine parecía resignado como si esperara que todo aquello acabara.

—William, tienes que recuperarte, ¿Me oyes? —dijo intentando que comiera un poco de caldo de pollo que habían preparado, apenas comía y era importante mantenerlo hidratado y alimentado para que se recuperara o eso pensaba ella.

—Emily —susurró.

—Estoy aquí William, te vas a poner bien —contestó enseguida.

—No, Emily, no me voy a poner bien —habló William en un hilo de voz.

—¿Qué dices? Por supuesto vas a recuperarte, verás como en una semana vuelves a ser el de siempre —insistió.

—No, Emily, no lo entiendes, me estoy muriendo —confirmó.

—¿Qué? Eso no es cierto, es solo un resfriado que se ha agravado más de lo normal. —Aunque sabía de sobra que aquello no era así por los síntomas que padecía.

—Emily, necesito que me prometas algo —habló en un hilo de voz—. No pensé que me quedaría tan poco tiempo de vida, quería haber hecho tantas

cosas antes de... —Se interrumpió en un ataque de tos y Emily vio que escupía sangre, se temió lo peor.

—William, ¡No te puedes morir!, ¡No me puedes abandonar!, ¡No! —gritó con lágrimas en sus ojos. Le quería, él era su amigo, su guía, su protector, ¿Que iba a hacer sin él?

—Sé que vas a estar bien sin mí, me he encargado de que así sea. —A William le costaba hablar, pero con todo ello le guiño un ojo e intentó sonreír, Emily supo que él hacía un último esfuerzo por ella, para no preocuparla aún más.

—Pero seguro que se puede hacer algo, llamaré al médico y él sabrá cómo ayudarte, tiene que haber una forma de... de... —Ni siquiera sabía que era lo que William padecía.

—No hay cura para lo que tengo Emily —sentenció—. No me queda mucho tiempo así que quiero que me prometas algo —dijo mirándola a los ojos y acariciando su mano.

—Lo que quieras William —dijo sin pensar en que se negaría a su promesa.

—Quiero que seas feliz, Emily.

—Pero yo ya soy feliz, con Lynette, contigo...

—No, Emily, eso es conformarse —aclaró—. Yo quiero que busques realmente la felicidad esté donde esté y que no tendrás miedo de lanzarte a por ella sean cuales sean las consecuencias, prométeme eso.

—Te lo prometo —susurró entre lágrimas.

William exhaló su último aliento y Emily rompió a llorar desconsoladamente, Antoine la abrazó por la espalda para intentar consolarla y de paso, consolarse así mismo también.

Su marido, su único amigo, su mentor, su apoyo, su confesor, su William...
se había marchado para siempre.

Henry adaptó su vida a tener una rutina para no volverse loco, era como un autómata. Se levantaba y trabajaba todo el día sin descanso para mantener la mente ocupada, él no necesitaba trabajar, pero lo prefería antes que profundizar en sus pensamientos, es más, mantenía almuerzos y cenas de trabajo para no acudir a actos sociales o tener que volver temprano a casa.

Si creía que jamás superaría la muerte de Sophie en su día, estaba realmente seguro de que no podría olvidar a Emily, aquella jovencita de ojos verdes se había metido tanto bajo su piel que se lamentaba de lo tremendamente

estúpido que había sido, «¿En qué momento pensé que ella aceptaría ser mi amante?», se dijo. Lo había hecho todo mal desde el principio y lo que era aún peor, le daba absolutamente igual si Emily lo hubiera querido solamente por interés, esa sería una duda que tendría eternamente pero sinceramente, hasta su orgullo lo había perdido con esa mujer. No le hubiera importado casarse con ella, aunque solo lo quisiera por el título o por su dinero. No, lo hubiera aceptado de igual forma con tal de tenerla a su lado.

Admitir ese hecho le hizo saber que la quería de verdad, la anhelaba tanto que hasta le daba pánico ser consciente de ello. El único y verdadero amor de su vida y nunca sería para él, era lamentable solo de pensarlo. Había sido un ingenuo, había perdido catorce años de su vida por alguien que no merecía ni que recordaran su nombre y gracias a esa estupidez había perdido a la persona que de verdad amaba, ¿Dejaría de pensar algún día en ella? Estaba seguro de que no, hasta se estaba planteando la posibilidad de enrolarse en alguno de los barcos de Richmond o alistarse en la marina para quitarse del medio.

—Henry, al fin te encuentro. —Donald parecía algo agitado, como si hubiese estado corriendo de un lado para otro—. Tengo que irme enseguida, ha surgido un asunto familiar grave y debo marcharme inmediatamente.

—Si claro, ve —dijo sin más.

—Está bien —contestó sulfurado—, esta tarde llega un cargamento, ¿Crees que podrás hacerlo sin mí?

—No creo que sea complicado —dijo sin ningún atisbo de expresión. «No podría ser tan difícil comprobar que el cargamento coincidía con las listas y que no se había perdido nada, ¿No?».

—Bien, bien, me voy que Anne debe estar subiéndose por las paredes

preguntándose porque no he llegado aún.

—¿Pero están todos bien? Espero que no le haya ocurrido nada grave a alguno de tus hijos —preguntó realmente preocupado, nunca había visto a Donald así de alterado.

—No, no, ellos son unos muchachos inquietos, pero están bien —contestó enseguida y Henry se relajó un poco más—. Se trata del barón de Brightdawn, el marido de Emily —confesó—. Falleció anoche de una grave neumonía y ha sido algo totalmente inesperado.

Henry permaneció impertérrito, «¿Barnes había muerto?» No sabía cómo sentirse. Había deseado tantas veces que el barón desapareciera de la faz de la tierra que ahora incluso se sentía culpable por haberlo deseado, ¿Cómo se sentiría Emily?, ¿Estaría enamorada del barón?, ¿Lamentaría su pérdida?

—Lo lamento —dijo cuando consiguió razonar, después de todo él era un hombre joven y era un infortunio que hubiera muerto tan pronto dejando a una esposa e hija de tan temprana edad.

—Le transmitiré tus condolencias a mi cuñada, ahora marchó, es un largo viaje hasta llegar a la casa familiar donde se celebrará el funeral.

—Si, por supuesto, toma el tiempo que necesites —habló mientras Richmond le palmeaba el hombro en agradecimiento y se marchaba.

Un par de horas después la puerta de su despacho en la fábrica se abrió de golpe.

—He venido en cuanto me he enterado, ¿Lo sabes? —La voz de Robert parecía ahogada, como si hubiera subido los escalones que había hasta su despacho de cuatro en cuatro.

—¿Que Barnes ha muerto? —Suponía que tendría que referirse a eso, de lo contrario no habría perdido tiempo en venir tan rápido.

—¡Pues claro que es eso!, ¿Cómo lo sabes? Pensé que yo te daría la primicia.

—Richmond no tuvo más remedio que decírmelo al marcharse a toda prisa tras enterarse de la noticia.

—Ah claro, era su cuñado —dijo entendiéndolo ahora—. Bueno, ¿Es que no piensas decir nada? —Robert observaba como Henry intentaba concentrarse en los papeles.

—¿Y qué quieres que diga? No sé ni como sentirme respecto a la noticia.

—No digo que te alegres, eso sería un poco macabro por tu parte, pero ella vuelve a ser libre. Tienes una oportunidad, Henry.

—Ella no querrá ni verme, lo dejó claro la última vez que nos vimos —aclaró.

—Con ese optimismo desde luego, ¿Es que piensas pasarte el resto de tu vida metido en esta fábrica o entre los papeles de los cientos de negocios en los que no paras de invertir para rellenar tu tiempo? —Henry miró a Robert directamente, ¿Tan transparente era que hasta él lo había notado?

—Su esposo acaba de morir, ¿Qué pretendes?, ¿Que vaya a cortejarla al funeral? —dijo irónicamente.

—No, desde luego que no, pero al menos espero que traces un plan o que al menos se te ocurra una idea maravillosa para cuando termine su luto. Ella es joven, nadie la criticará si vuelve a contraer matrimonio, es más, lo extraño sería que no lo hiciera —argumentó mientras inspeccionaba la talla de un barco de madera que Henry tenía en su escritorio.

Mentiría si no dijera que lo primero que se le pasó por la cabeza al escuchar que Barnes había muerto fue que Emily ya no era inaccesible, pero reprimió ese pensamiento enseguida al sentirse culpable.

—Vamos, sé franco, lo has debido de pensar —insistió.

—Reconozco que se me pasó por la mente —se sinceró con su amigo. Era inútil no reconocerlo.

—Bien, no estarías enamorado realmente si no lo hubieras hecho —afirmó sonriente—. Me marcho, debo acompañar a Julia y a mi madre al funeral y me escapé un momento mientras preparaban el equipaje.

—¿Vas a ir? —preguntó sorprendido. No esperaba que él acudiera.

—Sí, no tengo más remedio. Y respondiendo a tu pregunta, te informaré a la vuelta —contestó con una risa burlona.

—No he preguntado nada.

—Lo sé, pero ibas a hacerlo —dijo antes de colocarse su sombrero y salir por la puerta.

Tenía razón, quizás no se lo hubiera pedido, simplemente se habría limitado a sonsacarle la información que quería con preguntas evasivas a su regreso, pero empezaba a confiar en Robert. Después de todo se había vuelto su confidente si es que se podía llamar así, en los últimos años.

No pudo dejar de pensar en Emily el resto del día, incluso tuvo un par de distracciones por culpa de ello, sabía que estaba mal pensarlo y era consciente, pero le resultaba imposible no hacerlo. Emily era ahora libre, no podía evitar imaginarse que el destino le daba una segunda oportunidad.

En la casa de campo de los Barnes, Emily no tenía ánimos para ver a nadie, sabía que debía recibir a todos los allegados que venían para asistir al funeral de William, pero ella estaba tan triste y desolada que era incapaz de recibir palabras de pésame. Hacerlo significaba aceptar el hecho de que su Will se había marchado para siempre, no era uno de sus tantos viajes a Francia de los que siempre regresaba, esta vez había emprendido un viaje demasiado largo

sin fecha de vuelta.

—Mi *lady*, sus hermanas han llegado —informó Judith entrando en la recámara.

Emily estaba sentada en la cama que había sido de William, observando la estancia y añorando su presencia. Se había vestido con un lujoso vestido negro que Antoine le había dado esa misma mañana, era una creación de William hasta en eso había pensado sabiendo con antelación que su destino era la muerte.

Aún no podía creer que sabiendo que iba a morir no le hubiera dicho nada, ¿Por qué?, ¿Hubiera sido menos doloroso? No lo sabía, pero quizás podría estar mentalmente preparada para ello, aunque hubiera agonizado el dolor durante más tiempo, aun así, no podía enfadarse con William, había sido su deseo expreso según Antoine. William no quiso que ella fuera informada de su enfermedad para no preocuparla, ni tan siquiera sabía de qué había muerto realmente puesto que no habían querido decírselo bajo el expreso deseo de William y aquello solo provocaba su frustración.

Para todo el mundo, el barón de Brightdawn había muerto de un resfriado agravado en neumonía, ¿Cómo alguien tan joven podía morir de algo así? Realmente no era improbable, mucha gente moría debido a ese hecho, pero William era un joven fuerte y sano hasta la fecha, al menos en apariencia. Era una injusticia que tuviera que acabar de aquella forma, «Al menos es lo que pensará todo el mundo» se dijo a sí misma.

La Baronesa viuda no podía controlar sus lágrimas, Emily intentaba consolarla, pero no era de gran ayuda puesto que ella necesitaba casi tanto o más consuelo que la pobre mujer. No podía ni imaginarse cómo debía ser el dolor de una madre al perder a su hijo, si ella perdiese a Lynette, se moría, a su temprana edad ella se había convertido en un pilar fundamental de su vida

y sabía que conforme creciera su amor por ella iría aumentando. Se prometió a sí misma no dejar sola a Petunia, Lynette y ella eran lo único que le quedaba de su hijo.

Sus amigas Julia y Susan habían acudido, teniendo en cuenta que Susan era la prima de William técnicamente debía asistir por ser un familiar, pero agradeció la asistencia de Julia, se había convertido en una gran amiga y pudo apoyarse en los peores momentos de la velada en ellas.

La misa fue relativamente corta pero emotiva, Emily pudo contenerse por momentos mientras varios miembros le dedicaban unas palabras de último adiós a un gran amigo, esposo y reciente padre lamentando una gran pérdida de un gran hombre.

Procedieron a recorrer la breve distancia desde la pequeña iglesia hasta el cementerio donde se daría sepultura en el mausoleo familiar, Emily se derrumbó y no pudo contener el llanto desesperado cayendo de rodillas al suelo, derrumbada, al ver como perdía de vista el ataúd que contenía los restos mortales de William.

Los invitados tomaron un pequeño convite en la casa principal, aunque Emily no paraba de recibir palabras de apoyo y ánimo, parecía encontrarse ausente, como si aquello no fuera con ella, como si todo lo que estaba ocurriendo solamente fuera un mero sueño. Judith la buscó para amamantar a su pequeña y se alejó de aquel salón en el que por suerte cada vez quedaba menos gente.

Estar con Lynette era el único pequeño consuelo que tenía, su pequeña, ajena a todo aquello, no sufría, aunque seguramente podía reconocer que algo le ocurría a su madre, pero con sus manitas tocando su pecho lograba que a ella se le encogiera el corazón de ternura y disipara el dolor por la pérdida de William.

—Emily —La voz de Julia hizo que se girara. Siempre le daba el pecho a Lynette sola en aquella habitación, era un momento único de ellas— Judith me dijo que te encontraría aquí, no sabía que le dabas tu misma el pecho a tu hija —habló suavemente en voz baja para no molestar a la pequeña por si estaba dormida.

—Sí —afirmó—, sé que mi madre lo hizo con mis hermanas, aunque no pudo hacerlo conmigo, por eso yo quise seguir la tradición con mi propia hija, de alguna manera es como si estuviera más cerca de ella —contestó acariciando el pequeño rostro de Lynette

—Es una niña preciosa —confesó Julia observando a la pequeña succionar del pezón de su madre.

—Sí, mi pequeña Lynette —contestó por decir algo.

—Se que estás muy afectada por la muerte de tu esposo, pero hoy, al verte durante todo el funeral, no me ha quedado la menor duda de que le amabas profundamente. Lamento tanto tu pérdida, siendo él tan joven y con una niña tan pequeña a tu cargo, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —aclaró.

Emily intentó sonreír un poco, aunque solo le salió un amago de sonrisa con unos ojos brillantes a punto de saltar las lágrimas, ¿Amar profundamente?, lo que todos habían presenciado era la pérdida de un ser amado, sí, aunque no del modo en el que ellos pensaban, pero quizá era mejor que lo creyeran así, William no se merecía algo menos que eso.

—Gracias Julia, te lo agradezco. —Se limitó a decir mientras apretaba su mano.

Todos se marcharon antes de que les alcanzara la noche, había sido un largo y duro día, pero todo había acabado al fin. Al menos eso fue lo que pensó

Emily antes de que Antoine le dijera a la madre de William y a ella que la lectura del testamento se procedería a la mañana siguiente. Ni tan siquiera había pensado en ello, ahora era la baronesa viuda.

Era de madrugada cuando Emily consiguió al fin cerrar los ojos y descansar después de casi una semana sin apenas pegar ojo entre la incertidumbre de la enfermedad de William y todo lo que aconteció tras su muerte. Se despertó algo temprano, como venía siendo habitual para alimentar a su pequeña, era una especie de reloj interno biológico el que la alertaba. Bajó a tomar el desayuno pese a no tener apetito alguno, pero debía obligarse a alimentarse, tenía una razón para hacerlo llamada Lynette.

Petunia se encontraba a la mesa removiendo el té con la mirada perdida por una de las ventanas del salón, tenía el rostro bastante demacrado, pálida y con unas ojeras que evidenciaban que no habría podido dormir en toda la noche.

—Buenos días Petunia. —Había conseguido la familiaridad que deseaba con ella para llamarla por su nombre, era una gran mujer pese a ser tan habladora y la quería a su lado, la necesitaba para ayudarla a criar a su nieta.

—Buenos días hija mía, ¿Has podido descansar? Yo no he podido pegar ojo, ha sido todo tan rápido y tan inesperado que aún no me creo que haya ocurrido, creo que tardaré años en asimilarlo.

—Lo sé, yo tampoco puedo aceptarlo aún, en el fondo creo que está en uno de esos viajes a Francia que tanto le gustaba hacer y que algún día regresará apareciendo por esas puertas. No soy capaz de asimilar que no volveré a verlo y prefiero pensar que él está feliz allí, en su querida Francia como la llamaba —contestó mientras Judith le servía el té.

—Quizá sea mejor así, entiendo por lo que estas pasando. Yo perdí a mi marido siendo también demasiado joven, no tanto como tú, aunque fue difícil

de aceptar, pero con el tiempo una se acaba acostumbrando a su ausencia.

—Buenos días —habló Antoine haciendo acto de presencia—. Cuando gusten las espero en el despacho donde procederemos a la lectura del testamento de *lord* Barnes —dijo antes de hacerles una reverencia y marcharse.

—¿Por qué tanta prisa por leer el testamento? —preguntó Emily. Aquello era precisamente lo que menos le preocupaba en aquel momento.

—Es lo habitual, Emily, para dejar las cosas aclaradas y zanjadas desde el primer momento. A mí me apetece tan poco como a ti, pero entiendo que sea el deber de Antoine como abogado informarnos de la situación en la que tenía las finanzas mi hijo.

—Tomen asiento —les habló Antoine que presidía la mesa del despacho de William, era un tanto extraño verle allí en su lugar.

—Procederemos a la lectura del testamento de *lord* William Barnes, último miembro de la Baronía de Brightdawn —habló seriamente mientras abría una especie de carpeta de cuero que parecía contener bastantes documentos—. Citaré textualmente sus deseos antes de morir —habló antes de carraspear su garganta para proseguir—. A mi adorada y quedísima madre —hizo una pausa para continuar—. Le cedo la pequeña casa de Londres, la cual sé que adora y la casita de campo de Brighton con vistas al mar donde le gusta pasar los veranos, además de una renta anual de tres mil libras.

A Emily no se le escapó ver las pequeñas lágrimas que recorrían el rostro de Petunia, se alegró de que William hubiera tenido tan en cuenta sus deseos.

—El resto de mis posesiones, que incluyen la casa de campo de Barnes con sus cinco mil acres, las tierras de Lambourn, Mallwyd y Llanidloes. La mansión de Londres, la casita en Penthouse, la mansión de Haslemere, la casa

familiar de Mundesley, la casa de Norwen, Warringtong y Boston, así como las posesiones en Francia, las inversiones y la pequeña fortuna familiar que asciende a ciento cincuenta mil libras se las cedo a mi única hija Lynette, que podrá reclamarlas en su mayoría de edad. Hasta entonces, tendrá pleno acceso como albacea y única responsable de todas mis posesiones, mi querida esposa *lady* Emily Barnes, baronesa de Brightdawn.

Se lo había dejado todo a Lynette, toda su fortuna era de su hija y mientras crecía, ella sería la única responsable de manejar aquella herencia.

—Ha dejado este sobre para *lady* Emily, con las indicaciones estrictas de que solo lo puede abrir en solitario y que únicamente puede ser visto por usted — habló Antoine formalmente mientras entregaba el sobre a Emily que asintió al cogerlo, parecía contener algo bastante rígido en su interior al comprobarlo al tacto.

—Eso es todo —añadió para terminar.

—¿Estás conforme querida? —preguntó Petunia que no parecía sorprendida.

—Yo... Aún estoy abrumada, supongo.

—Bueno, quizás encuentres algunas respuestas en ese sobre, te dejaremos sola para que puedas leerlo si es que estás preparada.

Emily no sabía qué se iba a encontrar en aquel sobre, de algún modo sabía que encontraría respuestas a muchas preguntas, pero no estaba segura de sí podía afrontarlas aún, eran demasiadas emociones en poco tiempo.

Emily se quedó a solas en aquel frío despacho ahora sin William, enfrentándose a ese sobre sellado con la duda por su contenido en su estómago y con la incertidumbre de si encontraría las respuestas a sus preguntas lo abrió lentamente vaciando su contenido.

Del sobre salió otro aún más pequeño que parecía contener una carta, también

sellada en cuyo reverso llevaba escrito su nombre, una llave dorada con un lazo rojo y dos portafolios de documentos.

Decidió abrir la carta primero, era un sobre de color blanco algo amarillento, la cartilla estaba plegada para que entrara en el tamaño del sobre, la desplegó lentamente y apareció la que era sin duda la escritura de puño y letra de William, no pudo evitar emocionarse, pero comenzó a leer:

Querida Emily,

Debo imaginar que si estás leyendo estas palabras significa que ya no estoy aquí, que lamentablemente esta enfermedad ha logrado consumirme.

Quizás deba contarte la historia desde el principio, hace doce años, era joven, ingenuo y lleno de vida, mi condición hacía querer buscar el placer en los recónditos más oscuros, pero no pretendo justificarme con ello, las circunstancias ocurrieron así, la cuestión es que contraí la enfermedad francesa o la ahora conocida como Sífilis. No lo supe hasta años más tarde, cuando los síntomas se dejaron ver, es una enfermedad que puede llegar a ser difícil de reconocer si no se está familiarizada con ella y tampoco existe una forma de erradicarla, sólo convivir con ella hasta que te destroza por dentro.

Si tomé la decisión de no contarte nada fue porque no quise preocuparte, espero que algún día puedas perdonarme, jamás quise que me vieras con lástima, yo había aceptado mi destino y no deseaba ver la tristeza en los ojos de los demás.

No deseo que llores mi pérdida, he tenido una vida plena dentro de mis limitaciones, he podido disfrutar, reír, hacer realidad mis sueños, aunque hubiera deseado más tiempo, porque soy demasiado ambicioso para

conformarme con tan poco, aunque sé que tú lograrás mis últimos proyectos por mí.

Una vez me preguntaste porque me había casado contigo, creo que la respuesta era demasiado sencilla; sabía que iba a morir, mi tiempo era limitado, tu eres tan joven, tan hermosa y vi tan injusta tu situación, que me sentí de algún modo identificado si no ponía solución a tu problema. No podía permitir que la sociedad también te rechazara a ti.

Sabía que algún día podrías ser libre de nuevo para hacer tu vida y en aquel momento no quería que la sociedad te discriminara simplemente por cometer un pequeño error, uno que seguramente te ha dado el mayor regalo de todos, incluyéndome a mí, y fue nuestra pequeña Lynette. Ella ha sido como ver el sol resplandecer de nuevo en mi vida y espero que algún día le hables de mí, sobre quien fui realmente para ella.

Siempre agradeceré el día en el que apareciste en mi vida, nunca creí poder encontrar a una joven tan maravillosa con la que poder demostrar quién era realmente en mi propia tierra, en Inglaterra, con una sociedad tan cerrada y tan marcada por estrictas reglas, tú fuiste mi salvación en mis últimos meses de vida. Por eso te ruego que llesves a cabo mis últimos proyectos, que hagas realidad Lynet's y que cumplas en mi nombre mi gran sueño.

Desde que descubrí mi enfermedad supe que el apellido Barnes moriría conmigo, no hay más descendientes, ni primos lejanos, quizá por eso fui tan feliz de poder darle mi apellido a Lynette, de saber que había una esperanza para el futuro de la Baronía, ella será mi única y legítima heredera, así que agradezco enormemente por la tranquilidad que me has aportado al saber que con mi muerte el linaje de mi apellido no se extinguirá.

Finalmente hay algo que quiero pedirte, sí, algo más, quizá sea egoísta

por mi parte, pero de todos modos quiero pedírtelo. Exijo que rehagas tu vida, que no tengas miedo a encontrar el amor, a vivir, a ser feliz, porque mereces encontrar a una persona que te ame profundamente y estoy seguro de que la encontrarás o quizá ya la hayas encontrado, pero aún no has abierto bien los ojos.

Te deseo todo lo mejor para esta vida, que estoy seguro de que será mucho más larga que la mía, siempre tuyo.

William Barnes.

«Oh William, por supuesto que te perdono» pensó limpiándose las leves lágrimas que habían salido mientras leía la carta.

Leyó detenidamente una de las carpetas en lo que era el poder notarial que le otorgaba plenos derechos de intervención sobre la fortuna de su hija Lynette.

Abrió la otra carpeta y leyó lo que parecían ser las escrituras de la compra de un lujoso local en Londres, al final del documento había una nota que decía.

Tienes la llave para cumplir nuestro sueño,

haz realidad Lynet's

Emily cogió la llave con el lazo rojo, se la llevó al pecho, observando todos

los documentos y la carta sobre la mesa.

—Lo conseguiremos William, te prometo que haré realidad tu sueño y convertiré Lynet's en el mejor salón de moda de todo Londres e incluso de la mismísima París.

Volvería a Londres, a la ciudad que la vio por última vez como una joven desolada, pobre e ingenua, pero ya no era esa joven inocente y crédula, ahora era una mujer independiente que no tendría por qué dar explicaciones. Que se prepare Londres porque Emily Barnes iba a demostrar de lo que era capaz.

Henry aguardaba la llegada de Robert en el despacho de su casa, le había enviado una misiva anunciando su llegada sobre las ocho y ya pasaban media hora desde la citación.

Se estaba impacientando, necesitaba saber algo, no había podido evitar pensar en Emily desde que se había enterado de que era viuda, ¡Por el amor de Dios! Tenía que ser pecado pensar en ella de esa forma cuando estaría enterrando a su marido en aquellos momentos.

—Lamento el retraso —dijo una vez que se escuchó abrirse la puerta, ni tan

siquiera le anunciaron o llamó a la puerta, supuso que Robert sabía que lo estaría esperando.

—Está bien, ya estás aquí —dijo caminando rápido hasta el sillón más cercano para indicar que se sentara

—Es que tenía varios asuntos que tratar que me demoraron más de lo que tenía pensado, bien, ¿Qué tal estás, amigo? —preguntó esquivando el tema que realmente sabía que interesaba a Henry.

—A punto de ahorcarte si no me cuentas lo que quiero saber —contestó sinceramente y algo nervioso por qué negarlo.

—Está bien, tú lo has pedido, pero no te va a gustar lo que te voy a contar yo solo trato de advertirte—habló sinceramente.

—Está bien, habla —contestó no importándole en absoluto.

—O *lady* Emily es una estupendísima actriz a la que deberían premiar si lo que hizo fue una interpretación o juraría que estaba completamente enamorada del barón —anunció bajo la atenta mirada del duque—. Parecía un alma en pena, lloró desconsoladamente e incluso parecía como ida, algo ausente, más bien como si no fuera consciente de que su marido se había muerto.

Reconocer aquello no era fácil, pensó Henry. ¿Se había enamorado de él o ya le querría con antelación? Si era así, ¿Por qué se habría entregado entonces a él?

—Confieso Henry, que hasta yo sentí lástima de la pobre *lady* Emily. Jamás olvidaré la imagen cuando cayó de rodillas como alma en pena mientras enterraban el ataúd de Barnes —su tono de voz era serio, recordando esa imagen.

—Definitivamente lo amaba —expresó en voz alta no queriendo reconocer

que *su* Emily, realmente quería a otro hombre.

—Sí, que no te quepa la menor duda de que lo amaba —aclaró Robert.

Henry tenía demasiados pensamientos contradictorios, por un lado, odiaba el hecho de saber que quizás jugó con él en el pasado, que solo lo quisiera por su título y riqueza, aunque sabía que le hubiera dado igual ese hecho si no hubiera sabido que realmente estaba enamorada de otro, ¿Tan pocos escrúpulos tuvo de meterse en su cama, amando a otro hombre?, Él debía averiguarlo, la incertidumbre le quemaba, tarde o temprano la enfrentaría, necesitaba obtener la verdad de una u otra forma.

Seis meses más tarde...

—¿Estás segura? —preguntó Susan observando fijamente a su amiga Emily.

—Completamente —contestó ella sin duda alguna.

Llevaba seis largos meses preparando su vuelta a Londres. Las reformas del local que había adquirido William en su momento habían finalizado bajo la supervisión de Antoine y sus indicaciones sobre cómo quería que estuviera todo al milímetro, ahora que volvía se encargaría personalmente de colocar los últimos detalles y en una semana las puertas de Lynet's abrirán para todas las damas de la alta sociedad.

Había contratado a seis costureras que habían adelantado toda una colección de cincuenta modelos únicos y excepcionales que esperaba que tuvieran el éxito que había imaginado, pero como en su día le había dicho William, la mejor publicidad para el negocio era ella misma, debía lucir sus propios diseños y aquella noche sería su primer debut de ellos.

Aquel vestido en tonalidades de un verde jade intenso indicaba que su luto había acabado, se despedía del negro no porque realmente quisiera, aún le costaba aceptar la pérdida de William, pero la distracción por cumplir

realidad el último sueño de él, hacía la pérdida más llevadera. Además, no pensaba salir de las tonalidades oscuras pero intensas que en cierta forma estaban permitidas en su situación y le encantaban pese a saber que más de una dama criticaría la poca tardanza que había tenido la viuda de *lord* Barnes en dejar el luto por su marido, pero precisamente por él era que hacía aquello.

—Está bien —habló Susan mientras la ayudaba con el cierre del elegante colgante de diamantes que luciría aquella noche, se trataba de una pieza única, era una joya de la reliquia familiar de Barnes que Petunia le había regalado para que la luciera esa noche y que algún día heredaría su hija Lynette.

Ella era incluso más consciente que la propia Susan de que aquella noche llamaría poderosamente la atención, pero esa era la idea principal. Aquel vestido pomposo de raso verde jade con multitud de bordados en tonalidades negras y doradas era encantador, pero jamás se había visto un escote similar al de aquel vestido, siendo de encaje y dejando parte de los hombros al descubierto con cierta zona solo cubierta con transparencias donde se podía apreciar perfectamente su piel, era atrevido, muy atrevido para lo que estaba estipulado y sabía que en cierta medida sería un escándalo, pero era precisamente lo que buscaba aquella noche, que todo el mundo hablara de su vestido porque en el fondo era muy consciente de que si no se hablaba de la prenda no tendría éxito y además estaba segura de que todas las damas querrían lucir después de aquella noche algo similar.

Se había recogido el cabello en un moño alto, donde una corona de pequeños y diminutos brillantes resaltaba entre sus cabellos castaños, nunca había cuidado su aspecto tan al milímetro como aquella noche. Necesitaba ser el centro de atención, tenía que estar radiante, encantadora y poderosamente deseable, aunque fuera precisamente lo que menos quisiera en realidad, pero

si todas las miradas se centraban en ella, tendría el éxito garantizado que tanto buscaba. William la había preparado para ese momento sin saber que llegaría en su ausencia, durante todo el tiempo recordaba las lecciones de él, los comentarios, sus indicaciones para tener el éxito asegurado y había hecho todo lo posible para estar a la altura de su fiel amigo, no le fallaría, no ahora.

—Bien, pues creo que después de esta noche, toda la ciudad hablará de ti. Si era lo que estabas buscando, no me cabe la menor duda de que así será.

—Eso espero, Susan, es lo que William quiso que hiciera y eso es lo que haré —aclaró.

No les había contado a sus amigas que en realidad William era diseñador, que él fue quien creó sus diseños ni tampoco les contó que en realidad le gustaban los hombres y que su hija no era de él. Ese era un secreto que muy probablemente se llevara a la tumba, porque aunque confiara en ellas, no quería de algún modo perjudicar la imagen de William que todos tenían de él, por lo tanto, convirtió el sueño de William en suyo propio y les dijo que William quiso como última voluntad que triunfara con sus diseños en Londres, que parecía estar empeñado en que ese sueño se hiciera realidad para ella y como se lo había prometido en su lecho de muerte debía cumplirlo. Realmente se trataba de disfrazar un poco la realidad, tampoco estaba tan mal después de todo.

—Pues vamos entonces, Julia debe estar preguntándose donde nos hemos metido y por qué nos retrasamos tanto. —Susan había acudido como apoyo moral y para darle fuerzas suficientes a Emily en su vuelta, lamentablemente Julia no se había podido escapar de casa porque unos asuntos previos la habían retrasado y no le daría tiempo, por lo que avisó diciendo que se encontrarían directamente en el baile.

Emily fue un momento hacia la habitación de su hija para despedirse, estaría

vigilada en todo momento por Judith que era de su plena confianza y por eso se la había traído de la casa familiar de campo consigo, pero era la primera vez que se alejaría de ella tanto tiempo y tenía cierta nostalgia, Lynette dormía plácidamente en su cuna, pronto cumpliría un año, le dio un tierno beso en la frente mientras se despedía de ella.

—Está usted impresionante esta noche mi *lady*, parece una reina —anunció Judith en voz baja para no despertar a la niña.

—Gracias Judith, esa es la idea —dijo algo sonriente a la sirvienta—. Si sucediera cualquier cosa envía un lacayo urgentemente a la residencia de los Salwen —habló volviendo de nuevo la mirada hacia la cuna, su adorable hija era lo que más amaba en ese mundo.

—Sí mi *lady*, pero no se preocupe, vaya tranquila, *lady* Lynette duerme toda la noche. Se despertará como siempre a las siete y no me moveré de aquí hasta que regrese —contestó sonriente.

Emily agradecía la nobleza de joven criada, no hacía falta ni que ella misma se lo ordenara y eso era de agradecer, con un gesto de cabeza y un último vistazo a la cunita salió de la habitación y bajó las escaleras de su nueva residencia a partir de ahora. La mansión era demasiado grande para ella sola y su pequeña, entendía que Petunia no quisiera estar allí porque le recordaba demasiado a su hijo y a su difunto esposo, pero sentía el vacío de aquella casa, aunque imaginaba que con el paso del tiempo se acostumbraría a aquel sentimiento.

Había escogido como primer acto oficial a su regreso una fiesta privada que los Salwen daban en su mansión de Londres, estaba invitado todo el elenco de la alta sociedad inglesa, justo lo que Emily buscaba, damas de alta cuna, con maridos ricos e hijas en edad casadera que deberían lucir piezas únicas para llamar la atención y cazar un esposo, ni tan siquiera Anne estaba

invitada debido a la exclusividad del elenco de invitados, es más, dudaba que hubiera acudido algún miembro sin título a menos que fuera poderosamente rico.

Descendieron del carruaje ayudadas por el lacayo, ahora que Emily era viuda, no necesitaba llevar la compañía de ninguna dama, podría acudir sola si así lo quisiera.

Aquella sensación de semi-libertad era encantadora, observó a Susan intentando colocarse bien uno de sus rizos rebeldes, no entendía porqué Susan no se había casado, era su tercera temporada ese año y era un año mayor que ella, una tercera temporada significaba el comienzo del terror para cualquier joven porque era gritar a los cuatro vientos que no había triunfado y comenzaba a formar parte de las solteras no bien vistas de la sociedad, ¿Qué motivos tendría para no hacerlo? Era bastante reservada en cuanto a hablar de sus sentimientos, quizá ahora que eran primas podría tener más confianza para contárselo.

Emily intuía que algo le afectaba, Susan era una joven bonita de cabello rojizo con ojos azules, amable y muy agradable. Una mujer sofisticada que atraería a muchos caballeros, sin embargo, seguía soltera, algo no cuadraba en todo aquello.

Entraron en el gran hall de la mansión, donde uno de los sirvientes les ayudó a retirar sus capas, Emily pudo notar como los ojos del sirviente se abrieron más de lo normal al ver el atuendo que lucía aquella noche, «Buen comienzo» se dijo mentalmente al comprobar la expresión, si un simple sirviente reaccionaba así, no quería ni pensar en el resto de invitados. Sus manos estaban algo temblorosas, toda la fuerza y seguridad que tenía en sí misma comenzó a tambalearse por momentos, miró a Susan y esta le sonrió, había llegado el momento.

Atravesaron una sala pequeña antes de cruzar las puertas del gran salón donde se deberían encontrar todos los invitados, el sitio parecía bastante concurrido y cuando entraron caminando sin rumbo fijo, sintió como todas las miradas se concentraban en ellas, se mantuvo erguida, con la cabeza bien alta, aunque en realidad quisiera meterse en el hoyo más profundo que existiera, pero no lo hizo pese a todos los comentarios susurrantes que comenzaban a producirse a su paso.

—Si lo que buscabas era que hablaran de ti esta noche, has cumplido tu objetivo —comentó Susan en voz baja mientras sonreía cómplice de ella.

Henry había acudido por insistencia de Robert a aquella fiesta, aunque realmente no le vendría mal como distracción, pero era el tipo de fiesta a la que no le gustaba acudir y solía declinar la invitación, pese a estar todo el elenco de la alta sociedad. Aquel tipo de fiestas eran demasiado frívolas e insustanciales para sus negocios, pero quedarse en casa aquella noche era una alternativa peor, por tanto, se había dejado convencer por las influencias de Robert que aún no entendía el porqué de dicha insistencia.

Eran muchos meses sin ver a Emily, a veces pensaba que jamás volvería a verla, que nunca podría redimirse de sus errores, demostrarle que cometió la mayor equivocación de su vida, aunque ella no lo amara, aunque nunca lo hubiera hecho. Él sabía que lo que hizo no estuvo bien, pero al menos se conformaría con su perdón, aunque no quisiera volverlo a ver en su vida.

—¡Por todos los dioses! Que me ahorquen si no estoy teniendo una visión ahora mismo—la voz de Robert llamó la atención de Henry, que le vio bastante ensimismado en una dirección.

Giró la cabeza para ver la fuente de aquella provocación en su amigo y el corazón se le aceleró, sin duda era ella, solo que estaba más hermosa y radiante que nunca si es que eso era posible. Llevaba un vestido sugerente,

muy atrevido, demasiado incluso para su gusto, pensó apretando los puños de sus manos y no le extrañaba que todos los hombres reaccionaran como Robert, incluyéndose él mismo.

Casi un año sin verla, sin saber si volvería a poder deleitarse en su presencia y allí estaba ella, ataviada como una princesa y con la belleza de una diosa porque eso era lo que parecía en aquel instante, la diosa inalcanzable de cualquier hombre.

—Creo que hasta yo me he enamorado de ella —habló Robert en un tono de voz bastante grave que no pasó desapercibido para Henry.

—Cierra el pico si no quieres que te deje un ojo morado delante de toda esta gente —contestó contrariado.

La quería, ¡Demonios!, Estaba aún más desesperado por hacerla suya que antes si es que eso era posible. Haría lo que fuera necesario, pero Emily sería suya así tuviera que raptarla y largarse definitivamente de Inglaterra.

—Allí está el hermano de Julia, él sabrá dónde se encuentra —dijo Susan al mismo tiempo que la arrastraba junto a ella.

Emily siguió la mirada hacia donde se dirigía Susan y sintió como el pecho se le encogía, el duque de Sylverston la miraba intensamente, pero no fue el simple hecho de que la mirase lo que la hizo sentirse así, sino su forma de observarla. Vio el deseo escrito en sus ojos y en algún punto de su ser notó cierta calidez que hacía demasiado tiempo que no sentía, aunque la desechó rápidamente, aquel hombre ya no existía para ella, ¿Verdad?

No le quedó más remedio que acercarse al hombre que más odiaba en aquellos momentos y al que también más temía, todo había que reconocerlo. ¿Por qué tendría que estar él allí?, precisamente él, suponía que tarde o temprano se lo encontraría, pero prefería que hubiera sido más tarde que

temprano.

Había intentado mentalizarse en que aquello podría ocurrir, sería inevitable encontrarse en algún acontecimiento, aunque siempre descartó de su mente esa opción puesto que solo lo saludaría cordialmente y trataría de evitarlo.

No podía dar lugar a las habladurías y menos con una hija que tenía exactamente el mismo color de ojos, ¡Oh dios!, esos ojos eran endiabladamente tan similares a los de su hija, evitaría a toda costa que el duque la viera, ahora mismo era plenamente consciente de que si él la veía podría sospechar y eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

—Señorita Brandon —Robert hizo un gesto de cabeza—. Baronesa de Brightdawn —repitió con el mismo saludo cordial.

—Un placer volver a verlos, caballeros —Susan incluyó al duque en su expresión— ¿Podría decirnos dónde se encuentra su querida hermana la señorita Benedict? —añadió.

Emily estaba turbada, aunque sus ojos no le miraban podía ver por el rabillo de éstos que el duque la observaba, tal como hacía más de medio salón si se paraba a observar detenidamente.

—No he tenido ocasión de expresarle mis condolencias en persona, baronesa —habló el duque dirigiéndose exclusivamente a ella.

Emily sintió que todo su cuerpo se estremecía, estaba hablándole únicamente a ella, aunque ni siquiera le había saludado formalmente, él se atrevía a iniciar una conversación lamentando su pérdida, ¿Realmente lo lamentaba? A esas alturas podría esperar cualquier cosa de ese hombre.

—Gracias, excelencia —contestó secamente.

Emily juraría que el duque iba a añadir algo más, pero lo que fuese que iba a decir, se ahogó en su garganta tras la aparición de Julia y acaparar la atención

de ellas. «Dios bendiga a Julia Benedict», pensó en esos instantes.

—¿Dónde diantres os habíais metido? —les gritó en un tono de voz algo más alto de lo normal—. Me duelen los pies de tanto caminar intentando encontraros, encima he tenido que bailar con el pesado de Bernard porque se me habían agotado las excusas, ¡Esto no os lo perdono! —volvió a gritar ofendida antes de reparar en Emily y su boca se abrió de par en par al darse cuenta de su atuendo—. ¡Ay madre!, ¡Estás espectacular Emily! —dijo ahora en un tono más bajo pero chillón dándose cuenta de que había una especie de corro alrededor de ellas que las observaban.

—Mejor busquemos un sitio más tranquilo para hablar, anda —terció Susan cogiendo a su amiga Julia del brazo mientras contenía la risa.

—Creo amigo mío, que a la viuda de Barnes le van a llover las ofertas de matrimonio. Sino fuera porque soy tu amigo, enviaría la mía propia, puedes estar seguro de ello —comentó Robert mientras le daba un sorbo a su copa degustando la bebida— Así que, si fuera tú, me daría prisa en hacer lo que quiera que tengas pensado hacer antes de que otro se te adelante en la carrera —concluyó.

¿Lo que tuviera pensado hacer?, ¿Y qué demonios haría cuando ella ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara? Bien, que no le mirara, si no quería de una forma u otra conseguiría llamar su atención. Reconocía que lo había hecho mal en el pasado, ¡Dios! Casi habían pasado dos años de aquello y allí estaba él, más enamorado que antes si cabe de aquella joven que cada día estaba aún más hermosa.

—Emily estas preciosa y no miento si digo que pareces incluso una princesa, el escote es muy atrevido pero... ¡Que me ahorquen si no quiero uno igual! —habló Julia en cuanto encontraron un sitio algo más apartado para hablar.

—Esa era la intención Julia —dijo ella ahora un poco sonriente.

Desde que William había muerto únicamente sonreía cuando estaba con su hija, el hecho de socializar de nuevo le suponía un reto, pero debía hacerlo. Además, no se podría pasar la vida entera llorando a su esposo, como le decía Anne, tenía que salir, hacer vida social para no caer en la tristeza de nuevo.

—*Lady* Emily, ¡Oh querida, déjeme decirle que su vestido es realmente magnífico! —Emily se giró para ver a la dama que le había sugerido aquel elogio, recordó a la esposa del Vizconde de Grafton, habían acudido al funeral de William.

—Gracias, *lady* Elisabeth, es una de las tantas piezas creadas por mí que podrá encontrar próximamente en mi casa de modas Lynet's.

—¿Va usted a ser modista? —preguntó la mujer contrariada, no sería habitual que una mujer de rango y posición trabajara como una doncella.

—Por supuesto que no. Yo solo me limitaré a realizar los diseños, mis costureras y modistas lo convertirán en realidad —confesó para que no existieran dudas, puesto que considerarían que era una pobre ingenua si así era.

—¿Y cuando dice que abrirá? —preguntó ahora la vizcondesa intrigada.

—El próximo miércoles. —Aquella era la mejor publicidad, mujeres cotillas deseosas de dar esa información al resto de invitados.

Cuando la Vizcondesa se marchó apareció una joven algo extraña, parecía tener algún síntoma raro en la piel, como un tipo de enfermedad, Emily se compadeció enseguida de ella.

—¡Catherine!, ¡Que sorpresa! —habló Julia, que al parecer la conocía.

—Perdona si te molesto Julia, es que no conozco a nadie y padre me obligó a

venir. —La voz de aquella dulce joven parecía de lo más tímida.

—Por supuesto que no molestas —terció Julia—. Ven, te presentaré a mis amigas, ellas son Emily y Susan —dijo haciendo las debidas presentaciones — Esta es mi prima Catherine, la hermanastra del incordio de Amelia —dijo con tono de asco al final haciendo que Emily y Susan la miraran sorprendidas.

—Tranquilas, si algo tenemos en común Catherine y yo es que no soportamos a Amelia, preferimos que nos metan en agua hirviendo antes que aguantar sus interminables caprichos y su tono de voz que dan ganas de tirarse por la primera ventana que encuentres. —Emily no pudo evitar reír cuando vio a la joven asintiendo las palabras ocurrentes de Julia.

—¿De verdad es tan insoportable? —preguntó sin poder evitarlo, con lo hermosa que parecía la joven llamada Amelia, aunque es cierto que algún problema debía de tener si todavía no se había casado.

—Es peor aún de lo que imaginas —susurró Catherine.

—Entonces quédate con nosotras —dijo Susan sonriente y la joven tímida por fin sonrió también, aunque a Emily le pareció que era alivio en lugar de felicidad lo que sentía.

La noche transcurrió tranquila, mucho mejor de lo que Emily pensó en un principio al encontrarse con el duque, no volvió a verle durante el resto de la velada. Rechazó todas las invitaciones de baile, un privilegio que podía permitirse ahora que era viuda.

La finalidad con la que había asistido a ese evento había incluso superado sus expectativas, sus amigas le dijeron que no se hablaba de otra cosa durante la velada, por lo que cuando el próximo miércoles Lynet's abriera sus puertas, se esperaba una gran demanda de clientela.

Henry la había estado observando durante toda la noche disimuladamente, vio como rechazaba a todos los caballeros que se acercaban a ella, sus caras de pesadumbre lo atestiguaban y eso de un modo u otro le reconfortaba. No abandonó la fiesta hasta que ella se marchó, de alguna forma quería velar su presencia, asegurar que no le ocurría nada y ¡Demonios!, tenía que admitir que por un momento pensó en que si se quedaba sola aprovecharía la oportunidad como en los viejos tiempos, pero fue algo que no ocurrió, aquella joven que él no conocía pero que era bastante desagradable a la vista no se separó de ella en toda la noche.

Emily se encontraba preparando los últimos detalles la noche anterior de su apertura, quería que todo fuera perfecto y se le estaba haciendo demasiado tarde, por suerte Lynette dormía bastante temprano y le había podido dar su última toma antes de dormir, todos decían que debería comenzar a destetar a su pequeña, pero ella no quería romper aún ese vínculo entre madre e hija cuando su pequeña aún no había cumplido ni un año de vida.

—Mi *lady*, váyase y descanse si mañana quiere estar aquí a primera hora, es

tarde y es muy peligroso para usted ir sola a estas horas —habló una de las costureras mientras colocaba uno de los vestidos en aquellos artefactos de madera y alambre que había traído desde Francia para que los vestidos lucieran mucho más vistosos y el local estaba lleno de ellos.

—Ya me voy Janet —contestó a la costurera. Tenía razón, se le había hecho demasiado tarde y no era seguro, aún debía ir dos calles más abajo donde su cochero la esperaría junto al coche de caballos—. Os veré mañana a primera hora —contestó con una sonrisa antes de cerrarse la capa por el viento frío y salir del local que era el único iluminado con lámparas de aceite a esas horas.

Odiaba el invierno por el frío y a pesar de que aún no era una hora indecente ya parecía noche cerrada y las calles estaban desiertas y poco iluminadas. Sintió algo de pánico, pero se contuvo, ahora era una mujer madura, no debía tener miedo, no ocurriría nada, tan solo tendría que bajar una calle más y Tobías la estaría aguardando junto al coche de caballos. En unos minutos volvería a entrar en calor cuando llegara a la que ahora era su casa.

Sintió un fuerte tirón de su brazo desde atrás, no lo vio venir, con el ruido del viento no había escuchado los pasos, quizás habían salido de uno de los callejones oscuros, pero cuando cayó sentada en el suelo pudo ver levemente las dos figuras oscuras.

—Es una dama— susurró uno de los hombres.

—Da igual, quítale lo que lleve encima —le escuchó decir que proclamaba uno de ellos.

Emily no reaccionaba, su mirada estaba fija en algo que brillaba en medio de la penumbra, divisó que era la hoja de alguna especie de cuchillo. Sintió de pronto como era manoseada por unos dedos ásperos que tocaban su piel y comenzó a gritar, dando manotazos para esquivar aquellas manos que

seguramente estaban sucias.

—¡Eh!

Una voz de alerta les hizo girarse mientras una nueva sombra parecía acercarse a ellos. Emily sintió un tirón en su cuello que le hizo llevarse las manos al mismo por el dolor, provocando que se girara sobre sí misma y perdiera la estabilidad. Iba a caerse de nuevo, pero unos brazos la atraparon antes de tocar el suelo. ¿Sería otro asaltador?

—¿Se encuentra bien señora? —Se trataba de una voz masculina.

Emily se relajó de pronto al darse cuenta de que no era otro asaltador, sino su salvador.

—Si —dijo más para sí misma que para aquel caballero.

Su cuello aún le dolía, estaba segura de que el roce de la cadena del colgante que le habían arrancado e iba a dejar unas marcas visibles que podrían verse sin lugar a duda a la mañana siguiente. De todos modos, eso era lo de menos, podría haber acabado en tragedia si no hubiera sido por aquel oportuno caballero.

—¡Emily!, ¡Se puede saber qué haces sola a estas horas y sin compañía alguna! —Su tono de voz parecía enfurecido, la estaba reprendiendo. En aquellos momentos su salvador se había convertido en su más temible enemigo, porque reconocía perfectamente esa voz. No había hombres en Londres que justo tenía que salvarla el duque de Sylverston precisamente.

—No tengo porque darle explicaciones de mis actos, aunque agradezco su oportuna intervención —dijo casi escupiendo las palabras mientras se intentaba librar de sus manos que aún la tenían sujeta por los brazos para intentar irse de allí cuanto antes.

Henry no sabía si abofetearla directamente por tener la descabellada idea de

andar sola a esas horas por aquellas calles solitarias o apresarla entre sus brazos para que no volviera a escapar de él, de solo pensar en lo que hubiera ocurrido si él no hubiera aparecido... mejor no lo pensaba o iría corriendo tras aquellos asaltantes para matarlos con sus propias manos.

—Emily... ¡Espera! —gritó cuando vio que ella caminaba con paso decidido. De pronto vio que se paró en seco y se volvió sobre sus talones.

—Le dije que para usted soy la baronesa de Brighthdawn, o en todo caso *lady* Emily, como prefiera, pero dejé de ser Emily para usted hace mucho tiempo —Su tono de voz denotaba cierto carisma de odio y quizá incluso rabia contenida.

—Está bien, *lady* Emily. —No pensaba llamarla ni baronesa, eso lo tenía muy claro, le recordaría al difunto de su marido.

—Tengo prisa, excelencia, así que si me disculpa, vuelvo a agradecerle su intervención, pero tengo una hija pequeña que me necesita —contestó mientras volvía a continuar su marcha hacia donde estaba situado su carruaje, aunque escuchó los pasos de Henry detrás suya.

—Si no le importa, me aseguraré de que esté a salvo, por lo que la acompañaré hasta su casa —terció deleitándose con su aroma que gracias al viento fresco ahora podía sentirlo puesto que se encontraba justo detrás de ella.

Emily estaba nerviosa, por un lado, se sentía segura con la figura de Henry detrás que la protegía, pero deseaba llegar hasta Tobías para deshacerse de él. Le inquietaba, por más que no quisiera reconocerlo, Henry seguía provocando algún tipo de efecto en ella pese a todo lo que le había hecho.

—¡Baronesa!, ¡Debió avisarme para que hubiera ido a por usted! —Era la voz de Tobías que al parecer la había visto a cierta distancia, cuando su

cochero salió a su encuentro vio la figura del duque y saludó con un gesto—. No había visto que venía acompañada, ahora me quedo más tranquilo. — Siguió hablando el cochero.

—En realidad *lady* Emily sufrió un ataque esta noche. —La voz de Henry la tomó por sorpresa, ¿Cómo se atrevía a contarle lo que había ocurrido a su servicio?

—¿Se encuentra bien, mi *lady*? —preguntó Tobías tan servicial como siempre—. Mire que le dije que enviara a alguien para que fuera a por usted, pero es más terca que una mula —habló más para el caballero que para su patrona.

—Como sea, Tobías, estoy bien, ahora vayámonos —contestó Emily para cortar la conversación de aquel par de dos petimetres que parecían haberse puesto de acuerdo en increparla y se recogió la falda para subir los escalones del carruaje.

—Gracias por su actuación esta noche su excelencia, le estoy muy agradecida —dijo justo antes de subirse al carruaje y notó como una mano la sujetó de su codo para que no perdiera el equilibrio al subir. Al sentir su mano le estremeció, ¡Maldita sea el condenado! Pensó y se soltó en cuanto pudo como si quemara su contacto.

—No me las de ahora —contestó mientras subía los escalones él también del carruaje y se sentaba frente a ella—. Me aseguraré de que llega sana y salva a su casa —terminó diciendo con una leve sonrisa y cerrando la puerta del carruaje dejando a una Emily con la boca abierta.

—¡Está usted loco!, ¡No puede meterse así en mi carruaje! —gritó aturdida.

Se negaba rotundamente a viajar por más breve que fuera el trayecto a solas con él. No, definitivamente cualquier acto que implica estar a solas con él

nunca salía bien por experiencia propia.

—Cálmese. —respondió con calma. A Henry le costaba no tratarla con familiaridad, de alguna forma Emily le inspiraba cercanía, aunque quizá fuera el deseo de tener esa cercanía lo que provocaba ese sentimiento—. No es la primera vez que estamos a solas por si no lo recuerda —le habló en un tono de voz sugerente, que evocaba el recuerdo de imágenes indecentes por los momentos que habían compartido precisamente a solas.

Emily enrojeció de rabia, ¿Es que el muy cretino pensaba recordarle lo ingenua que fue al entregarse a él?, ¿Al dejarse llevar por el amor que sentía hacia ese hombre? Que ardiera en el infierno.

—Es algo que olvidé hace demasiado tiempo, su excelencia. —El tono de su voz era despectivo, arrogante, hasta incluso se premió así misma por la seguridad de sus palabras.

—Puede que usted lo haya olvidado o al menos lo haya intentado, porque yo desde luego no lo he olvidado, menos aún ahora que está incluso más hermosa que antes.

Emily lo miró, sus increíbles ojos brillaban con la tenue luz de la luna y algunos candiles de aceite que prendían en la calle a su paso.

Su piel reaccionó de inmediato ante esa mirada que parecía casi animal, respiró profundamente, intentando calmar su estado de nerviosismo, jamás ningún hombre le había hecho sentirse como lo hacía él y como para su desgracia lo seguía haciendo.

—No seré su amante, *lord* Sylverston, creo que debió quedarle lo suficientemente claro cuando me casé con mi inestimable esposo William y por si le quedó algún resquicio de duda, le confirmo que ahora tampoco aceptaré. —Sus palabras fueron directas, se podía apreciar el dolor de su

dignidad impregnada en ellas.

—No deseo que sea mi amante *lady* Emily, estoy muy lejos de pretender que lo sea.

Las palabras de Henry eran serias, pero su mirada seguía siendo igualmente intensa, ¿Que pretendía entonces?, ¿La dejaría por fin en paz?

—¿Qué es lo que pretende entonces, excelencia? —Si no quería que fuera su amante, ¿Por qué la atormentaba de aquella forma? Y, sobre todo, ¿Porque la tenía que mirar tan intensamente como si pretendiera devorarla?, no eran imaginaciones suyas, él la deseaba, de eso estaba segura.

—Solo deseo que me perdone —afirmó—, admito que cometí muchos errores con usted. No actúe como un caballero precisamente, independientemente de sus sentimientos hacia el *lord* Barnes, no debí comportarme como lo hice. —Al fin se había disculpado, admitido su error.

Henry sintió una especie de liberación, Emily lo observaba indecisa, el carruaje aminoró la marcha hasta detenerse justo en aquel instante de silencio y se escuchó el ruido del cochero apeándose para abrir la puerta del carruaje a su patrona.

—Sus disculpas llegan demasiado tarde, *lord* Sylverston —dijo antes de bajar del carruaje con la ayuda de Tobías y perderse tras el gran portón de madera de su nueva casa.

«Tarde» se decía mentalmente Henry, «Demasiado tarde» no dejaba de repetirse una y otra vez aquella maldita frase.

Sabía que Emily no le perdonaría, así como así, incluso menos aún si era consciente de todo lo que había hecho para que no le quedara más remedio que ser su amante, ¡Pero ella tampoco era una santa! Había huido con Barnes el mismo día que se lo propuso, incluso se acostó con el barón seguramente a

las pocas horas de haberse entregado a él mismo. Necesitaba una copa urgentemente, esa mujer lo volvería loco, su mera presencia hacía que su sangre se alterara, ¿Por qué diantres ella tenía que excitarlo de aquella forma que no lograba ninguna otra? Tenía que admitir que Emily era única, como su belleza.

Aún no podía creer que Henry le hubiera pedido disculpas, ¿Acaso creía que lamentarlo era suficiente?, ¿Que con un patético y mísero “lo siento” ella olvidaría todo? Había admitido que cometió errores, que lo hizo mal, pero sus disculpas llegaban demasiado tarde. El dolor no se olvidaba, habían pasado casi dos años y ella tenía muy presente como jugó con su ingenuidad y aplastó sus sentimientos. No, definitivamente no pensaba perdonarle.

La Inauguración de Lynet’s fue aún mejor de lo que Emily había esperado, a primera hora de la tarde tenían tantos encargos que se habían quedado sin género en la tienda. ¿De dónde iba a sacar más? había tirado de vendedores locales de los alrededores, en realidad sabía perfectamente de donde sacar el género, solo que aquella opción no le gustaba, al menos no por lo que implicaba de ello. Tendría que hacerlo se mentalizó, quizás hubiera sido mejor hacerlo desde un principio para no llegar a ese punto, pero pensó que tardaría meses en hacerlo, quién le iba a decir que tendría tanto éxito nada más abrir las puertas. Al parecer había causado más admiración de la que pensó en un inicio con aquel vestido y los rumores habían corrido por Londres como la pólvora, todas las damas querían lucir uno de sus vestidos para la gran mascarada que habría dentro de tres semanas y ella estaba sin telas.

—Es la tercera clienta a la que le tengo que decir que no tenemos género, mi *lady*. —La voz de Janet parecía agobiada.

Emily entendía a la pobre chica, lo estaba pasando mal teniendo que dar

vagas explicaciones a las clientas. Además, era mala publicidad para el negocio que se hubieran quedado sin existencias tan pronto.

—A partir de ahora le dirás qué modelo quieren, toma medidas y que se pasen a partir de pasado mañana para elegir los tejidos porque están llegando, voy a solucionarlo ahora mismo. —confirmó.

Y así sería, iría al único sitio donde sabía que podría obtener todo el género que quisiera; la fábrica de su cuñado Donald, donde muy probablemente se encontrara con quien menos le apetecía ver en aquel momento, el duque de Sylverston.

Cuando llegó a la fábrica le comunicaron que su cuñado, el señor Richmond, no se encontraba, pero que si lo necesitaba podría atenderla su excelencia el duque. A desgana lo consintió, pese a que le pasó por la mente darse media vuelta para volver más tarde, se encontraría con él. Esperaba que después de la conversación de anoche le hubiera quedado clara su postura, además, solo iban a tratar de negocios, le dejaría muy claro que no existía nada personal entre él y ella.

Henry aún seguía estupefacto cuando se encontraba de pie esperando que Emily entrara de un momento a otro por aquella puerta. Le habían comunicado que solicitaba verle y estaba gratamente sorprendido, más aún después del encuentro de la noche pasada. No sabía que la podría haber llevado hasta allí, ¿Iría a perdonarlo?, ¿Se habría pensado mejor su disculpa? La espera lo mataba, pero sobre todo porque deseaba volver a verla. Ni en sus mejores sueños se había imaginado tenerla allí, en aquel despacho, disfrutando de su compañía.

—*Lady Emily* —dijo cuando la vio entrar ataviada con un vestido de color ocre. Estaba preciosa, tan bella como siempre, aquella mujer sin duda conseguía nublar su juicio con su sola presencia.

—*Lord Sylverston* —contestó a modo de saludo mientras se sentaba en la silla que él le indicaba frente a su mesa.

—Me ha sorprendido su visita. Desde luego era la persona que menos esperaba esta mañana después de anoche, pero reconozco que me agrada su presencia y solo espero que...

—Estoy aquí por negocios, excelencia, nada más —puntualizó antes de que se imaginara cosas que no eran.

—¿Negocios? —¿Qué negocios podría tener una dama en su fábrica? Pensó él.

—He abierto una casa de modas, como seguramente habrá escuchado y el género que me sirven los comerciales locales no es suficiente para abarcar la demanda actual que poseo en estos momentos. —Fue clara y directa, mejor así que dar rodeos.

—Sí, algo había llegado a mis oídos —aseguró—. Aunque no sabía que ya se había inaugurado, supongo que debo felicitarla entonces por su gran éxito.

—Gracias, la cuestión es que necesito que me suministren el género suficiente, imagino que podrán hacerlo —contestó sin mirarle.

—¿De cuánto género estamos hablando? Actualmente damos suministro a más de la mitad de las casas de moda en Londres.

—Yo no soy como las demás casas, excelencia. Quiero tejidos únicos, de calidad excelente, yo misma puedo encargarme del bordado y brocado, pero necesito que el tejido y textura sean óptimos.

Henry la miró impresionado, ¿Desde cuándo Emily, aquella joven inocente de cara preciosa entendía tanto sobre la industria textil y los géneros?

—Puede supervisar usted misma la fabricación si lo desea, podemos cumplir

con sus exigencias, perdone mi indiscreción, pero ¿Desde cuándo entiende tanto del tema, *lady* Emily? —Deseaba llamarla Emily, aunque sabía que no podía hacerlo, se lo reprocharía de nuevo.

—Realizo mis propios vestidos, excelencia. Cuando era una niña aprendí a coser y no he perdido la costumbre desde entonces.

—Es cierto, su cuñado me lo comentó en una ocasión ahora que lo menciona, reconozco que tiene usted mucho talento *lady* Emily.

—Bien, entonces quiero elegir el género para que lo envíen de inmediato a mi casa de modas —exclamó rápidamente.

Cuanto menos tiempo estuviera con ese hombre mejor. Su sola presencia le ponía nerviosa, aunque intentara que no se notara en absoluto.

—Venga conmigo, la acompañaré al almacén donde podrá elegir alguno de nuestros géneros y comprobar la calidad, después visitaremos el taller donde le enseñaré el muestrario de patrones y podrá hacer los cambios que desee.

Normalmente Henry nunca se encargaba de eso, había empleados que lo hacían, pero no pensaba dejar perder la oportunidad de estar con ella, oler su perfume, su esencia y poder disfrutar de su cercanía.

Emily pasó todo el día en aquella fábrica, estaba incluso sorprendida de que el duque no hubiera intentado absolutamente nada con ella, ni un acercamiento, ni una sola frase incorrecta. Había sido un perfecto caballero y lo que es aún más sorprendente, conocía perfectamente cómo funcionaba todo en la fábrica, le había explicado cada detalle, como se fabricaba el género e incluso el muestrario para poder hacer los tejidos a su gusto, eligiendo tonos e impresiones.

Eligió diferentes hilos para diversos tejidos en varias tonalidades que indudablemente serían la tendencia de la temporada que se avecinaba, estaba

más que satisfecha y de haberlo sabido hubiera ido antes.

—Tendrá el resto del género mañana a primera hora —habló mientras ella le firmaba un pagaré en ese instante.

—Agradezco su rapidez —dijo realmente sorprendida.

—Tratándose de una potencial clienta que además es tan importante tanto para Richmond como para mí, lo que haga falta. —¿La estaba halagando?, ¿Por qué era ella tan importante para él? Temía preguntarlo, después de no haber insinuado nada, ni sacar a relucir su conversación de anoche ahora pensaba que lo iba a echar a perder todo.

—Debo marcharme, es tarde y Lynette debe estar... —Se quedó callada. No tendría que haberla mencionado, no a él.

—Imagino que Lynette será su hija, seguramente tan hermosa como su madre si posee sus ojos —contestó el duque sin dejar de mirarla fijamente.

—Si... si claro... mis ojos... —respondió balbuceando.

Henry pensó que al recordar a su hija rememoraba a Barnes que era el padre de la criatura al fin y al cabo y de ahí su estupefacción. Había estado demasiado cómodo junto a ella, verla tan curiosa por todo, prestando atención a cada cosa que le explicaba solo le hacía convencerse aún más de que definitivamente ella era única, distinta de cualquier dama que hubiera conocido y desde luego la mujer más maravillosa con la que había tenido la oportunidad de estar.

Emily llegó a su casa contrariada, se dirigió directamente hacia la habitación de su pequeña. Desde que había vuelto a Londres no había tenido la oportunidad de pasar tanto tiempo con ella como quisiera por culpa de todo el trabajo que generaba Lynet's. Acarició el rostro de su pequeña que dormía plácidamente. Estando con Henry por un momento sintió miedo de que él se enterara, de que supiera que su hija era en realidad de él y no de William, pero no había manera de que se enterase, ¿Verdad? Él era el primero en aceptar que era de William, aunque cada día que pasaba Lynette se parecía

más a él, aquello era innegable.

Todo estaba marchando demasiado bien, tenían más encargos de los que podían hacer, aquella mañana debía entrevistar a nuevas costureras porque el trabajo les desbordaba para las que había contratado en un principio. La mascarada sería en pocos días y debían cumplir con los encargos.

—Judith, si me retraso para la hora del almuerzo, tráeme a Lynette —dijo a su doncella que se encargaba siempre de la pequeña debido a la confianza que tenía hacia ella.

—Si mi *lady*, no se preocupe que la llevaré como siempre hago si usted se retrasa, esté tranquila —contestó la joven mientras le ayudaba a colocarse el abrigo y le daba los guantes y el sombrero a su patrona.

—Está bien, me voy o llegaré tarde. Que se coma toda la papilla, ¿Entendido?
—insistió.

Con el trabajo en la tienda le daba menos tomas de leche. Además, debía comenzar a darle cada vez menos el pecho o no querría otros alimentos y tenía que acostumbrarse a comer sólidos.

—Sí, no se preocupe mi *lady* —contestó la joven.

Emily sabía que era repetitiva, ¿Pero qué madre no lo era? Con una sonrisa a Judith se marchó en dirección al carruaje donde Tobías la esperaba con la puerta abierta.

Tal como había previsto la mañana se le fue entre papeleos y entrevistas a costureras, pero había podido contratar a diez buenas candidatas que comenzarían esa misma tarde.

Estaba contenta, si William estuviera allí... estaría orgulloso de ella, todo parecía ir tan bien, agradecía que las damas de la alta sociedad le hubieran dado una oportunidad y sin duda la gran mascarada la asentaría como la casa

de modas más demandada de todo Londres, asegurando así a la clientela.

Judith entró en ese momento con Lynette en brazos, la pequeña parecía estar llorando por alguna razón y Emily dejó los pagarés que tenía en las manos en el primer cajón del mostrador y se dirigió hacia ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó preocupada.

—Nada mi *lady*, se había dormido en el trayecto y al bajar del carruaje se ha despertado asustada. Se calmará enseguida ya lo verá, más ahora que la tiene a usted para consolarla. —Emily fue a la trastienda con su pequeña en brazos que efectivamente se calmó enseguida mientras la alimentaba, no había nada mejor que darle el pecho para apaciguarla.

—*Lady* Emily, ¿Puede venir un momento? —la voz de Janet la alertó—. Hay una clienta que quiere hacer unas modificaciones especiales en uno de los diseños nuevos.

—Enseguida voy Janet, que vaya eligiendo la tela mientras tanto. —Janet asintió y desapareció dejándola a solas.

Cuando Emily salió de la trastienda con su pequeña en el regazo vio a dos mujeres con Janet, no le importó llevar a su hija con ella ya que la pequeña no se quería separar de su madre.

—Buenas tardes señoras —saludó formalmente llamando la atención de éstas que se giraron al escucharla.

—¡Oh! —exclamó Janet—. La baronesa de Brightdawn es quién hará las modificaciones de su diseño Señora Storm —anunció Janet.

—Es un placer conocerla al fin baronesa, está usted en boca de todo Londres, sin duda por su maravillosa destreza a la hora de innovar desde luego. Aunque este diseño me ha encantado es demasiado atrevido para una mujer de mi edad tal como le decía a su empleada.

—No se preocupe señora Storm, podremos modificarlo a su gusto si así lo desea sin perder el estilo del diseño —contestó sonriente.

Miró a la otra señora que sería de la misma edad aproximadamente, parecía algo pálida, como si no se encontrara del todo bien. Emily se dio cuenta de que miraba fijamente a su pequeña y la aferró con mayor fuerza por alguna extraña razón.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó delicadamente Emily, aunque no habían sido formalmente presentadas.

—Sí. ¡Oh sí! Perdone —exclamó la dama—. Es su hija ¿no?, es una niña preciosa.

—Perdone mi descortesía baronesa, le presento a mi amiga la duquesa viuda de Sylverston.

Emily se quedó muda en ese instante, pero reaccionó rápidamente saludando a la mujer y concentrándose de nuevo en las modificaciones que la señora Storm deseaba para el vestido para tratar de disimular su incomodidad.

Horas más tarde seguía preguntándose sobre la reacción de la duquesa viuda de Sylverston, es decir, la madre de Henry. Le quitó importancia, no podría relacionarla, ¿o sí? No dejaba de pensar en el rostro de la duquesa al ver a su hija, ¿Tanto se parecía a Henry como para atar cabos? No, nadie podía siquiera sospechar que ella tuvo algo con él, menos aún su madre. Su hija era de William y nadie lo pondría en duda, tenía que dejar de mortificarse o entraría en un ataque de pánico solo de pensarlo.

Sacó su cuaderno y se puso a dibujar, era mejor que dejara de pensar en aquello. Sylverston jamás sabría que tenía una hija, Lynette era una Barnes y así lo sería siempre como había expresado William en su carta.

Henry se encontraba en el estudio de su casa aquella tarde, pensaba en cómo

actuar con Emily, no quería ir demasiado deprisa, aunque lo deseara, ella aún pensaba en Barnes, por más doloroso que fuera aún le quería y no podía luchar contra un fantasma. Lo quisiera o no, tendría que dejar pasar el tiempo, demostrarle de algún modo que él estaba ahí, lograr que confiara en él y eso era lo más difícil porque no se consideraba una persona paciente.

A cada momento pensaba que ella jamás le perdonaría, si él fuera ella sabía de sobra que no lo haría, pero Emily era distinta, era única y quizás pudiera demostrarle que de verdad la quería, aunque no supiera hacérselo ver, que había sido un canalla, un egoísta que solo había pensado en sí mismo y que estaba dispuesto a olvidar lo que ella hizo con tal de tenerla a su lado.

—¡Como has podido! —El sonoro estruendo de la puerta de su estudio seguido por los gritos de su madre le hicieron consternarse, jamás había visto a su madre así—. ¡Me esperaba cualquier cosa de ti!, ¿Pero esto?, ¡Esto es el colmo! —le gritó como una energúmena.

—¿Pero de qué habla madre?, ¿Que se supone que he hecho? —Henry estaba confundido, su madre había perdido completamente el juicio.

—¡Y ocultármelo de esta forma!, ¡Negarme ese derecho! —Se acercó a su hijo y le dio una sonora bofetada.

«Plaff» el sonido hizo eco en el estudio donde se encontraba Henry.

—¡Esto no te lo perdono Henry!, ¡Jamás te lo perdonaré! —volvió a gritar.

Henry vio cómo su madre tenía los ojos llorosos, cada vez estaba más y más confundido, se había quedado paralizado ante la bofetada que acababa de propinarle, ¿Qué le habría pasado para que reaccionara así?

—¡Me quiere decir de una vez que le ocurre! —gritó exasperado.

—¡Me has ocultado a tu hija!, ¡Porque no lo niegues!, ¡Esa niña es tu hija!, ¡Es igual que Francis de pequeña y tiene los mismos ojos de los Sylverston!,

¡Tus ojos, Henry! —gritó la duquesa.

¿Hija?, ¿Qué hija?, él no tenía ninguna hija...

—Yo no tengo ninguna hija madre, pensé que había superado la muerte de Francis, no vea usted fantasmas donde no los hay. Le aseguro que no soy padre.

—¿Me vas a negar que la hija de la baronesa de Brightdawn es tu hija?, ¡Yo sé lo que han visto mis ojos!, ¡No estoy loca! —inquirió en un tono de voz que más que una pregunta era una acusación.

Henry se quedó paralizado, por un momento no reaccionó, ni siquiera parpadeó. Todo su ser comenzó a agilizar su cerebro haciendo cuentas, pensando en fechas, asimilando que lo que decía su madre era totalmente posible, ¿Por qué ni siquiera se le había pasado por la cabeza que la hija de Emily podría ser suya?

—Ya veo que no lo niegas. —Su tono era ahora más tranquilo, quizás porque al ver la reacción de su hijo se convenció de que era probable que se acabara de enterar por ella misma.

—No... no lo sabía —admitió dubitativo mientras se sentaba en la silla. Necesitaba asimilar su paternidad, ¿Tenía una hija?, ¡Oh Dios! Si eso era cierto sería maravilloso. Se llevó las manos a su cara, tapando la nariz y la boca en un gesto de sorpresa contenida y furia, necesitaba verla con sus propios ojos, tenía que comprobar lo que su madre le había dicho.

—Pues ahora que lo sabes, ya puedes arreglarlo porque quiero tener contacto con esa niña. Me has negado un nieto todos estos años y ahora que sé que tengo una, no pienso alejarme de ella. —La voz de la duquesa viuda era firme.

—Si esa niña es mi hija, ten por seguro que vivirá en esta casa —aclaró él

saliendo por la puerta de su despacho.

Iría a la mansión de Barnes y vería con sus propios ojos si Lynette, que así era como se llamaba la hija de Emily era suya, porque si lo era, Emily iba a tener que enfrentarse a él y a su ira.

Emily había llevado esa tarde a Lynette a la casa de la señora Smith, quería que la conociera y de paso, pasar un rato con la anciana después de haberse ausentado por tanto tiempo.

—Querida Emily, tienes una hija preciosa, no tiene tus ojos, pero sin duda tiene unos bellísimos ojos, ¿Son de algún familiar de Barnes? —preguntó curiosa la anciana.

—No lo sé realmente —mintió despreocupada—. Probablemente sean una mezcla —insinuó como si aquello fuera lo más lógico a pensar.

—Bueno, sea como sea, esta niña será una auténtica belleza como su madre, ¿Verdad? —comentó la mujer antes de que le diera un ataque de tos.

—¿Está usted bien señora Smith? Me preocupa su salud, ¿Quiere que llame a un médico?

—¡Oh tonterías querida! Estoy bien. Nada que no cure un buen caldo caliente y reposo, debí coger algo de frío ayer en el paseo de la mañana, una ya no es tan joven para soportar estos fríos inviernos —dijo sonriente la anciana—. Además, lo que a mí me da fuerzas es poder disfrutar de vuestra compañía, sobre todo de esta pequeña tan llena de vida.

—¿Por qué no se viene a nuestra casa? Es muy grande para nosotras dos y la verdad, agradecería su compañía.

—No quiero molestar querida, una mujer mayor como yo solo puede dar más problemas que beneficios —terció la anciana.

—Por supuesto que no, señora Smith, usted será una gran compañía para Lynette y para mí. Así yo no tendré que venir a visitarla porque la tendré en mi casa. —Emily sentía aquella casa tan vacía que tal vez con la compañía de la anciana pudiera amenizarla.

—Bueno, si es lo que quieres pequeña yo estaré encantada.

—¡Oh! Eso será estupendo, mañana mismo pediré que trasladen sus cosas y la lleven, nos haremos compañía mutuamente. —Terminó diciendo Emily mientras se arrodillaba junto a la señora Smith y la cogía de las manos.

Tal vez fuera la falta de William o el hecho de saber que jamás volvería a casarse porque no podría sentir lo que aún le hacía sentir Henry por otro hombre, pero en aquel momento necesitaba no sentirse sola, llenar su vacío con algún tipo de amor, aunque este fuera de nostalgia.

Henry aporreó con alevosía el portón de madera de la mansión Barnes. A los pocos segundos la puerta se abrió y ni siquiera se anunció o permitió que le dejaran pasar, simplemente se adentró.

—¡Quiero ver a la señora de la casa! —gritó al mayordomo.

—¡Perdone caballero!, ¡No puede entrar así!

—¡Soy el Duque de Sylverston y exijo ver a su señora!

—Disculpe su excelencia —contestó el mayordomo con una reverencia—. Pero la baronesa no se encuentra en la casa en estos momentos, le ruego por favor que se marche.

—¡Y dónde está! —gritó furioso.

—No lo sé, excelencia —contestó el mayordomo abrumado.

—¡Arrghh! —bramó—. ¿Está *lady* Lynette? —preguntó en esos instantes.

—No, excelencia. *Lady* Lynette está con la baronesa.

—Pues la esperaré. —Henry se quitó el sombrero y la capa, sentándose en uno de los sofás que había en el gran hall de entrada.

—Pero excelencia, usted no puede... no es correcto que usted esté aquí y menos aún sin saberlo la baronesa.

—¡Me da igual lo que es correcto o no!, ¡Es un asunto urgente! Así que, si quiere que me marche, ¡Envíe a alguien a donde quiera que esté su señora para que venga de inmediato! —lo dijo con tanta ira que sintió el miedo de aquel mayordomo.

—S...s...si, excelencia.

Emily pasó por la tienda antes de volver a casa para comprobar que todo estaba bien y que las cosas marchaban tal como se tenía previsto. Un par de percances con dos clientas en la prueba de vestidos la entretuvieron más de la cuenta. Para ella era muy importante concienciar a sus costureras que las damas debían quedar completamente satisfechas con el vestuario sin perder en ningún momento el objetivo principal que era lucir el diseño tal cual se había realizado.

Emily admitía pequeñas modificaciones, podía entender que no había damas tan atrevidas para lucir alguno de los diseños que había creado, en cambio otras sí. Pero su objetivo primordial era que cuando alguien viera esos vestidos pudiera entender a simple vista que eran procedentes de Lynet's. Esa era la razón por la que había realizado una colección de vestidos cuyas damas podrían llevar el mismo modelo, pero en diferentes tejidos combinables para que no parecieran el mismo. De esa forma cualquiera podría identificarla y convertiría Lynet's en una firma única.

—Mi *lady*, déjeme decirle que tiene usted un talento único —La dulce voz de Janet la sacó de su ensimismamiento, se había hecho algo tarde y debía

volver a casa, pero aún quería dejar los últimos pagarés listos para entregarlos a primera hora de la mañana en el banco.

—Gracias Janet. Aprendí del mejor maestro.

—¿Un hombre? —preguntó sorprendida.

—Así es. —Nunca revelaría que había sido William, pero sí que podría hablar de él—. Y el mejor amigo que he tenido jamás.

—No sabía que los hombres entendieran de costura.

—Él era el mejor diseñador de moda de todo París, Janet, deberías haberlo visto. —Recordar a William la llenaba de algún modo de una energía vibrante—. Te hacía ver que la creación de cada prenda era mágica. Como si el hecho de lucirla fuera especial para esa persona y encontraba inspiración en las cosas más inverosímiles. Le echo mucho de menos —terminó confesando apenada.

—¿Vive en París? —preguntó la empleada.

—¿Quién? —Se había dejado llevar por sus pensamientos recordando tantos momentos junto a William que se le había olvidado de qué estaba hablando.

—Su maestro, ¿Por eso le echa de menos?, ¿Vive en París?

—¡Ah sí! Mi maestro... sí, él vive en París. —Para Emily era mejor pensar que William seguía irradiando alegría y demostrando su innata pasión por la moda en su querida Francia.

—Quizás nos visite algún día, seguro que quiere ver como su pupila ha conseguido triunfar en Londres gracias a sus enseñanzas. —Janet parecía encantada con la idea.

—Quizás Janet... quizá lo haga algún día —susurró.

Había sido un día agotador, necesitaba urgentemente un baño de sales

caliente para relajar sus músculos. Tobías le abrió la puerta del carruaje y Emily descendió primero cogiendo a Lynette de los brazos de Judith para que ella también bajara. Subió los peldaños que separaban la acera de la puerta de entrada y enseguida su mayordomo le abrió, seguramente estaría aguardando su llegada.

—Mi *lady*...

—Gracias Herald —le interrumpió Emily—. Ordena que me preparen un baño en mi habitación en cuanto acueste a Lynette, estoy tan cansada que no me apetece cenar nada, tomaré un tentempié.

—Mi *lady*, él...— hizo un énfasis ese *él* que Emily no entendió—. Lleva toda la tarde esperando aquí, no se ha marchado, decía que era urgente.

—¿Él?, ¿De quién habla Herald? —preguntó confusa.

—Yo. —Emily sintió que todo su cuerpo se estremecía al notar aquella voz produciendo en ella un pánico estremecedor, en aquel momento solo pudo sentir un miedo estrepitoso recorrer todo su cuerpo.

La voz estaba cargada de furia contenida, lo sabía, al igual que no hacía falta girarse para saber a quién pertenecía, pero lo hizo. Se giró sobre sí misma y allí estaba él, el hombre que le había proporcionado tantas alegrías y tristezas al mismo tiempo. El hombre que le había roto el corazón en pedazos y el único por el que era capaz de sentir algo.

El duque de Sylverston la miraba fijamente como si pareciera querer estrangularla hasta que reparó los ojos en Lynette. Emily trató de esconderla detrás de su cuerpo, pero era tarde, ya la había visto.

—Lleva a Lynette a su habitación Judith, enseguida subiré —dijo dándole a la pequeña que por algún motivo no cesaba de mirar a Henry al igual que él a ella.

—Si mi lady —contestó la doncella mientras se perdía escaleras arriba con la pequeña.

—¿Qué hacéis aquí, excelencia? No os he invitado a mi casa. —Se excusó

ahora que se sentía más segura sin la vulnerabilidad que representaba su hija.

—No pensabas contármelo nunca, ¿Cierto? —Su tono de voz casi demostraba decepción.

—No sé de qué me habla —respondió lo más calmada que pudo.

—¡Sabes perfectamente de qué te hablo, Emily!

—Le he repetido reiteradamente en varias ocasiones, que para usted soy la baronesa de Brightdawn —contestó vehemente.

—¡No voy a tratar de usted a la madre de mi hija! —gritó enfurecido.

Lo sabía... aunque desde el momento en que había visto la palidez de la duquesa de Sylverston supo que aquella posibilidad podría ocurrir, desde el mismo momento en que había entrado por esa puerta había sabido por qué, él estaba allí. Solo ahora, era cuando sus peores pesadillas se confirmaban. Henry sabía que Lynette era su hija y físicamente hablando, era un hecho innegable determinar que el duque era su padre.

—Es la hija de William Barnes —respondió firme.

—Que tenga su apellido no implica que sea su hija, ¡Soy su padre! —gritó seguro de sus palabras.

La había visto con sus propios ojos, esa niña tenía que ser suya sin lugar a dudas, tenía el mismo color de ojos, que los Sylverston, ¡Dioses!, ¡Era padre! Tantos años negándose tal hecho y ahora se sentía extraño al saber que una criatura llevaba su sangre por las venas.

—¡Dejaste de serlo en el mismo momento en el que me propusiste que fuera tu amante! —gritó.

Emily no lo negaba, estaba admitiendo con esa frase que Henry era el verdadero padre de Lynette.

—¡Eso no te da ningún derecho a arrebatarme lo que es mío! —le gritó acaloradamente mientras se acercaba a ella.

Admitir que ella sabía que él era el padre de su hija le desquició aún más. Por un momento pensó que lo negaría hasta la saciedad, pero las pruebas eran concluyentes.

—¡Lynette no es tuya!, ¡Nunca lo ha sido! —reiteró con furia.

—Lo es y haré lo que sea necesario para tener su custodia. —Su tono de voz parecía irradiar casi odio.

¿Qué?, Henry no podía hacer eso, ¿Podría hacerlo?

—¡No puedes hacerme eso!, ¡No me la puedes quitar! —gritó Emily.

Tenía los ojos vidriosos, él no sería capaz de aquello ¿O sí? No, no, no... No podía quitarle a su pequeña, era lo único que tenía, lo único verdaderamente importante en su vida.

—Presido la cámara de lores, ¿Tu qué crees? —respondió con sorna para evidenciar que podría hacerlo perfectamente y que de hecho lo haría, aunque con ello se ganara el desprecio y odio absoluto de Emily por el resto de su vida.

—¡No! —Emily cayó de rodillas al suelo con el alma desgarrada—. Haré lo que sea. Te lo suplico. Haré cualquier cosa que me pidas, pero no me la quites. Ella es lo único que tengo, ¡No te la puedes llevar!, ¡No la puedes alejar de mí! —su voz era desgarradora.

Ella sabía en la sociedad que vivían, donde siempre un hombre tendría más derechos sobre ella y Henry era un hombre poderoso que podría obtener lo que quisiera.

Henry la vio en el suelo, mirándole con lágrimas en los ojos. Su corazón no

podía verla así. Estaba dolido por el hecho de que se le hubiera ocultado que era padre, más aún, por saber que si por ella fuera jamás se lo hubiera contado, pero le dolía verla sufrir por el temor que le provocaba el hecho de perder a su hija. Le conmovió el hecho de que amara tanto a un ser que después de todo tenía una parte de él. Aunque no podía demostrar ahora debilidad, si lo hacía perdería a su hija, ¿Qué opciones tenía? Quería tener a su hija con él, pero también quería tener a Emily...

—¿Lo que desee?, ¿Aceptarás cualquier propuesta? —preguntó con seriedad en su tono de voz.

Emily sabía lo que le iba a pedir. Se convertiría en su amante, esta vez no sería una propuesta, sería una exigencia. Casi podía anticiparse al hecho, pero lo haría. Estaría dispuesta a sacrificarse por su hija si era necesario. Sería la amante del duque de Sylverston con tal de que no la alejara de su hija. Así que cerró los ojos, no podía mirarlo a la cara ni siquiera, no quería que viera la indignación que le provocaba el hecho de aceptarlo.

—Si, aceptaré lo que desees, siempre que implique tener a Lynette conmigo —contestó lo más serena posible.

—Tres meses —contestó casi sin pensarlo el duque.

Emily abrió los ojos confundida, ¿Tres meses? Que significaba aquello, ¿Sería su amante tres meses?

—Tienes tres meses para organizar una boda —añadió en un tono neutro, seguro de sí mismo.

—¿Una boda? —exclamó aturdida.

No lo entendía, ¿Qué boda debía organizar?

—Nuestra boda —confirmó por si le quedaba alguna duda al respecto, mientras se colocaba el abrigo y el sombrero para irse.

—¿Casarnos?, No puede ser, no pued...

—Te casarás conmigo Emily. Tu misma has dicho que aceptarías cualquier propuesta —confirmó tajante.

—Pero tú no quieres casarte —aseguró aún contrariada.

No lo entendía, él dijo que jamás se casaría, ¿Por qué cambiaba ahora de opinión?, ¿Era por Lynette?

—Lo anunciaremos en el baile de máscaras. —Fue toda la respuesta que recibió Emily, porque acto seguido el duque de Sylverston abandonó su casa.

Emily aún estaba anonadada, no podía asimilarlo. Sencillamente su mente no lo procesaba, se negaba ante el hecho de que iba a ser la esposa del duque de Sylverston.

Definitivamente no podía casarse con él, si lo hacía... no, no podía ni pensarlo, era intolerable, pero por otro lado no tenía otra opción. Él había amenazado con quitarle a Lynette y estaba segura de que tenía los medios necesarios para hacerlo, estaba en una encrucijada, por más que lo intentaba no veía una salida. La única opción sería huir, ¿Y si se iba a Francia?, ¿Desaparecer de Londres? Eso implicaba abandonar a su familia, a sus amigas, la casa de modas... tenía que pensar que era lo más importante, si huía solo sería un acto de egoísmo, una cobardía para no afrontar lo que implicaría casarse con el duque.

Se hundió más en la bañera, el agua comenzaba a estar templada y pronto debería abandonarla, pero ella tenía demasiado en que pensar como para darse cuenta de que el agua se enfriaba. Pensó en su hija, en Lynette, después de todo tendría una figura paternal, a su verdadero padre. Lo haría, se casaría con el duque, pero le dejaría bien claro que solo sería su esposa de cara a la sociedad, en lo que a ella respectaba, no existiría nada entre el duque y ella.

Henry había madrugado aquella mañana y pensaba pasarla en la fábrica para evitar a su madre. No le apetecía en absoluto mantener la conversación que ella tanto anhelaba, ya le daría la noticia cuando él mismo la asimilara. Iba a casarse con Emily, debería estar contento, ¿No? Pues no lo estaba, por un lado, le guardaba rencor por no haberle contado que él era el padre de Lynette, aunque lo más probable es que ni siquiera sabía quién era el padre de la criatura hasta que vio el parecido. ¿Sabría Barnes que Lynette no era suya? Lo dudaba...no le habría dado su apellido de ser así. Por otro lado, estaba el hecho de que ella al fin iba a ser suya, pero no del modo que él quería. La estaba obligando a casarse con él y en el fondo sabía que ella no se lo perdonaría, aunque solo accedía por la amenaza de apartarla de su hija.

Suspiró profundamente mientras se levantaba para observar a través de la ventana de su despacho la calle que a esas horas era poco transitada, ¿Qué otras opciones tenía? El matrimonio le parecía que era la única forma de poder tener a Lynette cerca de él sin perjudicar a ninguna de las mujeres de su vida. Su madre estaría feliz, Emily estaría con la pequeña y su hija no sería considerada una bastarda.

—Vaya caras tenemos tan temprano —Escuchó la voz de Robert a su espalda y se giró sobre sí mismo para ver a su amigo.

—Sí. No es un buen día que digamos —respondió sin ánimo.

—Vaya, yo pensaba que estarías alegre después de tus progresos con *lady* Emily y saber que ahora tienes una excusa para verla.

—Voy a casarme —contestó serio.

—¿En serio?, ¡Pero si la quieres a ella!, ¿Qué razones puedes tener para casarte con otra? —dijo Robert exaltado.

—Con Emily, voy a casarme con Emily —confirmó el duque.

—¿Y entonces por qué esa cara de funeral?, ¿No era lo que querías? No hay quien te entienda —respondió mientras se sentaba en el despacho de Henry—. ¿Cómo has conseguido que acepte? Creía que era de las que te lo pondría difícil.

—Todo es complicado cuando se trata de Emily, nada sale como planeo. Intento hacer las cosas bien y de pronto esto —refunfuñó—. Resulta que soy padre, ¡Padre! Y por si te lo preguntabas, la respuesta es no. No pensaba decírmelo, así que la he obligado a casarse conmigo si no quiere perder a la niña.

—Me estás diciendo por lo que he podido deducir que la hija de Emily, ¿Es en realidad tu hija? —Robert estaba sorprendido.

—Sí —afirmó.

—¡Ay madre! —Alzó la voz mientras se llevaba una mano al mentón pensativo— ¿Estás seguro?

—Completamente —contestó.

—Entonces supongo que, pese a todo, debo darte la enhorabuena amigo mío. Te vas a casar y eres padre en el mismo día. —Robert se levantó abrazando a su amigo—. Míralo por el lado bueno, la vas a tener para ti cada noche y como dicen no hay mejor forma de conquistar a una mujer que en la cama.

—Sí... claro —susurró siendo plenamente consciente de aquello, tenía el presentimiento de que las cosas no iban a ser tan sencillas con Emily.

—Venga, vayamos a celebrarlo al club, Michael estará por allí y seguramente esté acompañado de David, Andrew y Richard.

Henry tenía gran estima a Michael, no tanto a los amigos de éste que eran demasiado irresponsables, por no decir que les gustaba demasiado el juego y las mujeres, además de beber en demasía y no dar un palo al agua. Pese a

todo accedió, en aquel momento necesitaba algo más que una copa para asimilar lo que se avecinaba.

—¿Que te vas a casar con Sylverston? —exclamó Julia completamente sorprendida y estupefacta.

Emily le había soltado tal cual que se casaba con el duque en tres meses, sin pararse a ponerla en antecedentes. De todos modos, todo Londres se enteraría el día de la fiesta y para eso solo faltaban cuatro días.

—Cssh ¡Julia!, ¡Baja la voz! —la reprendió Emily.

Aunque se encontraban en la trastienda mientras le probaba su vestido para la fiesta de la mascarada ellas mientras tanto aprovechaban para hablar. Emily supervisaba personalmente los vestidos de Julia y de Susan para que quedaran perfectos.

—¡Pero llevas viuda muy poco tiempo!, ¡Incluso menos de un año! —dijo ahora en un tono más bajo.

—Lo sé, pero no tengo otra opción —contestó mientras le cogía el bajo de la falda del vestido con alfileres.

—Espera, espera, espera, ¿Que no tienes otra opción? Cuéntame los detalles intermedios que te has debido de saltar porque no lo entiendo. Hasta donde yo sé, tu historia con Sylverston terminó el día que lloraste como una magdalena porque no se quería casar contigo y lo siguiente que supe es que te habías casado con Barnes, Yo creía que estabas enamorada de William, ¿O por el contrario amabas al duque?

Emily dejó los alfileres y se sentó medio derrotada, tenía que confesárselo a alguien o explotaría. No podía guardar todo aquello para ella misma, estaba al borde del colapso.

—El padre de Lynette no es William —susurró.

—¡Oh dios mío! —contestó Julia llevándose una mano a la boca entendiendo hasta donde había llegado Emily con el duque en aquella fiesta, ¡Con razón lloraba así cuando le confesó que no se iba a casar con ella! Por eso la rapidez de fugarse a Gretna Green con Barnes.

—Dice que, si no me caso con él, se la llevará y me alejará de ella. Él puede hacerlo Julia, tiene influencias que yo no tengo, si él habla no solo manchará mi nombre y el de Lynette, sino que la perderé y no podría vivir sin tenerla a mi lado. —Sus ojos eran ahora vidriosos.

—¿Y él te ha propuesto matrimonio a cambio de no contarle? —preguntó Julia con interés.

—Sí, le dije que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para que no me separara de ella y esa fue su propuesta, realmente no lo entiendo Julia. Hace dos años me dijo que jamás se casaría, que lo único que podría ofrecerme era ser su amante, ¿Por qué ahora quiere casarse conmigo?, ¡Ahora que yo no quiero!, ¡Que por fin era libre y no tendría que depender de ningún hombre!

—¿Su amante?, ¡Será cretino! —contestó estupefacta.

—William me convenció para fugarme con él, entre nosotros nunca hubo nada Julia, nos queríamos como amigos, nada más. Pero prométeme que Susan no lo sabrá, William quería que Lynette llevara el apellido Barnes y si su madre se entera que no es su nieta pensará que no le queda nada de él.

—Tranquila, mis labios están sellados Emily. —Julia se bajó de la plataforma en la que estaba subida para que le cogieran el bajo del vestido y se sentó junto a Emily rezando por no clavarse ningún alfiler, por suerte fue así—. Pero no me has respondido —inquirió.

—¿A qué? —respondió confundida Emily.

—¿Aún amas a Sylverston? —insistió.

—No lo sé, Julia, Mi mente quiere odiarlo, pero algo dentro de mí se niega a hacerlo, es alguien despreciable, pero al mismo tiempo es el padre de Lynette y quizá esté bien que crezca a su lado, estoy confundida. No sé qué debo esperar de este matrimonio y tengo miedo, no quiero quererlo, no quiero que me haga daño de nuevo. —Terminó por decir mientras unas lágrimas recorrieron su rostro.

Se había jurado no llorar de nuevo por él y allí estaba de nuevo, derramando lágrimas por el mismo hombre.

Aquella noche anunciaría su compromiso. No había vuelto a ver al duque, en los cuatro días que habían pasado no había tenido noticias suyas, ¿Estaría enfadado por haberle ocultado que era padre?, ¿La estaría evitando? Ella desde luego prefería que fuera así, no sabía cómo iba a reaccionar al verlo, ¿Habría cambiado de opinión al respecto? Lo dudaba, mejor sería no mantener esa esperanza.

Emily había pensado llevar un vestido en una tonalidad de morado intenso con algunos toques de dorado a la fiesta, eso fue antes de que Henry le

hiciera esa propuesta. Dos días después cambió de idea, tenía que llevar un vestido gris, con finos y elegantes bordados en plata que también estuvieran en el encaje. Ni ella misma entendía por qué hacía aquello, pero algo dentro de ella sentía que debía hacerlo, por lo que dada la finura del bordado y pese a que tenía una costurera únicamente con su vestido, ella continuaba la labor cuando su empleada descansaba o no le daría tiempo a tenerlo listo.

Puede que nadie se diera cuenta, pero ella lo sabría, su vestido sería del mismo color de los ojos del duque, los mismos de su hija Lynette. Quiso imitar un gesto que le confesó en su día la señora Hadden de su madre en su petición de mano, llevar un vestido del mismo color de ojos que su futuro esposo. Su madre fue feliz junto al conde, ¿Podría ella serlo? Realmente sabía la respuesta, el duque jamás la podría hacer feliz, nunca había tenido en cuenta sus decisiones, siempre había pensado en él mismo. No, ella nunca sería feliz junto a un hombre así. ¿La obligaría a dejar su trabajo en la casa de modas? Tenía tantas incertidumbres con respecto a ese hombre que no le sorprendía ser un manojito de nervios.

Toda *la crème de la crème* de la alta sociedad inglesa acudiría a la fiesta de máscaras, no solo las personas más pudientes, ricas y poderosas estarían allí, sino que aquel evento suponía un antes y un después de la temporada en la vida de toda dama o caballero que se apreciara. Aquella fiesta era una referencia para demostrar el estatus social que se poseía y todo aquel que no acudía significaba que no había recibido invitación, por lo tanto, era declinado por el resto de invitados. A Emily todo aquello le parecía una exageración, ¿Qué culpa tendría la hija de alguien que se ha visto arruinado por deudas de juego?, era muy injusto. Una sociedad basada en apariencias y engaños era la definición perfecta para la alta sociedad inglesa.

—Mi *lady*, si no descansa va a enfermar ¿Y entonces quien lucirá ese

magnífico vestido que tanta dedicación le está poniendo? —advirtió su empleada observándola con preocupación.

—Lo sé, Judith. Enseguida me acuesto, ya casi está terminado y te prometo que dormiré, aunque me levante tarde pero mañana es la fiesta y debo acabarlo. —Unas cuantas puntadas más y estaría terminado.

No miró la hora cuando se acostó aquella noche, pero sin duda debía ser de madrugada bien entrada la noche. Observó la luna, estaba casi llena, seguramente estaría completa al día siguiente. Recordó su primer beso, ese beso robado del duque aquella noche de Luna llena, había sido tan ingenua e incrédula por aquel entonces... Tan deseosa de casarse con el duque que casi no había dormido aquella noche y ahora allí estaba, a punto de anunciar su compromiso con ese hombre y sin una pizca de ánimo por hacerlo. ¿Por qué tenían que haber ocurrido así las cosas? Él no deseaba ese matrimonio, ella tampoco. Nada auguraba nada bueno para ambos si comenzaban así.

Henry había contratado a alguien para que siguiera los pasos de Emily, no se fiaba de que por alguna razón huyera de él con su hija. Sabía que no deseaba ese matrimonio y en el fondo entendía por qué; le detestaba por obligarla a hacerlo, ¿También le odiaría? Aunque él tampoco olvidaba fácilmente lo que le había hecho Emily, algo en él lo empujaba a tener esperanza, ¿Sería posible que algún día se llevaran bien?, ¿Lograr olvidar el pasado para comenzar desde cero? Quizá si se aferraba a ello lo lograría.

—Hijo, ¿No crees que debería acompañarnos la baronesa para asistir al baile juntos? Teniendo en cuenta que anunciaréis el compromiso esta noche, quizá sea lo mejor. —Henry le había comunicado a su madre finalmente que Emily y él se casarían pronto y lo anunciarían esa misma noche.

Decir que estaba contenta era quedarse corto, eso implicaba tener a Lynette en casa. Además de una nuera que le podría proporcionar más nietos. Aunque

no entró en los detalles de cómo la había obligado a casarse con él pronto lo descubriría, se daría cuenta cuando Emily no se comportara como una esposa alegre y dichosa.

—No madre, lo mejor será que cada uno llegue por su lado. Ni siquiera ha pasado un año desde que enviudó, lo mejor es que guardemos las apariencias.

—Correrían el rumor de que Emily buscaba un protector para su negocio, Robert se encargaría de hacerlo correr. Sería la única forma de que la sociedad pasara por alto el poco tiempo que había tardado en olvidarse de su esposo para casarse de nuevo.

—¡Emily!, ¡Nunca imaginé que te verías tan hermosa luciendo esa tonalidad! —Emily acababa de colocarse la última de sus joyas cuando su doncella le avisó de que Julia la aguardaba en el hall para tratar un asunto urgente.

—Lo cierto es que nunca habría pensado en este tono para mí —confesó totalmente sincera, si no fuera por la circunstancia dudaba que lo hubiera elegido—. Pero dime, ¿Qué es ese asunto urgente que te ha traído aquí? —Julia lucía su hermoso vestido en tonos bronce mezclados con color café que tan bien le sentaban, se veía muy hermosa con aquel semi-recogido dándole un aspecto sofisticado y juvenil al mismo tiempo, cuando se colocara la máscara se convertiría en una joven muy solicitada esa noche. Estaba segura de ello.

—Robert me ha enviado para comentarte algo que debes saber —confesó Julia—. Teniendo en cuenta el poco tiempo de viudez, la gente hablará de lo rápido que has buscado otro esposo y esta vez uno tan acaudalado, para que no comiencen las habladurías Robert correrá la voz de que vuestro matrimonio es por el interés de ambos. Teniendo en cuenta que Sylverston posee una fábrica de textiles y tú una prestigiosa casa de modas, nadie lo

dudará.

Emily se quedó pensativa un instante, ni tan siquiera había pensado en la reacción de la gente al enterarse de su compromiso. Hablarían, ¿Cómo no hacerlo con una noticia así? Más teniendo en cuenta que no habían transcurrido ni ocho meses desde la muerte de William.

—¿Ha sido idea de tu hermano Robert? —preguntó contrariada.

—No, ha sido *lord* Sylverston quien se lo ha pedido. Y también ha sido él quien ha solicitado que te avisara para que estuvieras informada de todo antes del anuncio de compromiso —confirmó su amiga.

No lo entendía, ¿Por qué Henry quería favorecerla? Tal vez él también se beneficiada de todo aquello, si hablaban mal de ella podrían meterlo a él también en el mismo paquete. Desde luego tendrían que inventar algo así para no contar la verdad porque desde luego no pasarían por dos amantes enamorados precisamente para que todo el mundo entendiera las razones de aquel matrimonio.

—Supongo que es lo mejor, a ninguno nos beneficia que comiencen a divulgarse rumores por el bien de Lynette —contestó sin darle más importancia de la debida.

Descendieron del carruaje ayudadas por su fiel cochero Tobías. Agradecía que Julia la acompañara, estaba nerviosa por encontrarse a Henry, ¿le reconocería con la máscara? La tradición era conservarla hasta las doce de la noche, donde con la última campanada todo el mundo debería quitársela. Realmente era una soberana tontería porque la gran mayoría se podría reconocer a través de ella, pero era una gran aventura para quien no lo hacía.

—¡Venga, vayamos a buscar a Susan! —exclamó Julia.

Sería fácil encontrarla teniendo en cuenta que sabían cómo iba vestida al ser

Emily quien había diseñado su vestido. La encontraron bailando una pieza con un joven, en ese momento Emily pensó por qué no se habría casado aún, era un año mayor que ella y seguro que habría recibido varias propuestas. Le desconcertaba la idea de que tanto Susan como Julia, aún no se hubieran casado tras llevar varias temporadas.

—Le rechazará —oyó decir a Julia.

—¿Por qué? —No hacía falta preguntar de quien hablaba.

—Susan quiere casarse por amor, está empecinada en ello. Si no llevo mal las cuentas, creo que ha rechazado a unos treinta pretendientes con peticiones formales de matrimonio.

—¿Treinta? —Eso eran muchas peticiones, demasiadas incluso.

—Sí, su padre no desea que sea desdichada en el matrimonio, por ello la consiente. Si me lo preguntas a mí, no digo que sea inconformista, pero si no se casa pronto, se quedará solterona.

—Quizá sea preferible estar sola que estar con un hombre que no te ama o por el que no sientes nada —declaró Emily, que entendía perfectamente la postura de Susan. Comprendía que prefiriera estar soltera antes que soportar un futuro incierto con alguien que no amara.

—Lo siento Emily. Había olvidado por completo que precisamente tú estás en esa situación.

—¿En qué situación hermanita? —La voz de Robert las hizo girarse a ambas. Emily vio junto a la figura del que debía ser Robert un caballero de ojos grises con la figura y el porte del que sin duda era el duque.

—¿Me concede la siguiente pieza, mi *lady*? —La voz de Henry acompañada de esa intensa mirada hicieron que a Emily le fuera imposible negarse.

Notaba la piel cálida de la mano del duque mientras se dirigían a la pista de baile una vez finalizada la pieza anterior. Se suponía que de no ser por las máscaras que ocultaban parcialmente su rostro, todo el mundo les observaría detenidamente, un privilegio de ser una fiesta de máscaras para poder calmar su nerviosismo de por sí latente.

—Veo que no habéis huido, mi *lady* —su voz era aterciopelada, Emily podría jurar que casi de incredulidad. No era una idea descabellada que él pensara que podría haber huido, ella misma se planteó la posibilidad si no fuera por las razones que la ataban a quedarse en Londres, razones que quizá carecerían de importancia si él se lo exigía.

Henry la miraba fijamente, lucía extremadamente bella y eso que ocultaba con la máscara parcialmente su rostro, pero aquellos labios que siempre le habían vuelto loco al igual que el color de sus ojos sin duda hacían desearla fervientemente. Contempló una ínfima esperanza, tal vez, solo tal vez si Emily no había huido y estaba allí para anunciar su compromiso significaba que podría seguir sintiendo algo hacia él.

—Huir es de cobardes —declaró. Aunque ella definitivamente era una cobarde por tener miedo de él.

—Recuerdo una vez en la que huiste de mí —contestó y Emily guardó silencio.

Sí, tenía razón... había huido de él, destrozada y con el corazón roto. Se suponía que ahora era una mujer nueva, fuerte, capaz, ¿Entonces por qué se sentía como la joven ingenua y estúpida que fue en su día?

—Me había dejado muy claro cuál sería mi lugar si me quedaba —declaró dolida.

—¿Jamás olvidarás lo que hice? —preguntó dolido.

¿Era nostalgia lo que había en su tono de voz?, ¿Sentimiento? Emilyladeó la cabeza negando sus pensamientos.

—¿Podrás olvidar tú que me casé con Barnes? —dijo por toda respuesta.

—Podría intentarlo... podría hacerlo por Lynette. —No quiso revelarle que aun sentía por ella algo que era incapaz de describir. Pese a todo Emily seguía consiguiendo que su sangre hirviera bajo su piel.

—Por Lynette... —susurró. Claro, ¿Qué otra cosa podía esperar de él?, ¿Que la amara? Henry no sería capaz de amar a nadie más que a sí mismo. Todos sus actos egoístas así lo demostraban.

—Es nuestra hija, se merece que al menos nos tratemos con respeto. Que no crezca viendo el odio de sus padres —aclaró.

La pieza de baile terminó y volvieron junto al círculo de amistades, donde también se encontraba la madre de Henry.

—Henry, querido ¿Nos traerías unos refrescos? Tengo la garganta seca y seguro que *lady* Emily estará en la misma situación —terció la duquesa viuda.

—Sí, madre. Enseguida vuelvo. —respondió cortés.

—Querida... —comenzó a hablarle la duquesa a Emily—. Dale tiempo, nunca ha tenido un carácter fácil, pero es un buen hombre.

Emily no sabía qué responder a su futura suegra. ¿Un buen hombre?, ¿Sabría esa mujer lo que su hijo había pretendido hacerle? No...Nadie lo sabía salvo Julia y el difunto William.

—Ha estado demasiado tiempo reprimiendo cualquier sentimiento que pudiera albergar. No le culpes, nunca tuvo una infancia fácil y cuando creyó encontrar la felicidad, se la arrebataron. Sé que a tu lado puede ser feliz.

Prométeme que le darás una oportunidad.

Emily era madre, sabía de sobra que exculparía cualquier pecado de un hijo. ¿Prometer que le daría una oportunidad? ¿Para volver a romperle de nuevo el corazón que aún estaba hecho añicos? No, no podía prometer algo así.

—Yo.... no sé qué decir. —No le mentiría, no haría promesas que no pensaba cumplir.

—No digas nada ahora, pero al menos prométeme que lo pensarás. —Eso sí podía hacerlo si la tranquilizaba.

—Está bien, lo pensaré. —Sintió deseos de saber porque Henry no habría tenido una infancia fácil, ¿Qué podría haber ocurrido para que no fuera así? Suponía que el hecho de que su felicidad fuera arrebatada sería por su difunta prometida, ¿Conocería alguna vez la historia? Seguramente no por parte de Henry, pero quizá su madre podría contársela...

La cuenta atrás iba a comenzar en breve, justo diez segundos antes de las doce que el gran reloj de cuerda sobre el muro central del salón marcaba.

—¡Diez!, ¡Nueve! —comenzaron a gritar todos—. ¡Uno! —Emily vio como todo el mundo lanzaba su máscara al aire entre risas y aplausos. Julia había desaparecido, Susan conversaba animadamente con Catherine que también había acudido a aquel baile a pesar de su aspecto. Ella se había quedado a solas junto a Henry, aunque permanecían callados.

Henry no podía evitar mirarla de soslayo, estaba preciosa luciendo aquel vestido, se fijó por un instante más en el color, ¿Eran imaginaciones? ¿O aquel color era el mismo del de sus ojos? Seguramente había sido una casualidad, de ser así estaba claro que lo habría hecho por su hija y no por él.

—¿Sabe vuestra madre que Lynette es...? —El susurro de Emily hizo que él casi no la escuchara.

—Sí, fue ella quien lo averiguó —confirmó.

Aunque Emily lo sabía de antemano necesitaba confirmarlo. Si Lynette no hubiera estado por la mañana en la tienda nada de aquello habría pasado.

—Deberá pasar un tiempo prudencial hasta que le cambie el apellido y sea una Sylverston —confesó él sin sentimiento alguno.

¿Cambiarle el apellido? No, él no podía hacer eso. William le había pedido que conservara su apellido, su linaje... no podía permitirlo.

—¡No puedes hacer eso! —gritó repentinamente.

Gracias a los murmullos de la gente nadie se dio cuenta de que había alzado la voz.

—¿Pretendes que conserve el apellido de alguien que no es su padre, aunque todos crean que si lo es? —susurró inaudiblemente—. Por encima de mi cadáver —confesó.

—No lo entiendes, yo se lo prometí. Le prometí a William que ella sería una Barnes, la última en conservar su apellido —le suplicó con los ojos—. Me casaré contigo, pero tienes que dejar que Lynette sea una Barnes.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? —la miró fijamente.

—Sí, lo sé. —Realmente no lo sabía, pero la cegaba su fidelidad hacia William.

—¿Sabes lo que implicaría que haga lo que me pides? —Emily lo miró confusa—. Tendrás que darme un heredero si pretendes que haga lo que me pides.

¿Darle un hijo? Eso implicaba compartir el mismo lecho, dormir en la misma cama. Tener una intimidad con él que desde luego no deseaba, ni anhelaba, ni quería y de la cual sabría que saldría mal parada. No, no podría hacerlo, no

sobrevivía a eso. Huiría, definitivamente tendría que huir y ser una cobarde si quería que su hija siguiera siendo una Barnes sin tener que meterse en la cama de Henry.

En aquel momento se escucharon unas voces seguidas de unos golpes de copas para llamar la atención. Todo el mundo se giró hacia la persona que realizaba aquella llamada.

—Queridas damas y caballeros, tengo el enorme placer de anunciarles que mi querido amigo El duque de Sylverston contraerá nupcias próximamente con *lady* Emily, Baronesa de Brightdawn, ¡Un brindis para la feliz pareja! — concluyó Robert mientras en aquel momento todo el mundo se giró para buscar a la pudiente pareja que acababa de anunciar su compromiso, hasta que les encontraron.

«Tarde para huir» pensó Emily en aquel instante.

Emily se encontraba en la trastienda pensativa, miraba las cuentas y los bocetos que aún no había terminado con desgana... el momento se acercaba y cada vez se sentía más presionada, sin poder evitar en la encrucijada que se hallaba.

—¡Emily!, ¡Faltan dos semanas para tu boda y ni tan siquiera has comenzado con tu vestido! —La voz de Julia la reprendió.

No estaba inspirada, no quería ese matrimonio y por tanto, no quería un vestido de novia.

—Me pondré uno de los que ya tengo, ese morado que iba a llevar a la

mascarada que al final no me puse valdrá.

—¡Ni hablar! —contestó la susodicha airadamente—. Tienes una casa de modas, ¿Piensas ir con un vestido cualquiera? Me da igual que no quieras casarte, pero ten presente que de lo que se hablará en tu boda será de tu vestido. ¿Qué crees que diría William si no lucieras una obra de arte el día de tu boda?

Emily resopló, era cierto, Julia tenía razón, pero no tenía ni una pizca de ánimo, menos aún de lucir algo espléndido el día que comenzaría su condena, porque estar casada con Sylverston era eso, una condena.

—Está bien —refunfuñó mientras cogía su cuaderno y comenzaba a dibujar.

Mientras iba trazando líneas realizando un esbozo, las ideas fueron fluyendo por sí solas. Encaje, su vestido sería completamente de encaje en color marfil sobre una tela plateada. Con pequeños brillantes incrustados por toda la tela discretamente cosidos que brillarían a la luz del sol y de los candelabros. Las mangas dejarían a relucir su piel bajo el mismo encaje, al igual que el escote y sus hombros discretamente disimulados, solo la falda y el corpiño llevarían la sobre tela plateada. No deseaba una falda voluminosa, ni lucir un gran escote. Se trataba de una boda; su boda. Así que solo quería que el vestido lo definiera una palabra, *elegancia*.

—¿Estás muy ocupada, querida? —Emily alzó la vista de su pequeño estudio en Lynet's para encontrarse con Petunia, solía pasarse por la tienda en su paseo matutino con Lynette, de esta forma se saludaban y la baronesa viuda pasaba un tiempo con su nieta.

—No te preocupes, siempre tengo tiempo para ti. —le dijo sonriente.

—Quería darte una cosa —dijo mientras sacaba de su bolsa un pequeño estuche de terciopelo azul y se lo entregaba a Emily dejándolo sobre la mesa

de caoba—. Es mi regalo de bodas —aclaró.

—No tenías por qué hacerlo. —Se adelantó a decir Emily mientras abría el estuche para encontrarse con una pulsera de oro engarzado con pequeñas piedras, era sencilla y preciosa.

—Era de mi abuela y deseo que sea tuya. No te he querido preguntar los motivos de tu matrimonio, no soy quien para juzgarlos. Pero si son ciertos los rumores, espero que puedas llegar a ser feliz como lo fuiste con mi hijo.

Emily no pudo evitar emocionarse. Había llegado a amar a aquella mujer de carácter noble.

—Lynette tiene una abuela maravillosa —dijo mientras le cogía la mano—. Gracias Petunia, estoy segura de que llegaré algún día a ser feliz —mintió. Ella sabía de sobra que no llegaría ese día, al menos no con Henry.

Sus costureras habían trabajado incansablemente para tener listo su vestido a tiempo. Ahora Emily lo contemplaba colgado sobre la puerta del vestidor a la luz de las velas mientras Emily descansaba los músculos en la gran bañera que habían llevado a su habitación. Aún le quedaban dos cubos de agua caliente para alargar su baño. Tenía que reconocer que el hecho de que la Señora Smith se hubiera mudado a su casa había ayudado a paliar los pensamientos y desquicios mentales que padecía en las horas que no conversaba con alguien. Era una pena que su compañía se acabara cuando se mudase a la casa del duque, cosa que sucedería al día siguiente. ¿Por qué debe pasar tan rápido el tiempo? Incluso su pequeña Lynette ya daba sus primeros pasos.

Cerró los ojos y suspiró. «Mañana» se dijo mentalmente.

«Mañana seré la duquesa de Sylverston».

Ese deseo ferviente que tuvo hace casi dos años se cumplía y con él su miedo

más impetuoso se acercaba. La sola idea de que Henry la poseyera de nuevo la estremecía, ¿Sería capaz de no demostrar sentimiento alguno mientras lo hacía?, ¿Podría resistir la tentación de dejarse hacer el amor por él? Tendría que ser fuerte, resistir la tentación porque por nada del mundo permitiría que Henry le cambiara el apellido a Lynette.

Su hermana Anne la ayudaba a darle los últimos retoques del vestido. Su cuñado Donald sería el encargado de acompañarla hasta la iglesia donde se encontrarían los invitados. Habían decidido no hacer una celebración grandiosa, sino más bien reducida en los jardines de la mansión Sylverston en Londres. Emily desconocía que ocurriría después, por norma general los novios se iban durante unos días de luna de miel, pero el suyo no era un matrimonio normal. De hecho, ninguno de sus matrimonios ahora que lo pensaba había sido normal.

—Nunca he visto un traje de novia similar, Emily. —La voz de Anne era casi emocionada—. Pareces una estrella que sin duda hoy brillará. —La emoción de su hermana la contagió levemente, aunque no se sentía partícipe de aquello, no sentía que de verdad fuera real.

—¿Preparada? —Donald la cogió de la mano para bajar del carruaje.

Había llegado el momento, estaban frente a la iglesia. Emily descendió y acompañada por su cuñado entraron en aquel monumento de piedra eclesiástico. De entre todas las personas él fue inconfundible, con su porte erguido, Emily podía apreciar su perfil. Todos guardaron silencio y se escucharon leves gemidos y expresiones de júbilo, pero Emily se sintió cohibida no por las miradas de los demás sino por la de él. Cuando Henry la miró fijamente sus defensas se tambalearon, su escudo se vio fuertemente golpeado por aquellos ojos grises que sin duda la devoraban.

«Sé fuerte» se dijo apartando la mirada de él interrumpiendo el contacto

visual.

«No dejes que te rompa de nuevo tu frágil corazón».

No volvió a mirarle, era mejor no hacerlo pese a saber que no podría evitarlo eternamente. La ceremonia fue menos larga de lo que ella hubiera querido, pronto se vio dando un Sí, quiero con voz temblorosa, nada segura en comparación con la firmeza y determinación de él.

—Por el poder que me ha sido otorgado, les declaro Marido y Mujer — anunció el sacerdote.

En aquel momento Emily miró al duque y en su mirada interpretó algo que le heló aún más su de por sí piel erizada, «Eres mía» quizá eran imaginaciones suyas, pero desde luego lo que sí era innegable es que ahora le pertenecía a él.

Los invitados fueron saliendo de la iglesia mientras ella y Henry asistían a la pequeña sala donde el notario eclesiástico registraría sus firmas. Robert y Julia eran sus testigos por lo que los acompañaron hasta aquel cubículo. Emily apreció el pequeño saquito de terciopelo que Henry entregó al párroco como pago por la ceremonia. Ni tan siquiera ella había previsto aquellos pequeños detalles. Hasta del propio banquete se había desentendido cuando nadie le preguntó nada.

Guiada por Henry que la ayudó a montar en el carruaje de él, irían solos hacia la mansión, un sentimiento extraño la recorrió cuando acarició su mano de forma suave al ayudarla. Ella se deshizo rápidamente del contacto como si quemara.

—¿Nos quedaremos en Londres después de la ceremonia? —Lo mejor era mantener una conversación, pensó Emily. Aquel silencio sepulcral la ponía de los nervios y aumentaba su nerviosismo.

—Sí, tengo algunos asuntos que atender, por lo que pospondremos la luna de miel algunas semanas —afirmó con bastante seriedad.

—Está bien —susurró.

Habría luna de miel, tendría que viajar a algún lugar solos, aunque suponía que se llevaría a Lynette. Tendría que buscar una excusa, si, después de todo si él no podía ausentarse por negocios, ella tampoco.

Recibió bastantes alabanzas hacia su vestido durante el pequeño convite, incluso dos damas aseguraron que encargarían los vestidos de novia de sus hijas en su tienda. Emily intentó sonreír, pero había que reconocer que la leve sonrisa que emitían sus labios era más que forzada, pese a todo guardó las apariencias y cuando se escapó durante unos minutos para ir junto a Lynette agradeció el momento. Sentía una opresión en el pecho que la consumía cada vez más, tenía ganas de gritar a todo el mundo que no deseaba aquel matrimonio que Henry le había impuesto y sin embargo cada vez que le observaba de soslayo su nerviosismo aumentaba.

El último de los invitados se había marchado e incluso la duquesa viuda se había trasladado a su pequeña casa a las afueras para darles una mayor privacidad a los recién casados. Los criados recogían las copas y las bandejas de las mesas que habían sido dispuestas, mientras Emily se paseaba por el salón divisando a través de los ventanales el jardín. Había comenzado a llover, algo típico y más teniendo en cuenta las fechas que eran.

—Mi *lady*, ¿Desea que la acompañe a su habitación? —La voz de la joven doncella la sacó de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto —asintió puesto que desconocía donde estaba la habitación de Henry—. ¿Dónde está el duque? —No le había visto desde que se marchó el último invitado.

—Su esposo está en el estudio, reunido con el señor Benedict —confirmó la doncella—. Esta es su habitación, mi *lady*. La que comunica con las estancias de su esposo.

¿Así que tendría una habitación propia? Eso le daba cierta intimidad a pesar de la puerta que comunicaba ambas estancias. Con William le pareció normal, pero sabía por sus hermanas que sus padres nunca usaron la habitación de madre. Solo servía como guardarropa porque el Conde siempre dormía en el mismo lecho que su esposa.

—¿Podría avisarme cuando se marche el señor Benedict? Necesito hablar con mi esposo. —Era la primera vez que lo decía, “mi esposo” y era extraño decir aquello pensando en Henry.

—Por supuesto mi *lady*, ¿No necesita que la ayude con el vestido?

—No, gracias. —contestó algo ausente.

Emily podría quitárselo ella misma, además, eso le daría tiempo para asimilar que ahora era la esposa del duque y, por tanto, duquesa.

—Henry, aún es pronto. Solo hace tres horas que os habéis casado —decía Robert mientras estaba reunido en el despacho de su amigo Henry que parecía algo contrariado por su reciente matrimonio.

—Y ya has visto como estaba. Parecía un alma en pena que asistía a un funeral más que a su propio matrimonio —contestó alarmado.

—Con el tiempo le olvidará, haz que lo olvide Henry —apremió a su amigo.

—No se puede luchar contra un fantasma, Robert. Nunca podrá perdonarme por lo que le hice, hoy me ha quedado claro —contestó abatido.

—He de irme, pero antes recuerda una cosa. Ella un día te quiso o al menos le gustabas lo suficiente para dejar que te metieras en su cama. Haz que

vuelva a sentir lo mismo y será tuya —contestó antes de marcharse.

Henry tomó un sorbo de su copa mientras meditaba las últimas palabras de Robert.

—Señor, tal como me pidió que le avisara, su esposa ya se ha retirado a su habitación.

—Gracias Maxim, puedes retirarte.

¿Qué debía hacer ahora?, ¿Acudir a su habitación para exigirle una respuesta? Si Emily le decía que sí le daría un heredero se entregaría voluntariamente a él, pero si no lo hacía no podría exigirle que cumpliera su derecho marital, aunque por consecuencia aceptaría que adoptara a Lynette y le pusiera sus apellidos. Si era franco consigo mismo no sabía que opción prefería más. Quería tener ambas y solo tendría una de ellas.

Emily se había vestido con aquel camisón de seda blanca con transparencias. No sabía si aquella prenda hecha para complacer a un esposo serviría en ella, había dudado de ponérsela, pero quizá con aquello la tortura duraría menos tiempo. Se colocó la bata de seda que la cubría por completo y se dirigió hacia la puerta que comunicaba a la habitación de su marido.

La doncella había ido a avisarla de que el duque se había retirado a la habitación y aunque Emily había puesto la oreja en la puerta no escuchaba nada. Así que dio unos golpes a la puerta y esperó.

—Adelante —le escuchó decir al otro lado de la puerta.

Emily contuvo la respiración, inspiró profundamente y giró el pomo de la puerta adentrándose en su pesadilla.

Henry se quedó inmóvil cuando la vio ataviada de aquella seda blanca que contrastaba con su cabello oscuro. Su piel parecía brillar al igual que lo había hecho durante el día pese a estar triste, la observaba ahora algo cohibida, pero

con determinación. No sabía a qué habría venido, pero desde luego agradecía la visión que le estaba proporcionando. Tantas veces había imaginado tenerla allí, en su recámara, en su cama y ahora la tenía ataviada con una fina prenda que la separaba de la plena desnudez, si no se iba pronto dudaba que pudiera contenerse mucho más.

—Te daré lo que me pides. —Ni siquiera lo miró directamente a los ojos, no podía —. Te daré un heredero si me prometes que Lynette seguirá manteniendo el apellido Barnes. —Finalizó cogiendo fuerzas con la última palabra de su frase para mirarlo a los ojos.

Henry acortó la distancia que les separaba en tan solo dos zancadas. Cuando llegó a ella, posó una mano en su nuca inclinando su rostro hacia arriba, para que lo mirara.

Emily supo lo que venía a continuación, acto seguido notaba como los labios del duque, devoraban los suyos. Sus labios eran suaves, aunque llenos de vida y con anhelo su lengua se abrió paso queriendo encontrar la suya, ladeó la cabeza para coger aire. Aquellas sensaciones volvían a ella, incluso el incesante mariposeo en su estómago. Henry comenzó a dar besos por su cuello lentamente mientras notaba como le abría la bata de seda y la deslizaba sobre su cuerpo hasta caer al suelo.

No le tocaba, sus uñas clavadas en sus manos así lo atestiguaban, reprimiendo cualquier incesante deseo de hacerlo. Las manos de Henry recorrieron su cintura y comenzaron a subir ascendentemente por su cuerpo hasta llegar a sus abundantes pechos, se mordió el labio para reprimir cualquier gemido que pudiera proceder de su garganta. ¿Por qué tenía que tocarla así? Agradecería en aquel instante que fuera un bruto con manos callosas para que no le provocara lo que inevitablemente sentía.

Había deseado tanto tenerla de nuevo que su autocontrol brillaba por su

ausencia, aunque quería deleitarse en ella. Solo Emily era capaz de cegarlos de aquella manera, con ninguna otra mujer había sentido como su fuerza de voluntad se evaporaba.

—Eres tan hermosa —le susurró mientras le bajaba uno de los tirantes del camisón de seda, anhelaba verla completamente desnuda y ahora que sus pechos eran de mayor tamaño debido al hecho de ser madre hacía que su impaciencia aumentara más por descubrirlo.

Ella no necesitaba palabras dulces, ni hermosas, ni que le regalara el oído, no. Todo aquello solo servía para bajar aún más sus defensas y no quería.

—No necesito que seas suave, no lo soporto —contestó mordaz.

Y era verdad, no lo soportaba más, porque sabía que se derretiría ante él y no quería.

Henry cerró los ojos para tragarse el dolor de aquellas palabras, por suerte no la estaba mirando cuando las dijo o habría adivinado por su expresión el tormento que esa frase le provocaba.

—Hazlo ya de una vez —insistió ella.

—¿Es lo que quieres? —preguntó sin mirarla.

Asumir que Emily no quería compartir su lecho le martirizaba, ¿Así serían las cosas con ella? Como suponía que serían los matrimonios por conveniencia.

—Sí —respondió lo más firme que pudo.

Si era lo que ella quería, sería lo que tendría. Había querido ser suave, complaciente, darle su espacio mientras la preparaba para recibirle, pero al parecer ella no quería sus caricias.

Le rasgó el camisón dejando su desnudez ante él y su de por sí miembro ya endurecido le dio un tirón entre sus calzones.

—Acuéstate en la cama. —Él no quería hacerlo así, de hecho, ni la observó cuando desnuda, pero con paso firme se tumbaba sobre su lecho entre cojines y mantas debidamente mullidas. Se desvistió rápidamente, aunque reconocía que lo podría haber amenizado aún más y cuando se volvió hacia su lecho comprobó que ella no le observaba si no que tenía la cabeza ladeada. ¿Dónde estaba la mujer que un día le deseo?, ¿Que se entregó a él por voluntad propia y anhelando sus caricias? Sabía que él la había dañado, lo que desconocía era hasta qué punto para llegar a despreciarlo así. Tal vez todo se debía a que se sentía culpable por seguir amando a Barnes, pero estaba casada con él y a ojos de Dios lo que estaban haciendo estaba bien.

«Miéntete a ti mismo para no sentirte culpable» pensó Henry.

Cuando Emily notó el peso en el suave y mullido colchón, supo que había llegado la hora, abrió sus piernas y miró de soslayo su figura masculina. No podía verle, si lo hacía sabía que todo su cuerpo se estremecería más de lo que ya lo hacía al contemplar aquel torso definido y musculoso. Vale, no tenía con quien compararlo, pero indudablemente la atraía como un imán.

Henry estaba a punto de dejarlo, de darse por vencido. No deseaba que fuese así, no de aquella forma. Se debatía entre dejarla marchar por su actitud reacia o terminar con aquello de una vez. En aquel momento Emily se abrió de piernas para él, invitándole a entrar en ella, a probar su fruta prohibida, a morir de placer entre sus piernas. Su carne fue débil y no lo pensó, se hundió literalmente en ella.

Su estrechez era como morder un melocotón maduro, suave, cálida, jugosa.... pensaba que no estaría preparada para recibirle, que le costaría deslizarse dentro de ella por su sequedad. No era así, su estrechez se adaptó a su miembro rápidamente y él comenzó con un ritmo suave que poco a poco fue aumentando para placer de ambos.

Emily sintió la molestia inicial de su invasión, pero por más que había intentado controlar su cuerpo no podía evitar estar algo húmeda para recibirlo, aunque se recompensó mentalmente con aquella molestia inicial, aquello significaba que no estaba lo suficientemente excitada. Apretó sus manos y clavó sus uñas en las suaves mantas que había bajo su cuerpo. No... no quería experimentar aquella sensación que tanto tiempo hacía que no sentía. El calor comenzó a invadirla, se mordió sus labios hasta seguramente provocar sangre en ellos para no gemir de placer.

«Resiste Emily, solo un poco más» unas pequeñas lágrimas salieron de sus ojos por tratar de evitar aquella sensación que se escapaba de su control. No lo soportaría, él se daría cuenta de que disfrutaba con aquello y sería su perdición...

Henry vio aquellas lágrimas y no lo soportó más, se derramó dentro de ella y salió rápidamente de su interior, sentándose en el filo de la cama, dándole la espalda a Emily. No podía mirarla a la cara y sentir su odio. No podía ni mirarse a sí mismo por hacer aquello. No la tocaría, no volvería a tocarla.

—Puedes irte a tu habitación. —Sabía que era lo que ella deseaba, alejarse de él. Verla llorar silenciosamente escapaba de sus límites. No la volvería a hacer suya hasta que ella se lo pidiera.

Emily pareció confundida, ¿Le pedía que se marchara educadamente?, ¿Que esperaba?, Él solo la deseaba para satisfacerle y ya lo había hecho. Aprovechó sus palabras para salir corriendo y huir de él. Su estado era susceptible y necesitaba recuperarse de aquel temblor que aún sufría su cuerpo. Había resistido a su ataque, lo había logrado.

Emily se despertó contrariada sin saber exactamente donde se encontraba cuando sintió la voz de su doncella.

—Buenos días mi *lady* —dijo Judith al verla despertar.

—Buenos días Judith, ¿Qué hora es? —Estaba aún somnolienta, tardó horas en conciliar el sueño rememorando una y otra vez lo sucedido anoche. Aún no podía creerse que hubiera podido resistir, ¿Cuánto tiempo podría aguantar? Si Henry la llamaba de nuevo a su lecho no estaba segura de poder soportarlo de nuevo sin evitar demostrar lo que él provocaba en su traidor

cuerpo.

—Casi la hora del almuerzo, mi *lady*. —Emily dio un salto de la cama, ella nunca se levantaba tan tarde.

—¿Por qué no me has despertado antes? —Fue hacia la jarra de agua sobre la palangana que le había traído Judith como hacía cada mañana en su casa para refrescarse y lavarse la cara.

—El duque insistió en que no lo hiciera, que la dejara descansar —admitió la criada.

—¿Mi esposo te dio esa orden? —preguntó confusa.

—Sí, mi *lady*. Cuando le comenté al duque que vendría a despertarla me dijo que no lo hiciera, que en todo caso la avisara para la hora del almuerzo si aún no se había levantado.

—Está bien, Judith. Gracias. —Emily no sabía qué pensar, ¿Por qué se preocuparía Henry por ella? No le dio importancia.

—¿Y estas rosas? —preguntó a su criada ahora que se fijaba en el grande y hermoso ramo de rosas blancas que adornaba su tocador. Eran deliciosas, incluso el jarrón en el que habían sido colocadas era una pieza bellísima.

—El duque las cogió esta mañana del jardín. —Emily miró a Judith con cara de asombro—. Así es, hasta a mí me pareció extraño que su esposo, una persona tan importante no le mandara esa tarea a alguno de sus criados, pero yo misma lo vi a través de una de las ventanas del salón, como olía y seleccionaba cada una de las rosas del jardín —aclaró la criada mientras sacaba uno de los vestidos del vestidor.

Emily sintió que su corazón daba un pequeño brinco, Henry había elegido cada una de esas flores para ella, ¿Con qué intención? Lo desconocía, pero tenía que reconocer que aquel gesto le agradaba.

—¿Qué tal el vestido amarillo? —le preguntó Judith.

—No, hoy quiero ponerme el verde, el que tiene los bordados en color blanco. —Deseaba por alguna razón verse hermosa.

Cuando bajó al salón estaba nerviosa, creía que se encontraría con Henry y no sabría cómo mirarlo después de la pasada noche. Tampoco sabía si debía agradecerle por las rosas, con él todo era complicado. Finalmente, su nerviosismo sería pospuesto porque el duque había salido a atender unos asuntos en sus negocios según la informó el mayordomo.

Tomó un té con un par de pastas para calmar el hambre hasta la hora del almuerzo que se retrasaría por la tardanza del duque. Así que aprovechó para jugar mientras tanto con Lynette en una pequeña sala donde para su sorpresa había una cantidad desorbitada de juguetes.

Henry pensó que Emily ya habría almorzado cuando llegó a casa. Le hubiera gustado compartir con ella el almuerzo para tener una excusa de la que mantener una conversación. Pensaba que ese sería un gran inicio al menos y más después de la pasada noche y su determinación a no volver a ponerle una mano encima por más que lo deseara. Su desconcierto al conocer que la duquesa no había almorzado y que le estaba aguardando le produjo alivio y un atisbo de esperanza al no querer hacer una vida completamente independiente de la suya.

Dio órdenes de servir el almuerzo y preguntó por la ubicación de su esposa, él mismo la avisaría. Después de todo ardía en deseos de verla, aunque no reconociera que cierto temor por su reacción le carcomía sus entrañas. Cuando divisó desde la puerta de aquella habitación de juegos a las dos mujeres de su vida, la escena le hizo que el corazón se encogiera y una ternura le invadiese. Ver a Emily en el suelo, con aquel lujoso vestido mientras alzaba en brazos a su pequeña, era definitivamente la imagen más

conmovedora que había visto. Podría pasarse toda la vida observándolas en aquella situación y jamás se cansaría de hacerlo. Aunque las cosas no fueran perfectas entre Emily y él, comenzaba a apreciar lo que era formar una familia y daría todo cuanto poseía por ellas.

—¡Oh disculpa! No te había visto entrar. —Emily apenas se dio cuenta de la presencia de Henry cuando Lynette comenzó a gatear hacia él.

Henry cogió a su hija en brazos acariciando su mejilla con un dedo y sin poder evitar una sonrisa tierna al contemplar su preciosa carita y sus rasgos reflejados en la pequeña.

—No quería molestar, parecíais pasarlo muy bien —reconoció—. ¿Te gusta la habitación? —En ese momento miró a Emily que se incorporaba aquel vestido resultaba tan encantador en ella, ese verde acentuaba el color de sus ojos haciéndolos aún más brillantes.

—Sí, es una habitación preciosa. Lynette la disfrutará durante muchos años —afirmó sin pensarlo.

«¿Muchos años?», pensó Henry.

Emily estaba reconociendo que estaría a su lado y aunque no hubiese pensado que no fuera así puesto que estaban casados, el hecho de que ella lo dijera le agradaba, le hacía creer que tenían un futuro juntos.

La conversación durante el almuerzo se centró en hablar de la fábrica y los tejidos. Henry pensó que sería un tema que podría tratar con Emily siendo interesante para ella y sobre algo que tenían en común. Aunque la tensión se palpaba, estaba consiguiendo que ella se sintiera segura en un tema que controlaba como lo era el mundo textil.

Henry se ausentó toda la tarde y Emily decidió pasar por Lynet's para comprobar que todo estaba en orden. Sus empleadas se asombraron al verla

puesto que la hacían de viaje de luna de miel, pero tras las explicaciones de la duquesa se conformaron.

Había sido agradable conversar tranquilamente con su marido, desde luego aquello no cambiaba el hecho de que le perdonara por los hechos que había cometido en el pasado. Además, seguramente solo trataba de tener una relación cordial con ella, con la madre de su hija.

Emily aguardaba aquella noche en su habitación, ¿Se suponía que debía acudir de nuevo a su alcoba? ¿O por el contrario acudiría él a la suya? Determinó que ella no iría, ya lo hizo una vez, además ¿Quién dice que no estaba embarazada? Bien podría darle la excusa de que esperaran para ver si la consumación había dado sus frutos y si no era así volver a intentarlo. Con los nervios a flor de piel por si la puerta sin pestillo que comunicaba ambas habitaciones se abría, se metió bajo las mantas de su lecho. Aguardó unos momentos mientras le pareció escuchar pasos en la habitación de al lado y la sola excitación de que la puerta se abriera la tenía aturdida incluso casi excitada a pesar de negárselo mentalmente. Siguió esperando... pero nada ocurrió. Su esposo el duque de Sylverston parecía no reclamar sus derechos maritales.

A la mañana siguiente las flores blancas habían sido sustituidas por unas rosas de color rosado, Judith insistió en decir que también habían sido elegidas por el duque en persona y cortadas por sus propias manos. ¿Qué significaba aquello?, ¿Cortaría rosas de su jardín cada día para ella? Se había levantado más temprano que el día anterior, pero Henry ya había salido, según el mayordomo tenía unos asuntos de la cámara de lores que tratar y que requerirían su presencia durante el resto de semana.

Emily supuso que sería debido a aquello por lo que su luna de miel había sido pospuesta, por lo que, si su esposo trabajaba, ella también podría hacerlo,

¿No? Visitó aquella mañana a la señora Smith que para tranquilidad propia había mejorado de aquella tos que padecía, aunque casi estaba curada los últimos días que pasó en su casa. Lamentaba tener que haberse separado de ella, su compañía hubiera sido más que grata en su nueva casa.

A su paso por Lynet's acabó entreteniéndose en supervisar las puntadas de un vestido para una gran dama, había oído rumores de lo puntillosa que era la Marquesa de Sheldon y no quería que su buena reputación se viera afectada. Cuando vio la hora, supo que llegaría tarde a almorzar así que decidió enviar a un sirviente para avisar de que no acudiría y le trajera un pequeño aperitivo que tomaría en la trastienda, esperaría a la cena para comer algo más adecuado.

Henry no se alegró precisamente cuando le dijeron que su esposa no volvería a la hora del almuerzo, precisamente había estado apurando hasta el último minuto y disculpándose con varios miembros de la cámara por tener que realizar un asunto urgente solo con la excusa de volver a casa y comer junto a Emily. Pidió que le sirvieran el almuerzo en su estudio ya que la idea de comer solo en el comedor no le agradaba, cuando iba a irse hacia su despacho divisó a Maxim con una cesta de mimbre, le llamó la atención puesto que parecía una cesta de picnic.

—¿Dónde vas con eso, Maxim? —preguntó intrigado.

—Sí excelencia —dijo frenando su paso el sirviente mientras se acercaba al duque—. La duquesa ha pedido que le lleváramos un pequeño aperitivo a la casa de modas puesto que no podría venir a almorzar, ¿Le debía haber preguntado primero a usted? —El servicial Maxim no sabía si tomarse la libertad de seguir las órdenes de la duquesa sin consultar a su señor primero había sido una buena idea.

—No, claro que no Maxim. La duquesa es la señora de esta casa y como tal

debéis acatar sus peticiones —respondió tajante. Se acercó a la cesta y la abrió para inspeccionar lo que había dentro. Como era de esperar su cocinera la señora Ponds había echado cantidades desproporcionadas para una persona y sonrió para sus adentros—. Puedes retirarte Maxim, le llevaré yo mismo el almuerzo a la duquesa y por favor, dile a la señora Ponds que finalmente no almorzaré en casa—. Tendría una excusa para finalmente almorzar junto a su esposa sin que ella pudiera negarse.

—Mi *lady*, tiene una visita. —Emily levantó la vista de la aguja y se encontró con una Janet enrojecida, no entendía a que se debía hasta que se apartó alzando la cortina que evitaba ver desde el mostrador la trastienda y la figura de Henry apareció ante ella.

Si hubiera estado de pie estaba segura de que se habría caído al temblarle las rodillas, estaba imponente o es que de alguna forma ella lo encontraba así aquella mañana, tal vez fuera las horas que llevaba sin verlo, sí, seguramente era eso. Al fijarse en la gran cesta que llevaba entre las manos su confusión aumentó, ¿Qué hacía él allí?

—Maxim me dijo que no irías a casa a almorzar y como yo tengo un asunto que hacer aquí cerca, pensé en traerte el almuerzo y compartirlo. —Era mentira, sus asuntos no quedaban allí cerca en absoluto, pero ella no lo sabría y aquella opción era mejor que admitir que se moría de ganas por estar junto a ella.

—Sí... claro, por supuesto —respondió atorada mientras dejaba el vestido de la marquesa a un lado y se limpiaba la falda de los hilos que se habían desprendido de los hilvanes—. Será mejor que vayamos a mi estudio para tomar el almuerzo. —Por no decir que era el único sitio donde había una mesa auxiliar.

El estrecho sofá de su estudio permitía que sus rodillas estuvieran en

permanente contacto con las de su marido y que sus brazos chocaran en más de una ocasión sin querer o queriendo, no lo soportaba más, eso era peor que la tortura que sufrió su noche de bodas porque al menos sabría lo que ocurriría, allí no, estaba en completa tensión todo el tiempo esperando que en algún momento él la besara, sus ojos decían que lo harían, pero el momento no llegaba.

Se repitió una y otra vez a sí misma que tendría que estar contenta de que no lo hiciera porque eso significaba que estaba demostrando lo indiferente que Henry era para él.

Terminaron el delicioso almuerzo que la señora Ponds les había preparado, entre los riquísimos emparedados, el queso, los panecillos y la fruta, el pequeño aperitivo la había saciado por completo a pesar del incesante nerviosismo que le provocaba estar al lado de Henry.

—Todo estaba delicioso, tendré que felicitar a la señora Ponds por esmerarse en tan poco margen de tiempo —admitió Emily mientras dejaba una de las servilletas de tela con las que había cubierto su vestido para protegerlo de posibles manchas sobre la cesta.

Henry tomó la servilleta y se acercó con ella a la comisura de los labios de Emily para limpiarla delicadamente, el gesto la hizo mirarle tímidamente, expectante, pero él parecía mirar solo sus labios—. Tenías una pequeña mancha de mantequilla —le susurró con voz ronca.

Tener a Emily así de cerca, siendo su mujer, su esposa y sin embargo no poder tenerla era peor que caminar entre las brasas descalzo, estaba completamente seguro de ello. Su entrepierna estaba dura y erguida y así se había mantenido durante todo el almuerzo, pero se había prometido a sí mismo no presionarla, no tocarla, no volverla a hacer suya y lo único que podía hacer ahora era marcharse o no estaba seguro de poder controlarse.

—Estoy seguro de que la señora Ponds estará encantada de oír tus halagos —respondió ante la afirmación anterior de Emily mientras se levantaba—. He de irme, tengo algunos asuntos que atender. Estaba contemplando darle un beso en la mejilla a Emily, cerca de la comisura de sus labios cuando esta se incorporó para despedirlo. Finalmente hizo un gesto de inclinación con la cabeza y se marchó dejando a su esposa un tanto confundida, extrañada y por qué no decirlo, excitada.

Julia le hizo una visita más tarde, realmente no pensaba encontrar a Emily en Lynet's, ella solo había acudido a una prueba para uno de sus vestidos e incluso se extrañó al verla allí teniendo en cuenta que hacía dos días que se había casado.

—Suéltalo ya Emily, sé que algo te preocupa. —Habían estado hablando de bailes, vestidos y nimiedades varias pero su amiga era consciente de que Emily tenía la cabeza en otra parte.

—Es que... no sé si puedo contártelo Julia. Aunque no tengo a nadie a quien decírselo, pero tú eres una dama inocente, se supone que no entiendes de lo que ocurre después del matrimonio —confesó un poco enrojecida.

—A ver... que esto quede entre tú y yo. Si mi madre se entera me matará y seguramente no vuelva a ver la luz del día en todo lo que me resta de vida —dramatizó—. Pero he leído ciertos libros muy instructivos y detallados en lo que se refiere al hecho que ocurre entre una mujer y su esposo una vez están casados. —“O no tan casados” podría haber añadido y más teniendo en cuenta que Emily no esperó al matrimonio precisamente.

—¿Cómo de instructivos son esos libros? —Emily desconocía que existiera una literatura que describiera lo que ocurría en el lecho entre un hombre y una mujer, ¿Sería posible detallarlo con palabras? No... desde luego que no.

—Te aseguro Emily que son “muy” —dijo recalcando la palabra—. Detallados. —Y admitía que hablar sobre los detalles la haría ponerse roja como la grana por lo que lo obvio.

—Está bien —dijo Emily—. La cuestión es que “eso” ocurrió entre Henry y yo la noche de bodas, pero no ha vuelto a tocarme, tal vez me equivoqué y esta noche acuda a mi lecho, pero tengo la sensación de que no lo hará y eso es lo más extraño de todo.

—¿Pero tú quieres que lo haga o no? —le preguntó su amiga.

—No, por supuesto que no quiero —afirmó tajante.

—¿Entonces por qué te preocupas? Deberías estar contenta, ¿No? Aunque por lo que dicen los libros una puede llegar a disfrutar mucho en el lecho de un hombre, yo estoy deseando comprobarlo por mí misma desde luego —admitió descaradamente.

—¡Oh Julia!, ¡Eres una depravada!, Como te escuche tu madre sí que no verás la luz del día, pero de verdad —dijo entre risas Emily contagiando a Julia.

—Lo que sí que es cierto es que por lo que madre dice, obviamente lo he escuchado a escondidas cuando hablaba con sus amigas, no todas las damas lo disfrutaban, es más, aseguran que un hombre necesita hacer ese “acto” de forma habitual y cuando un esposo no visita su lecho durante algún tiempo, se sabe que es porque tiene una amante y por eso no necesita ese servicio de su esposa.

En aquel momento Emily solo pudo pensar en una cosa, si ella no cumplía sus funciones maritales ¿Henry buscaría una amante que lo hiciera?, la cuestión era si le dolería o no que hiciera tal cosa.

Emily llegó a tiempo para la hora de la cena, aunque primero decidió refrescarse un poco y cambiar su atuendo para ello. Decidió por llevar un vestido cómodo de muselina en tonos coral, no era de sus favoritos ni de los que mejor le sentaban, pero solo sería una cena informal con Henry si es que él pensaba regresar.

Decidió hacer hora con el tiempo que faltaba en la habitación de Lynette que por la hora que era debía dormir plácidamente, cuando entró en la habitación de su pequeña, su sorpresa fue mayúscula al encontrar a Henry en el balancín

con su hija en brazos. La pequeña parecía dormida y él solo parecía tener ojos para ella. Permaneció detrás de la puerta observando atentamente con el cuidado que Henry la mecía para que no se despertara, en aquel momento se sintió mal por negarle llevar sus apellidos, él era su padre, su verdadero padre, pero por otro lado William fue quien la ayudó, quien salvó su reputación y sin duda su honor mancillado. Le debía mucho a William, aunque le doliese ser consciente en aquellos momentos de lo que le estaba negando a Henry.

Vio como depositaba a su pequeña en la cuna despacio y Lynette se agarraba con sus manitas a las mangas de la camisa de su padre al verse libre de los brazos, pero finalmente Henry consiguió dejarla sin que despertara y le acarició suavemente la cabecita. En aquellos momentos supo que su marido quería a su hija, la ternura con la que la trataba evidenciaba que así era, ¿Se había casado entonces solo por tener cerca a Lynette sin que supusiera la deshonra de su hija? Probablemente así era.

Aquella noche la madre de Henry los acompañó en la cena, con la excusa de ver a Lynette se había quedado hasta la cena y en el fondo era de agradecer que no cenaran solos teniendo tan poco tema de conversación.

Esa noche Emily aguardaba en su habitación de nuevo con la incertidumbre de la pasada noche, ¿Iría a su lecho Henry?, ¿Debía ir ella o esperar que la llamara para acudir a su cama? Odiaba la sensación de no saber qué hacer y aún se debatía entre si realmente quería acostarse con su marido o por el contrario seguir reprochando y negarse a sí misma lo que él le hacía sentir.

Se paseó por la habitación con su camión de seda, la habitación estaba caldeada y el ambiente era cálido por lo que no necesitaba una bata, además era algo transparente y se traslucía un poco su cuerpo, realmente era bastante seductor.

Unos golpes en su puerta le hicieron dar un pequeño saltito al asustarse.

—Adelante —dijo cuando consiguió reaccionar sin percatarse de que debería haberse colocado la bata.

Cuando Henry vio a Emily con aquel camisón de seda que no dejaba nada a la imaginación quiso meterse dentro de la chimenea y arder junto a las llamas porque realmente era así como se sentía, encendido literalmente, ¿Es que su mujer no era consciente de lo que podía provocar en un hombre vestida así? Si no quería meterse en su cama, ¿Para qué demonios usaba aquel tipo de prendas?

Henry se centró en lo que había ido a hacer allí, de lo contrario estaba seguro de que la asaltaría y acabaría haciéndole el amor en el mismísimo suelo de la habitación porque ni tan siquiera llegaría a la cama que estaba justo al lado.

—Quería darte esto. Durante la cena con mi madre presente no lo he visto oportuno y como te retiraste justo después, he pensado que sería un buen momento para dártelo. —Henry le entregó un estuche de terciopelo rojo bastante grande de tamaño.

Estaba sorprendida, era el primer regalo que le hacía su marido y que aparentemente parecía ser una joya a juzgar por el estuche. Abrió lentamente aquel pequeño cofre de terciopelo y se llevó una mano a la boca por la sorpresa, era un collar, un hermoso collar a juego de unos pendientes y un brazalete todos con el mismo tipo de diseño y engarces. El oro estaba encañado por diamantes en toda su estructura y en cada una de las piezas albergaba una gema preciosa de esmeralda. En su vida Emily había visto una joya similar, sin duda debía costar una fortuna.

—Es mi regalo de boda —afirmó antes de que ella preguntara—. Debería haber estado a tiempo hace tres días, pero un trabajo así requería más tiempo

del que pensaba cuando lo encargué realizar —admitió.

—Es... es... precioso —consiguió decir al fin.

—Me alegra que te guste y espero que tengas ocasión de estrenarlo pronto —confirmó—. Buenas noches, Emily. —Al escuchar aquello ella le miró, pero solo vio la espalda de su marido salir rápidamente de su habitación.

Contempló la joya de nuevo y otra vez volvió su vista a la puerta que comunicaba ambas habitaciones, ¿Le regalaba una joya que costaba una fortuna y media y no le pedía nada a cambio?, ¿No reclamaba su deber en el lecho?, ¿No le exigía que debía darle un heredero? Confundida y desorientada dejó la joya en su tocador y se adentró entre las sabanas de su mullida cama. Aquello cada vez le resultaba más extraño.

Un mes... treinta días... o como quisiera definirlo, pero llevaba todo ese tiempo casada con Henry y no había vuelto a tocarla, ni a intentarlo, ni tan siquiera se había acercado lo suficientemente a ella como para lograrlo. Cada vez le resultaba más contrariada la actitud de Henry, cada mañana seguía teniendo rosas frescas en su habitación que cambiaban de color de un día a otro, no le veía mucho por casa, parecía un hombre bastante ocupado, pero siempre estaba para la hora de la cena y procuraba estarlo también para el almuerzo. Le observaba jugar con Lynette en su faceta más tierna y sin duda Emily estaba volviendo a sentir como su corazón se conmovía cada vez que se encontraba con él o estando en su presencia.

Además, tenía que admitir que en su noche de bodas no se quedó embarazada, su periodo vino y se fue hacía ahora casi dos semanas, ¿Debería decírselo a Henry?, ¿Estaba preparada para hacerlo? Por Dios... todo su cuerpo reclamaba que lo hiciera para poder tener la excusa de que la poseyera de nuevo pero su mente traicionera lo evitaba y así llevaba desde entonces, desde que supo que no estaba embarazada se debatía entre contárselo o no a

Henry.

Aquella misma noche mientras estaba leyendo uno de los libros que le había prestado Julia para saber hasta qué punto su amiga conocía la materia, el calor repentino entró por su cuerpo al admitir que mientras devoraba una de las escenas de aquel maldito libro se había excitado. Tendría que hablar con Julia, esos libros no eran propios para una dama inocente, aunque desde luego la preparaban más para el matrimonio de lo que cualquier dama le contara sobre qué esperar en el lecho.

Henry se encontraba en su estudio, así que con paso decidida y con... ¿Para qué negarlo? Una excitación realmente a flor de piel llamó a la puerta.

—Adelante —Emily abrió cuando aquella voz profunda sonó al otro lado de la puerta.

—No sé si te molesto, pero tenía que tratar un asunto delicado. —Tan delicado que ningún sirviente podía escucharlo.

—Claro, pasa. Siéntate. —La invitó.

Henry estaba en su mesa, con lo que parecía ser un libro de contabilidad a juzgar por los números que se reflejaban en él.

—No, no hace falta. —No quería sentarse, ahora que estaba allí no sabía si había sido una buena idea hacerlo. Aunque verlo con la camisa desabotonada en los primeros botones y su más que revuelto cabello solo conseguía que su condenado alboroto en la sangre aumentara más que con el libro.

—Es que... verás, creía que tenía que decirte... bueno que yo.... —Como decirlo con palabras adecuadas—. No estoy embarazada —admitió al fin.

Henry la observaba, no se levantó de la silla porque si lo hacía su erección sería más que visible, verla mordiéndose aquel succulento labio le provocaba, de hecho, casi estaba seguro de que saltaría sobre ella si se alzaba del asiento

y ahora le decía que no estaba embarazada, admitiendo que no le daría un heredero, dándole la excusa idónea para poseerla de nuevo.

—Agradezco saberlo —respondió pausadamente, tratando de que en su respuesta no se apreciara el alivio que sentía por ello. No estaba seguro de poder soportar que Emily hubiera podido quedar embarazada en esa noche en la que se repugnó así mismo por poseerla de aquel modo—. No debes preocuparte, no volveré a tocarte. —No la miró cuando lo dijo, no podía mirarla porque sus ojos delatarían que deseaba lo contrario.

—Pero... yo creía que... —comenzó a decir.

—No reclamaré el apellido de Lynette si es lo que te preocupaba —confirmó para calmar la preocupación de su esposa.

Emily no sabía que responder, ¿Que debía decir a aquello? Había anulado todas las opciones para rebatirle y admitir que ella lo quería en su cama no era una opción.

—Es lo que deseas, ¿No? —preguntó él ante su enmudecimiento.

—Sí, por supuesto que sí. —Mintió descaradamente y aguantando sus ganas de gritar.

Emily se tumbó en la cama sin desvestirse. No la deseaba, definitivamente su marido ya no la quería en su lecho y no sabía cómo sentirse al respecto. ¿Qué había cambiado?, ¿Por qué ya no la quería? Quizás había sido una tonta en decir que era lo que ella quería, ¿Pero que iba a hacer?, ¿Admitir que lo deseaba?, ¿Que lo quería en su cama? Tenía demasiado orgullo para hacerlo, aunque quizás se arrepintiera de ello con el tiempo.

En los siguientes días Emily se centró en el trabajo para no pensar en el hecho de saber que no volvería a tener una relación con Henry más allá de lo cordial. ¿Por qué se martirizaba si era lo que había deseado desde el

principio? Desde el mismo momento que él no le dio otra alternativa que el matrimonio había deseado tener un matrimonio de papel, una simple conveniencia y ahora que lo tenía no estaba satisfecha.

—Auch —gritó al clavarse una de las agujas.

Tenía la cabeza en otra parte y sabía que era inútil así que resopló dejándose caer en el sillón.

—Mi *lady*, la “marquesa” está realizándose las pruebas del vestido y como siempre está de lo más puntillosa. —No hacía falta decir el apellido solo había una marquesa que se quejara constantemente de los arreglos en los vestidos.

—Buenos días marquesa de Shelddon, ¿Hay algún problema? —preguntó Emily

—Sí, querida. Tal como les decía a sus costureras quiero dos pulgadas más de escote, necesito que se vea lo suficiente —exclamó la marquesa.

Para su edad la Marquesa se conservaba bastante bien, reconoció Emily, debía haber pasado la treintena hacía tiempo, pero conservaba la línea perfectamente y el porte siempre erguido.

—¿No cree que sería demasiado? —admitió Emily que hasta para ella resultaba exagerado.

—Querida, cuando una tiene cierta edad y quiere que su marido se quede en casa, toda ayuda es poca —admitió la marquesa mientras remetía el escote del vestido un poco más.

—¿Y cree que con más escote en el vestido lo va a conseguir? —preguntó incrédula.

—¡Oh! Usted es demasiado joven y hermosa para necesitarlo, pero créeme,

cuando mi Paul me ve con ese escote, le aseguro que no desea otra cosa que no sea salir del lecho —exclamó entre risas—. Por cierto, quería encargar algunas prendas de cama, ¿Hacéis ese tipo de encargos?

—Sí, desde luego que podríamos hacerlo —respondió Emily pensando en una sola cosa, ¿Si ella utilizaba ese tipo de escote atraería a Henry?, ¿Podría funcionar también con él como con el esposo de la marquesa de Shelddon? Desde luego no perdería nada con intentarlo.

Cuando Henry divisó aquella mañana en el desayuno a Emily casi se cae de la silla al verla aparecer y desde luego se atragantó con el té provocando una tos continua.

Sus pechos, sus enormes pechos casi salían de aquel vestido que encima se ajustaba a cada una de sus curvas.

«Ay Dios» pensó, aquello iba a ser una tortura.

—Buenos días excelencia. —Emily le observaba, que se hubiera atragantado con el té al verla tendría que ser una buena señal, se había fijado en ella y desde luego no le había pasado desapercibido el escote pronunciado de su vestido.

—Buenos días —respondió a secas—. ¿Vas a salir? —preguntó rápidamente, necesitaba saber si ella pensaba salir a la calle así. No estaba seguro de que más de un caballero intentara violarla si la veía, aquel escote era todo un deleite para la imaginación de cualquiera, es más, él mismo sentía su miembro viril queriendo resurgir a través del pantalón.

—Sí... quizá más tarde —sugirió mientras daba un pequeño sorbo a su taza de té y unía a posta los brazos para que su escote resaltaba aún más si es que era posible.

Henry torció el gesto, eso era peor que arder en el infierno, ¡Estaba seguro!,

¿De qué le servía tener una mujer hermosa, bella y terriblemente seductora si no la podía tener? Mejor se iba o no estaba seguro de sí mismo ni de lo que escondía entre sus piernas. Con el mayor disimulo se levantó y se despidió de Emily mientras se marchaba.

—¿Y ahora qué? —expresó en voz alta mientras se dejaba caer en la silla y daba un mordisco con desgana al panecillo de leche.

Cuanto más insistía Emily en coincidir con su esposo y que la viera con aquellos vestidos sugerentes, menos tiempo tardaba él en rehuirla o evitarla. Definitivamente aquello no estaba funcionando. Algo estaba mal en ella o no lo estaba haciendo lo suficientemente bien para lograrlo, en lugar de acercarlo a él solo conseguía alejarlo aún más. ¿Por qué? Ahora que ella lo deseaba en su lecho él la repudiaba. Era como si el destino se estuviera riendo de ella en la cara.

Julia la visitó aquella tarde y al verla ataviada con aquel sugerente escote no pudo evitar preguntarle. Su amiga podía ser muy insistente cuando quería, por lo que finalmente Emily se sinceró.

—Lo admito —confesó—. Le deseo, quiero hacer lo que dicen todos esos libros tuyos con él —dijo avergonzada—. Pero él no parece querer hacerlo. La marquesa confesó que su marido se vuelve loco cuando le enseña un poco más de escote, Henry huye cuando lo hago, es como si tuviera la peste y sale corriendo —confesó abatida.

—¿Y si realmente tiene una amante? No sería tan descabellado pensarlo, vamos, tendría que estar loco para rechazarte, eres la mujer más bella de todo Londres, ¿Tal vez tiene a alguien que “sacie” sus instintos? —preguntó la joven.

No... Henry no podía estar haciendo con una cualquiera lo que... no, pensar

en aquello era doloroso

—¿Que voy a hacer si tiene a otra?, ¿Cómo puedo saberlo? —preguntó alterada.

—Podría intentar sonsacárselo a Robert, son amigos. Si Henry tiene una amante, él sin duda debe saberlo —se le ocurrió a Julia.

—Oh, intenta averiguarlo, aunque no sé si quiero saberlo —aseguró contrariada consigo misma.

—Robert pondrá el grito en el cielo, pero tengo un par de cosas en su contra con lo que hacerle chantaje —admitió—. Mañana mismo vendré a visitarte de nuevo.

Una amante, ¿Podría Henry de verdad haber buscado consuelo en otra mujer? No, no podía esperar a saberlo. Golpeó impacientemente la puerta de su estudio, como siempre Henry se encerraba allí tras la cena hasta altas horas de la mañana y ella nunca volvía a verlo hasta el día siguiente.

—Pasa —escuchó tras la puerta.

Seguramente no la esperaba a ella porque pareció sorprendido al verla. No le importó, ella cerró la puerta y se acercó a su mesa colocando las manos sobre los papeles y encarándole.

—¿Tienes una amante? —preguntó descaradamente a la misma vez que ofrecía una vista espectacular de sus pechos que se agitaban debido a la respiración acelerada que estaba sufriendo.

Henry vio primero el escote delante de sus ojos que había puesto a su vista Emily y después asimiló lo que le había preguntado.

—¿Cómo? —preguntó impertérito.

—¿Tienes una amante? —repitió ella esta vez indignada.

¿De dónde diantres habría pensado Emily que él tenía una amante?

—No —negó rotundamente.

Emily le miró ahora confundida, esperaba casi una afirmación por su parte.

—¿Seguro? No voy a reprochártelo —mintió—. Pero quiero saberlo para

saber a qué atenerme si alguien lo comenta.

Realmente algunas damas solían ser maliciosas con ese tipo de cosas entre ellas y era una vergüenza para la esposa en cuestión que lo sufría.

—Emily, no tengo ninguna amante. —Tranquilizó a su mujer que por otra parte no sabía si calificar aquella acción de ¿Celos? No, probablemente algún rumor malicioso sin sentido habría llegado hasta ella.

—La única mujer que yo deseo, lamentablemente no la puedo tener en este momento —admitió Henry sin añadir que la tenía delante.

El corazón de Emily hizo un clac insonoro, pero ella lo sintió, aún seguía amando a su amor de juventud, a esa dama con la que iba a casarse pero que desgraciadamente murió. No la había olvidado, por más que ella luchara, insistiera o intentara exhibirse delante de él, Henry no superaría la muerte del amor de su vida.

—Está bien. —Se giró para evitar que viera sus brillantes ojos a punto de saltar las lágrimas. Ilusa, idiota, ¿Cómo pensaste alguna vez que competías con alguien de carne y hueso? Ya intentaste que la olvidara hace dos años y mira como acabaste. Ahora le había vuelto a pasar.

Aquella mañana Henry había acudido temprano a la fábrica, tenía bastante papeleo que hacer debido a un cargamento reciente que había llegado.

—Hasta que te encuentro. —exclamó Robert y Henry levantó la vista para encontrarse con su amigo.

—¿Me estabas buscando? Sabes que suelo estar siempre aquí cuando estoy en la fábrica.

—He ido primero a tu casa, pero allí me han informado de que estabas aquí —afirmó respirando ahora con más tranquilidad.

—Tenía unos asuntos que tratar aquí por el nuevo cargamento —confirmó despreocupado.

—¿Cuándo se supone que te vas de viaje de boda, Henry?, ¿O debo recordarte yo que te casaste hace más de un mes? —preguntó directo.

—Lo sé, pero la situación con Emily no es la más propicia y sinceramente, si me quedo a solas con ella... no podré controlarme —se sinceró.

—¿Me estás diciendo que no te vas de viaje por no tocar a tu mujer?, ¿Es eso? —preguntó Robert para asegurarse.

—Sí —reconoció—. No voy a hacer que Emily me odie más por obligarla a dormir conmigo.

—¿Y me puedes explicar entonces que hace tu mujer exhibiéndose para provocarte? —dijo irónicamente.

—¿Qué? —exclamó alterado.

—Hablo de que anoche mi hermana Julia me interrogó sobre si tenías una amante y al no creer en mi negativa insistió en que no era posible que si no tenías a otra mujer pudieras resistir los encantos de Emily por intentar llamar tu atención.

—¡Tengo que irme! —gritó con voz acelerada.

No se lo podía creer, ¿Era idiota?, ¿Emily se vestía así por él?, ¿Para provocarlo? Si ella supiera.... pero ahora empezaba a entender algunas cosas; porque lo buscaba cuando llevaba aquellos vestidos de grandes escotes, porque justo aquella noche le había preguntado tan impaciente si tenía una amante.

¡Porque demonios tardaba tanto en llegar el carruaje a su casa! Pensó creyendo que el tiempo pasaba demasiado lento.

En cuanto bajó entró atropelladamente en casa, aún era algo temprano, pero suponía que Emily se habría levantado.

—¿Dónde está la duquesa? —preguntó a la primera doncella que vio.

—Está en su habitación excelencia, no ha querido salir de sus aposentos todavía —confirmó la empleada.

Henry subió aceleradamente los escalones de tres en tres y entró en la habitación de su esposa a través de la puerta principal y no desde su alcoba.

—Emily...—susurró mientras se acercaba a ella.

Estaba sentada en uno de los sillones que había junto a la ventana que daban al jardín. Ella le miró y pudo apreciar su tristeza, tenía evidencias de haber llorado.

—Emily...—repitió mientras llegó hasta ella y se arrodillo a su lado posando una de sus manos en su rostro, acariciando su mejilla enrojecida. Ella cerró los ojos en respuesta a su caricia.

—Dime que me deseas tanto como yo a ti Emily, dime que toda esa tortura que me has hecho pasar no ha sido en vano, porque yo te deseo, te deseo más que nada en este mundo.

—Yo... —comenzó a pronunciar Emily, pero Henry no la dejó terminar de hablar, rozó suavemente sus labios algo mojados por algunas lágrimas y ella se derritió en su contacto.

Cuando Henry notó como ella respondía con la suavidad de sus labios los suyos, creyó morir de placer.

«Por fin, por fin será mía de verdad» en todos los sentidos referentes que la palabra “mía” podría hacer referencia.

Henry posó las manos en la cintura de su esposa para atraerla hacia él

mientras ella comenzaba un suave y dulce juego de labios devorando su boca. Aquello era un deleite, habían estado perdiendo todo aquel preciado tiempo, pero no más, no volvería a estar dispuesto a un distanciamiento de nuevo con ella, iban a sellar su destino y éste sin duda era crear de nuevo una vida juntos.

—He estado esperando tanto esto, Emily —susurró él mientras repartía besos por su cuello y comenzaba a desabrochar las cintas del corsé por la espalda que albergaba su vestido—. Anhelándote... deseándote... y volviéndome loco por hacerte mía de nuevo. —Terminó por decir mientras bajaba lentamente al conseguir aflojar el corsé y descubrir al fin su objeto de deseo durante todos aquellos días, sus abundantes, deliciosos y más que apetecibles pechos.

Acogió a ambos en sus manos mientras observaba como Emily gemía sutilmente arqueándose hacia él, verla susceptible a sus caricias. Su deseo ferviente reflejado en los actos de su cuerpo hizo que Henry se volviera aún más loco de deseo si es que aquello era posible.

—Dime que lo quieres, Emily. —Henry necesitaba oírlo de los labios de ella, escuchar con sus palabras que ella lo deseaba.

Ella lo observó anhelante, no lo pudo resistir. Su cuerpo sería incapaz de negarse a él y saber que era a ella a quien deseaba solo había provocado que sintiera aún más ganas de que le hiciera el amor.

—Te deseo, Henry. Quiero ser tuya —confesó mientras se inclinaba sobre él para provocar un ardiente y devastador beso como si con ello sentenciara sus palabras.

Ella lo había confesado, lo quería en su cama y Henry pensó que no podía ser más afortunado. Cuando creía que todo estaba perdido, que nada podría

hacer, Emily lo sorprendía de aquella forma.

La alzó elevándola del asiento para posteriormente depositarla delicadamente en la cama sin dejar de besarla en ningún momento. Se fue desvistiendo lentamente a la vez que le daba pequeños besos, no quería separarse de ella, ni alejarse, como si romper cualquier contacto con su esposa rompiera la magia del momento. Sentía una especie de neblina que los envolvía, casi podía sentirse flotar en ella de la incredulidad del momento, pero pensaba aprovecharlo al máximo, sin duda alguna iba a recordar cada instante de aquel preciso momento durante el resto de sus días.

El corsé de Emily desapareció a la par que la chaqueta de Henry. Los dedos habilidosos del duque se deshicieron de la falda y las enaguas que ella llevaba, al igual que la prenda que mantenía oculta de su completa desnudez, aquella especie de camisón que protegía su delicada y suave blanquecina piel.

—Jamás me cansaré de observarte —confesó con un tono de voz ronca donde era demasiado apreciable la carga de deseo que delataban sus palabras que al igual que su mirada, se podía atestiguar que anhelaba devorar su presa.

Emily en respuesta comenzó a acariciar sus hombros desnudos, posando sus manos por su torso y bajando lentamente por este mientras acariciaba el vello que lo cubría y que parecía perderse entre los pantalones.

—Eres tan hermosa, Emily... que podría pasar cada día de mi vida contemplando tu rostro. —Sus manos comenzaron a ascender entre sus muslos y el gemido que profirió la garganta de Emily delató su incipiente ardor por él. Henry posó su pulgar en el centro de su feminidad, en el punto clave donde ella se arqueó hacia él mientras se deleitaba con uno de sus pezones jugando con su lengua.

Le necesitaba, definitivamente le necesitaba dentro de ella, matar aquella

sensación que crecía y crecía y que tanto tiempo había mantenido a raya durante todos esos días, concretamente desde la noche de su boda donde no lo obtuvo. Tenía que alcanzar el paraíso y sabía que lo haría cuando él la poseyera.

Henry se deshizo de la prenda que le quedaba y su erección se liberó arduamente, no hacía falta decir lo erecta que su verga se encontraba y menos aún todo el tiempo que la había hecho sufrir por soportar los incesantes y provocadores atuendos de Emily que solo le provocaba dolor por tener que soportar sus apetitos hacia ella.

El leve roce de su miembro contra ella la hizo volverse loca de placer, abrió aún más sus piernas, dispuesta a recibirlo, a acogerlo en su interior y a devorarlo completamente.

—¿Es esto lo que quieres?, ¿Es lo que verdaderamente deseas? —Su voz era juguetona, el cuerpo de su esposa era tan receptivo que sabía perfectamente lo que deseaba, pero necesitaba oírlo de ella, tenía que escucharlo.

—Henry... —susurró—. Te necesito dentro de mí —acabó confesando una más que desinhibida Emily.

Aquello hizo que Henry perdiera el control sobre sí mismo y se adentrará en ella de una sola estocada, provocando un gemido en ambos de ansia por devorarse mutuamente. Emily enroscó sus piernas en la cintura de él mientras este entraba y salía de ella siendo cada una de sus embestidas más fuerte que la anterior. Se denotaba el frenesí que les invadía, ella se arqueaba acudiendo a su encuentro mientras él devoraba fervientemente cada palmo de su piel a la vez que se hundía más y más profundamente en ella hasta que ambos culminaron en un profundo y sonoro grito de placer que provocó la llegada al paraíso para ambos.

Al fin era realmente su mujer, al fin era verdaderamente suya, solamente de él y nada ni nadie podría decir lo contrario.

La habitación estaba en penumbras cuando Emily despertó, el ruido del inconfundible crujido de telas al que tan habituada estaba la hizo incorporarse y se percató de su desnudez por lo que con el brazo izquierdo colocó la sábana que evitaría ser vista tal cual vino al mundo.

—¿Judith? —dijo al reconocer a su doncella.

—Disculpe mi *lady*, no quería importunarla, he intentado ser lo más silenciosa posible —susurro disculpándose la criada.

—No pasa nada, ¿Qué hora es? —Emily intentó averiguar la hora por la luz que se filtraba por la ventana, pero con las cortinas echadas era imposible, intentó recordar cuándo se había quedado dormida y todos los recuerdos de ella y Henry volvieron de pronto a su mente, algo que hizo sonrojarse interiormente y tocar el lado de la cama que permanecía arrugado en la ausencia de su marido.

—Es casi la hora del almuerzo, mi *lady*.

—Debo prepararme entonces para bajar —argumentó mientras se colocaba la bata que había en la silla más cercana cubriendo su desnudez—. ¿Que se supone que estás haciendo con mis vestidos Judith? —Ahora que se fijaba, Judith estaba metiendo varios vestidos en su baúl, doblándolos cuidadosamente.

—Su esposo me ordenó que lo hiciera, partiréis después del almuerzo mi *lady*. —Miró contrariada a su doncella, ¿Partir hacia dónde? ¿Ella sola? Esperaba que no después de lo que habían compartido hacía unas horas, aunque lamentaba no haberlo encontrado en su lecho al despertar, ¿Había sido un sueño? No... definitivamente había sido real y había sido

maravilloso.

Bajó las escaleras apresuradamente, al menos lo más apresurado que sus pies se lo permitieron y entró al comedor donde su esposo estaba sentado leyendo tranquilamente el periódico.

—Buenos días —expresó para llamar la atención.

—Buenas tardes —respondió Henry mientras un deje de sonrisa se asomaba de sus labios—. Que nos sirvan el almuerzo inmediatamente Maxim—habló sin desviar la mirada de su esposa.

—¿Por qué Judith está guardando mis vestidos? —se atrevió a preguntar, aunque la respuesta fuera dolorosa.

—Porque nos iremos de luna de miel después de almorzar, saldremos inmediatamente —aclaró sin dejar de mirarla, estaba increíblemente hermosa como siempre.

—¿Tan rápido?, ¿Por qué tanta premura? —confesó sin entenderlo.

—Debimos marcharnos inmediatamente después de la ceremonia, ahora lo sé, pero no esperaremos más. No veo el momento en el que te tenga solo para mi deleite lejos de aquí —confesó con una mirada llameante que Emily pudo descifrar claramente provocando que se sonrojara.

—¿Qué tendría de malo estar aquí? Se supone que viviremos aquí de forma habitual —preguntó confundida.

—Que escandalizaríamos al servicio querida... —Sus palabras denotaban claramente lo que pensaba hacer con ella durante aquel viaje. Emily no soportó mantener su ardiente mirada y no pudo más que inclinar los ojos hacia el suelo avergonzada.

Almorzaron silenciosamente, aunque las miradas de Henry hacían que su

cuerpo estuviera a una temperatura superior a la de la sopa que estaba tomando y el postre casi se le atragantó cuando sintió el roce del zapato de él ascendiendo por su pierna.

—Iré a ver qué tal va el equipaje de Lynette —anunció antes de que Henry saltara sobre la mesa hacia ella cosa que estaba segura de que pasaría si no salía del comedor.

—No hace falta, querida. Mi madre vendrá esta tarde y se instalará en casa para estar con ella —le confirmó.

—¿Pero no viene con nosotros? —preguntó apenada.

—No... —susurró—. Lamentablemente no vamos a tener tiempo para ella y estará mejor atendida aquí —insistió.

—Pero nunca me he separado de ella... yo no puedo... ella... —balbuceó.

—Solo será una semana, Emily y te prometo que ella estará bien. —Se acercó a su esposa y la besó dulcemente en los labios— Saldremos en media hora —dijo antes de marcharse.

Le costó despedirse de su pequeña, incluso no pudo evitar soltar una pequeña lágrima y a punto estuvo de decir que no iría sin ella, pero se convenció pensando que Emily estaría bien con Judith y su abuela, además solo sería una semana y era lógico que ahora que ya no le daba el pecho a la pequeña no fuera necesario llevarla con ellos.

—¿A dónde iremos? —preguntó una vez que iniciaron el viaje y se encontraban solos en el carruaje.

—Tengo una pequeña propiedad en la playa al sur, hará mejor clima que aquí y estaremos solos —confesó.

Emily comenzó a estar nerviosa por la idea de pasar una semana

completamente a solas con Henry, ¿En qué podía terminar aquello? No fue consciente en el momento en que se quedó dormida pero sí que lo fue del momento en el que despertó por aquel incesante calor que la abrumaba. Cuando despertó se encontró con aquellos ojos grises observándola mientras una habilidosa mano se había colado entre sus enaguas.

—Es más difícil despertarte de lo que crees, bella durmiente —sonrió el duque.

Emily profirió un gemido en respuesta al notar los dedos de Henry en el punto exacto donde le estaba provocando aquel calor.

—Estamos en un carruaje en movimiento, Henry —le increpó como si en aquella situación fuera impensable hacer lo que su esposo tenía más que la intención puesta en hacer.

—Querida, ¿Acaso no intuyes lo que ayuda el hecho de que esté en movimiento a lo que tengo pensado hacer? —Su pícara sonrisa la sonrojó, sin duda alguna él ya lo habría comprobado en sus propias carnes, de eso estaba segura.

—¡Descarado! —gritó justo al mismo tiempo que iba a darle un golpe en su brazo, él la cogió de la cintura y la colocó sobre sus piernas mientras devoraba ardientemente su boca.

—Te permitiré llamarme como quieras, pero te pienso hacer mía aquí mismo —afirmó con aquellos ojos que se habían vuelto oscuros de pronto debido al deseo que sentía hacia ella.

Henry se deleitó en la tierna piel del cuello de Emily, eran tan suave y delicada que sabía que jamás se cansaría de besarla y admirarla. Le alzó el vestido para sentarla a horcajadas sobre él, afortunadamente para su suerte ella no llevaba uno de esos con miles de capas debajo del tejido principal,

sino que había optado por un vestido ligero y cómodo para el viaje, de forma que fue fácil sentir el contacto con su piel.

Cuando Emily sintió que su carne se unía a la de él simplemente se maravilló, jamás habría pensado en hacer algo tan descabellado como lo que estaban haciendo en aquel instante en un carruaje, pero para su propio deleite Henry tenía razón, el vaivén de los baches no hacía más que aumentar su placentera y estoica satisfacción, además de ayudar a que sus movimientos fueran mucho más acompasados.

—He ansiado tantas veces tenerte así, mi exquisita esposa. —Henry la deleitó con sus manos en los lugares precisos provocando en ella una inconfundible sensación de anhelo y pasión que ambicionaban explotar saciando sus apetitos.

—Vamos, preciosa —la apremió él con voz ronca mientras devoraba uno de sus pezones rosados. Emily colocó sus manos en el techo forrado y acolchado del carruaje para sostenerse mientras gozaba plenamente de su desinhibición.

Henry no sabía si gozaba más de la sensualidad que transpiraba su deliciosa mujer o del placer que ésta le estaba proporcionando. Ella era como la ambrosía de la cual nunca se cansaría de probar su néctar. Era plenamente consciente de que aquella mujer lo tenía sumamente abducido y para su asombroso deleite, ella parecía estar igualmente de enloquecida que él.

Se desplomó sobre el cuerpo de su esposo cuando consiguió alcanzar aquel fruto prohibido en el paraíso, porque desde luego aquello que había protagonizado en el carruaje debía estar vetado, no podía ser decente gozar de tal placer.

Aquello solo era un anticipo de lo que pensaba obtener de ella durante aquella semana, pensó Henry. Había sido demasiado tiempo sin su roce, sin

su cuerpo... sin gozar de su asombrosa y adorable mujer como para desperdiciar un solo segundo más sin disfrutar, saborear y definitivamente admirar su delicioso cuerpo. Pensaba alabar cada palmo de su piel recreándose en tal hecho, definitivamente era consciente de que jamás iba a saciarse de ella y era completamente feliz con ese hecho.

La propiedad no era tan pequeña como había imaginado Emily. Se trataba de una casa palaciega en la montaña desde donde se divisaba el angosto y amplio mar frente a ella donde el Atlántico bañaba las costas. Emily se maravilló en el momento en que sus ojos lo apreciaron, era la primera vez que divisaba el mar y estaba experimentando un sinfín de sensaciones.

—¿Te gusta? —La voz masculina de Henry junto a ella le hizo abandonar sus

pensamientos.

—Es muy hermoso —confesó—. ¿Vienes a menudo aquí? —Si ella poseyera aquella propiedad tenía la certeza de que iría frecuentemente, tan solo habían sido cuatro horas de viaje, no estaban tan lejos de Londres.

—Menos de lo que quisiera, poseo demasiadas propiedades y muy poco tiempo para disfrutarlas —admitió.

—¿Y cómo es que todo está en orden? —preguntó al ver que no parecía una casa desolada. No había polvo, ni olía a humedad o a cerrado como solía ocurrir con las casas poco habitadas.

—Los Harmony se encargan de mantenerla en buen estado. Viven en la pequeña casa que hay al lado —le aclaró—. Voy a avisarles de que hemos llegado para que nos preparen la cena.

Emily aprovechó para pasear y descubrir la casa, todas las habitaciones del ala sur daban directamente a una terraza que las unía con vistas a la playa. Pudo contar hasta ocho habitaciones siendo solo una de ellas la más grande y donde efectivamente comprobó que dormirían al ver su baúl y el de Henry allí mismo. La decoración no era muy elegante, pero teniendo en cuenta el poco uso de la casa era normal. Habían usado mobiliario de madera desgastada con algunos toques de mimbre y metal que resultaban peculiares.

La señora Harmony resultó ser una mujer de mediana edad muy amable. Tan cercana que Emily se sintió como en casa con su trato, sin duda era una bellísima persona, se encargaba de la limpieza de la casa y hacía de cocinera cuando el duque se dejaba caer por su propiedad. Su marido algo más tosco, pero igualmente agradable se encargaba de las labores del jardín y mantenimiento.

—Si me permite decirlo mi *lady*, ya era hora de que su excelencia buscara

una esposa —admitió—. Y desde luego ha encontrado a una muy hermosa —añadió provocando el sonrojo de Emily—. Espero que ahora que se han casado, visite más a menudo esta propiedad, es una lástima que siempre esté vacía.

Emily pensó que ahora que conocía la existencia de aquella casa, le gustaría traer a Lynette, para que conociera el mar y cuando el buen tiempo lo permitiera, pasear por la arena descalzas mientras las aguas bañaban sus pies.

—Estoy segura de que así será —le confirmó.

Aquella noche cenaron a solas, con la única luz de la vela que había entre ellos sobre la mesa. Cuando terminaron, Henry la acompañó a la alcoba donde lentamente fue desvistiéndolo y deshaciéndose de las prendas que arropaban la piel de su esposa.

Esa noche le hizo el amor de una forma lenta, apasionada y delicadamente suave, deleitándose en cada palmo de su piel, rozando con sus labios sin dejar un solo fragmento por cubrir de su cuerpo, cubriéndolo por sus besos.

La oscuridad les pertenecía, bañados por la luz de la luna y el sonido de las olas incesantes, allí mismo se entregaron mutuamente bajo la incesante sensualidad que emanaban sus cuerpos anhelantes por devorarse.

Emily se sentía por primera vez flotar, plena... casi feliz, salvo por un pequeño detalle. Henry le hablaba de palabras bonitas, le susurraba al oído lo hermosa, vibrante y sensual que era, pero todas y cada una de esas palabras no eran amor, solo deseo.

Cada día que habían pasado en la casa de la playa esperaba anhelante que le dijera que la amaba, que se había enamorado de ella, pero su deseo por recibir esa confesión de amor no llegaba y con ella su desesperación y posterior convencimiento de que el duque de Sylverston no la quería, de que

probablemente jamás la amaría porque aún seguía en el recuerdo de Sophie, su prometida.

Había intentado averiguar qué sentía por ella, pero su terquedad y necesidad cuando lo preguntó le hizo creer que sería un tema vetado aún le dolía su reacción cuando recordaba como el tono de su voz serio y tajante.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo cuando acababan de hacer el amor con gran pasión aquella última noche y Henry la tenía aún entre sus brazos.

—Lo que quieras —le confirmó por respuesta mientras le daba un suave beso en su hombro.

—¿Qué ocurrió con Sophie?, ¿Por qué murió? —preguntó curiosa.

Quería saber que sentía Henry por ella, reconocer en sus palabras si aún había amor... nostalgia... sentimiento.

—¿Quién te ha hablado de ella? —Su tono frío hizo que su piel se helara, casi parecía enfadado de que ella lo supiera—. No la mencionaras jamás Emily, ¿Entendido? Ella no es de tu incumbencia —añadió dando por zanjado el asunto y se fue de la habitación dejándola sola.

Cuando despertó a la mañana siguiente comprobó que no estaba a su lado, parecía que su esposo había buscado otro lugar donde dormir.

Emily rememoraba cada uno de los instantes en los que había gozado con Henry durante aquella semana mientras volvían de regreso a Londres. Todo se había empañado por el recuerdo de Sophie, pensaba que tal vez hubiese sido mejor no mencionarla, pero ella tenía que saber si tenía alguna posibilidad con su esposo, averiguar hasta qué punto amaba el recuerdo de su prometida como para olvidarla y amarla a ella.

Ahora sabía que su posibilidad momentáneamente era casi nula, Henry no solo no la amaba, sino que no le permitía ni siquiera mencionar al gran amor

de su vida, como si la tuviera presente en su corazón. ¿Entonces porque le hacía el amor de aquella forma?, ¿Como era capaz de hacerla sentirse amada en el lecho cuando quería a otra?

Henry iba ensimismado durante el camino, había decidido hacerlo a caballo puesto que tenía cosas en las que pensar además de evitar que Emily volviera a preguntarle por Sophie, ¿Como se habría enterado? Lo que menos le apetecía en aquellos momentos era hablar de aquella mujer que no merecía siquiera que se mencionara. No, su mero nombre había empañado la última noche que debían pasar juntos y que en cambio había conseguido ponerle de mal humor.

Era consciente de que Emily no tenía la culpa de los actos de Sophie, pero reconocer que por una fulana, puesto que eso es lo que era Sophie para él, casi había destrozado su vida y desperdiciado demasiados años por su culpa, sabía que sólo provocaría lástima en Emily.

No, él no quería lástima, ni compasión... él solo deseaba que le amara, tal como él la amaba a ella. Porque, aunque se había entregado libremente y todo su cuerpo le hacía creer que tenía esperanza, era realista. Emily no iba a amarlo de la noche a la mañana y olvidarse de Barnes, así que le llevaría un tiempo hacer que llegase a sentir algo por él

Lo primero que hizo Emily tras bajar del carruaje fue ir directamente a abrazar a su pequeña, solo había sido una semana, pero parecía que había sido una infinidad. Se abrazó a su hija como si el alma se fuera en ello, quizás con aquel abrazo quería expresar la pena que sentía por dentro. No podía dejar que la afectase tanto, únicamente podía conformarse con que al menos le tenía para él en el lecho, aunque no tuviera su corazón, pero dolía reconocerlo... dolía saber que Henry no la amaba.

—¿Y qué tal la luna de miel? —Julia parecía bastante interesada por saber

cómo había ido su viaje, además de la premura con la que se habían marchado sin avisar. Ella se había volcado con la casa de modas desde que habían vuelto para no martirizarse, además notaba como Henry la evitaba algunas veces, le había quedado claro que el tema de Sophie estaba vetado, pero no entendía por qué huía de ella con lo bien que habían estado durante la luna de miel.

—El viaje bien... no tanto la vuelta —confesó mientras le enseñaba un muestrario de tejidos que había elegido exclusivamente para ella.

—¿Por qué?, ¿Qué ha pasado? Yo pensaba que al irnos repentinamente era porque al fin habías conseguido seducir a tu marido.

—Bueno... tú lo has dicho, he conseguido que me desee, pero no que me ame. —Acabó por delatarse.

—¿Te ha dicho que no te ama? —La voz de Julia se alzó indignada.

—No, directamente no, pero le pregunté por Sophie, necesitaba saber si aún sentía algo por ella y su respuesta solo hizo darme cuenta de que aún la ama a ella.

—¡Que hombre! Después de catorce años y aún sigue con eso, ¿Qué te dijo? —preguntó incrédula.

—Me respondió en un tono cortante que Sophie no era asunto mío, que jamás la mencionara —La voz de Emily era compungida—. Lo peor de todo es que sonaba con desprecio, como si yo no estuviera a la altura de ella, como si nunca fuese a alcanzar lo que ella había conseguido.

—¡Oh Emily! Tú sí amas a Henry —replicó Julia dándose cuenta del dolor en las palabras de su amiga.

—Creo que nunca dejé de amarlo, Julia. Creía que sí pero cada vez me doy cuenta de que realmente siempre le he amado —confesó compungida.

—Vamos, ánimo... quizás con el tiempo la olvide y se enamore de ti —la animó.

—No lo creo Julia, cada vez estoy más convencida de que se casó conmigo solo por Lynette. Henry simplemente me desea, igual que hace dos años me deseaba, solo que yo no puedo soportar que no sienta algo más por mí, necesito más que ese simple deseo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

—Me iré a París, como quizás debí haber hecho desde un principio antes de dejar que ocurriera todo esto —confesó.

Quizás si no se hubiera casado, si hubiera huido, ahora no estaría anhelando un amor no correspondido, un amor que no pensaba mendigar. Pondría tierra de distancia si era necesario para evitar que su maltrecho corazón sufriera aún más.

—¿Irte? —preguntó Julia sorprendida—. ¡No puedes hacer eso!, ¿Qué pasaría con Lynet's?, ¿Conmigo?, ¿Con Susan? Puedo entender las razones por las que te marchas, pero también tienes otras razones para quedarte Emily, yo estoy segura de que con el tiempo Henry llegará a amarte, tendría que estar loco para no hacerlo por mucho que en su día amara a Sophie ella ya no está, tú sí.

Julia creía que por más que Emily se empeñara en que aún amaba a Sophie, algo debía sentir por su esposa, quizás era ella y la creencia en aquellos estúpidos libros de amor, creer que cuando dos personas se amaban en el lecho también lo harían fuera de éste, por tanto, tenía la absoluta certeza de que su amiga sería feliz con su marido, aunque no lo pareciera.

—Se que os echaría mucho de menos, pero no podría quedarme si sé que no tengo esperanza de ser feliz, de saber que me marchitaré anhelando algo que

no podré tener.

—¿Por qué no le dices lo que sientes? —sugirió Julia.

—¿Y qué conseguiría?, ¿Su lástima? —exclamó—. No Julia, no tiene sentido decirle que él ha sido el único hombre que siempre he amado, eso solo conseguiría que yo me sintiera como una tonta ilusa, que eso es lo que soy por ilusionarme de nuevo. —Determinó mientras soltaba lo que estaba haciendo y soltaba el aire contenido para tranquilizarse.

—Al menos prométeme que no te marcharas sin decírmelo y que lo pensarás muy bien antes de tomar una decisión —dijo preocupada.

—No Julia, por supuesto que no me iría sin despedirme. —Realmente no tenía del todo claro el marcharse, por un lado si, su lado más amargo, el de su corazón destrozado anhelante de amor la incitaba a lanzarse junto a su hija con el primer barco que zarpara hacia tierras francesas, pero su lado más tierno, el que la hacía ser amiga, hermana y diseñadora, que también la hacía soñar con la idea de que el duque se llegara a enamorar de ella la incitaba a quedarse, a pensar que poner tierra de por medio no solucionaría sus males, al contrario, solo conseguiría sufrir más por él.

Aquella tarde llegó a casa más temprano de lo habitual, quería estrenar un nuevo vestido para la cena, uno que sus costureras habían terminado para ella y que resultaría muy favorecedor, venía algo más animada, con la idea de poder lograr por muy imposible que fuera el amor de Henry, quizás Julia tenía razón, solo hacía falta tiempo.

—Mi *lady*, ha llegado usted más temprano de lo habitual —exclamó Judith al verla que venía jugueteando con la pequeña por el pasillo que daba al recibidor.

—Si, hazme un favor, lleva esto a mi recámara, yo me quedaré con Lynette

jugando, ¿Verdad mi pequeña? —dijo en tono juguetón provocando las risas de su adorable hija.

Aunque Lynette había comenzado a andar, todavía no lograba dar unos pasos firmes debido a su inexistente equilibrio, así que Emily la seguía muy de cerca mientras la pequeña iba hacia los lugares que ella quería.

—No Robert, ¿Como me preguntas algo así?, ¡Por supuesto que no la amo!, ¿Crees acaso que después de todo el engaño y del tiempo que viví esa mentira la amaría? —Emily escuchó la voz de Henry a través de la puerta de su despacho. No estaba del todo cerrada de ahí que en el silencio del pasillo pudiera escucharla, su cuerpo se quedó helado, cogió en brazos a su pequeña para tener algo a lo que agarrarse—. Jamás podría perdonar algo así y hablar de ello solo aumenta mi rabia, ¿No lo entiendes? ¡No puedo perdonarla, nunca podré hacerlo! —escuchó como gritaba exaltado.

Emily no pudo soltarlo más y se fue escaleras arriba.

—Ella destrozó mi vida... y si lo hubiera sabido antes no le hubiera hecho el daño que le hice a Emily —terminó por decir un Henry ajeno a lo que su esposa había estado escuchando anteriormente.

Emily se encerró en su habitación contrariada. La odiaba, Henry la odiaba por haberle engañado y ocultado que era el padre de Lynette. No solo era que quisiera a otra, es que no podía soportar su engaño pese a haberse casado con ella.

Seguramente también la odiaba por no poder poner el apellido a su hija. Unas leves lágrimas de dolor recorrieron sus mejillas, ella no tenía la culpa, no le dejó otra opción.

—¡No! —se dijo a si misma limpiándose las lágrimas—. Aunque me arranque el corazón, aunque me desgarre por dentro, no pienso derramar una

lágrima más por ti Henry. Tú también me hiciste daño, tú también me engañaste —dijo en voz baja para sí misma, si no lo tenía del todo seguro antes ahora sí, se marchaba, no lo soportaría más... se iría y comenzaría una nueva vida desde cero en París.

Henry notaba a Emily distante, tal vez fuera su culpa después de todo, reconocía que no estuvo bien su contestación aquella última noche en su luna de miel y desde ese instante las cosas entre ellos no habían ido bien. La vuelta a Londres tampoco había ayudado, él era un hombre ocupado de negocios y su esposa parecía también bastante ocupada con su casa de modas por lo que en más de una ocasión había pensado en raptarla de nuevo y llevarla de vuelta a la casa de la playa. Deseaba tenerla de regreso en su lecho, despertar cada mañana a su lado, verla abrir sus ojos en aquel rostro perfecto y disfrutar de esa sonrisa única y radiante que solo poseía ella.

Robert le había aconsejado confesarle la verdad sobre Sophie, romper el muro que les mantenía separados y tal vez así ella confesara sus sentimientos por William, pero para alguien como él no era fácil admitir que por su estúpida ceguedad la había dañado. Que por culpa de una mujer cruel y despiadada se había comportado como el más vil de los hombres y en consecuencia ella se había enamorado de otro. No, desde luego no era fácil admitirlo.

«Todo está preparado» pensó Emily.

Había preparado un baúl con las pertenencias que pensaba llevarse escondido en la trastienda, ya tenía los pasajes del barco que zarparía en dos días a primera hora mañana y había agilizado todo para poder tener sus cuentas en orden una vez se instalara en Francia.

Janet se encargaría de llevar la tienda, la chica había aprendido sus gustos y era bastante disciplinada, ella enviaría los diseños de las colecciones por

correo para que los prepararan. Todo iría bien sin ella, al menos era lo que necesitaba pensar.

Solo había algo que le estaba costando hacer; la carta en la que le explicaba a Henry que se marchaba y las razones por las que lo hacía. Pensó en marcharse sin más, pero por alguna razón tenía que darle una explicación, no podía alejarlo de su hija sin motivo alguno y explicar sus razones sin argumentar el verdadero motivo no era posible.

Le dolió despedirse de la Señora Smith sin llegar a hacerlo con las palabras exactas de su marcha, solo dijo que estaría unos días fuera de Londres. Lo mismo ocurrió con Petunia a quien sabía que extrañaría pero que con el tiempo le pediría que la visitara en Francia. Aunque sin duda a quien no pudo evitar contar la verdad fue a Julia y Susan, que ambas se entristecían por su marcha y posterior ausencia. Las iba a extrañar, aunque fueran a visitarla, sabía que parte de ella se quedaba allí en Londres con ellas, pero lograron entender porqué se iba, sobre todo Susan, la romántica empedernida que había en ella le decía que estaba segura de que el duque saldría tras ella. No sería así, no cuando había escuchado de su propia voz que jamás la perdonaría.

Aquella era su última noche, no había más tiempo, tenía que hacer aquella dichosa carta de despedida para Henry y no sabía por dónde empezar... finalmente expresó lo que su corazón anhelaba y sentía, la dobló metiéndola en aquel sobre y la dejó sobre su mesilla. Sabía que no conciliaría el sueño, al día siguiente su vida dejaría de ser como lo era ahora, se marcharía a otro país, a otro lugar donde comenzaría desde cero y donde sería una completa desconocida para todo el mundo.

Henry se levantó temprano con los primeros rayos de sol, su sueño no había sido demasiado profundo y prefirió levantarse antes que intentar volver a

conciliarlo. Sabía porque no conseguía dormir bien esas últimas noches... Emily, ella era el centro de su mundo y si las cosas no estaban bien con ella, nada en él iba bien.

Aquella noche lo había decidido, hablaría con ella, le daba igual que amara a William, él la quería de todas formas, solo le daría tiempo para que al menos le tuviera cariño, quizás pedirle que le amara era un imposible, pero se conformaría con lo poco que ella le diera.

—Buenos días Maxim —habló cuando bajó las escaleras y fue a tomar el desayuno.

—Buenos días excelencia, veo que los duques hoy han madrugado —dijo sonriente.

—¿La duquesa ya se ha levantado? —pregunto Henry extrañado. Era bastante temprano como para ir a su casa de modas.

—Si, excelencia. Se marchó en carruaje con la joven Barnes —puntualizó llamando así a su hija Lynette.

Henry tuvo un presentimiento extraño. ¿A dónde iría Emily tan temprano con su hija?

—¿No dijo a donde se marchaba? —preguntó mordaz.

—No, excelencia —confirmó el sirviente.

Subió de nuevo las escaleras y entró en la habitación de Emily, todo parecía estar en orden, salvo por el sobre que visualizó en el tocador junto al jarrón donde él le ponía las rosas cada mañana. Vio escrito su nombre en dorso y se sintió desfallecer...

—No —susurró mientras lo cogía tembloroso entre las manos.

No quería abrirlo, sabía que el contenido no le agradaría, pero aún así lo abrió.

A mi querido esposo.

Cuando leas estas líneas imagino que ya me habré marchado de Londres abandonando la ciudad y mis sueños con ello, pero creo que es lo mejor para ambos. No somos felices Henry y eso es evidente, es algo que no se puede negar. Yo deseo ser feliz y que tú también lo seas.

Desconozco las razones por las que quisiste desposarme, aunque imagino que únicamente fue por estar cerca de Lynette y lamento alejarla de tu lado,

pero no podría vivir sin ella ni tampoco vivir a tu lado sabiendo que jamás perdonarás que te engañé no contándote que eras su padre, pero en aquel entonces estaba demasiado dolida para hacerlo.

No me juzgues por huir, una vez te dije que era de cobardes y es lo que estoy haciendo precisamente ahora pero no puedo quedarme a tu lado, no sabiendo que la amas a ella y que jamás existirá una posibilidad para ambos.

Adiós Henry.

Se había ido. Henry arrugó el papel y soltó un gruñido de su garganta indescifrable, ¿A dónde se había marchado? Sabía de alguien que estaba seguro de que lo sabría.

Aporreo la puerta de la casa de los Benedict casi exhausto por la carrera a caballo que había realizado para llegar.

—Excelencia —anunció el mayordomo tras abrirle la puerta.

—Llame inmediatamente a la señorita Benedict, es urgente —le apremió sin falta.

—Pero señor, ella aún no se ha levantado...

—¡Como si está bañándose, tráigala inmediatamente! ¡Es cuestión de vida o muerte! —le gritó desesperado.

—¿Henry?, ¿se puede saber qué ocurre? —La voz de Robert salió del comedor donde seguramente estaba tomando el desayuno.

—Emily se ha marchado, se ha ido, ¡Esfumado! —gritó sarcásticamente.

—¿Cuándo? —exclamó Robert extrañado.

—Salió de casa a primera hora de la mañana, se ha ido sigilosamente para que nadie lo detectara, ¡Tengo que encontrarla Robert! Si la pierdo de nuevo no sabré que hacer... no puedo perderla, ¡No cuando ella cree que amo a Sophie!

—¿No amas a Sophie? —Esa voz era de Julia que los había escuchado mientras bajaba las escaleras arropada con una bata de dormir que ocultaba su camisón.

—¡Por supuesto que no amo a esa arpía! —gritó Henry.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Julia llevándose una mano a la boca—. Se irá con el primer barco que zarpa hoy a Francia, sé que salía temprano, ¡No sé si ya se habrá ido! —Su última frase la dijo cuando el duque ya estaba saliendo por la puerta en cuanto escuchó la palabra zarpar y Francia.

—Mi *lady*, ¿Está segura de que quiere hacer esto? —Judith viajaba con ella, pero la veía tan triste que hasta la doncella dudaba de la decisión que había tomado.

—Es lo mejor Judith, sé que será difícil, pero al final será lo mejor para todos —afirmó queriendo creer en sus palabras.

—Yo no soy quien, para juzgarla mi *lady*, pero no creo que sea lo correcto, al menos no de esta forma. —Se atrevió a decir la doncella comedidamente.

—Mi esposo me odia Judith... lo menos que puedo hacer es desaparecer, quizás él consiga ser feliz con otra mujer —Le dolería en el alma que así fuera, pero si no estaba para verlo mejor que así fuera.

Henry galopaba lo más rápido que su caballo le permitía hacer, tenía que acortar la distancia que Emily le llevaba de ventaja, no la perdería, no pensaba perderla esta vez. Si ella quería irse a Francia le parecía bien, que se

fuera, pero él también iría, no le importaba ya nada que no fuera su esposa, ni el dinero, ni los negocios... todo carecía de valor si ella se iba y le gustara o no, no se alejaría de su lado.

La espera hasta que el barco zarpó se hizo eterna, no podía evitar pensar en que de pronto Henry apareciera de la nada, gritando su nombre y rogándole que no se marchara. Eso no sucedería, de hecho, no sucedió cuando el barco comenzó a alejarse de la costa y ella veía cada vez más lejos esa tierra que tanto añoraría el resto de sus días.

Un llanto que no pudo controlar comenzó a invadirla. La nostalgia, el sentimiento de abandono... la lejanía de su único amor, todo aquello explotó en su cara no pudiendo evitar el cese de aquellas lagrimas silenciosas.

—No llores, no puedo soportarlo —Ahora Emily imaginaba la voz de Henry en su cabeza, ¿Tanto lo quería para imaginárselo?—. Siento que se me parte el alma si lo haces —Esta vez la voz a su espalda fue acompañada de unos fuertes brazos que la rodearon y dio un salto dándose la vuelta para comprobar que no era un producto de su imaginación, que Henry estaba allí mismo, en aquel barco junto a ella y rodeándola con sus fuertes brazos para sujetarla entre ellos como tanto anhelaba.

—Henry... —susurró.

—¿Pensabas por un instante que te dejaría marchar?, ¿Que no saldría corriendo detrás de ti? —le susurró—. Emily, eres la mujer de mi vida, mi esposa y te amo demasiado para alejarme de ti. Sin ti estoy perdido, eres la única mujer que deseo a mi lado y si tú no estás, yo no quiero vivir. No deseo vivir.

¿Estaba soñando?, ¿Había ido al cielo porque había muerto? Colocó sus manos en su pecho para saber que era real, ¡Estaba allí! Y le había confesado

que la amaba, ¡Henry la amaba!

—Pero yo escuché... Yo oí que me odiabas... ¡Que jamás me perdonarías!

—No Emily, tu escuchaste que jamás perdonaría a Sophie —le aclaró—. Descubrí después de muchos años su engaño. Ella era la amante de mi padre, solo me quería por el título y para que yo fuese el padre de su bastardo —confesó—. Descubrir todo aquello fue duro, sobre todo porque te había perdido a ti por una convicción que no fue más que una mentira, yo ya te amaba por ese entonces y fui un completo estúpido. Había hecho una promesa a una mujer que no merecía la pena ni nombrarla, me comporté como el más cruel y vil de los hombres contigo, con la mujer que verdaderamente quería.

—¡Oh Henry! —exclamó Emily ahora que lo comprendía.

—Soy yo el que no se merece tu perdón por lo que hice. Te fuiste con Barnes porque no te dejé otra opción y sé que aún le amas, pero no me importa Emily, podré convivir con ello con tal de estar a tu lado —dijo besando sus manos—. Dime que no es tarde para nosotros, estuvimos bien en nuestra luna de miel, sé que podremos volver a estarlo.

—Henry —susurró—. Yo no amo a William, nunca le amé como hombre, ni el a mí como mujer, no en ese sentido, él y yo solo fuimos amigos —determinó ella creando la confusión en Henry—. William solo me ayudó, él estaba enfermo y quiso salvarme de la desgracia que me esperaba si me convertía en tu amante. Lo único que debes saber, esposo mío es que jamás he amado a otro hombre que no seas tú, desde el mismo momento en que te conocí supe que solo existirías tú, Henry.

Henry la estrechó entre sus brazos provocando una leve risa en ella.

—Te amo Emily, soy el hombre más afortunado de este mundo por tenerte y

te prometo que te lo compensaré cada día de mi vida. Viviré en Francia si lo deseas, en París, Italia o el mismísimo Polo Norte si es lo que deseas, yo solo necesito que estés a mi lado para ser feliz.

—No deseo otro sitio, que no sea estar contigo Henry —confesó una Emily ahora radiante de felicidad.

A Henry no le importó si tenían público o no en la cubierta del barco, estrechó a Emily entre sus brazos y le besó, al principio suavemente y después con un ansía de frenesí como si su vida dependiera de ello.

Emily respondió a aquel beso con ardiente fervor hasta que recordó dónde estaban y separó sus labios de los suyos.

—¡Henry! —exclamó mirando a su alrededor, comprobando cómo algunas personas cuchicheaban—. No podemos hacer esto en público —expresó algo divertida.

—No me importa. —Las manos de Henry estaban en su rostro, obligándola a mirarle—. No me importa en absoluto que todo el mundo sepa cuánto te amo y que eres la mujer más maravillosa que jamás he conocido.

Emily vio como Henry se arrodillaba delante de ella y no entendía por qué hacía aquello.

—Emily Sylverston, ¿Aceptas casarte conmigo? —Los ojos de Henry expresaban felicidad y su sonrisa era tan cautivadora que a Emily se le iba a salir el corazón de un momento a otro.

—¡Pero si ya soy tu esposa! —exclamó casi con lágrimas en los ojos, pero esta vez de dicha. Henry se había vuelto loco, aunque le gustaba esa locura.

—Te casaste una vez conmigo porque te obligué a hacerlo, ahora quiero que lo hagas porque es lo que deseas, porque realmente quieres compartir tu vida conmigo y sobre todo porque ansías la vida que tendremos juntos.

Emily le observó arrodillado delante de ella, eso era lo que quería, lo que quiso desde un principio, que Henry la amara por encima de todo y todos y ahora se lo estaba demostrando.

—Sí, quiero —hablo en un tono formal—. ¡Por supuesto que quiero hacerlo! —exclamó antes de abalanzarse a sus brazos y fundirse en un beso del cual ahora era ella quien le importaba un comino quién los viera.

Fue una suerte que Henry comprara el último pasaje del barco o de lo contrario no hubiera podido disfrutar de un camarote privado para ellos dos, solo pensar en el hecho de no poder disfrutar del cuerpo de su amada esposa hasta llegar a costas francesas le hubiera vuelto loco, pero afortunadamente para él, la tenía completamente, enteramente y placentemente a su disposición.

Aquella noche amo cada recóndita parte del cuerpo de Emily haciéndole el amor lenta y paulatinamente, ahora tenían todo el tiempo del mundo, toda la vida para amarse y desde luego que así sería por el resto de su vida.

—¿En qué piensas mi amor? —La suave y dulce voz de Emily le sacó de su embelesamiento.

—En lo estúpido que fui por no confesar antes cuanto te amaba mi bella esposa —respondió al mismo tiempo que aspiraba el aroma de sus cabellos.

—Sí, quizás nos hubiéramos ahorrado este viaje si yo también lo hubiera hecho. Por cierto, ¿Cómo me encontraste? En la nota no decía a donde me marchaba —dijo acordándose de pronto.

—Soy un hombre con recursos —expresó divertido mientras comenzaba a besar su cuello de forma sensual.

—¡Oh vamos! Únicamente lo sabían Julia y Susan, imagino que se lo sonsacaste a alguna de las dos.

—Podría ser...—dejo a entrever.

—En todo caso, casi le debería de dar las gracias por decírtelo, sé que por mucha distancia que hubiera puesto de por medio, jamás me habría olvidado de ti —confesó lentamente mientras cerraba los ojos saboreando las delicias que Henry provocaba con sus labios.

—Mi preciosa esposa, ¿Acaso crees que no hubiera movido cielo y tierra para encontrarte? Hubiera ido por ti hasta el mismísimo infierno si hacía falta, gastaría hasta el último de mis alientos por encontrarte y desde luego te encontraría, aunque fuese solamente para decirte cuanto te amaba y que después me alejases de tu vida, pero igualmente lo haría.

Emily le miró descubriendo a ese hombre que con tanto ahínco había intentado ocultar aquellos sentimientos por ella, pero ahora le miraba con otros ojos.

—Las rosas... —susurró—. Las joyas... la vez que viniste a Lynet's con aquella cesta de comida...

—Vanos intentos por llamar tu atención mendigando un poco de cariño por tu parte —confesó mientras enlazaba una de sus manos con la suya—. ¿Puedes hacerte una idea de lo difícil que fue para mí no lanzarme sobre ti con aquellos vestidos que dejaban tan poco a la imaginación? —expresó algo contrariado—. Juro que casi me muero aquella vez que me exigiste saber si tenía una amante cuando los pusiste delante de mi cara, yo solo quería estrecharte entre mis brazos y hacerte mía, ¿Cómo demonios iba a poder pensar siquiera en otra?

—Porque yo anhelaba que me hicieras tuya —confesó—. Fue un suplicio no demostrar cuanto te deseaba mi cuerpo en la noche de bodas, un completo martirio no revelarte que pese a todo lo que me habías hecho, mi cuerpo aún

se proclamaba como tuyo y no podía hacer nada por negarlo.

—¿Entonces tus lágrimas no eran por Barnes? Yo me juré no volver a tocarte, pensé que me repudiabas porque le amabas a él.

—No mi amor, solo estaba enfadada conmigo misma por seguir deseándote, ya te dije que entre William y yo nunca existió más que una amistad.

—Pero ¿Cómo es posible que él no te deseara? Eres demasiado hermosa Emily, ningún hombre en su sano juicio desaprovecharía la oportunidad del matrimonio pudiendo exigir tu deber conyugal en el lecho.

—Bueno, tú lo hiciste —le recalcó ella.

—Pero créeme que lo hice porque pensaba que te hacía daño, porque te amaba demasiado para perjudicarte aún más y que por consecuencia me tuvieras aún más odio.

—Henry... —susurró poniendo una mano en su rostro para que le observara —. William no se sentía atraído por ninguna mujer, incluida yo.

Tardó un momento en comprenderlo y su cara fue toda una revelación de sorpresa.

—Se casó conmigo porque estaba enfermo, yo no lo sabía, pero él sí. Cuando aquel día le confesé tus intenciones respecto a mí, él me propuso matrimonio, yo ya conocía su condición hacia el género femenino, sabía que en su condición él no representaría un peligro para mí y yo le hacía un favor al poder acallar cualquier rumor, aunque realmente el favor me lo estaba haciendo él a mí. William fue, es y será un gran amigo Henry, le debo demasiado.

Henry guardó silencio por unos instantes, comprendiendo aquella confesión.

—Supongo que la razón de que Lynette lleve su apellido se debe a la estima

que tienes hacia él.

—Ella es la única posibilidad de mantener el linaje de los Barnes, es lo menos que puedo hacer, no te pido que lo entiendas, pero...

—Lo entiendo Emily.

—¿Eso significa que no vas a reclamarla como tu hija?

—He pensado muchas veces qué era lo mejor para Lynette. No puedo reclamarla como mi hija puesto que, si lo hago, aunque ahora estemos casados, significaría que fue concebida fuera del matrimonio y todo el mundo la consideraría como una bastarda, en cualquier caso, sería desprestigiada por la sociedad y no permitiré que mi propia hija sufra semejante hazaña, no por un acto mío de egoísmo y no mientras pueda evitarlo —confesó bastante tranquilo—. Por otro lado, ella sabrá que es mi hija y aunque lleve el apellido Barnes, la adoptaré y seré su tutor legal en consecuencia. Será ella la que decida cuando sea mayor y conozca toda la historia si quiere renunciar al apellido Barnes y ser una Sylverston o por el contrario seguir siendo una Barnes.

—¡Oh Henry! —Emily se abalanzó sobre él emocionada, saber que su marido era un hombre bueno, sabio y justo la llenaba de orgullo y satisfacción.

—Solo quiero lo mejor para ella, Emily y también para ti.

—Te amo tanto Henry.

—No más que yo, mi bella esposa —dijo antes de apresar aquellos dulces labios para volver a hacerle el amor en aquella noche llena de confesiones, sentimientos, emociones y como no... pasiones a flor de piel de los cuales tanto Henry como Emily iban a disfrutar en primera persona.

Hacía tres semanas que habían vuelto de París, finalmente decidieron

quedarse varios días por la ciudad, pese que Emily deseaba haber vuelto antes, Henry se empeñó en no hacerlo, sabía que sus negocios le reclamarían que quería dedicar todo su tiempo a su amada esposa y a su pequeña hija.

Habían decidido hacer una pequeña fiesta a modo de celebración de su segunda boda, en realidad no iba a ser algo oficial, solo les apetecía celebrar con todos sus amigos y familiares cercanos el amor que se profesaban y que ahora era más que evidente en ellos.

—¿Ya están listos los centros de mesa? —preguntó Emily algo nerviosa, realmente no sabía porque lo estaba, bueno sí que lo sabía. Su entusiasmo, su felicidad y sobre todo la luz que reflejaban sus ojos así lo evidenciaban, tenía ganas de contárselo, esa noche lo haría.

—Si, mi *lady*, rosas blancas, como usted pidió —respondió sonriente Judith que mantenía en brazos a la pequeña Lynette para que no se ensuciara su vestido.

El jardín de la mansión Sylverston en Londres era lo suficientemente grande como para albergar a los invitados de aquella pequeña celebración, por tanto, habían decidido hacerla allí mismo para no obligar a los comensales a salir de la ciudad.

—Los invitados ya están llegando, mi *lady*. Sus amigas la señorita Brandom y la señorita Benedict desean verla —anunció una de las doncellas de la casa tras tocar su puerta.

—Hágalas pasar Ninet —respondió atentamente Emily a su doncella.

Julia y Susan entraron en su habitación como pequeñas hadas voladoras halagando su espléndido vestido.

Emily había utilizado para la ocasión un vestido de color blanco nuclear con una finísima capa de tul gris perla lleno de minúsculos brillantes, el reflejo

plateado que hacía era indudablemente hermoso y para más consternación ese mismo tul se repartía por todo el corpiño y parte del escote siendo este de lo más provocador pese a respetar dentro de un límite las estrictas normas. Se había recogido el cabello en un trenzado adornado por multitud de rosas blancas, pero en el escote del vestido justo en el centro lucía una gran y hermosa rosa roja, símbolo de la pasión que existía entre Henry y ella.

—Sin duda alguna estas realmente hermosa Emily, parece que es el día de tu boda vestida así —le dijo una Julia algo emocionada.

—Es el día de mi boda Julia, al menos lo siento así —respondió sonriente.

Sus amigas sabían lo que significaba aquella celebración para ella, ahora que por fin las cosas se habían aclarado al fin con su marido, no podía ser más dichosa y tanto Susan como Julia lo notaban en la felicidad que irradiaba.

—¡Oh! Yo sabía que él te amaba, ¡Te lo dije y no quisiste escucharme! —exclamó Susan casi con lágrimas en los ojos por ver a su amiga tan dichosa.

—Y debí haberte hecho caso, Susan... soy tan feliz —dijo cogiendo a ambas de las manos y uniéndolas con las suyas—. Solo deseo que vosotras podáis ser tan felices como yo, que encontréis de verdad el amor en un hombre. —Susan la miró esperanzada, aunque Julia un tanto contrariada.

—Yo sé que mi verdadero amor me estará esperando en alguna parte, estoy completamente convencida —confesó Susan.

—Emily, tú has sido afortunada —afirmó Julia—. No todas las damas se pueden permitir casarse por amor. —Aquellas palabras preocuparon a Emily, pero no tuvo tiempo para preguntar puesto que fueron interrumpidas avisándolas que todos los invitados habían llegado y estaban esperando a la duquesa para saludarla.

Entraron las tres al mismo tiempo en el gran jardín en el que algunos

invitados ya se estaban acomodando. Henry solo tuvo ojos para su esposa nada más verla, sin duda alguna no tendría vida suficiente para agradecer que alguien como Emily le amara a él. Era consciente de su diferencia de edad y pese a todo, aquella increíble hermosa mujer le quería. Nunca pensó que lograría su perdón y sin embargo allí estaba, ataviada con aquel precioso y a la vez seductor vestido que enmarcaba aquella rosa roja, ese color que sin duda protagonizaba la pasión que ambos se tenían en su lecho cada noche, una pasión que sin duda era fruto del amor que se profesaban.

Henry hizo un sonido con el tenedor en su copa para captar la atención de los invitados en sus mesas una vez comenzada la velada. Todo el mundo se giró a verlo para ver de qué se trataba aquel comunicado, todos incluida su esposa Emily que estaba justo a su lado.

—Queridos amigos y familiares más cercanos —comenzó hablando—, imagino que muchos de vosotros os preguntaréis a qué es debida esta cena y qué motivo nos puede conmovier a mi esposa y a mí organizar este evento en nuestra casa con todas las personas que apreciamos. —Hizo un gesto a su esposa indicándole que se levantara con la mano y Emily se apoyó en su brazo para hacerlo.

—Cuando me casé con esta bella joven, la mujer más hermosa que jamás he conocido y que estoy seguro de que conoceré. —Pausó su discurso para besar la mano de su esposa y Emily no pudo evitar sentirse avergonzada por las palabras de su esposo—. Me juré a mí mismo que la protegería, la respetaría y sobre todo me aseguraría de hacerla feliz. Lamentablemente fallé en esto último y es por lo que hoy, delante de todos vosotros quiero decirle que no volveré a hacerlo, que haré cuanto esté en mi mano para no volver a fallarle ni un solo día durante el resto de mi vida y sobre todo para admitir que amo profundamente cada gesto, cada sonrisa y sobre todo cada parte de su ser que

la hacen ser mi esposa. —Henry le dio otro beso en la palma de la mano con una ardiente pasión que Emily pudo ver en sus ojos, sabía que no la estrechaba entre sus brazos por el público, pero para ella es como si lo hubiera hecho, aquellas palabras habían sido tan hermosas que su corazón estaba a punto de explotar de dicha.

—Te amo Henry —susurró sin sonido para que pudiera leer sus labios, sabía que si hablaba su voz saldría rota por las lágrimas que estaba intentando acallar.

Robert fue el primero en aplaudir, no era un hombre dado a exhibicionismos amorosos, pero entendía que su amigo necesitaba desahogarse después de haber sufrido tanto, primero por Sophie y luego por Emily.

La duquesa viuda de Sylverston se podía divisar a lo lejos con un pañuelo secándose las lágrimas mientras también intentaba aplaudir al compás del resto de invitados.

—Y ahora sí, ¡Disfruten de esta magnífica velada ya que el tiempo nos acompaña! —exclamó Henry para acallar los aplausos y degustar los magníficos platos que su cocinera mañosa había preparado para los comensales.

—Querida, ¿Podría hablar contigo un momento? —Emily había invitado *lady* Petunia, la madre de William a la fiesta, no había querido excluirla, pero ante la confesión de Henry aquella noche ahora no sabía cómo interpretaría aquella mujer su felicidad con su nuevo marido, después de todo, ella creía que había amado a su hijo.

—Claro que si Petunia —contestó amablemente mientras se apartaban un poco de la mesa donde Henry las observaba sin decir nada.

—Realmente no sé cómo decirte esto... yo... —La voz de la baronesa viuda

denotaba cierta inquietud.

—Dígallo de una vez, verá como no pasa nada. —Emily creía que le iba a preguntar si amó a William y sabía qué contestar en tal caso para que la mujer no se sintiera mal.

—Yo sé que Lynette no es mi nieta, es decir, me supuse que era de Sylverston al ver sus ojos tan parecidos a los suyos, pero desde el momento en que supe que estabas embarazada ya sabía que no sería de mi William. Aunque él intentó esconder muy bien sus gustos, una madre entiende de esas cosas y solo quería... yo solo quería pedirte que no me apartes de Lynette, sé que quizá no tenga derecho a pedirlo, pero ella es lo único que en cierto modo lo único que me queda de mi hijo.

A Emily le conmovió saber que aquella dulce mujer sabía cómo era verdaderamente William, ¿Como iba ella a negarse a tal petición?

—Tú eres su abuela Petunia, eres como una madre para mí y para Lynette siempre has sido y serás su abuela. No debes preocuparte jamás por eso porque nunca la apartaré de tu lado y podrás verla todas las veces que quieras.

—¡Oh mi niña!, ¡Eres tan generosa! —exclamó la mujer abrazándose a ella y Emily no pudo más que acogerla entre sus brazos.

La noche pasó demasiado rápido, quizás cuando uno disfruta verdaderamente de las cosas el tiempo se desvanece tan deprisa como llega.

—¿Que quería la madre de William? —escuchó la voz de Henry mientras la rodeaba de la cintura de forma que hizo que se sobresaltara. Se había retirado antes para quitarse el vestido con ayuda de su doncella mientras Henry despedía a los últimos invitados.

—Solo decirme que sabía cómo era realmente su hijo y que no la apartara de

Lynette, es consciente de que tú eres su verdadero padre y no le importa, supongo que ve en Lynette como lo único que le queda de su hijo pese a no ser de su sangre —confesó mientras se dejaba caer en su espalda.

—Bueno, no veo el problema en que nuestra pequeña tenga dos maravillosas abuelas —susurró al oído mientras comenzaba a mordisquearlo obviando el hecho de que la baronesa viuda conociera que Lynette era su hija.

—Sí, es una suerte que tenga dos abuelas —contestó sonriente mientras se daba la vuelta para mirarle de frente. Se había abierto la bata para dejarle ver su camisón semi transparente que no ocultaba nada a la imaginación.

—Querida esposa, mis intenciones eran muy dignas esta noche, pero usted me tienta con su adorable cuerpo y comienzo a tener pensamientos no tan dignos al respecto —confesó apesando de pronto sus labios y devorándose con frenesí.

—Pues tendrá que tener cuidado con sus acciones a partir de ahora, mi querido esposo —contestó mientras le besaba de forma más suave.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

Emily se inclinó de puntillas acercándose a su oído—. Porque ahora llevo a tu hijo creciendo en mi vientre —Su voz era seductora y a la vez deliciosamente sensual.

Henry la observó cuando se apartó conmovido, realmente no sabía cómo reaccionar, ¿Dicha?, ¿Alegría?, ¿Felicidad? No podía tener más de eso... no cabía más en su cuerpo de ninguna de esas sensaciones y aun así estaba eufórico.

—¿Estás segura? —preguntó anonadado pero sonriente.

—Completamente —confesó expectante.

—¡Oh, Emily! —gritó mientras la cogía entre sus brazos y comenzaba a dar vueltas con ella—. ¡Te quiero!, ¡No sabes lo feliz que me haces! —Se había perdido todo el embarazo de Lynette y ahora podría disfrutar de cada momento al lado de su esposa, de ver como crecía en su vientre, de cada patada, movimiento y sobre todo de tenerla cada noche a su lado para verlo.

—Me alegro de que te haga feliz —le dijo ella cuando paró de darle vueltas, pero aún la sostenía entre sus brazos sin permitirle tocar aún el suelo.

—Te aseguro que no quepo en mí de tanta dicha —contestó dándole un pequeño y suave beso en los labios—. Siento que no merezco tanta felicidad como me proporcionas amada mía.

—Tu eres mi felicidad Henry, siempre lo has sido y nunca dejé de amarte.

—Emily...fui tuyo en el mismo instante en que tu cuerpo chocó con el mío cuando bajabas por aquella escalinata. Creí estar en el cielo en aquel momento y aún creo que lo sigo estando cada vez que te miro. Me atrapaste con esos ojos verdes y aunque no quisiera aceptarlo, ya te pertenecía. No sabía lo que era verdaderamente amar hasta que llegaste a mi vida, así que pienso cuidarte y amarte hasta el fin de mis días.

—¿Hasta el fin de tus días? —preguntó Emily sonriente mientras intentaba que las lágrimas de felicidad no escaparan de sus ojos brillantes.

—Y por toda la eternidad. —añadió anhelante.

—Entonces solo te dejaré, si tú también me dejas a mi hacerlo, Henry —confesó apremiante.

La respuesta de Henry solo fue un candente y apasionado beso de amor necesitado por ambos. La estrechó entre sus brazos y la depositó suavemente sobre la mullida cama con dulzura mientras sus labios seguían deleitándose sobre los suyos.

—Te amo, Henry. —susurró jadeante en sus labios.

—Te amo, Emily. —exclamó dulcemente mientras se deleitaba de nuevo en el sabor de los labios de su amada esposa, aquella noche le haría el amor dulcemente, como lo haría el resto de la vida que les quedaba por vivir juntos.

Ahora eran una familia y quizás aquél no fuera el único hijo que tuvieran, además de Lynette, después de todo Emily había sido La Novena hija de un Conde.

Fin.

Sigue leyendo...

PROXIMA ENTREGA

LA OCTAVA CONDICIÓN



David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordárselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediablemente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir.

Avance de La Octava Condición

Lady Catherine Wells era la única hija del Vizconde de Grafton, al menos, la única hija legítima porque cuando Catherine perdió a su madre a la temprana edad de siete años, el vizconde decidió casarse de nuevo tan solo dos años después con una dama viuda sin título que aportaba una hija de su anterior matrimonio.

Nadie preguntó si ella estaba de acuerdo con que aquellas personas desconocidas entraran en su vida, de todos modos ella poco hubiera podido hacer, tan solo era una niña que se había quedado hacía poco tiempo huérfana de madre, la única tía que tenía vivía en Florencia, ya que su madre era de ascendencia Florentina y llevaba muchos años sin verla, exactamente desde la muerte de su madre Isabella hacía ahora once años, por tanto ante la falta de una figura femenina su padre decidió contraer de nuevo esponsales, sinceramente, hubiera preferido estar sola antes que tener que soportar la compañía de su madrastra Elisabeth y su hermanastra Amelia.

Amelia era una dama bellísima, aunque todo lo que tenía de bello, lo tenía de arpía según decía su nana Lilith. Desde que Amelia entró en aquella casa, intentó ganarse el cariño del vizconde para que éste le hiciera siempre los regalos más caros y los vestidos más lujosos, incluso a cierta edad le convencía para que le regalara joyas que una dama tan joven no debía llevar.

Amelia era bastante descarada, es más, solía decirle casi todo el tiempo desde pequeña que el Vizconde la repudiaría algún día por ser tan fea. Llegó a decírselo tantas veces que hubo ocasiones en las que Catherine lo creía posible, más cuando veía como su padre la obligaba a permanecer encerrada cuando recibía visitas de algunos amigos en casa.

—¡Deja de rascarte niña!, ¡Te pondrás aún más roja y parecerás un tomate!
—exclamó Lilith.

—Lo siento Nana, no puedo evitarlo, hoy no es un buen día —confesó abatida.

Tenía esos picores y esa piel extraña llena de puntitos rojos enrojecidos desde que cumplió los diez años, algo ocurrió en ella, porque ni los mejores médicos que había contratado su padre fueron capaces de llegar a alguna conclusión sobre las razones para que su piel siempre estuviera así. Fuese como fuese, tenía que aceptar que no era una joven agradable de ver por más que eso doliera de reconocer, sabía que nunca tendría un pretendiente y que ningún joven se interesaría en ella, menos aún teniendo a Amelia a su lado.

—Ven, te pondré el aceite de almendras de *lady* Elisabeth —contestó su nana, iniciando el camino hacia el tocador donde siempre estaba el frasco que su madrastra le entregaba cada vez que se le agotaba.

A su madrastra le encantaban las plantas y solía mezclar aceites con algunas de ellas para conseguir un olor riquísimo a la vez que se hidrataba la piel, no sabía cuántas de esas flores y plantas mezclaba pero el olor que emanaba aquel bote de aceite era celestial, de pequeña odiaba que se lo aplicaran, era un incordio pero con el paso del tiempo se dio cuenta que *lady* Elisabeth utilizaba ese aceite cada noche al igual que Amelia, Catherine debía reconocer que su madrastra y hermanastra tenían un cutis envidiable, así que por eso lo seguía usando, se había acostumbrado tanto a él que se había vuelto una necesidad.

—No entiendo porqué debo acudir a ese baile mañana, padre nunca me deja asistir a esos eventos —mencionó mientras su nana le comenzaba a aplicar el aceite por todo el cuerpo en especial por el escote, brazos y cara en pequeña cantidad.

—Quizá se haya dado cuenta de que debes encontrar un marido —habló seriamente su nana.

—Oh vamos Lilith, sabes perfectamente que ningún caballero se interesará por mí —aclaró como si las palabras de su nana fueran la estupidez más grande que había escuchado jamás.

—Eres hermosa por dentro —contestó sinceramente—. Y estoy segura de que el hombre que se case contigo se dará cuenta.

Ningún hombre se casaría con ella. No a menos que buscara la fortuna y título de su padre, eso lo tenía muy presente.

¿Le compraría su padre un marido como en su día hizo el Conde Ashby con sus hijas?

—Además, tienes unos ojos preciosos — le habló Lilith viendo que ella no contestaba a su última afirmación.

Era cierto, sus ojos era lo único realmente bello que poseía, aquellos ojos de un color azul océano como los de su difunta madre, eran algo grandes y contrastaban con aquella piel hinchada y enrojecida haciendo que parecieran más pequeños de lo que en realidad eran, su cabello de color castaño claro le gustaba, se podía manejar dócilmente, pero salvo esos únicos rasgos, el resto de ella era horrible, incluso su madrastra solía prohibirle determinadas comidas y le racionaba los alimentos porque estaba demasiado gorda y debía adelgazar, se pasaba el día entero con hambre y seguía estando igual, su cintura no menguaba ni una sola pulgada.

—Sí, lo único que heredé de madre —dijo algo apenada.

Echaba de menos a su madre, aunque ésta muriera cuando ella tenía una edad temprana tenía vagos recuerdos de ella, todo hubiera sido tan distinto si ella no hubiera muerto, pero lamentarse no serviría de nada.

—Descansa, quizá mañana te encuentres mejor y luzcas más bonita para el baile. —Terminó por decir la doncella mientras se aclaraba las manos con un paño y le apagaba las velas de los candelabros que había por la habitación

«Desde luego que no», pensó una vez se marchó su nana. Lucir bonita era lo último que haría ella, lo único que conseguiría sería que hablaran de ella y de su extraña enfermedad en la piel.

Lo odiaba, por eso no le parecía mal no acudir a esas fiestas o bailes, aunque Amelia intentara darle envidia después, a ella le daba igual, prefería quedarse en casa leyendo una novela de amor que tanto le agradaban, una de esas historias apasionadas donde describían un amor que ella jamás viviría.

David Clayton no sabía lo que era acostarse temprano desde hacía unos cuantos años. A sus veintisiete años su vida se centraba en beber brandy en su club junto a sus incondicionales amigos, jugar al póker y sobre todo extasiarse en los mejores prostíbulos de Londres. No le gustaba tener solo una amante, prefería deleitarse con todas ellas, no le importaba pagar por ello, aunque tenía relación con varias damas casadas e incluso algunas viudas. Era demasiado insaciable para conformarse con una dama en su vida.

—¡David!, ¡Ven aquí inmediatamente! —escuchó la voz de su padre proveniente del estudio que le hizo soltar una maldición.

¿Por qué ese hombre tenía que madrugar? Ahora tendría que soportar otra de sus charlas sobre su irresponsabilidad de ser un futuro duque y lo

que aquello perjudicaba al título.

—Sí, padre —refunfuñó.

No había dormido aún en toda la noche y el alcohol comenzaba a disiparse de su sangre provocándole el típico bajón, solo deseaba ir a su habitación y

dormir hasta la tarde.

—Me he cansado de tu comportamiento, te lo he advertí la última vez. Te dije que sería la última. —El tono de su voz era demasiado calmado en comparación con otras veces, pero quizá estaba demasiado cansado, había sido una larga y demasiado agradable noche, quizá sus sentidos no estaban en plenas facultades a esas horas—. Así que he tomado una decisión. —David no escuchó la perorata que le decía, solo aquella última frase.

—¿Y qué ha pensado padre? Creo que soy lo suficientemente adulto como para que me mande a un internado.

—Si, por eso te vas a casar —afirmó el duque de Lennox.

—¿Qué? —No debía a ver escuchado bien.

—Te vas a casar con la hija del vizconde de Grafton —repitió su padre.

—No conocía a la joven, pero sin duda sería una insulsa dama virgen, él odiaba a ese tipo de mujeres, era demasiado experimentado en la cama para perder el tiempo enseñando a alguien. No, él no se iba a casar... ¡Ni hablar!

—No me pienso casar. —Sus palabras fueron de convicción.

—Te casarás, o ya puedes recoger tus cosas y salir de esta casa porque he cancelado todas tus cuentas y no te concederá crédito ningún banco. No me sobra el dinero precisamente como para que estés dilapidando la poca fortuna que nos queda en apuestas de carreras y jugando al póker.

—¿Que ha hecho qué? —exclamó consternado.

—Lo que oyes, no tienes ni un penique y el único que tendrás será el de la dote de tu futura esposa y posteriormente su fortuna, porque salvo los títulos nobiliarios no vas a recibir nada más de mí. Así que tú sabrás lo que haces, pero en este momento dependes íntegramente del padre esa joven.

—¿Me ha vendido? —gritó.

—Si lo quieres llamar así... yo lo llamaría una buena transacción de negocios. El Vizconde de Grafton es un hombre rico, con numerosos negocios que le hacen aumentar su patrimonio, solo estoy haciendo lo mejor para ti — aseguró el duque.

—Lo mejor para mí, ¡Diga lo mejor para usted!, ¡No me voy a casar! —fue su última palabra antes de salir de aquella casa.

Cuatro días fueron suficientes para saber que el tren de vida que llevaba no podía mantenerlo. Sus amigos no le daban crédito, había acumulado algunas deudas con acreedores que no eran aún muy acaudaladas, pero evidentemente no tenía un centavo y su padre no le iba a sacar del fango en el que se estaba metiendo. Así que allí estaba él, en el despacho de una de las empresas del Vizconde de Grafton, hablando sobre la dote que recibiría por casarse con su hija.

Tendría que haber visto a la joven antes de aceptar. Era demasiado bueno para creerlo. El vizconde había pagado sus deudas, además de prometerle cinco mil libras tras casarse con su hija y por supuesto como *lady Catherine* era su única y legítima heredera, él sería el futuro dueño y propietario de su fortuna que ascendía a una cifra desorbitada incluso para

él, sí...todo era demasiado bueno para ser cierto, pero evidentemente si una joven con semejante fortuna como herencia estaba aún soltera y acudían a él, que era cuanto menos un buen yerno para el Vizconde teniendo en cuenta su historial, debía ser por algo... la dama en cuestión era la mujer más fea y horrenda que había visto en su vida. Más que fea era sencillamente imposible de mirar sin llegar a la conclusión de que padecía una enfermedad contagiosa

o extraña en la piel.

Se casaría, lo haría porque estaba entre la espada y la pared y no tenía otra alternativa. Pero jamás tocaría a esa dama, ni se acercaría más de lo estrictamente necesario.

«Ni hablar» se dijo mentalmente.

No pensaba tocarla, ni darle herederos, ni mucho menos compartir el lecho con ella, aunque solo fuera para dormir.

AUTORA DE LA OBRA



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación, pero desde pequeña le apasionaron los libros.

La Novena Hija del Conde es su primera novela publicada y constituye la primera de una saga de nueve obras de género Histórico denominadas “Saga Ordinales” donde relata las aventuras y vivencias de sus protagonistas en la nobleza inglesa del siglo XIX, otorgándoles un toque distintivo de ficción y modernidad a sus obras, además de centrarse en el romance Histórico.

Con la Novena Hija del Conde hizo su estreno en la plataforma digital de *Wattpad* para escritores amateur, llegando a obtener el primer puesto en el top de género histórico y alcanzando millones de lecturas en los pocos meses

que estuvo publicada.

La Octava Condición es su segunda obra Histórica que pertenece a la Saga Ordinales, y que próximamente estará disponible para el deleite de sus lectores.

Para saber más sobre la autora y sus obras, visita su página web:

www.phavyprieto.com